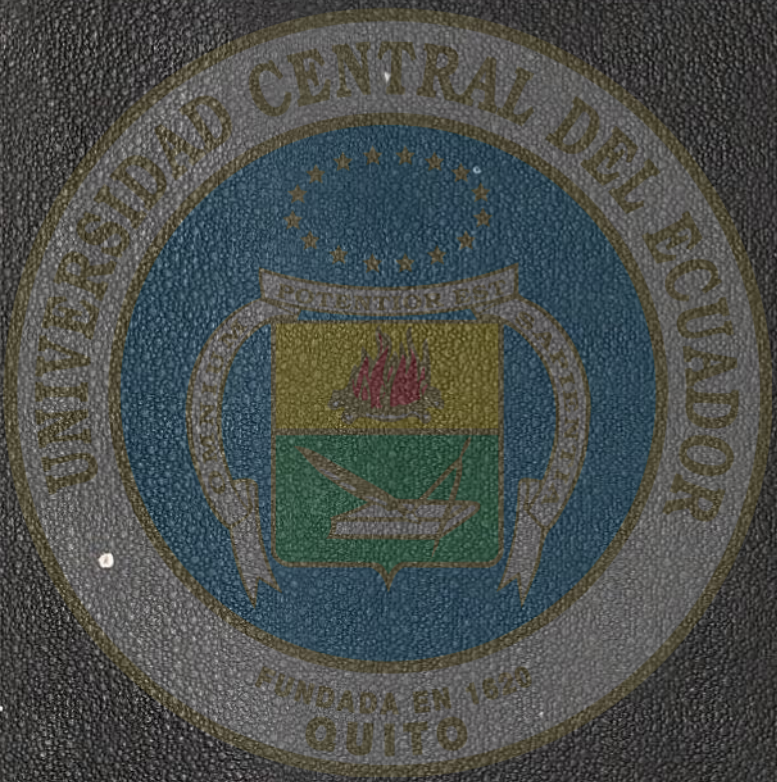
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación ***Art. 212 numeral 9, Literal ii "(…) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (…) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones" y literal vii "La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad"***

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

10-1-4
11933

SOCIOLOGIA GENERAL

APLICADA A LAS CONDICIONES DE AMERICA

(OBRA MANDADA PUBLICAR POR LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR)

ESCRITA POR

ANGEL M. PAREDES

TOMO PRIMERO:

DE LA RAZA Y LA NACIONALIDAD

VOLUMEN PRIMERO:

Tratado de la raza

QUITO—ECUADOR

IMPRESO POR NESTOR ROMERO DIAZ

MCMXXIV

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIA MEA MECUM PORTO
FUNDADA EN 1629
QUITO

307(860)
P22 75
V1
812

SOCIOLOGIA GENERAL

APLICADA A LAS CONDICIONES DE AMERICA

(OBRA MANDADA PUBLICAR POR LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR)

ESCRITA POR

ANGEL M. PAREDES

C4 CH

TOMO PRIMERO:

DE LA RAZA Y LA NACIONALIDAD

VOLUMEN PRIMERO:

Tratado de la raza

QUITO—ECUADOR

IMPRESO POR NESTOR ROMERO DIAZ

MCMXXIV

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

UNIVERSIDAD CENTRAL
QUITO
No 11933
DONACION

Néstor Romero Díaz, Impresor. — Quito. — Ecuador. — 1924.

11933

Al Señor Rector de la Universidad Central, Dn. Manuel R. Balarezo, en reconocimiento de sus sobresalientes dotes personales; y a los jóvenes universitarios con distinción.

El Autor.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO

Debo hacer público mi sentimiento de profundo aprecio para el sabio maestro, Señor Dr. Agustín Cueva, quien con sus preciosas conferencias pronunciadas en la Universidad sobre Sociología, supo despertar entre sus discípulos fervoroso entusiasmo por esta clase de estudios.

El Autor.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIA SCIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

PROLOGO

EL talento, la genialidad, no son plantas exóticas en esta tierra ecuatoriana. Quienes, por la profesión de la cátedra hemos presenciado muchos años el desfile de las pléyades de inteligencias juveniles por Colegios y Universidades, hemos abierto el alma a las fruiciones de un próximo clarear científico y literario, que trascienda, al fin, de los muros de la nacionalidad y lleve sus ondas de luz y vibración a compenetrarse con el pensamiento y el sentimiento de la humanidad de hoy — inquieta, iconoclasta, destructora y creadora de otro vivir, paciente de todos los dolores del alumbramiento de un mundo nuevo —.

Sin embargo, la producción del libro, del libro que sea más profundidad que superficie; meditación y creación más que recapitulación y remembranza, ha sido huraña y débil,

Muchas veces me he preguntado ¿por qué el oro abundante de las ideas y del sentimiento se queda — recóndito y desvalorizado — en los estratos del espíritu?, ¿por qué no se lo extrae y envía a los cuatro vientos en alas del libro bien pensado, bien sentido y bien escrito.

¿Serán los apremios de la vida en un medio económico de dolor y de combate? ¿Será la pereza racial de que nos habla Bunge en «Nuestra América»? ¿Será la falta de ambiente espiritual, estímulo y acicate de las almas?

Puede ser todo ello y mucho más. Pero, entre ese «mucho más» cabe anotar la deficiencia enorme de dirección educacional en Colegios y Universidades.

Entiendo por esa dirección la perspicacia, la intuición, la devoción de Rectores y Profesores en la labor de escudriñar y encauzar la vocación espiritual de los estudiantes.

No en vano ese eximio conductor de espíritu en Hispano-América — Rodó — insiste una vez y otra, en «Motivos de Proteo», principalmente, sobre la urgencia de oír y seguir las inspiraciones de la vocación científica o artística, dentro de la disciplina de la voluntad creadora.

Producir, sacar de adentro afuera la simiente, germinada ya, al aire libre, a luz del sol, al campo de la vida social, es faena, esfuerzo y disciplina.

Producir espiritualmente, escribir bien, supone metódica y constante gimnasia del espíritu en la composición, para adquirir las serenas dotes del orden, la precisión, el sentido de la proporción y la armonía.

Es grave la responsabilidad de los guías de almas, de Rectores y Profesores en la falta de concurso a la selección y afianzamiento de las vocaciones, en la ausencia de estímulo para la producción espiritual.

Mas ¿a dónde va esta digresión en el Prólogo de un libro?

Pues, a tratar brevemente del autor y del libro mismo.

El Dr. Angel Modesto Paredes, es casi un reciente escapado de la Universidad Central. Recuerdo vivamente al alumno de Sociología, ponderado, severo en su disciplina intelectual; rebelde, con la santa rebeldía de opiniones suyas y muy suyas, contradictor y discutidor con destellos de originalidad.

Pronto fue Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales y regresó a su nativa tierra, Riobamba.

Un día, recibí unos pliegos, principio de una obra que el Dr. Paredes planeaba con el epígrafe de «Sociología General aplicada a las condiciones de América». Con esos pliegos, me envió una carta plena de emoción, de profundas inquietudes científicas, rebosante de ideales.

Vibró el entusiasmo en mi espíritu — antes que otra cosa compañero afectuoso y leal de los universitarios en sus investigaciones científicas. — Comprendí que el Dr. Paredes no se satisfizo con el título vulgar de Doctor, y que caminaba firmemente a ser Docto en Sociología, Me arreglé como pude para que inmediatamente le nombrara el Consejo Superior de Instrucción Pública, Profesor de Filosofía en el Colegio de Riobamba, materia más afín con la vocación sociológica.

Luego estuvo hecho el primer tomo de la obra y su autor me pedía delicadamente unas líneas al frente de su libro.

Libro lleno de juventud. libro sereno y sincero, hondo y cálido es el del Dr. Paredes. Si no me equivoco, denuncia un intelecto de la raza de los pensadores.

Ese libro pregona — para ejemplo de la juventud — el propio cultivo y el triunfo de la vocación científica, en la fragua de la disciplina del pensamiento y de la energía incontrastable de la voluntad.

El autor se propone estudiar las nacionalidades americanas, seductora pero ardua tarea que van realizando muchos sociólogos, en los difíciles momentos en que la Paleontología, la Prehistoria, la Etnografía, la Historia se empeñan en acumular materiales para la interpretación sociológica de las culturas viejas y nuevas, que han florecido en el mundo descubierto por Colón.

El afán de señalarse derroteros fijos en esa interpretación ha inducido quizás al autor a exponer sus conceptos, su criterio sobre temas de Sociología general. Y a ello consagra este primer volumen, coordinando las tesis generales con la indagación de los orígenes de las civilizaciones americanas.

Cuestión de método, en que se enlaza armónicamente lo vivido en América con las teorías que han ido resumando del estudio integral del inmenso bloque humano en el espacio y en el tiempo.

El Dr. Paredes estudia con honda inquietud los problemas de la Filosofía de la Historia, la esencia y con-

diciones del hecho histórico, los conceptos raciales y su contenido, las hipótesis evolucionistas, el proceso de adaptación al medio físico, el monogenismo y el poligenismo.

En todos los capítulos de la obra expone el Dr. Paredes su singular criterio sobre esos discutidos y discutibles problemas, apartándose de las teorías y de las ideas dadas, cuando cree hallar otro rumbo de interpretación.

Evidentemente, los espíritus críticos y estudiosos tendrán mucho que observar a las tesis sostenidas por el autor, pero reconocerán el sincero anhelo de investigación, el afincamiento de la facultad meditativa en cada campo explorado.

Quizás, quizás el autor se deja llevar un poco lejos en la interpretación de las similitudes míticas, religiosas y estéticas de los pueblos americanos y del Egipto, Fenicia, etc., viendo relaciones de procedencia en vez de manifestaciones universales del proceso genético del Mito, la Religión y el Arte.

Seguramente le han faltado al autor, fuentes de información para el cabal esclarecimiento de problemas prehistóricos, etnográficos, históricos. En todo caso, los vacíos de erudición han aguzado el sentido intuitivo del pensador.

Abro la portada del edificio intelectual, que inicia el Dr. Paredes. Y auguro que los devotos de la Sociología americana hallarán en el interior de ese edificio sugerencias, interrogantes, dialéctica agitadora de hechos e ideas, cosas que constituyen el eterno peregrinaje de la inteligencia al través del Cosmos.

AGUSTÍN CUEVA.

INTRODUCCION

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SCIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Después de la época en que las síntesis históricas produjeron la inmensa, y tan asiduamente trabajada, literatura de la Filosofía de la Historia; nos hallamos en presencia del profundo análisis de la realidad, el cual aparece en virtud de la representación de la vida integra de las sociedades, estudiada por la Sociología.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

SOCIOLOGIA GENERAL

aplicada a las condiciones de América.

INTRODUCCION

Fines perseguidos por la Filosofía de la Historia, y sus equivocaciones. — La vida: lo difícil de comprenderla en su integridad; su complejidad en la Historia. — El individuo es el primer elemento condicionante y capaz de determinar la naturaleza de las existencias sociales. — Singularidades manifiestas de ciertos pueblos: temperamento nacional. — Complejidad de las existencias en todos los estados y grupos humanos. — Imposibilidad de considerar a un elemento único, y ni siquiera a un orden solo de causas, como los que rigen y explican la Historia.

I

Todos los esfuerzos de la Filosofía de la Historia se han dirigido con uniformidad, hacia el objeto de resolver los problemas, hasta hoy insolubles, de la razón del desarrollo humano, y de las causas iniciadoras, y de aquellas a cuyo impulso marcha el progreso social. Dudando a veces de la civilización, fingiendo creer, a veces, — y en ocasiones también, creyendo con verdadero fanatismo — en el culto de la perfección sin límites para la especie humana; así, fantaseando sobre la verdad, sin desconocerla absolutamente y sin penetrarla en todo su valor tampoco, han nacido las diversas teorías filosóficas; se ha formado la confusión de las más opuestas doctrinas.

¿Qué es la sociedad? ¿cuál es su razón de existencia en el ritmo de la vida general? ¿cuál su fin? se han preguntado siempre los hombres, y hasta ahora en pie quedan esos hondos problemas. ¿Qué es la Historia? ¿quién ha comprendido la intimidad de su trama sociológica? ¡de cuántas maneras no se han abordado estas cuestiones! ¡qué de respuestas, brillantes o absurdas, hermosas y consoladoras, o terriblemente siniestras, no se han imaginado! Y en verdad, si es aventurado afirmar la sociedad qué sea, y cuál sea su fin, ¿cuánto más impenetrable no habrá de ser el descubrir y el explicar su multiforme actividad vital? — Y todavía aún, ¿qué es la vida para el individuo? ¿quién ha desentrañado, de la complejidad de formas capaces de revestir cada psicología, sus caracteres esenciales? ¿qué hay en lo más oculto de nuestra conciencia, de donde proceda este asemejarnos a los demás, y mediante cuáles circunstancias, qué caracteres, tiñe cada úno de un matiz de personalidad a sus más comunes actos de la vida? por último, ¿cómo representar esa interna actividad de la sub-conciencia, cuyo poder nos dirige, por los ocultos caminos de la impresión, hacia resultados extraordinarios, por lo imprevistos? — Cada psicología es un mundo. Y el mundo de esos mundos ¿a dónde tiende? ¿el hombre existe para la naturaleza, o la naturaleza existe para él? si planteamos la cuestión con las formas más radicalmente opuestas, y, a la vez, las más conocidas; ¿somos esclavos de las fuerzas internas y exteriores, o las empleamos según nuestro querer? — Bajo la cúpula de cristal, cuyo azul nos trastorna, no sentimos el peso de de la realidad, porque ella nos rodea y aprisiona. — ¿Se podrá decir, de cada uno de nosotros, que somos sólo una forma transitoria en la infinita generación de seres: una forma en un grupo, un momento en una sola historia? Hé ahí el formidable problema entre todos: ni aun sabemos la razón de nuestro propio existir.

Y después, para explicar la tragedia humana o la epopeya de los superhombres, vienen; los sueños de la filosofía, la imaginación que reviste a cada cuadro histórico de un algo de irreal: un nombre que triunfa, una personalidad que se escarnece; biografías de hombres, y al rededor de ellas, los hechos humanos, pensados, dirigidos y previstos por el individuo, para satisfacer un capricho, para alcanzar el objeto de una ambición, o para cumplir de un modo mas o menos lejano, el ideal acariciado por el héroe; ¿será ésta la humanidad? ¿El individuo, subsistiendo merced a la destrucción de los demás seres, el pueblo triunfando por el abatimiento de los otros pueblos, la raza engrandecida mediante la postración, el enervamiento de las otras razas; ¿será ésa la historia? Dios, como supremo poder, como voluntad invencible, ordenando la marcha del rebaño humano, señalándole sus caídas y prescribiéndole de un modo determinado sus progresos, capaz de contar de antemano los dolores de la inocente grey, de encaminarla hacia ellos, y de acompañarla y fortalecerla en sus crímenes lo mismo que en sus heroísmos, ¿será la causa única de los hechos sociales, El los determinará? O es en fin, el progreso sin límites, la marcha adelante, fijos siempre los ojos en el porvenir, despreciando, o a lo menos olvidando el pasado, con un solo culto, el culto del hombre; con una idea fija, la de una inagotable naturaleza que explotar, y la de una inagotable energía de qué disponer, ¿será ésta, por acaso, la verdadera doctrina? Pero ¿por nuestra voluntad, y conscientemente hemos conseguido nuestro actual progreso, somos dueños absolutos de nuestra civilización, o la casualidad ha cooperado con nosotros para conseguirla? Por otra parte, ¿asistimos tal vez a la armonía de todos los fenómenos vitales en un amplio desarrollo, o son muchas las aspiraciones perdidas, los ideales abandonados, por el prestigio de una forma de cultura, hacia cuya conquista ansiosamente vamos? — Mas, en verdad, hay modalidades intermedias entre las varias

tendencias filosóficas de explicar la Historia, cuya enunciación se ha apuntado: ¿el hombre capaz de conquistar por sus virtudes la categoría de un dios; será el afán constante de ciertos grupos humanos, hacia el cual marchen difícil y lentamente?

Todo razonamiento se debilita, y triunfa en último término la imaginación sobre la idea; de un modo particular cuando la complejidad le aprisiona, cuando la oscuridad llega a ser cómplice de la fantasía. De ahí que la Historia haya dado suficiente fundamento y base más o menos sólida, a las diferentes interpretaciones sobre sus datos apoyadas.

II

El hombre, enfrente a las demás existencias reconocidas, siente la necesidad de explicarse la esencia de la vida; mas, para el filósofo, para el sabio, para el historiador, bajo los aspectos diversos de su visión, un enigma distinto les ofrece la vida. ¿Cómo encontrar la unidad entre la complicación inmensa de los hechos; o en organizaciones tan apartadas en forma y en función? ¿cuál es la materia esencial e inmutable entre esa prodigiosa variabilidad de accidentes?

* * *

Cuantas veces abrimos la Historia para interrogarle sobre algún suceso, cuantas veces seguir pretendemos el ritmo de las caravanas de gentes en marcha por tal escenario; se nos presenta de relieve una fase nueva de ella capaz de deslumbrarnos, y desaparece, o no nos preocupa o a lo menos, desde entonces, aquellas formas de vida que creemos secundarias. O vemos en etapas gigantescas, sucederse las razas, cambiar de escenario la vida humana, y repetirse, de modo incesante, hechos que tienen una relación íntima con otros que les pre-

cedieron; o vemos más en detalle: son trastornos, son odios, es — como entre los seres inferiores — la lucha por la existencia; o si estudiamos pueblo por pueblo, historia por historia (singularmente considerados): se nos presentan grupos casi inconexos, cada uno con su ideal de vida, con un principio de diferenciación constituyente de la particularidad de su sér mismo, y dentro, la diferenciación aún.

Esto, cuando con imparcialidad se estudia el recuerdo de las pasadas generaciones, cuando ideas preconcebidas no nos han hecho suponer en un fin vital humano, para cuya realización adaptamos idealmente, damos un valor determinado a cada hecho — con frecuencia, violentándole — en el sentido del fin previsto o, mejor, imaginado.

En parte, no somos responsables de nuestros prejuicios, nuestra imaginación no se disciplina fácilmente; de ahí la forma candorosa con que se exponen las más atrevidas teorías; sólo muy rara vez se alcanza, y eso, en girones, algo de la realidad. — Por cuanto se ha dicho, de manera previa, es necesario combatir nuestra preocupación constante de buscar una unidad en todo; una vida compleja debe proceder, natural es, de una complejidad de causas; y una teoría completa debe formarse de esos girones de la realidad que los hombres han vislumbrado. Por eso, hace falta meditar con fijeza en un error del común de los investigadores, para evitarlo; mientras muchos de ellos se fijaron en una sola causa, para explicar los resultados en forma más o menos total, nosotros trataremos de combinar en una síntesis la más perfecta posible, los resultados, y procuraremos explicar por nuestra parte, cuanto no haya tenido una anterior explicación, o cuanto consideremos haber sido con falsedad interpretado.

Ni las fascinaciones de la Historia Universal en conjunto, ni la singularidad de cada pueblo en detalle, deben ser por sí solos los que guíen nuestras investi-

gaciones. — Cada nación forma un grupo de individuos, y aun cuando a los estados se los considere como personas singulares, precisa no olvidar que hay por encima de ellos la raza, y por debajo, la persona humana individual.

III

Cada grupo se nos presenta con ciertos caracteres, por los cuales se le separa de los demás grupos en la raza, y, cuya sustancia se ha tomado de la célula social, del individuo; y en éste: de su existencia en el fondo, hay sensaciones y tendencias suyas, e ideas abstractas propias de él, que lo singularizan; ésta es la intimidad de su conciencia, aquello capaz de llamarse un alma en el sér; pero, eso mismo, de donde resulta su diferencia para los demás hombres del grupo — por homogéneo que parezca — le asemeja, en algunos matices, en ciertas fases por lo menos, a personas separadas de él, no por el espacio, sino por el tiempo: de tal manera, el individuo es heredero de un nombre, es miembro de una familia; mas, sobre esa base de constitución, trabaja de manera intensa la sociedad, para hacer del hombre el ciudadano y asemejarle a los demás hombres sociales. — Y junto al trabajo social, y como él, modificando en breve parte o explotando la herencia hacia la homogeneidad de los caracteres; hay un trabajo del cual pudiéramos decir hecho por la naturaleza externa, el procedente del medio físico. Hé ahí el esfuerzo dispuesto a igualar, a sumar capacidades — abstracción hecha, por el momento, de la similitud posible de encontrarse entre varias herencias —.

Con esas diferencias y semejanzas se forma el individuo; con esas oposiciones y esos aproximamientos, se constituyen las sociedades.

Sabemos cómo la herencia es trasmisión genésica de las aptitudes de los progenitores, lo cual supone en ellos

determinadas modalidades, y circunstancias profundamente dibujadas en su persona; pero eso se adquiere de un modo general por el hábito, y sólo en raras ocasiones queda para la prole lo procedente de circunstancias extraordinarias. — Y hemos encontrado la manera cómo, en lo interno de la vida social, se va depositando un fondo común de herencias; pero descuidando un instante esos motivos de igualdad, tiene importancia reflexionar sobre las desviaciones o particularidades procedentes de la clase o de la familia.

Y apuntar debemos ya, que el término *raza* tiene una doble significación sociológica: en un sentido muy amplio, es aptitud para cierta cultura moral; y, en ótro más limitado, pero también de gran valor para nosotros, se confunde con la nacionalidad, es decir, con la cultura moral ya formada:

— Cultura moral significa aquí hábitos de vida, y no la justicia individual para con los demás, ni el arreglo de la vida personal para el bien —.

Los más amplios grupos entre los cuales puede dividirse la humanidad, llamaremos razas; los grupos menos extensos y que proceden de una coherente fusión de elementos de razas distintas, llamaremos sub-razas; la nacionalidad significará, la separación por grupos de temperamento dentro de cada especie.

* * *

Este es el ciudadano: en su psicología ciertas modalidades o, mejor, determinadas aptitudes; afuera, un estímulo físico: la naturaleza desarrollando las varias aptitudes del hombre en un sentido determinado, el del estímulo; y afuera también, una *cultura,* la educación social; y después, el tiempo estratificando las sensaciones y las ideas hasta volverlas aptas para vivir permanentemente en la especie bajo la forma de una capacidad. Y, no debemos olvidar, como las aptitudes

dichas pueden tener dos formas, según sean sus orígenes distintos: la herencia, y la fuerza interna, el alma del individuo.

De una mayor o menor perceptibilidad de sensaciones, de una más o menos alta facultad de abstraer y de generalizar, y de cierto poder de recordar, es, de cuanto dotado se halla el hombre en su calidad de persona individual, abstractamente separado de sus conexiones de familia y de sus condiciones sociales, por solo la calidad de su constitución orgánica. La naturaleza así lo forma, de esa manera lo constituye: como sér más o menos inteligente, con sensibilidad más honda o menos intensa y delicada, con recuerdos más vivos o más oscuros de los hechos en tiempo anterior realizados. Por herencia tenemos las ideas innatas de que nos habla Platón; la educación social, haciendo de esas ideas una norma de vida, las vuelve capaces de aplicarse al momento histórico y a las circunstancias del lugar, mediante sucesivas combinaciones y mutuas influencias procedentes de las otras inteligencias similares, por la igualdad de condiciones, pero no idénticas. El duelo lógico de que habla Tarde, no consiste sino en estas mutuas reacciones e influencias; por otra parte, aquí hallamos el origen de las instituciones por las cuales viven los estados: concepto cambiado en actividad, convertido luego en hábito, y que encontró el órgano adecuado de su externa representación. — Como las primeras sensaciones, emociones o afectos, multiplicándose en la vida del individuo, deja para la especie rico botín de conquistas de ideas, las cuales nacen con la persona a quien han de servir.

* * *

Para condensar el contenido de las afirmaciones del presente párrafo, hemos de decir: en la intimidad de la vida social encontramos estímulos idénticos para in-

dividuos de una misma raza, y de una misma cultura social; y frente a ellos, las aptitudes adquiridas por herencia, y las aptitudes psico-individuales (grado de sensibilidad y de razonamiento).

Las circunstancias, las casualidades, el ingenio, y hasta el grado de sensibilidad, hacen que una idea o una tendencia, latente en el alma de todo el grupo nacional, aparezca en la concepción de una persona en vez de presentarse en la conciencia de otra, pero condensando generalmente el espíritu público, del cual ha tomado, podemos decir, el material en bruto para su trabajo.

Más tarde desarrollaremos muy por extenso estas ideas, y tendremos entonces ocasión de señalar las excepciones correspondientes a las reglas cuyo apuntamiento acabamos de hacer. — Aquí sólo diremos: de las tendencias individuales es de donde procede la particular fisonomía del pueblo; su mayor aptitud en un sentido que en otro lo caracteriza.

IV

Según las cualidades individuales de los elementos constituyentes del grupo nacional, son así las singulares capacidades de los pueblos; y más aún, como cada personalidad, singularmente considerada, tiene su especial temperamento, causa de sus aficiones y de donde proceden sus normas de vida, así los estados en la Historia, aparecen con frecuencia, como marcados con el poder sobresaliente de una facultad especial.

A veces, la vida religiosa lo comprende todo: el Indostán es un inmenso templo a la divinidad de Brahama, la Judea es un santuario a la Omnipotencia de Jehová. Guerras religiosas, leyes emanadas de Dios, consagración de toda actividad nacional o del indivi-

duo, como un acto netamente de culto, previsto y sancionado por la ley divina; fue, es cierto, el concepto y la tendencia representativos de la forma de existir de casi la totalidad de los pueblos antiguos, y de modo muy especial, de las nacionalidades orientales; pero, es verdad también, que nunca las religiones han llegado como entre los hebreos y los habitantes del Indostán, a penetrar, desde las más externas formas de constitución hasta lo más íntimo de la vida privada de los Estados (1).

O es la filosofía que se desliga de toda consideración religiosa, la moral cuyo contenido surge, únicamente, del hondo conocimiento de la naturaleza personal del

---

(1) Que la filosofía indostánica y la hebrea son absolutamente teológicas, nadie lo ignora; que allí, reglamentadas estuvieron las vidas en sus menores detalles, bajo preceptos cuyo incumplimiento llevaba la sanción moral del pecado, no hay quien lo desconozca. Filosofía y teología, moral y culto, todo era uno, bajo el rigor del precepto, y en virtud de la importancia reconocida al gobierno divino e inmediato de Dios sobre los hombres — ambos estados fueron, de un modo más o menos directo, teocráticos —; sólo que la filosofía hebrea, es ante todo poesía oriental, y la poesía brahamanica, honda filosofía donde se mezclan, profundos conocimientos de la naturaleza con una imaginación cuya fecundidad y brillantez, no se han superado jamás. — Hé aquí sus semejanzas y sus diferencias: los dos pueblos son los pueblos teológicos por excelencia (al lado del Imperio egipcio), en ellos, todos los actos de la vida privada regulados están por algún precepto de los libros sagrados del país, sus costumbres públicas tienen un modelo en sus héroes míticos, dioses o sacerdotes; y para ellos, sus libros sagrados son su historia, su regla de conducta y el principal factor que dirige su civilización. Dios todo lo ordena y lo dirige todo; mas, el Dios del hebreo es el Dios de los combates, es el fulminador de las venganzas; el Dios del Indostán es el supremo creador de la belleza, es, como la Divinidad de la luz en el Mazdeismo, ante todo bondad y claridad incomparables, para la inteligencia de sus fieles. El León de Judá es el Sér omnipotente que lucha contra el poder de los egipcios, que destruye las fuerzas del Faraón, y ordena el aniquilamiento de los Amonitas: el impío, quien no adora al verdadero Dios, debe ser destruido, para impedir al pueblo elegido contaminarse con sus vicios. Por el contrario, si Zeus se convierte alguna vez en fuerza destruotora (Siva) es por necesidad de transformar a la materia, y para dar ocasión a Brahama para nuevas creaciones.

hombre, y de su desarrollo pleno individual, y el culto de la belleza en una sociedad idólatra de la forma. Filosofía nutrida en el dogma brahamánico, hija de una teogonía vuelta cada vez más humana, que es siempre menos amplia y menos imprecisa; mas sí, convertida, en parte a lo menos, en superficial contemplación de las existencias circundantes, y por lo mismo aplicable con mayor rigor a la vida; arte nacido en Oriente también, y, triunfante de él, por su mayor valor real (1).

---

(1) Respecto de Grecia: bastaría estudiar la escuela Jónica, para comprender la generación de su filosofía, las reminiscencias del panteismo indostánico, no pueden ser más evidentes, aun cuando aquí las teogonías se convierten en conceptos cosmogónicos, de la divinidad de las fuerzas de la naturaleza. — «Cada porción de materia está animada por seres poderosos, los cuales son dioses» decía Tales de Mileto (véase la Iniciación Filosófica de Faguet); no son, pues, todas las cosas, o mejor, todas las actividades no emanan de una sustancia divina única — según explicaba el concepto oriental —, de un Sér Supremo y omnicomprensivo, de donde procede cuanto existe; sino, hay múltiples dioses, de los cuales, cada actividad significa un fenómeno extraño o común, armonioso o capaz de romper el ritmo sereno de la naturaleza: Pan, entre las cañas, entona un cantar gemebundo; en los mares, las blancas sirenas hechizan los barcos que van a romperse entre desconocidos peñascos; y en el milagro de las noches lunadas, Diana, la virgen Diana, perfuma con el olor de su carne intocada los bosques solitarios; o es Júpiter cuya voz retiembla en el trueno, o cuyo furor hiere con el relámpago. El amor, principio de los seres; la muerte, fin de las cosas; la pasión, el deseo y el odio, todo se personaliza en alguna divinidad, la cual los produce o los protege. — Pero, sabemos por la más antigua mitología griega, como todos los dioses proceden por generación directa de una sola pareja divina: de esta manera, no se ha cambiado enteramente el concepto indostánico, sino que se lo ha modificado: no es ya el Sér Supremo quien engendra directamente, o mejor, por emanación directa de su actividad, los fenómenos de la existencia en los seres inferiores, sino que descienden de El dioses capaces de producirlos. — Desde esas filosofía hasta llegar a las de Sócrates o de Platón, se ve una tendencia constante de humanizar, — si vale la palabra — la Filosofía, abandonando primero la teología por un estudio cosmogónico de la realidad, y luego, prefiriendo sobre la metafísica, la investigación íntima de la naturaleza de la moralidad en la vida. — Respecto del arte griego es cierto así mismo, que no representa una idea solamente, como los fantásticos símbolos de las enormes estatuas y las extrañas pinturas del arte indostánico; sino se ve a la tendencia griega dirigirse a la bella representación de la forma

O es la precisión de la regla jurídica, la norma impuesta en sus trámites exteriores al proceder humano, el cual, en Roma, ordena y rige la actividad del hombre — con frecuencia abandonando de un modo total y perfecto el fuero interno —, hacia el cumplimiento de lo justo; esta justicia externa, esta *legalidad* más bien, de todos los actos de relación, parece ser en el pueblo romano, el fondo de su organización privada y pública (1).

* * *

Cada grupo nacional, nos da la impresión de verlo, cumpliendo un destino para él en la historia señalado; ansioso por un ideal que se le ha impuesto alcanzar.

V

Mas, si en las varias nacionalidades conocidas, podemos descubrir algunas actividades o funciones atendidas de un modo particular por el organismo, para su perfecto desarrollo ¿qué de contradicciones, qué de absurdos no se seguirían sin embargo de considerar esta sola apariencia, como si contuviera dentro de ella las causas todas de esas existencias? La rigidez del concepto inmutable, la lógica, pretendiendo siempre el regular encadenamiento causal de cada idea, ha conducido

---

humana. — En fin, mientras los hebreos, revestían sus conceptos del Dios vivo y las profundidades imponentes de la teología egipcia, con una poesía primitiva y patriarcal; mientras los indostanos agotaban su fantasía y su razón, en hondas meditaciones, mientras soñaban en una Esencia divina que formara el mundo mediante una fuerza interna suya de emanatismo; el griego vivía una vida intensa humana, se preocupaba ante todo de la existencia actual, de la felicidad del momento presente.

(1 El carácter profundamente egoista del pueblo romano, no era el más adecuado para que pudiera generarse en su conciencia el sentimiento moral de la justicia, es decir, un concepto *desinteresado;* pero, ese mismo egoísmo, exigía regular la vida de los romanos, *exteriormente,* por lo menos, para evitar, en lo posible, el conflicto de egoismos opuestos, los cuales habrían perturbado de modo incesante el orden social y conducido a la ruina de la patria.

casi siempre a la abstracción de las teorías únicas; y a veces, han bastado las exigencias de una lógica verbal, para ser la causa de lamentables equivocaciones. ¿Cómo explicar mediante esas teorías la complicación inmensa de la vida?

El más ligero estudio de la Historia puede desvanecer las fantasías de los representantes de la tradición racional; pues, siguiendo el curso de las existencias, repentinamente nos hallamos ante situaciones inexplicables; la vida no admite fórmulas matemáticas para su representación. En efecto: ¿cómo se podrá explicar que en la ciudad griega, la menos religiosa de las ciudades antiguas, el país del libre pensamiento por excelencia, se condene a Anaxágoras al ostracismo, y a muerte a Sócrates, por el crimen de impiedad? Si la impiedad era el fondo del alma griega, si el culto de los dioses fue para los helenos un tema de estética antes que de religión? los horrores de la guerra del Peloponeso ¿cómo relacionarlos con los conceptos morales del pueblo donde habían florecido ya las palabras de Sócrates, y donde enseñaba Platón su pura moral — no hacer daño ni aun a los enemigos —? Y es el precepto moral, de conciencia, regla aplicable a cada momento en la vida, y la historia de la Grecia por aquella época nos presenta a sus hombres dedicando todas sus actividades a la filosofía y al arte, sin preocuparse jamas de un modo serio de las prescripciones de la religión, mientras no halagaban sus pasiones de hombre.

Y en tanto, en el Indostán asistimos a este extraño resultado: el sentimiento religioso de que hondamente penetrado estuvo el espíritu del indo, permitió la convivencia, y algo más raro todavía, impuso la tolerancia de diferentes cultos entre los pobladores del país; protección y respeto de los gobernantes; tolerancia y hasta respeto en los particulares (1). Y sin embargo,

(1) Unicamente cuando las nuevas doctrinas combaten de frente los principios fundamentales de la política del brahamán, solo enton-

¿no vemos en todas partes ser la intolerancia la bandera de las religiones? ¿no se ha soñado siempre con imponer a los hombres, por medio de la fuerza, aquello que se cree verdadero? ¡Extraña misión de sangre de los profetas falsos y de los falsos misioneros! Y para aumentar lo inexplicable del hecho apuntado, basta recordar esto: como todos los sacerdocios de los pueblos antiguos, el brahamán enseñaba a considerar abyectos a cuantos no participaban de su religión (1).

Es que al estudiar la vida de un pueblo en conjunto, como factor de una sola historia humana, desaparecen ante nuestra vista los detalles constituyentes de la integridad de su ser; es que al tratar de caracterizarlos en frente a los demás pueblos, no nos fijamos en su calidad de persona humana, y únicamente los miramos como elementos de una sola civilización; y así, no llegando a comprender a cada *estado* como persona singular con su propia esfera de acción sino que, dado el concepto estrecho de la humanidad por nosotros preferido, se los mira como obligados a cumplir una misión para ellos señalada y para cada uno de ellos impuesta; es decir, con un papel cuyo desempeño les corresponde en la artificiosa escena de la vida.

Así se han formado los estudios sintéticos de la Historia: cada pueblo es un ser dominado por una pasión sola, es el tipo de un grupo y no la particularidad de una especie.

---

ces están condenadas a no prosperar en la India o a desaparecer. La tolerancia del indio respecto a las nuevas religiones introducidas, lo ha ponderado con justeza Gustavo Le Bon en «Las civilizaciones de la India» t. II.

1) En su relato de los viajes notables emprendidos en el siglo XIX, Julio Verne nos refiere la admiración de ciertos viajeros, al ver como los conductores de sus equipajes, de ningún modo aceptaron sentarse a la mesa con sus Señores, por temor a mancharse con su contacto, a causa de la diferencia de religiones.

Los análisis minuciosos capaces de conducirnos a inexplicables confusiones, y las síntesis poderosas, causas de los sistemas unilateralmente universales; son los dos peligros extremos de la crítica histórica.

VI

Y, si la diversidad de *estados* no se explica por la influencia de un elemento único en cada uno ¿cómo explicar la Historia de la humanidad, la evolución de las instituciones universales, por una sola causa? y ni siquiera podríamos decir sin caer en manifiesto error, que las nacionalidades o los grupos sociales políticos están sujetos a una misma y sola evolución general con leves modificaciones en razón de su temperamento: ¿Podremos afirmar de todos los pueblos que han atravesado por idénticos grados de cultura? ¿su diversa condición social en una época dada, será un momento diferente en una sola forma y única de progreso humano? La antropofagia, por ejemplo, habrá sido una condición necesaria de la vida de todos los pueblos en una determinada época de su existencia?

Como se ve, hay dos tendencias: la úna considera la vida de la humanidad como una vida sola, para cuyo cumplimiento, cada pueblo contribuye con sus particulares aptitudes llevando a cabo la singular misión que se le ha impuesto: desde los comienzos de su existencia el hombre ha tenido un fin, hacia el cual constantemente marcha sin conciencia de su aspiración; y el trabajo de todos afluyendo en el mismo sentido, causan el progreso de la humanidad. La otra tendencia se dirige a considerar, cuando no cada pueblo, cada raza por lo menos — raza en sentido de aptitud, de capacidad, y en definitiva, hasta de diferencias fisiológicas — como idéntica a las otras razas, y siguiendo todas paralelamente caminos iguales; desaparece el objeto

común, el ideal de atracción de todos, para cuyo conseguir se sumaban las diferentes energías; y quedan elípticas trayectorias en los espacios por donde marcha la humanidad, senderos ideales, idénticos y paralelos, pero sin influencias de ningún género (1). La marcha de una de estas razas, se dice, suspéndese a veces de un modo repentino, dando así origen a la inmutabilidad de los pueblos retrasados — salvajes, bárbaros, estacionarios —. Ambas teorías, por absolutistas son inaceptables.

Cada estado tiene su propia personalidad, tiene sus fines humanos propios, y es un sér completo, casi podríamos decir con Platón, es un hombre en grande. Mas, por otra parte, todos los estados contribuyen directa o indirectamente, para permitir a los demás pueblos conseguir la plenitud de vida que sea posible, dadas las limitaciones a cada existencia impuestas por las circunstancias del medio y del lugar; como cada hombre en el vivir social, cualquier estado en la sociedad de las naciones, está condicionado en su subsistencia por el apoyo y energía desplegados por los demás, especialmente a medida que la cultura avanza: no obstante todas las repugnancias religiosas, los hijos de Israel van a buscar entre los infieles, la madera y el oro para su Templo, los preceptos de la moral para sus libros sagrados y hasta su misma teología. Con frecuencia una nación no quiere el progreso de las de-

(1) Spengler en su Sociología publicada en 1917 en Alemania, parece representar en los últimos tiempos la manera de concebir la existencia, de la cual venimos hablando; para él también, nacen las civilizaciones como un producto espontáneo de la naturaleza, sin deber nada a las culturas precedentes; vida no engendrada por nadie, aparecida por fuerza de no se que oculto poder. No entramos a estudiar con detención la Sociología de Spengler; primero, por no conocer la obra original y haberlo leído únicamente en la «Sociología Spengleriana» del Profesor Ernesto Quesada y porque además, pocos serán los puntos de nuestro estudio relacionadas con las opiniones del sabio alemán, en razón de nuestro conocimiento reciente de ellas.

más, y hasta lucha para oponer obstáculos propios para impedirlo, y, sin embargo, esos mismos medios contribuyen para llevarlo a cabo.

Que hay instituciones semejantes durante ciertas épocas de la vida de todos los pueblos, es evidente; pero, no debe confundirse la semejanza con la identidad; lo úno, significa igualdad de género; lo ótro, igualdad individual. Si en cada psicología de hombre hay una anormalidad, una *psicosis*, o sea desarrollo excesivo o inadecuado de una actividad; no hay dos condiciones sociales capaces de proceder, ante un mismo estímulo, de una manera en lo absoluto igual, y más aún, no hay dos estímulos idénticos en cuanto a la impresión que puedan producir. — Un grupo o una asociación política sin vicios de conformación, no existe, como no existe un hombre en todas sus funciones, normal.

* * *

La identidad de conformación entre las individualidades sociales para poder explicar el momento histórico por el grado de cultura, deja muchos vacíos por llenar; lo mismo cabe afirmarse de los otros elementos aislados o combinados parcialmente.

Sin estudiar en conjunto los posibles móviles de una acción, no llegaremos jamás a comprender, la razón de muchas circunstancia sociales; ¿cómo explicar, por ejemplo, que bajo condiciones iguales en la apariencia, con un mismo grado de cultura, con unas mismas circunstancias económicas, haya entre pueblos vecinos instituciones no solamente distintas, sino en muchas ocasiones opuestas? Y, no entre pueblos vecinos únicamente; entre las tribus de las cuales se forma una población nacional, grupos habitantes de unas mismas comarcas, hay esa diferencia de instituciones; en efecto, ¿por qué los ladakis — en el Indostán — practican la poliandria; y los baltis, sus vecinos — tan pobres como aquellos,

según la expresión de Le Bon (1) — la poligamia? los ladakis son budistas y los baltis musulmanes. Y téngase en cuenta, que las condiciones de ambas tribus son casi idénticas: igualdad de raza, la mayor de las semejanzas en el hombre — como semejanza, base de aptitud — una misma cultura y un mismo medio; y todavía, religiones también hermanas, «pues todas en la India; del brahamanismo toman su carácter» (2).

Pero, ¿podremos concluír por eso la posibilidad de explicar todo por las diversas concepciones religiosas? Que bastan ligeras variantes en la moral predicada por una creencia, para producir profundas diferencias en las costumbres sociales del pueblo en donde ella hubiere perfectamente penetrado; eso es verdad. Mas, una civilización, (es decir el estado moral, político y hasta económico, de un grupo nacional), ni aún una constitución social, explicarlas por las prescripciones del culto solo, me parece en lo absoluto absurdo.

¿O debemos explicar todo, en razón de una misma o de diferentes culturas? — entendiendo la cultura como grado de progreso, que es la más amplia forma de comprenderla dentro de un concepto racional — imposible.

O es que, llegando a aquello capaz de caracterizar mejor los grupos humanos, a la *raza,* ¿se explicará mediante la marca impuesta por ella, cada momento histórico de la vida de todas las naciones? Nó, un factor solo no regirá, o mejor, no determinará nunca la vida. Y tratar de descubrir la influencia de los diferentes factores en la constitución social, tal es mi intento.

---

(1) Muchos sociólogos han pretendido representar a la institución de la poliandria, como el resultado de la miseria económica; pero Gustavo Le Bon, en la obra ya citada, ha demostrado lo falso de tal concepto con los ejemplos recordados en el texto; y dice, las diferencias de prácticas en los casos señalados, solo se deben a la permisión o prohibición religiosas.

(2) Le Bon, ibid.

LIBRO PRIMERO

ANTECEDENTES

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM SCIENTIARUM PRINCIPIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Si quisiéramos presentar en una síntesis inmensa, cuanto debe la humanidad a cada civilización, cuál es la herencia que nos ha quedado de los pueblos que fueron, y qué es lo que debemos a los que aún son, y éstos, hacia dónde marchan, nos hallaríamos tal vez en el caso de hacer estas afirmaciones: Mientras las naciones orientales, en persecución constante de un ideal, cuya magnificencia creían vislumbrar en una luz lejana, hacia la cual marchaban fascinados; dieron origen a las verdaderas iluminaciones de los profundos y casi inconcebibles abismos del dogma religioso y del misterio. — Mientras tanto, digo, en las Naciones de hoy, — civilizaciones que pasaron a través del materialismo sublimemente idealizado de los helenos, de la filosofía hecha regla positiva de acción de la Ley romana; y a través del período amorfo, de reconstrucción, de la Edad Media — ; nos parece descubrir el ansia insaciable del conocimiento perfecto de la naturaleza en sí, y la posesión absoluta de la realidad circundante, para aprovechar de las energías desconocidas. Caballeros del ideal los orientales, fundan las religiones; exploradores de la naturaleza los modernos, se lanzan a las conquistas de la ciencia.

CAPITULO PRIMERO

Aspecto y caracteres nacionales revestidos por todo suceso histórico.

Papel de la Sociología entre las ciencias cuyo estudio se relaciona con el conocimiento de las condiciones sociales de los estados políticos; su relación con la historia y con la filosofía del hecho histórico. — ¿Son los sucesos, en la vida de las naciones, un perpetuo retornar de acontecimientos pasados, trabajados y sufridos antes por los demás pueblos? Enseñanzas halladas en la realidad, capaces de manifestarnos el hecho de que, en todo acontecimiento, en la apariencia igual a otro, existen antecedentes o consecuencias por los cuales precisa separarlos en calidad de hechos, en lo absoluto, distintos. — Los hechos sucesivos y los fenómenos de repetición: ¿a cuál de ambas categorías pertenecen los sucesos históricos?

I

Es la Sociología para muchos autores una Filosofía de la historia, y para sus más conocidos representantes: «la ciencia que tiene por objeto, el estudio de todas las manifestaciones de la vida colectiva de los hombres» (1); para estos últimos, junto al momento actual, junto al combinarse de instituciones, a la mecánica de la vida del grupo, al desarrollo y a la forma de manifestarse la conciencia pública; junto a la

(1) Abroteles Eleutheropulos «Sociologia».

patología social del malestar económico, del no adecuado funcionamiento de las diferentes instituciones, o al asistir de su pleno desarrollo; en fin, al lado de la psicopatología de los grupos, de las multitudes o del pueblo nacional en conjunto; debe estudiarse también, sociológicamente, la historia: ya como antecedente capaz de explicar el vivir actual y el importante problema de la herencia, para la formación del temperamento nacional y sus desviaciones; ya como historia de la Sociología, que es hacia donde tienden en la actualidad, las más sobresalientes Historias Universales.— En Heiss encontramos, de modo pleno, caracterizado este aspecto de la ciencia nueva, cuando nos dice: «La Sociología en su aspecto moderno.... es la ciencia que estudia los fines, las causas primeras de los diversos fenómenos sociales, su estado actual, su estructura y su completa evolución; investiga la estática y dinámimica de la sociedad, sus condiciones de vida, las fases por las que ha transcurrido, sus caracteres distintivos, sus leyes, sus mutuas influencias y su evolución ulterior»; nada de lo relacionado con la vida colectiva escapa así a los vastos dominios donde impera la ciencia dicha. Y el sabio sociólogo Durkeim vuelve sobre el problema y con igual solución: la Sociología es la ciencia de los hechos sociales, es decir, «de los fenómenos que manifiestan la vida propia de las sociedades» (se expresa) (1), con contenido tan amplio como el que se asigna a «una multitud de disciplinas particulares: historia de la religión, del derecho, de las instituciones políticas, estadística, ciencia económica, etc.»; esto parece darnos la impresión de verla; representando a la vida en marcha, en su devenir, para usar de un muy expresivo término francés, y no con el caracter de vistas fotográficas, para las cuales se hubiera procurado la mayor inmovilidad posible del objeto de la repre-

(1) Revista Filosófica dirigida por Ribot (mayo de 1903).

sentación. Pero, después de extender así, casi sin límites el horizonte, fracmenta tan inmenso campo en vistas parciales del mismo, cual si se hubiera asombrado y arrepentido al comprender la magnitud de su concepción. «La Sociología general — nos dice —, distinta de las ciencias sociales, *no puede ser sino la síntesis de los resultados de las ciencias particulares*», y con mayor precisión en otro lugar, «La Sociología no es una ciencia unitaria, y aunque sea respetando la solidaridad y la interdependencia de los hechos sociales, debe estudiar cada categoría separadamente» (1). Nó, la disciplina científica cuyo estudio hacemos, puede representarse a la manera de la Biología para la Botánica y para la Zoología, contiene en sí todas las ramas de la evolución vital, pero, ni es eso solo, ni agota la descripción de los detalles morfológicos o de la fisiología de los individuos, como si solo órgano por órgano y función por función, como individualidades distintas, le interesara. La Sociología, de la misma manera, riega todo el campo de los fenómenos sociales, y los hace florecer, ante la vista de quien los estudia, con caracteres más reales y más acabados.

Tarde, con una visión mucho más honda, pero más parcial aún, asiste a la generación de la vida social, al aparecer de la energía protoplasmática en la existencia del grupo. «En el estudio de los hechos sociales, le oímos decir, no puede tratarse más que de actos que dependan de la psicología intermental.... A esta psicología intermental, pues, es a la que hay que dirigirse para tener la explicación de los hechos sociales.». Y si bien he afirmado de Tarde, que su posición le ha colocado ante un horizonte más limitado que el de Durkeim, por otra parte, el fenómeno por aquel estudiado, es mucho más general que cualquiera visión del segundo. — Más que oponerse los dos sistemas pa-

(1) Véase «Sociología Contemporánea» de Adolfo Posada.

recen completarse: toda la realidad social, precisa estudie la Sociología ¿pero como? bajo el aspecto con el cual se mira a todo sér organizado: como energía disponible cambiada en función (clase de energía y resultado del empleo de la misma para el sér). Hace falta no desconocer, eso sí, la existencia de actividades sociales no dependientes de la «psicología intermental».

Indénticos paisajes son aquellos cuya iluminación puede corresponder a la Filosofía de la Historia o a la Sociología; porque la primera trata de descubrir las leyes humanas a las cuales están sujetos los pueblos en su existencia, para explicarse las razones en virtud de las cuales un estado fue actor en determinada escena, dio origen a tal hecho y a tales triunfos humanos, o fue un obstáculo para el desarrollo general; aun cuando constantemente se haya dirigido la Historia de un modo preferente y hasta exclusivo a la contemplación del hecho singular, con solo breves miradas a los datos concomitantes en su aparecer; y, aun cuando a la Sociología se haya querido abandonarle sólo, el momento presente, la actual vida del Estado, aunque fuera en su mayor complejidad, pero estática, sin dinamismo alguno. — Parece como si de propósito quisiéramos engañarnos buscando vistas parciales, recortando la realidad en pequeños cuadritos de mosaico — si usamos de una enérgica frase de Bergson —, para abandonar a cada investigador un trozo de este despedazado tablero de la naturaleza. — Así no podían subsistir los hechos, y al ver brotar de todas partes pequeños círculos de luz, se ha pensado en formar una síntesis de claridad, capaz de alumbrar el conjunto; esta es la idea de una Sociología general dirigida a abarcar toda la vida de los grupos sociales y en la integridad sus manifestaciones.

Podemos decir por fin, hoy los límites de ambas ciencias casi no pueden precisarse en cuanto al campo de su recorrido general, pues hemos llegado a com-

prender como cada hecho, en la vida de las naciones y en las de los individuos, supone una concurrencia, más o menos directa del organismo todo: la actividad moral, por ejemplo, — y casi no hay hecho social que no participe de este carácter — supone un conocimiento íntegro de la realidad: normas sociales de moralidad adquiridas por la experiencia de los sentidos; una herencia individual, la cual nos da una idea abstracta de bien; y un temperamento capaz de hacer para nosotros, el acto, más o menos amable o antipático.

Después de todo, hay algo muy digno de tenerse en cuenta, y es esto: la Sociología contempla de un modo particular al organismo vivo, y en la función, se preocupa singularmente de la actividad desarrollada en cuanto es manifestación de las aptitudes del sujeto y de la clase de progreso en la cual se le debe inscribir, para explicar la constitución del sér, y el momento y forma de evolución por él representados. — A la Historia le fascina el hecho con su movimiento y su forma externa de producirse: tanto valor habría tenido para ella la revolución Francesa produciéndose en España, como lo tiene hoy. Pero es falsa la posición de la Historia, y parcial así su conocimiento de los sucesos, — la ciencia de Comte se ha encargado de demostrarlo. — Si en forma gráfica quisiéramos representar a la humanidad en conjunto, deberíamos dibujarla como un árbol cuyas raíces se hundieran profundamente en las capas del suelo donde se agita el animal trabajando y luchando por su evolución; el tronco vivamente recorrido por las corrientes de savia en ascensión, cuya sustancia se hinchará en frutos en las ramas del árbol; y éste, dividiendo su cuerpo en cuatro brazos de diversa vitalidad y en mucha complicación de ramas. La Historia y sus ciencias auxiliares han visto crecer la planta, han visto brotar la savia en verdes frutos y caer más tarde para descomponerse entre las raíces; les ha preocupado la forma; el perfume y el color del fruto, les ha ilusionado. Mas, la ciencia nueva, como

una fisiología e histología sociales, quiere asistir a la ascensión de la savia, a la nutrición del árbol, y conocer y medir la capilaridad de los tubos, el trabajo protoplasmático de las células, y la energía intercelular.

Y, sin entrar a discutir muy por lo largo estas cuestiones, a pesar de su interés, conviene por lo menos decir, que aun considerando a la Sociología como un estudio anatómico de la sociedad — como parece considerarla Eleutheropulos (1) —; sin embargo, la Historia tendría su explicación en la Sociología, y ésta, un auxiliar necesario en aquella.

En efecto, la una determina el sér en su constitución y en su particular naturaleza; la otra, al contemplar la actividad del sér, procura descubrir el motivo de su obrar; y, si el organismo es conforme a la necesidad que satisface, y si la actividad es una resultante de la clase de organismo donde se produce ¿cómo comprender la razón de la historia de una sociedad, ni las causas de un trastorno o de una transformación, sin descubrir las particularidades de sus caracteres sociales? (sean a lo menos las relaciones orgánicas de de aparatos y de elementos disponibles; si eso solo pudiera dar de sí, aquella ciencia, propia para iluminar los recónditos secretos de los procesos históricos).

La vida de las naciones tiene una honda significación sociológica, y la organización social del momento, es la causa evidente de su existencia histórica, como existencia distinta de las otras que le rodean; por eso, la Historia debiera ser la sociología de las diferentes civilizaciones; y la Sociología por su parte, después de

(1) Eleutheropulos en la obra ya citada, pág. 9, dice: «La Sociología investiga una determinada esfera de hechos, lo mismo que la Zoología, la Botánica, la Física, etc» por eso considera como un grave absurdo el confundirla con la filosofía social, ya que aquella es «una ciencia natural» cuyas investigaciones se refieren a la organización y clasificación de las sociedades.

generalizar las condiciones precisas para clasificar los grupos de existencia humana, debiera encerrarse en la realidad, estudiando los sucesos, analizando las circunstancias, y explicando, en fin, cómo el organismo conocido ejerció sus funciones vitales, cuál fue la energía preponderante para tal impulso; y del hecho, por qué sucedió así, y no con otros matices en el resultado; para avanzar todavía a predecir cuál será la prolongación probable de los sucesos a cuyo producirse hemos asistido, esto es, las condiciones impuestas por ellos al próximo porvenir.

* * *

La actividad de un organismo es como su constitución permita al desarrollo funcional de esa actividad; pero, ¿existen realmente condiciones de organización distintas en los pueblos diferentes, y esas aptitudes determinan sus caracteres de vida? ¿las aptitudes no son solo aptitudes individuales del ciudadano, que no cam-qia la inmutabilidad de existencias idénticas en todos los pueblos o en las razas todas? — Como consideración primordial, tengo yo la siguiente: el temperamento individual es el elemento primero, y casi podríamos decir el único, qué da sus aptitudes y singularidades a los pueblos: como las cualidades predominantes en los individuos, así serán los caracteres sociales en los grupos; además, a poco que nos fijemos, nos será fácil descubrir entre las naciones, tipos de personalidad cuyos detalles nos pongan en condición de poderlas singularizar. — Pero, dadas las diferencias nacionales o de temperamento entre los estados ¿será verdad que, en definitiva, el vivir de todos los grupos, constantemente repite la existencia de aquellos que los precedieron en el tiempo?

II

Hay algo de impresionante en las semejanzas revestidas por ciertos hechos históricos: parece como si la humanidad en un' círculo eterno, repitiera las mismas formas, agotara sus energías en volver de nuevo hacia un pasado despreciado siempre, y que siempre señalara a las nuevas razas, y a las nacionalidades dentro de ellas, su inmutable sendero. Vico ha precisado ya este carácter (1), y Chateubriand ha dicho: La Historia no es más que una repetición de hechos; mas, en realidad, hay una alucinación en comprender de este modo la vida. Consultemos a la Historia, y por ella resurgirá pleno y fuerte ese convencimiento.

* * *

En Grecia, la aristocracia triunfa de un Rey incapaz ya de dirigir los destinos del pueblo, y cuya autoridad era un anacronismo en medio de las profundas ambiciones republicanas de aquellos Estados; pero, efímero es el triunfo alcanzado por la aristocracia griega: una guerra a muerte, una guerra de exterminio, va a declararle la plebe, y pronto, la democracia más pura que ha visto la historia, con sus salvajes despotismos de la mayoría, regirá las Repúblicas de Grecia (2). — Reyes imposibles, dado el momento histórico alcanzado

---

(1) Así se explica Vico en su notable obra «Ciencia Nueva» la Historia es un perpetuo retorno de hechos ya antes realizados. La confusión debe proceder, de seguro, de la contemplación de ciertos sucesos de cuya presencia en la vida de los pueblos indo-germánicos, se ha formado la generalización de vastas teorías; por ejemplo, en lo relativo a la sucesión de las varias clases de gobierno en los estados.

(2) Al hablar de la amplia democracia helena, se ha de tener siempre en cuenta la diferencia de condición de nuestros Estados con los de la antigüedad: allí había una clase de hombres que no eran personas, los esclavos, y la democracia de Grecia fue la conquista de los hombres libres, pero en inferioridad de condición: los

por ese pueblo, en el desarrollo especial hacia el cual se orientó; aristocracia más imposible aún, en razón de su despotismo, para el pueblo libre por excelencia; y después, las pasiones aristócratas individuales, el halagar las pasiones de la demagogia: para apoderarse un momento de la autoridad, y abdicarla íntegra en seguida, en el fanatismo de un pueblo irresponsable e irreflexivo, quien conducirá a la postración del Estado. Eso hicieron los Cipcelos y los Teagenes; pero, del exceso del mal surgió heroico el remedio, que por excesivo también, degeneró en mortal daño: los Treinta Tiranos colocados por el espartano Lizandro, a la cabeza del gobierno de Atenas, olvidando toda moderación, despreciando todo sentimiento de justicia, son en verdad, los desoladores de la República; después de atacar a la aristocracia como representantes del pueblo, vuelven su saña contra sus representados, y todos se ven atacados y heridos por los caprichos y las exigencias de los déspotas. Presas las ciudades helenas entre esas férreas manos, ansiaban secretamente por la libertad; por eso Esparta casi no encuentra enemigos en su ataque contra los Tiranos. — La caída de estos hombres no significó la paz dentro de los Estados, los dos partidos habían conocido el poder, y ambos lo codiciaban íntegro; vanos serán los esfuerzos de los legisladores como Solón, para armonizar las aspiraciones de los dos grupos rivales; los griegos tendían de manera constante y con tenacidad hacia la demodracia. — La aristocracia triunfa por momentos, y jura, y cumple este juramento: «Seremos enemigos del pueblo, y le haremos todo el mal que podamos» (1); lá plebe sabe vengar con creces el daño recibido. Y, esas luchas de

---

jonios triunfan de sus antiguos conquistadores, mas, conservan la institución de la esclavitud. — Platón atribuía todas las desgracias de su patria al gobierno democrático («República»); a ese gobierno violento y tan fácilmente mudable, que con tanta frecuencia fue cruel para los grandes hombres de Grecia.

(1) Aristóteles «Política».

partido degeneran con frecuencia, en sangrientas persecuciones individuales.

Esta fue la sucesión histórica seguida por las diferentes clases de gobierno, en el estado ateniense, desde sus comienzos: a los jefes de tribus, a las asambleas de ancianos, se los reemplaza con un Jefe Supremo absoluto e irresponsable, el Rey; y, a mucha distancia de él, pero como poder consultivo, un Senado; después, un poder militar con el Soberano a la cabeza. Luego, la lucha de la aristocracia va disminuyendo la autoridad real, y la suprime, aparentemente a lo menos, al fundar la institución de los Arcontes: cuyo poder al principio, con pocas limitaciones conserva los elementos mismos de la realeza, en particular la duración para toda la vida de quien fuera elegido. Más tarde, el Arcontado decenal, el aumento de magistrados de esta clase, el Senado de los cuatrocientos establecido por Solón, y el Areópago vitalicio, todo esto correspondía a una constitución aristocrática, más o menos quebrantada en razón de las luchas sufridas, y a la época segunda del gobierno griego, constituído de un modo riguroso en estado-ciudad y resultante de las sucesivas conquistas del pueblo por sus libertades. — Por fin, el *demos,* cuyo reconocimiento legal, como clase dentro de la *Polis,* se le debió a Solón, libra su batalla definitiva contra la nobleza; y se establece en aquellos Estados el gobierno democrático directo. — Esta es la historia del pueblo de Maratón y Salamina (1).

---

(1) Consúltese en la «Historia de las Naciones», el capítulo dedicado a tratar de Grecia, allí se describen estas luchas sucesivas de la aristocracia contra la realeza; del sentimiento demagógico, aprovechado, cuando no impulsado por las ambiciones particularistas de ciertos aristócratas, que, dando origen a la institución de la Tiranía, produce en definitiva, los abusos de aquellos que poseían el poder, causa primera de los horrores de la demagogia irritada. — Del T. I de la Historia Universal de César Cantú, (edición de 1869), son los detalles de la constitución de la República Ateniense, págs. 420 y siguientes. — Véase además la Historia de los Romanos de Duruy.

Roma parece repetir de manera idéntica la misma existencia: los patricios protegidos por el pueblo, arrancan la corona a los últimos reyes e inauguran la gloria de la República romana; pero, dicen los historiadores, fue el triunfo de los patricios el comienzo de una nueva lucha: los plebeyos conscientes de su fuerza, los arrebatan uno a uno todos los privilegios; y, más todavía, según lo afirma el Dr. Mahaffy (dando con su afirmación, la apariencia de una igualdad mayor a la historia íntima de los dos pueblos), los asesinatos políticos de donde procedió la inmortalización de los Bruto, tenían idénticas miras que la revolución de los Tiranos (1). Si fuera preciso recordaríamos en fin, que la honda transformación de la aristocracia helena, en triunfo de los más ricos (timocracia); lo sufrieron también los habitantes de la ciudad del Tíber, desde tiempos muy remotos.

Mas, en Roma no llega a desarrollarse la democracia: después de una larga lucha alcanza el Consulado, y la plebe inaugura su triunfo, nombrando un cónsul patricio (2). Parece, como si sólo exigiera el reconocimiento de sus derechos y no el ejercicio. ¡Marcado carácter jurídico tuvo esa larga oposición de las dos clases: no existieron, excepto en raras ocasiones, combates sangrientos y la moderación caracterizó aquellos triunfos! Hé ahí la segunda diferencia de la lucha partidarista en Roma; no es el odio salvaje e irreconciliable de la demagogia, no son los crímenes de un pueblo irreflexivo y violento como el griego, lo que produjo la revolución democrática en el país de los Cónsules; es la tendencia de un pueblo consciente de sus derechos, el cual reclama podemos decir, un reconocimiento nominal, de que capacitado se halla para

(1) Historia de las Naciones (traducción del inglés), parte dedicada a hablar de la Grecia, escrita por el Dr. Mahaffy.

(2) F. Laurent, Historia de la Humanidad, en el tomo que dedica a estudiar la antigua Roma.

cualquier Magistratura. En fin, a través de todos esos conflictos, la República romana fue siempre una República aristocrática (1).

¿Por qué tal diversidad de resultados? Sólo una diferencia en el temperamento nacional de ambos pueblos puede explicárnoslo.

Grecia era un pueblo de hombres y de artistas, Roma fue un pueblo de soldados; la vida en la ciudad griega era la libertad, la necesidad de la patria romana, del pueblo guerrero, era la sumisión y la disciplina; Grecia tuvo a veces héroes, tuvo grandes patriotas; en la ciudad de las siete colinas, podemos hallar únicamente soldados. Y así: la demagogia arruinó a los Estados griegos; el despotismo imperial fue la causa de postración de la Ciudad Eterna. — De este modo, la muerte de esos dos pueblos fue, como fueron sus caracteres: debida a un vicio de desarrollo de sus temperamentos respectivos.

El lujo, la molicie, que ha sido para los historiadores la explicación predilecta, y a veces la única, de la postración en la cual se hunden repentinamente las

(1) Institución profundamente arraigada en la Italia de los más remotos tiempos, y entre las varias tribus de sus pobladores, fue la del gobierno aristocrático, como los arengaba Apio Claudio a los plebeyos: «los pueblos que se hallan al rededor nuestro, están gobernados por los *grandes*, y en ninguno de estos se ve que a la plebe sea concedido un derecho igual al de las clases superiores» (Dionisio de Halicarnaso, lib. IV). Y de modo tan íntimo penetrados estuvieron de estos sentimientos los plebeyos en la Ciudad Eterna, que su afán, repito, no fue de conquistas democráticas propiamente dichas, sino el de subir cada uno, al grado de patricio. — F. Laurent en su «Historia de la Humanidad» dice: que los plebeyos, que llegaron a alcanzar una elevada posición; por ejemplo la de senadores, fueron quienes con mayor tenacidad se oponían a toda nueva conquista de la plebe. Con muchos caracteres de realidad cómica presenta Laurent el cuadro de esos plebeyos ansiosos de igualar — en la apariencia a lo menos — el deslumbramiento que para ellos significaba las prerrogativas de una antigua nobleza: el privilegio de las imágenes, por ejemplo.

naciones; creo, pueden considerarse a lo más, causas condicionantes propicias para precipitar un resultado, capaces de contribuír a que se produzca; pero, no serán jamás las que expliquen de modo suficiente el hecho producido. En mi concepto, tanto en los organismos sociales como en los individuales, todo estado patológico se explica por el temperamento del sér en quien se haya producido; la enfermedad, — no infecciosa, crónica, — es desarrollo inadecuado o excesivo de las funciones preponderantes en un organismo dado; lo demás: las circunstancias externas del medio, del lugar, de los vicios importados de afuera etc., son sólo condiciones que facilitan o retardan el suceso.

Son en Inglaterra las pasiones religiosas de los puritanos, es «el Parlamento, apoyado en los campesinos, labradores y artesanos» (1) que fanatizados por el sombrío fervor de Cromwell, derrotan los ejércitos de la aristocracia y de la alta clase media, y conducen al patíbulo al Rey Carlos I.

Un siglo después es Francia, quien apoyada también en el fanatismo filosófico y antirreligioso del tercer estado, rompe la tradición de un ciego respeto al Rey, proscribe la antigua sumisión a la nobleza y convierte en escombros los altares. Pero con la ejecución de un Rey, con la matanza de la nobleza y del clero — aunque sea anegando en sangre la nación — funda la igualdad política. ¡Todo progreso supone algún triunfo, y todo triunfo, algún dolor y alguna víctima! (2).

---

(1) Drioux «Historia Moderna, desde 1610 hasta 1789».

(2) Como en Inglaterra la Cámara de los comunes; la Cámara baja en Francia, el Tercer estado, que acababa de alcanzar un puesto privilegiado en la Asamblea Nacional, es el iniciador de la lucha de los partidos: aquí, hay prelados y nobles, aunque pocos, quienes abrazan el partido de los representantes del pueblo; en Inglaterra desde muy antiguo, los caballeros representantes de los terratenien-

Mas, si Francia da a la humanidad la constitución de las nuevas nacionalidades, fundadas en «el respeto del hombre como hombre»; (1) la revolución de Inglaterra casi no deja un eco en la Historia. ¿Cómo explicar estas contradicciones?

Estúdiese la psicología del pueblo francés — que acaba de apasionarnos con la lucha gigantesca por su independencia, y hasta en algún sentido, por la independencia y el progreso humanos; pues las orgullosas máximas de superioridad germana, habrían producido en el triunfo, graves perturbaciones en las relaciones de los Estados —; y estúdiese, de un modo particular, la amplia filósofía del siglo XVIII, frente a los limitados y egoístas ideales de los ingleses, para comprenderlo (2).

En la Revolución Francesa, se ha dicho, no es un pueblo quien rompe las cadenas de la tiranía, es la humanidad quien se emancipa; y nada más verdadero. Lucha fue contra todos los despotismos, guerra a muerte contra todas las opresiones que pesaban sobre la conciencia de los pueblos, para enseñarlos sus derechos contra las exigencias injustas y los falsos y tradicionales respetos.

---

tes en la Cámara baja, con frecuencia estaban unidos por igualdad de intereses, con los burgueses y villanos de la misma Cámara. — Si muchos fueron los crímenes de la Revolución francesa, no debemos olvidar que eran hombres cuya misión consistía en luchar contra todo un largo pasado, contra una enorme tradición; esto por un lado, por otro: la clase menos reflexiva de una Nación, la plebe, la más amoral de ellas, en sus momentos pasionales, se vengaba de los ultrajes, de los cuales por muchos siglos fue la víctima, sin darse cuenta suficiente de sus derechos de hombre.

(1) La fórmula, «respetar al hombre como hombre», es, — dice Eleutheropulos — la síntesis que expresa el más alto progreso social de los pueblos, y es hacia donde ha tendido constantemente la humanidad con sus continuos progresos, aun cuando ella no lo haya comprendido y no lo haya tampoco alcanzado en su plenitud hasta ahora.

(2) Este párrafo fue escrito a poco de haberse concluido la guerra europea iniciada en 1914.

Voltaire y Diderot, lanzan sus anatemas contra un sentimiento que es altamente humano, pero de cuya corrupción o de su falso aprecio, se producen los mayores daños para los hombres; el sentimiento religioso. Contemplan la opresión de que han sido víctimas las conciencias y se irritan por esa opresión; claman contra la tiranía de un clero en cuyas manos estuvieron las dos mayores fuerzas sociales — el poderío ético de una imposición de determinada conducta y el poderío económico — y el cual, abusando de su privilegiada posición, apoderábase de las muchedumbres, gracias a los extraños terrores con los que sabían atormentar los espíritus de esos grupos fácilmente sugestionables (1).

De afuera procedió el impulso, mas, para los filósofos ingleses hubieron dos razones capaces de causar la imposibilidad de que su obra fuera la impulsora directa de la humanidad hacia el progreso: en primer lugar, en Inglaterra no fue en lo absoluto una novedad — sino en la forma especialísima bajo la cual entonces se presentaba — las discusiones relativas a religión; desde Enrique VIII, y antes todavía, desde Wicleff (1384), se estudiaron y se discutieron con empeño — y rompiendo

(1) En verdad, ninguna alianza tan peligrosa como ésta de los dos poderes; nada más eficaz para perturbar y quebrantar las libertades públicas que esa concentración de facultades en unas mismas manos; si está de manera necesaria sujeta al abuso, el hecho de influir de un modo directo en la vida interna del individuo, cuanto mayores serán las exigencias e imposiciones si se suma a aquella potestad, los privilegios de la riqueza y las consecuencias feudales en las relaciones del Señor para con sus vasallos: respeto, obsequio y homenaje exigidos por aquel y debidos por estos. Y esto, al lado de una protección sin límites, o más bien, de una connivencia sin reservas por parte de las autoridades políticas — pues ambas autoridades se apoyaron con vigor, para el común afán de producir una sumisión absoluta, sin quejas y sin reserva, por parte de las clases inferiores —; esto, hace muy difícil, casi imposible, el buen empleo de las actividades sociales. Además, el criterio religioso, imponiendo en esos casos reglas externas de moralidad y culto, teniendo en cuenta en brevísima parte el convencimiento, que es la única norma de vida moral, por referirse a la conciencia; ni siquiera hace mejores a los hombres en el sentido de su propia vida.

el rigor de los consagrados modelos, causa del antipático formalismo de las discusiones escolásticas de la Edad Media —, importantes cuestiones religiosas; bajo otro aspecto, el arma única de Loke y de sus discípulos, el razonamiento, no podía ser suficiente por sí para conmover la conciencia pública, sino muy débilmente, sobre todo en las circunstancias especiales de Inglaterra por esas épocas. — Segundo: en virtud misma de los antecedentes ya indicados, el imperio anglosajón no tuvo ni pudo tener una revolución en la cual se representara el trabajo inmediato de las ideas dichas en el alma social, y que signifique el despetar de la conciencia pública como magnetizada por el poder de la pasión de sus hombres de genio.

No es el frío razonamiento en Diderot, sino el violento afán de renovación, que le hace producirse en delirantes discursos; o es el verbo estallante de Voltaire capaz de derrumbar con cada epigrama, una preocupación o una creencia.

Más, como toda revolución, demoledora; como toda oposición, violenta; el odio contra el fanatismo se convirtió en vehemente rechazo de toda idea de Divinidad; la lucha contra los abusos religiosos los condujo a un nuevo fanatismo, el fanatismo anticristiano. De esa manera el sentimiento más vigoroso para poder producir en el común de los hombres, una aspiración más alta que cuantas aconseja el egoísmo individual, lo único capaz de moralizar a quienes son ineptos para concebir un ideal, para amarlo y luchar por su consecución; el cristianismo solo es «el par de alas indispensable para que la muchedumbre no ponga los pies en el fango»; (1) y fue ese sentimiento, y fue esta religión el blanco de aquellos furores; tratando así de

(1) Sabido es como, si Voltaire en sus ásperas diatrivas contra el Cristianismo, respetó a lo menos la idea de la existencia de Dios; Diderot, fue absolutamente ateo. Hipólito Taine es quien ha dicho del Catolicismo que es el par de alas indispensable para las muchedumbres.

arrancar al humano linaje, algo de esencial en su vida, lo llamado con razón por Hegel el arte interno (1). Esa fue la situación en el combate contra uno de los enemigos de la libertad; falsa posición cuyo definitivo resultado fue crear un ficticio culto, como para engañar la natural pasión del hombre por algo superior ante cuyas aras rendir su adoración. La Francia revolucionaria, extremadora de las consecuencias de la enciclopedia, decreta la religión de la diosa Razón, como culto público y obligatorio.

Por otra parte, Rousseau: la encarnación de la democracia, el hombre entonces del porvenir, habla a los pueblos, les señala sus derechos y da al mundo el Código de las nacionalidades, el Evangelio de la libertad. Mas, fue su lucha también en parte muy grande, odio; de ahí sus tendencias exageradas hacia la democracia directa, en oposición a la tiranía del depotismo (2). Su obra fue la intuición de las generaciones que venían, luz interna del genio cuyos resplandores van a alumbrar una larga época en la historia. Rousseau es el oráculo político, hasta ahora, de las Naciones europeas y de cuantas participan del régimen constitucional de ellas — y es así mismo, el autor de las «Confesiones», el maestro y el iniciador de la literatura

(1) «Al arte exterior, cuya insuficiencia ha sentido siempre la humanidad en mayor o menor grado, se agrega el arte interior, que es la religión. El sentimiento estético nos representa lo divino fuera de nosotros, el sentimiento religioso nos representa lo divino en el interior. La imaginación y el sentimiento dominan siempre la religión: es la hija del arte». Véase Alfredo Fouille «Historia de la Filosofía t. II.

(2) Es Rousseau en su «Contrato Social» el verdadero legislador de la igualdad de derechos para todos los hombres, y quien proclamó con mayor energía el dogma y precepto cristianos, de la fraternidad humana; «el hombre nace bueno y la sociedad le pervierte», es su grito de angustia ante el odio sin tregua que procede de la oposición de necesidades, del egoismo de la propiedad individual; pero, su idea de igualdad exagerada como igualdad concreta de derechos, le hizo aspirar a una nueva fórmula social inaceptable e imposible de conseguirla; esta es la parte falsa de sus construcciones.

romántica del siglo pasado — (1) y su sensibilidad hondamente trabajada por el dolor, la inmensa amargura que se desbordaba en su alma, fueron las únicas causas de sus odios; no es su espíritu quien odia, es su corazón que se estremece de angustia.

Sólo hay un hombre que menos genial acaso, es acaso más grande: el autor del Espíritu de las Leyes es tal vez el mayor filósofo de aquella iniciación; y así, demasiado apegado a las ideas abstractas, sugeridas en él por la contemplación de la administración y política inglesas hacia las cuales sentía un entusiasmo sin límites y demasiado lógico también, formuló un sistema político, en grado excesivo, mecánico (2).

Con el afán por tan altos ideales, con la importancia de esa prodigiosa multitud de ideas; originales unas, trasplantadas de Inglaterra las otras, e infiltradas de un modo lento pero continuo en la conciencia del pueblo francés, se preparó esa enorme revolución.

---

(1) No al acaso se han colocado juntos estas dos manifestaciones de la actividad, esta doble influencia del autor del «Contrato Social» y de las «Confesiones»: pues la una, siendo la explicación de su temperamento, la expresión de las circunstancias de su vida, explica en parte a lo menos, las exageraciones ya anotadas en su trabajo de regeneración social; y explica en parte también, la aparente contradicción de sus fines profundamente humanos, que es amor hacia todos los hombres, con su lucha sin tregua y sin vacilaciones contra la nobleza y el poder real, la cual toma en él el carácter de un odio violento. Hay un punto oscuro en la vida de este grande hombre: su anormalidad espiritual y la manía persecutoria que la hizo suponer armados contra él todos los hombres de su época.

(2) Todos conocen como fueron los ataques al cristianismo y contra la constitución político-social del Continente, en ese tiempo, cuanto caracterizaba la manera de presentarse de la filosofía francesa de entonces, y nadie ignora tampoco, que fué Montesquieu quien menos violencia puso en aquellos ataques. Mas, en sus teorías políticas un exceso de admiración para la administración inglesa y el rigor lógico de sus deducciones, aplicando a la vida las reglas del equilibrio físico, hicieron de ellas, algo inaplicable a la constitución de los Estados, a no ser con notables variantes en el plan de la aplicación.

Nada faltaba, dentro de una apreciación externa de la revolución inglesa de los puritanos, para ser una revolución humana de eco profundo y civilizador en la Historia de las naciones. Principió también por una lucha religioso-política: a la imposición del dogma católico sucedió, a lo menos en teoría, su libre interpretación — un tiempo, de hecho limitado a la interpretación oficial; pero más tarde, siguiendo la inspiración de cada uno, o a lo menos de quienes tuvieran influencia bastante, para levantar una bandera religiosa —; y se quiso, a la supremacía casi sin contradicciones de la Cámara Alta y de la nobleza, sustituír con el reconocimiento de la superioridad de la Cámara de los Comunes (1). Tuvo una filosofía también liberal, y en la cual, al lado de las continuas discusiones sobre el modo como debe concebirse cada pasaje y cada texto bíblico, se insinuaba ya cuanto sería posteriormente, el contenido de la filosofía deísta y hasta se ponían los antecedentes del materialismo filosófico, con la ne-

(1) Toda transformación política tiene un período de lenta iniciación, antecedentes de inquietud, de discusión de ideas, de formación de partidos etc.; eso pasó en Francia por ejemplo, con la filtración del enciclopedismo entre todas las clases sociales durante la regencia del Duque de Orleans (Véase la «Historia Universal» de Cantú); mas entonces, los odios y las luchas de partidos, no tienen, sino en ciertos momentos críticos, la violencia de la guerra a muerte que significa la revolución pero son sus comienzos. La oposición, oculta a veces, y otras veces, claramente manifestada, de católicos y protestantes; la de las diversas sectas del protestantismo entre sí; el anglicanismo como religión del gobierno resuelto a imponer su credo a las demás confesiones; y por último, los puritanos quienes desencadenan la tempestad cuyo resultado fue el triunfo de Cromwell; hé ahí las fases de la formación y el resultado de la victoria revolucionaria en la Gran Bretaña: encabezada por el Protector, se funda una efímera República, la cual, a la muerte de su fundador se desvaneció como un sueño, devolviendo la corona al legítimo sucesor de Carlos I, sin imponerle ninguna condición, sin mermarle ningún privilegio. — Muchas violencias, pero momentáneas, precedieron a la revolución inglesa, muchas conquistas y muchas pérdidas por parte de los fautores del gobierno; no podemos olvidar las proscripciones ordenadas por Enrique VIII o los crímenes de Isabel, como tampoco olvidar debemos las represalias con que se mancharon los católicos.

gación de la libertad individual y la teoría de las pasiones, de Hobbes. En aquellos mismos entre los cuales se ve el temor de atacar de una manera directa ciertos dogmas fundamentales de fe; se reconoce el generarse de la independencia del pensamiento, frente a los más importantes problemas humanos (1).

Pero la revolución del Imperio Británico, no fue informado por el espíritu francés: el liberalismo, la filosofía inglesa; son reflexiones, son teorías, mas, no son intuiciones y no tienen la eficacia apasionante del entusiasmo. Además, siempre había reclamado Inglaterra sus libertades, y esta nueva conmoción pública, fue un incidente de su vida y no más. Sus tendencias de libertad no era el afán de un progreso de la humanidad, fueron las egoístas reclamaciones de un pueblo

---

(1) El canciller Bacón, uno de los mayores talentos de su época, evita con todo empeño el tratar asuntos relacionados con la metafísica; para él, todo cuanto a la metafísica se refiere, debe ser abandonado a la fe. Pero, apartándonos de esto, sus teorías son las que en el Reino Unido comienzan a romper los moldes de la filosofía escolástica: la rígida y formalista filosofía de la Edad Media, para la cual, fue casi su único afán, el amoldar los conceptos de la filosofía griega a los principios del cristianismo: «Aristóteles es el precursor, en todas las cosas humanas, de Cristo». — Bacón despertó en los espíritus la tendencia de pensar por sí, de sacar todo conocimiento de la honda contemplación de la naturaleza; en esta forma es el precursor de los librepensadores modernos, y es por eso que José de Maistre haya llegado a afirmar de él su irreligiosidad; fingió hipócritamente, afirma, un sentimiento religioso que no tuvo; cuando en verdad, el temor selló la puerta de la libertad de conciencia, para Bacón. — Tomás Hobbes, determina como la única materia apta para la reflexión filosófica, aquella que cae bajo el dominio de los sentidos «todo cuanto no es sensible, como espíritu, alma, Dios, no puede ser pensado ni puede ser creído; el filósofo no niega esas cosas pero no se ocupa de ellas». En Hobbes hallamos dos afirmaciones muy singulares: la primera una consagración absurda de la omnipotencia de la voluntad del soberano, la cual puede imponer a sus súbditos hasta dogmas científicos o creencias religiosas; la segunda se relaciona con el difícil problema de la libertad individual y el concepto moral de las acciones: en todo acto humano, dice Hobbes, debe verse el triunfo de la pasión más fuerte. — Basta en este punto con cuanto se ha dicho para comprobar las afirmaciones hechas en el texto. (Consúltese: la «Iniciación filosófica» de Faguet; el t. IX de la «Historia Universal» de Cantú; y la «Historia de la Filosofía de A. Fouilleo).

para sí; no se extendían sus miras a más allá de la patria; por último, fueron sus luchas en el presente caso, sobre todo, y antes que nada; religiosas. — Y creo hará falta recordar en este punto, como las declaraciones de libertad inglesas, ni en lo político ni en lo religioso tuvieron siquiera la amplitud de miras posible de hallarse en la constitución de las colonias de emigrantes ingleses en Norte América. Aquí en este Nuevo Mundo, aparece ya la amplia idea de los derechos del hombre, casi de la misma manera como los formularon los revolucionarios franceses, cuando estos afirmaban y declaraban de un modo solemne «en presencia de todas las naciones»: la naturaleza ha querido que todos los hombres tengan iguales derechos. — En la revolución concluída con el asesinato político de Carlos I, netamente las reclamaciones eran las de una nueva moral religiosa y la política estaba subordinada a la religión; en Francia se ataca a la religión, — ya en el terreno de los hechos — por habor sido cómplice y amparadora de la tiranía feudal (1).

Inglaterra, como lo fue el pueblo Romano, apegada a sus tradiciones nacionales, con una gran pasión hacia su aristocracia hereditaria — la cual, jamás fue de un modo excesivo tiránica para su subordinada, la plebe, y nunca llegó a ser un poder incontrastable —; con su fascinación por los esplendores de la realeza — en cuyas manos jamás se abandonó enteramente el poder público, sino que lo ejercía bajo la limitación de

(1) Después de los estudios de Carlyle y otros, no puede quedar duda sobre el verdadero carácter de Cromwell: tipo de abyección para la generalidad de los historiadores, hombre sin mancha y genio del bien para algunos. El espíritu de Cromwell, es uno de esos espíritus en grado eminente fanático, de aquellos que pretenden imponer sus creencias, porque las creen buenas; capaces de proscribir todo ageno dogma, porque lo creen falso; quienes no retroceden ante el crimen, y por el contrario, le santifican, cuando su objeto es el triunfo de la verdad por ellos concebida. La ambición del poder en Cromwell, estuvo siempre subordinada a la ambición de santificar su pueblo.

numerosas restricciones capaces de evitar el absolutismo —; no dejó nunca penetrar en su conciencia nacional, de una manera profunda y sostenida un sentimiento de absoluta democracia: la República y todas sus conquistas democráticas, no sobrevivieron a la muerte del Protector; y hoy, cuando todos los tronos de Europa se derrumban o parece presentirse por lo menos su fin; la Corona de Inglaterra no vacila en la frente de sus Monarcas. Viviendo del pasado como los Romanos, pero más que estos, en el Reino Unido no se ha atentado jamás de un modo permanente contra las instituciones de la Corona, ni contra su necesaria aliada, la aristocracia. ¿Se debió tal vez al camino distinto seguido por las naciones del Continente y por el pueblo anglosajón, para llegar al régimen actual parlamentario? No es ahora tiempo de dilucidar estas cuestiones.

En conclusión: Francia es más humana, su tendencia es más simpática — como se expresa Fouillee —; es capaz en un momento dado de entusiasmo, del sacrificio, del culto de los héroes muertos; como lo hemos visto en la emancipación de Grecia y en la revolución por la unidad italiana. Inglaterra calcula mucho, por eso su posición económica es muy próspera.

* * *

Hemos demostrado de manera suficiente, como en los hechos históricos que parecen resolver un mismo conflicto en diferentes pueblos, los cuales revelan ser el producto de unas mismas causas; hay sin embargo, tal diferencia de antecedentes y resultados tan distintos, que unirlos en una sola concepción de indentidad sería desconocerlos por completo. — Pero todavía, al lado de eso hemos comprobado, cómo en las mismas evoluciones sociales completas, donde parece reconocerse la persecución de idénticos anhelos y el cumplimiento

de una ley fatal de desarrollo entre los estados, dando materia a las afirmaciones de siclos definidos e inmutables de transformaciones para todos; se descubren los más disconformes resultados.

Asistimos ya a la lucha de la democracia contra las altas clases políticas, y al triunfo definitivo de aquella, en Grecia; hemos visto el combatir porfiado entre plebeyos y patricios hasta arrancarlos, a estos últimos, la concesión de todas las dignidades que ellos tenían como patrimonio suyo, en Roma. Pero mientras los turbulentos helenos asumen el poder y las responsabilidades del gobierno; Roma continúa siendo un pueblo de régimen aristocrático en la administración pública. — De Inglaterra a Francia y Suiza, a través del estudio de las constituciones todas de los estados europeos, vemos una serie inmensa de gradaciones, de matices, hacia la democracia; cuya más alta representación es el derecho de referendum suizo.

Por más que los anglosajones hayan sido los primeros en luchar triunfantes contra muchos de los abusos procedentes del régimen feudal, y por la conquista de las libertades de la burguesía y de los habitantes del campo no propiamente feudales; su gobierno conserva, no poco, de las instituciones aristocráticas y tradicionales; a pesar de su parlamentarismo y de su Gabinete responsable, nos hallamos obligados a evocar la ordenación legislativa de los antiguos tiempos, al ver mantenida la tradición señorial por la Cámara de los Lores, y al considerar como el Rey de Inglaterra y Emperador de las Indias es el jefe de la nobleza. — En España, la Monarquía tolerada por el respeto a su secular existencia, va tomando no obstante día a día cierta apariencia de una República democrática con un Jefe Supremo vitalicio: solo la personalidad moral de Alfonso XIII parece que mantiene por sí el respeto a la realeza.

La nueva forma de gobierno tiene su más alta expresión, para algunos tratadistas de derecho político,

en la vida republicana de Norte América; por hoy, no hay otra nación cuyo régimen esté rodeado de mayor prestigio, y eso en virtud de una falsa apreciación; se piensa: allí, cualquiera y todos pueden conquistar la más alta posición, gracias a la energía desplegada para acumular dólars, y luego, todos gozan de perfecta libertad. En los Estados Unidos estamos frente a una aristocracia, la más detestable de todas, la del especulador, la del usurero, quienes imponen su ley a los demás; y estos se creen libres porque disponen del derecho de elegir amo. La riqueza fuera justo título de superioridad, cuando el reparto de las recompensas sociales siguiera rigorosamente la regla del mayor pago al mejor trabajo.

III

Desde fines del siglo anterior, la discusión relativa al contenido y naturaleza de los hechos históricos, se ha formulado, como la necesidad de reconocer los caracteres propios de los fenómenos representados como series de hechos sucesivos, y los pertenecientes a los de repetición, a fin de resolver si todos los sucesos de la naturaleza están sujetos a una sola forma de reglamentarse o si hay diferencias características para cada grupo de acontecimientos; y en este último caso, saber a cuáles pertenecen los registrados por la Historia.

Con frecuencia se ha señalado a la repetición como su campo propio, la naturaleza material, suponiéndola opuesta en esencia con la vida del espíritu, y a ésta se la dice regida por el constante resultado de creaciones sucesivas donde la repetición desempeña un papel muy breve. Así razona, en síntesis, Gustavo Belot esa doble posición: «En tanto consideramos la naturaleza exterior, nos parece naturaleza *hecha,* fija y sometida a leyes, permanentes e ineludibles. Cuando consideramos las cosas humanas tenemos la impresión de

que esta nueva naturaleza está en transformación perpetua, la vemos como naturaleza *que se hace*, imposible de resumir y de fijar en fórmulas invariables» (1).

En oposición a tal manera de concebir el mundo, se han presentado dos criterios distintos: unos encerrando en la fórmula de procedimientos idénticos a cuantos seres organizados viven: «También la naturaleza, a lo menos la de carácter orgánico, se mueve en una serie de creaciones enlazadas entre sí; muestra también progreso. Por otra parte el espíritu se mueve también en las órbitas trazadas por leyes, reproduciendo continuamente los mismos procedimientos fundamentales» (2); otros borran toda franja de división entre los procedimientos de la vida y los demás del Universo, afirmando con Hinneberg: «tenemos costumbre de reservar la palabra historia para la humanidad solamente; pero esta restricción data del tiempo en que se creía obligatorio admitir un abismo profundo entre el hombre y el resto de la naturaleza; ahora bien, este abismo ha sido precisamente cegado, por el estudio histórico de la naturaleza». Parece tomar este autor de una manera neta, lo histórico por lo cronológico, sin ir más allá de la externa sucesión de los acontecimientos, sin penetrar en las singularidades de cada trabajo vital, donde al elemento circunstancial de afuera hace falta agregar el conocimiento de procedimientos íntimos de elección, originados en un grado más bajo o mayor de conciencia — la subconciencia y los estados inmendiatos de lo consciente. — distintos de las puras fuerzas físico-químicas de la atracción y de la combinación.

Xenopol, tratando de ocupar una posición justa en medio de tantas teorías, complica y confunde en extremo el estudio de la manera de ser de los fenómenos dichos; en efecto, no obstante su oposición rotunda a la falsa creencia representada por la opinión de

(1) De la Teoría de la Historia de Xenopol.
(2) Ibidem.

Ricker, quien había afirmado «que no hay que considerar los fenómenos de repetición y los de sucesión como dos grupos de hechos realmente separados unos de otros, que constituirían, en su concepto científico, para la inteligencia humana, dos realidades distintas; agregando, no hay más que una realidad que existe y se transforma al mismo tiempo»; afirmación tan chocante para Xenopol, que de una manera contínua nos está repitiendo en su estudio: las diferencias entre los sucesos de repetición y los hechos de sucesión, son realidades y no creaciones de nuestro espíritu solo ¿cómo podría nuestra inteligencia reconocerlos y separarlos si no tuvieran su propia existencia como realidades diversas? pero, si una justa reflexión le ha conducido a eso, no sabe cómo explicar la naturaleza de las cosas distintas y vuelve a afirmar indirectamente aquello mismo contra lo cual tanto ha luchado; veamos si nó sus definiciones. «Los hechos de repetición son los que se repiten sin diferencias importantes aquellos cuyas variaciones *oscilan y pueden olvidarse*, para preocuparse sólo de la esencia, de la parte general del hecho. Los hechos de sucesión, por el contrario, son aquellos en que la repetición se realiza de modo que la desemejanza supera al elemento común y en que las variaciones son continuas», serían pues aspectos, podrían llamarse grados, las diferencias descubiertas, pero no naturalezas distintas; a lo sumo representaríamos, interpretándole al autor, al mundo como un cuadro cuyo fondo inmutable fuera el rigor de leyes incambiables y sobre el cual el capricho de las existencias dibujaran los arabescos de nuevas creaciones: lo esencial del suceso sería la ley. Mas, nuestra interpretación le ha dado mayor tinte de verdad a su opinión, no nos dice ni siquiera eso: pues al hablarnos de fenómenos en los cuales predominan el aspecto de uniformidad y otros donde lo principal para el observador es la cualidad de cambio, nos induce a suponer que no cabría hallarse nada objetivo capaz de justificar la separación y sí sólo

apreciaciones individuales, subjetivas; pues un simple cambio de posición o la manera como está constituído internamente el sujeto observador, cambiaría un hecho de sucesión en otro de repetición y viceversa: el historiador que en rasgos muy generales nos contara la sucesión de los gobiernos en los pueblos, sería muy fácil que nos condujera a ver en todas partes un mismo sistema de orden y de evolución; quien se fijara principalmente en los resultados o en lo interno de una manera de ser, podría apreciar de un modo principal las desemejanzas; entre las relaciones de los sucesos en las revoluciones de Inglaterra y de Francia, opuesto sería el juicio, viéndoles en los detalles conforme a los cuales las dos se prepararon o se desenvolvieron, o sólo en los resultados. La psicología individual resolviera de este modo en conjunto el problema; y la justicia de la interpretación hecha de la idea de Xenopol, parece comprobar de una manera plena el autor cuando nos dice: «Los hechos de repetición nos *presentan* lo que tienen de semejante; los sucesivos lo que tienen de diferente» (1), ¿dependerá de la posición en la cual se colocó quien los estudia? nó, nos responde, «¿cómo es posible admitir que es el espíritu que introduce en los hechos las consideraciones estáticas o históricas que dan origen a las dos maneras de percibir los fenómenos? ¿mediante qué milagro?» «la materia misma — continúa — es la que presenta ambos aspectos y el espíritu es fiel espejo de ellos, *no puede hacer otra cosa que reproducir in mente* estas dos maneras de ser de la realidad misma: la de la repetición y de la sucesión»; mas los dos existen en todos los aspectos revestidos por el Universo, y ¿cómo pueden distinguirse? por el predominio de la una u otra apariencia: «Los fenómenos de la naturaleza material, lo mismo que los del espíritu, ofrecen entre si dos es-

(1) Xenopol, ob. cit.

pecies de relaciones; la de la repetición y la de la sucesión, y no podría atribuirse la repetición sólo a la materia y reservar la sucesión para el espíritu»; por fin, para dar alguna base objetiva a la distinción, le oímos fundarla en la lentitud o rapidez de la transformación: «es preciso, no obstante observar, respecto de los fenómenos que varían en el tiempo, que este cambio es tanto mas lento cuanto mas material es el carácter de esos fenómenos, y que se hace tanto mas rápido cuanto más se espiritualizan»; como se ve, bases muy flotantes y de poca consistencia para cualquier análisis, son las así encontradas por Xenopol; ¿cuánta rapidez de transformación deberá exigirse del fenómeno para poder decir de él, que ha traspasado el límite en el tiempo de repetición idéntica, y es un suceso de orden espiritual, o fenómeno perteneciente al orden de los de sucesión? Precisa buscar una explicación más adecuada.

Mi concepción de la historia está ya apuntada: no es la cronología en series de cualquiera clase de hechos, es la morfología de la vida social humana; alguna relación con el criterio enunciado, sobre tal disciplina de nuestros conocimientos, parece descubrirse en Tarde, cuando al hablarnos de la historia nos dice: «es el conocimiento del destino de la imitación», siempre que interpretemos tal frase como «el conocimiento del resultado del fenómeno intermental»; es el aspecto externo de la dinámica social, frente a los internos procedimientos de la vida, estudiados, de un modo particular por la Sociología.

Y ¿en cuánto a los aspectos de repetición o de sucesión? en los hechos históricos creo puede descubrirse con facilidad el predominio del segundo, distinto en esencia del revestido por los hechos constantes de repetición; nos explicaremos: cuando el panorama, las condiciones externas al sujeto de la acción es lo único idéntico siendo los factores subjetivos distintos, nos hallamos

ante el primer caso, los hechos son sucesivos, desarrollados en el mismo escenario; si el sujeto es el mismo, y en el ejercicio de la misma actividad, y las condiciones iguales o poco diferentes, nos hallamos ante la repetición. — Supongamos un ejército en marcha o un río en su carrera, los cuales se hallaren en el caso de atravesar una estrecha garganta donde se amontonan, se comprimen los hombres o las olas; pero al salir al valle se abren en un abanico inmenso de guerreros o de agua; después, un nuevo ejército o un mar de hirviente lava atraviesan idénticos parajes, se agolpan al cruzar la garganta y se expanden en el valle ¿qué hay de común entre el paso del primer ejército y el atravesar, tal vez del ejército enemigo, o entre el precipitarse de los dos ríos? nada, excepto las circunstancias exteriores; estos son los hechos históricos en los cuales intervienen distintos pueblos o la existencia ordinaria vivida por diversos hombres o por psicologías mudables. — Y si un trabajador atraviesa cien veces el mismo túnel para ejecutar idéntico trabajo, y suponiéndole en igual estado de ánimo, dotándole de una energía que no se fatigue y de una inmutabilidad a toda prueba ¿qué habría de diferente en el suceso? pues nada, y estamos en frente a la repetición; claro que toda repetición va mezclada siempre con una dosis mayor o menor de innovación; mas, cuando lo nuevo está en las condiciones exteriores solo, sin ninguna ingerencia en la formación del resultado, no hay sucesión; de ahí lo inaceptable de esta afirmación del autor de la «Teoría de la Historia»: en el curso de los planetas sobre los espacios; el sol y su sistema por ejemplo, nunca recorren igual región del cielo, hé ahí, nos dice el aspecto de sucesión en ese movimiento ¿se ha diferenciado el sistema en rapidez, en el grado de atracción o en las mútuas influencias planetarias por las varias partes de los espacios recorridos? nó absolutamente; y el orden de velocidades, de equilibrio y de recorridos permaneciendo el mismo nos pone en presencia de la repetición.

Compárense nuestras explicaciones con las de Xenopol, quien quiere convencernos de, «Los de repetición son el todo, una parte del cual se separa para dar origen a los de sucesión ».

En razón de la importancia de las materias tocadas en este capítulo, cabría recordarse otros muchos aspectos o cuestiones nuevas íntimamente relacionadas con las de nuestras explicaciones, pero no hace falta agotarlas, ni acaso sería posible, y sólo enunciaremos el problema de las diferencias entre los hechos sociales estudiados por la Sociología y aquellos que interesa a la Historia.

La Sociología, se ha dicho, busca entre los actos de la vida aquellos cuyo carácter es la permanencia, para estudiarlos; la Historia no ve en el hecho la repetición sino el cambio, el avance, despreciando cuanto es pura repetición. La afirmación es falsa por cuantas razones quedan expresadas en el presente estudio; tanto como la Historia, la Sociología se preocupa de la dinámica social, y las leyes directoras de la vida es el aspecto práctico hacia donde tienden los hombre estudiosos de los sucesos pasados. Además como hemos visto la vida es principalmente y ante todo cambio y avance, y la Sociología sigue su ritmo, en la complejidad del mismo; mermado sería el papel de la ciencia de Comte si se dedicara solo a apuntar cuanto hay de permanente en los fenómenos sociales sin describir su evolución y sin descubrir el tejido conjuntivo — para usar de términos biológicos — y las relaciones de los órganos; la Sociología estudia la materia organizada y no los órganos sociales inconexos, por eso « la conclusión consiste en que la Sociología no es la descripción de los hechos sociales, que corresponde a las ciencias subordinadas; no es una ciencia descriptiva sino constructiva; su principal método no es el analítico sino el sintético». (Ward).

CAPITULO II

Manera de comprender la total Historia Humana en cada época.

Auxiliados en el estudio de la constitución político-social de los Estados cuyas vidas pasaron, por solo los datos de la Historia; nos hallamos, es cierto, ante importantes elementos de verdad capaces de iluminar muy a lo vivo las antiguas civilizaciones; pero de graves errores y sugestiones pudiéramos ser víctimas, en razón del contingente puesto por nuestra imaginación, en la manera de interpretar todo aquello que no nos es absolutamente conocido, si no sabemos disciplinar la fantasía para pedirla sólo el colorido del cuadro o el soplo de vida indispensable para infundir realidad a los inmóviles actores de la escena, presentes en cada página de la historia. Y respecto de los pueblos modernos, muchos son los peligros de equivocación de que van acompañados nuestros conocimientos y nuestros juicios con relación a ellos. — En cada momento histórico trabajado por la actividad de los varios pueblos civilizados de la misma raza, entonces en pleno vigor, hay uno entre ellos capaz de considerársele como el mayor exponente de la cultura alcanzada y de donde parece proceder el impulso dirigido hacia todos los demás grupos sociales. — Papel de la conquista en su relación con el difundirse de la cultura humana. — ¿Cabe la colaboración de una Voluntad trascendental en ciertos resultados imprevistos y de importancia imponderable en el sentido del progreso?

I

En el fondo obscuro de las edades que han pasado, van sucediéndose los pueblos: cada grupo tiene un escenario dentro del cual se desarrolla su vida; cada escenario contiene ciertas y determinadas formas de actividad vital.

Todo el misterio de las formas vivas que resurgen al evocar las sombras del pasado por obra de la historia, toman algo de nuestra imaginación, es cierto, pero es solo el escenario lo que nuestra imaginación lo reconstruye, y el olvido de la distinción entre las capacidades de raza y de nacionalidad en los diferentes grupos, es generalmente, cuanto perturba nuestro concepto del hecho conocido. Los sucesos que en un escenario brotan, las historias que en él se desarrollan, tales como a nuestra vista se presentan, tienen como antecedentes ciertos la realidad; y esto no únicamente del dato aceptado sin reservas por la crítica histórica, sino de los sucesos desfigurados por la leyenda, pero en cuyo fondo un criterio desapasionado, o mejor, apasionado por lo verdadero (1); descubre fragmentos de la realidad de cuyo trabarse en armónicas formas, resultará la amplia arquitectura de las civilizaciones enterradas ya. — Eso sí, los dos elementos cuya importancia hemos ya insinuado, no deben perderse de vista un solo instante. Hoy la Sociología ha llegado a demostrarnos con plenitud de luz, como una parte importante de la Historia humana está condicionada por las circunstancias del medio físico en el cual se desarrolla.

— La importancia del conocimiento de la raza y de la nacionalidad, se comprenderá cuando determinemos el concepto de cada una de ellas. —

Quien pudiera seguir a cada pueblo en su largo camino por la Tierra, aquel que le viera abandonar sus áridas estepas o sus campos floridos, empujado por otro pueblo o empujado por la necesidad; quien conociera la cuna de cada raza y su definitivo asiento, y siguiera a cada grupo nacional en sus difíciles peregrinaciones:

---

(1) Nada mas contrario al esfuerzo de reanimar las muertas civilizaciones, que el sujetar los datos históricos a peso y medida, esto es, usar de una comprobación matemática para aceptarlos o no: en todo estudio de las vidas hace falta la intuición.

ese podría reconstruír los hechos sociales y dar a la vida su preciso sentido.

Las arenas líbicas para el egipcio, los dorados y brillantes rayos del sol de los trópicos que incendian las ciudades hijas del sagrado Nilo; las ondas sagradas que dan vida, que llenan de fecundidad la tierra de los Faraones; sólo ellos pueden decirnos en gran parte la vida del egipcio: sus creencias, sus supersticiones, su ciencia y su arte. — Las reverberaciones de la mañana han dibujado con un pincel teñido en oro el curso del misterioso río; sobre su superficie el Omnipotente Sebak-Ra, se embriaga de claridad; y la multitud devota entona el himno de su piedad y de su temor (1).

Mas, si en presencia del paisaje, junto al cuadro bordeado por ancha franja de desolados desiertos, interrogamos todavia a la vida por los orígenes de la existencia a cuyo desenvolverse asistimos; y si cae repentinamente sobre ellos un haz de luz capaz de alumbrar el profundo misterio, por muchos siglos obscurecido, de los varios elementos de raza con los cuales se constituyó ese pueblo; de aquel pueblo que hoy, bajo el milagro de un genio, se levanta sonámbulo de su sarcófago de piedra para relatarnos historias encantadas en el lenguaje universal del símbolo. Entonces, la realidad vivida surgiría de los hechos escasos y sin conexión lógica que hoy la Historia refiere.

Pero si cada generación hundida en el curso de los acontecimientos de la existencia humana, es como un velo que recubre el hecho sucedido y de siglo en siglo se espesan las tinieblas; al contemplar las nacionalidades nuevas, las vidas dentro de las cuales vivimos, tenemos la necesidad de resolver, al lado del problema de la raza, siempre de muy difícil solución, el enigma de las existencias que nos rodean, de aquellas de cu-

(1) Sebak-Ra es en la mitologia egipcia, el dios con cabeza de cocodrilo, o dios cocodrilo.

yas palpitaciones somos partícipes. Conscientes somos hasta cierto punto, de nuestros actos individuales, pero, ¿sabemos algo del papel por nosotros desempeñado en el vivir social? Se afirma actualmente, y por parte de los mas eminentes investigadores de las ciencias biológicas, el hecho de tener cada célula en el animal su conciencia, precisa para ella, y tan difusa en la conciencia del animal, que hacen falta millares de esas voces para formar en el individuo una aspiración o un deseo ¿pasará lo mismo con el cuerpo social? eso parece desprenderse de todos nuestros conocimientos: y entonces, nuestra conciencia precisa y la conciencia difusa del anhelo de los demás, nos envolverán en un mundo de vacilaciones, haciendo para nuestras facultades de conocer, el vivir social incomprensible. Sería necesario elevarnos sobre nosotros mismos y ver desde afuera y desde lejos pero en conjunto al pueblo objeto de tal conocimiento; desde la cumbre de una montaña alumbrar en luz plenísima el valle, donde se agiten las multitudes, donde luchen las parcialidades, y donde el egoísmo individual y el altruísmo cumplan sus respectivas funciones. Pero más todavía, que una nube como al Jehová del Sinaí, nos rodee y nos defienda de toda pasión humana, para sin odio ni apasionamiento, buscar, descubrir y juzgar los sucesos y los móviles o causas de su manera actual de presentarse.

Por eso, nuestro conocimiento de la realidad actual es deficiente, por más que tratemos de investigar en la Historia el motivo de un hecho, las causas de dónde procedió un resultado. O somos actores, aunque sea mínimos en el suceso, o lo estudiamos según la manera de apreciarlo de quienes lo fueron.

* * *

Cuestión de raza y de posición geográfica, es en una considerable parte la historia de los pueblos; y estos dos elentos singularizan la existencia de las nacionali-

dades, haciendo que cada suceso, con iguales antecedentes y con fines semejantes, sean no obstante, diferentes en cada una.

II

Sin embargo de cuanto se acaba de reconocer, no podemos cerrar los ojos ante la evidencia de este hecho: cada momento histórico — considerado sólo bajo el punto de vista de los pueblos civilizados y dentro de cada raza — es un cuadro único con múltiples manifestaciones pero con un solo fin, y dentro, las existencias como existencias humanas perfectas y completas: son seres de un modo total constituídos, son vidas sin limitaciones dentro de su personalidad; pero son también, elementos de determinada civilización:

Semíramis, la gran Semíramis reina de Azur, a cuya voz tiemblan los cimientos de las ciudades, a cuyo brazo no resisten las más poderosas fortificaciones, y a cuya voluntad surgen los pueblos, florecen las ciudades y comienza una nueva civilización; no era sino la síntesis, la encarnación en ese instante del pueblo que dirigía entonces y señalaba un ideal de vida política y social a los estados todos de eso mundo oriental.

Que hay espíritus por cuyas singulares aptitudes podemos considerarlos como inmensos reflectores donde se reciben la luz difusa de sentimientos y de ideas que, con mas o menos vaguedad, se agitan en la conciencia de sus pueblos, de conceptos expuestos, a veces con timidez, de tendencias cuya aspiración sólo se deja adivinar; reciben esos rayos de luz difusa, digo, y luego, en plenitud de rayos los devuelven; claras esas ideas, esos sentimientos precisos, esos conceptos con inundación de luz que a todas partes llega; esto es evidente. De ahí el resultado constantemente reconocido por los historiadores de los imperios orientales, de haber ellos, con frecuencia encarnado una época histórica en una personalidad, confundiendo el trabajo de algunas generaciones,

con el soberano que dió el primer impulso a ese progreso, interpretando los deseos de su pueblo; del hombre en cuya conciencia se llegó a imponer las aspiraciones vaga y tormentosamente sentidas en el fondo del alma nacional.

Pero de la misma manera como hemos descubierto entre los individuos de un grupo el hombre de mayor penetración o de más eficaces ideales e intuición más segura y más clara; así en la comunidad internacional de cada instante en la Historia humana, tenemos la presición de reconocer la existencia de pueblos en cuya conciencia se concreta y toma un relieve magnífico, todas las aspiraciones políticas y de cultura que se siente flotar como una atmósfera de tenuidad inapreciable, para todo observador superficial de los sucesos; condiciones y anhelos ensayados en formas inadecuadas de constitución, entre los pueblos civilizados de aquella época. Con igual, y mayor derecho que los orientales, nosotros podríamos concretar por eso los diversos momentos de las civilizaciones, fijándonos en pueblos capaces de simbolizarlos; diríamos, entre los Imperios antiguos por ejemplo: el período Egipcio, el período Persa, la época de la expansión Indostánica; el momento de mayor esplendor Asirio; el reinado de Salomón etc. etc. Y entre las civilizaciones de Europa: período de arte, griego; desarrollo de la legislación, romano; la unidad religiosa y el Imperio, época propiamente alemana; España conquista un Mundo, y triunfa de todas las naciones de Europa, y al tiempo que crea modelos políticos y de táctica guerrera, levanta los más altos monumentos de la literatura en esa época; el período de las lejanas navegaciones comenzado por España y Portugal y continuado por Holanda, dá a Inglaterra el mas vasto imperio colonial, además, la Reforma surgida en el Continente, toma allí proporciones inmensas y desarrolla las investigaciones filosóficas, influyendo por medio de ellas en toda Europa; Francia, por fin, que siempre había desempeñado un papel activo y de grande importancia en to-

dos los sucesos de la historia desde los comienzos de su vida, triunfa con su revolución democrática de todos los obstáculos por los Reinos seculares de Europa interpuestos; y dirige todo el movimiento de la humanidad hacia las nuevas aspiraciones político-sociales. — Talvez en esta forma debería dividirse los estudios sociológico-históricos del progreso cultural entre los hombres de la raza indo-europea. — ¿Y el porvenir de las democracias americanas? No es tiempo todavía de estudiar esta fase de una nueva civilización que parece insinuarse para el porvenir.

III

Hay momentos de intensa pavura, de confusión en la existencia humana: una actividad lentamente acumulada tiende a desenvolverse, se precipita en una onda de vida que rompe por momentos el equilibrio, que suspende o transforma a lo menos el ejercicio de las otras actividades. Un pueblo llega a la plenitud de su vida: siglo tras siglo se han acumulado sus actividades funcionales, y la energía de la fuerza adquirida va a desarrollarse: la revolución, el trastorno del orden interno puede presentársele como la forma mas inmediata y fácil de descargar la actividad dolorosamente perturbadora; pero con frecuencia, a su ímpetu aparece cual si en manera excesiva pequeño fuera, el espacio de que dispone, necesita nuevos horizontes, nuevos objetos hacia los cuales pueda dirigir sus esfuerzos. El momento ha llegado: la función tiende a cumplirse y sólo falta una inteligencia quien la señale su forma de cumplimiento, una voluntad quien le presente el mejor fin; y entonces, un Ciro o un Alejandro es el hombre del momento, su genio descubre y dirige su actividad hacia el cumplimiento del fin deseable — deseable socialmente o para el egoísmo individual de quien ansía la superfluidad de un esplendor o el triunfo de un mayor poder —. Con Napo-

león asistimos al prodigioso empuje de un hombre capaz de encauzar todas las energías locamente desbordantes y destructoras del pueblo francés, hacia la triunfamarcha de los ejércitos a conquistar el mundo para los nuevos ideales de justicia, reconocidos y proclamados por ellos.

La riqueza de los pueblos, las magnificencias de su civilización, el lujo de sus costumbres, no son las causas reales e inmediatas del hundimiento de los Estados, y ni siquiera del ser derrotados en la lucha; el proceso verdadero de su caída es el siguiente: para el pueblo vigoroso el cual siente la necesidad de expansión, de desarrollo funcional, se presenta también la exigencia de elegir entre los varios objetos conocidos el estímulo mayor, aquel cuya posesión podía inclinar con más fuerza su voluntad; y el estado más rico, el imperio de mayor fausto son para su fantasía el mejor premio al desarrollo de su actividad. — Y se ha dado el caso de ser las condiciones brillantes que hemos dicho, motivos capaces de retardar la caída de un pueblo débil y hacerla menos dolorosa y menos trágica: esto pasó con la Roma del bajo imperio, cuyo prestigio detuvo por largo tiempo a los bárbaros amenazantes e hizo inclinar las rudas testas de los hombres fuertes ante las manos seniles de los Emperadores.

Pero, el pueblo conquistador es generalmente, no sólo el de mayor energía física sino también el de mejores aptitudes morales; y así, las nuevas civilizaciones nacen de la conquista; ésta es en los pueblos antiguos su causa condicionante, a tiempo que es también el medio por excelencia de difusión de cultura. Las preocupaciones sobre todo religiosas, en razón de las cuales se aislaban los pueblos, habrían estratificado caracteres y costumbres volviéndolos inmutables; los Estados como el del grande Imperio Amarillo, se habrían momificado. — Hay momentos en los cuales los hombres creen haber alcanzado el mayor grado de cultura posible: los grandes

talentos como por una rara casualidad aparecen en la Historia juntos, en un solo haz; y por una mayor casualidad aún, la floración de las más importantes ramas de la cultura son concomitantes o inmediatamente sucesivas a los períodos políticos de mayor prosperidad. Ahora bien; agotado ese desarrollo intelectual intenso, se sigue inmediatamente un estado de grave postración; y después, al aparecer de nuevas actividades, por la falta de otros elementos de civilización y por el respeto con el cual el tiempo engrandece y sublima toda personalidad, son los antiguos talentos, los oráculos y los maestros únicos de las nuevas generaciones. El pueblo por su aislamiento y por su orgullo de creyente — de poseedor de la verdad — ; y hasta, por el egoísmo de ciertas clases sociales — la del sacerdocio por ejemplo — , quienes procuran de modo constante y con todo su empeño aislar a las multitudes y fascinarlas procuran, para que sientan íntimo horror a las otras civilizaciones, a pretexto de que pueden corromper la pureza de sus costumbres: bastaría recordar en este punto el celo del legislador hebreo. Por eso, no comparan su personalidad con la personalidad de los otros Estados y dirigiendo su vista constantemente hacia sus antiguas glorias, se sienten al contemplarlas deslumbradas por su brillo y no pretenden, a lo menos, rivalizar con ellas.

Hé aquí el gran valor de la conquista entre esos pueblos: a su aislamiento ha sucedido el contacto con las otras civilizaciones; sus costumbres han sido comparadas con las costumbres de los pueblos de distinta raza o de la misma rama humana pero en grado diverso de desarrollo; y al fanatismo de sus glorias, se han opuesto la admiración de las antes desconocidas glorias, y hasta la fascinación misma de los ideales nuevos. Nuevas costumbres, nuevas ideas, nuevas tendencias, infiltrándose en un pueblo vigoroso aún, y combinándose con el fondo de su carácter nacional, dan principio a un nuevo progreso en él.

El conquistador, lleva a todas partes y de todas to-

ma ciertos elementos de vida, los pueblos conquistados reciben todos esas influencias y las amoldan a su temperamento.

Parece que hay algo de providencial en todo esto: cuando las costumbres, cuando las civilizaciones, no pueden combinarse fácilmente — por la oposición de sus caracteres por ejemplo — entonces, los conquistadores, como los conquistadores asiáticos, quienes no podían dedicarse — en su efímera vida de rápidos triunfos y repentinos hundimientos de sus imperios — a un lento y difícil trabajo de cultura, recurrirán a un medio violento y odioso, el del trasplante:

Así, los hebreos tomaron los principios de su teología de los odiados egipcios, así vivieron en la Babilonia y en la Asiria; y el dolor de esos destierros forzosos, la angustia de un pueblo extranjero en medio de sus familias, nos han referido sus profetas en hondas lamentaciones que aún resuenan, como un grito de angustia, en el alma de todos los pueblos.

Roma, por su mayor cultura o acaso por una política más previsora, hizo de sus colonias las partícipes de su propia existencia, les dió la savia de su propia civilización, sin recurrir a medios artificiales y sin descubrir tampoco el egoísmo de sus procedimientos. Roma supo, en determinadas ocasiones, convertir la fuerza, la coacción que supone toda conquista, en el derecho de mantenerla, por una lenta asimilación de sus colonias: mediante su cultura, mediante su constancia en el trabajo de nacionalizar, si vale la palabra, los pueblos sometidos.

* * *

Si se aceptan las indicaciones propuestas para explicar en un gran número de casos el repentino aparecer de Imperios poderosos preparados a la conquista; y si además se reconoce el poder de civilización oculto en

ese triunfo mismo de la violencia; entonces, la razón se inclina a justificar, en algún tanto, las guerras de conquista; pero cuando la cultura es fácilmente trasmitida, cuando los pueblos sienten la necesidad de comunicarse; no teniendo una explicación racional, no aparece ante nosotros como una necesidad sino como un crimen. — Con todo, repito y subrayo: jamás será la conquista obra sola de la ambición de un hombre, ni resultado plenamente reflexivo y profundamente conciente del querer de un pueblo. El esfuerzo poderoso que desarrollar debe el Imperio conquistador, no se acumula por la sola voluntad del déspota, éste reconoció sólo el ímpetu capaz de producirse por la actividad acumulada y supo aprovecharse de la tendencia dinámica de esa actividad. Como en todos los órdenes de la existencia la energía excesiva disponible, exige un inmediato empleo para no estallar desordenadamente; el grupo humano siente de un modo igual la necesidad, sin alcanzar a comprender la forma mejor o la posible del empleo de tales fuerzas. Pero hay mas, a veces la responsabilidad que recaer hacemos sobre un hombre, no es responsabilidad suya por entero, es ceder en parte a las exigencias de su pueblo, concientemente manifestadas o manifestadas en forma indirecta, pero no por eso menos eficaz. La opinión pública o señala una aspiración o insinúa un procedimiento:

Alemania por ejemplo, fascinada por los delirios de superioridad de raza con que le han halagado sus filósofos, orgullosa de la fuerza adquirida, creyó que era el mundo suyo; a su cabeza tenía un Emperador loco también, fanatizado por los mismos delirios de grandeza, y quien como el Odín de la leyenda, ofrecía a sus súbditos como recompenza a sus heroísmos, el derecho de gobernar el mundo. — Los crímenes casi fantásticos con los cuales Alemania desoló a Europa, culpa es de la tradición que desde hacía muchísimo tiempo, se iba inculcando en aquella nación; ante todo, tradición de superioridad de raza, y después, tradición de la necesi-

dad moralizadora de la guerra para fortalecer las naciones y despertar entre sus individuos el sentimiento de patria y el de sacrificio; mas esas opiniones teóricas, es justo decirlo, no hacían sino despertar los bárbaros e inconscientes principios de los germanos de la invasión; por eso, no obstante el presentarse en los modernos tiempos aquellas enseñanzas filosóficas como delirios metafísicos sin ningún valor práctico, fueron capaces de penetrar de manera profunda en la conciencia nacional. El sabio y prudente Hegel, enamorado de la belleza y reformador de la estética moderna les enseñaba: Dios confiere el triunfo al pueblo cuya causa es la de la justicia. Y el sombrío Nietzsche: la guerra es el estado perfecto de la humanidad, para la supresión de los débiles y de los ineptos; y la paz debe ser un estado transitorio para prepararse a nuevas luchas.

Y al lado de todo eso era fácil descubrir: el hábito social de un respeto ciego de un pueblo respecto a sus gobernantes, el cumplir sin resistencia de sus voluntades todas, y en fin, había la impulsión que, subida de abajo, bajaba de nuevo en la manía sin nombre, de grandeza, de Guillermo II. — Hé ahí los motivos de esa inmensa tragedia, que la hemos llamado la *Guerra Europea*.

IV

No he creído jamás que todo triunfo consagre una justicia, pero hay momentos en los cuales la evidencia de los hechos nos hace imposible desconocer la justicia de un triunfo. A veces, es tan inminente, dadas las circunstancias del momento, el peligro de que una conquista difícil y lentamente alcanzada vaya a perderse, la lógica de los hechos nos presenta con tanta claridad el resultado definitivo como el naufragar de todos los ideales esperados con el triunfo, con tantas angustias y a merced de tanta sangre perseguido; que no dudamos ya del resultado. Mas, por una casualidad, por la

combinación de extrañas coincidencias, por un conjunto de circunstancias imprevistas e inexplicables, el resultado, de negativo que parecía ser, se vuelve favorable; el sacrificio destinado a ser estéril, a no dejar frutos por la lucha de los altos ideales con la dura realidad, produce una civilización ¿cómo explicar entonces este resultado?

Si las causas naturales no dan sus efectos respectivos, si un mal inminente se transforma en un progreso verdadero, si las leyes amorales de la casualidad se convierten en reflexivas y racionales reglas de justicia; es que alguien intervino junto al libre funcionamiento de esas leyes, evitando sus resultados fatales; es que alguien produjo causas repentinas capaces de llegar a mudar esos efectos: causas Providenciales las cuales reobran sobre los antecedentes naturales de un hecho o de una serie de acciones.

Ver una Voluntad poderosa quien desde afuera y en forma providencial dirija a la humanidad hacia el progreso, en ciertos, pero limitados momentos de su historia, creo ser necesario; pues la ciega casualidad no procede racionalmente en la elección de los motivos o de los resultados. — Muy rara vez la Divinidad se mezcla de un modo inmediato y actual en el proceso de la vida humana, pero entonces, es siempre en el sentido de un progreso, de un bien. El mundo en todas sus esferas, la vida en todas sus manifestaciones, están regidas por leyes naturales; pero Dios, al intervenir en la vida humana por ejemplo, no cambia sus leyes, sino que produce de una manera artificial ciertas causas capaces de estorbar el libre funcionamiento de alguna Ley, o quizá mejor, causas que modifiquen los resultados que una ley natural debía producir.

No es esto reconocer, sino en una parte muy restringida, la exactitud de las afirmaciones de la Escuela de

la Teología social: ella ha afirmado siempre el continuo y eficaz poder de dirección de la Suprema Voluntad en la marcha de la vida humana: ya para producir un efecto determinado hacia el cual, directa o indirectamente han contribuído todos los hechos históricos, como trató de probar Bossuet en su «Discurso sobre la Historia Universal», la preparación de los imperios antiguos para el advenimiento del Mesías y recibir su palabra de vida; — dentro de cuyo marco de concepción se oprimía y desfiguraba cuanto sucedió en ansia de comprobación de la teoría. — Ya para descubrir en la actividad divina, el impulso y la dirección de siempre en cualquier avance del progreso general, dejando muy corto espacio, tanto a la iniciativa humana, como al funcionamiento de las leyes naturales; según se descubre hasta en las afirmaciones de ciertos libre-pensadores como F. Laurent. — Para nosotros, insistimos, esa actividad no es continua, no es factor constante de la vida de las naciones, sino en lo absoluto ocasional.

Nota. — No puedo por menos de expresar mis profundas vacilaciones y mi repugnancia a buscar un Dios director de escena y cuyo poder se nos manifiesta interviniendo cuidadoso por la prosperidad del hombre; pero, mientras no se descubra una explicación suficiente de los resultados, tales cuales lo hemos encontratado, y sólo viendo el suceso bajo el aspecto de su justicia — no constante para todo triunfo como afirmaba Hegel, sino en los momentos de mayor inquietud humana; cuando ruedan los acontecimientos en tal forma que nos enfrentamos casi con el cataclismo y de un modo repentino cambian de orientación sin nada aparente, sin otro motivo que lo racional del fin — ; mientras a la casualidad no se la suponga un ente dotado de razón, un dios como el Hado griego, capaz de querer y ordenar el mundo según su voluntad; no nos será posible cambiar el expresado modo de pensar.

LIBRO SEGUNDO

TRATADO DE LAS RAZAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM SCIENTIARUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

La teoria de la evolución, rompiendo con el tradicional concepto de la individual y directa creación por parte de Dios, de la primera pareja humana; ha dado materia a las ciencias sociales para profundas meditaciones, sobre problemas nuevos de la historia natural del hombre. Uno de los más importantes es el relacionado con las varias especies en que está dividida la humanidad: el origen de las razas, la capacidad del hombre como miembro de cada una de ellas y el valor que representan como elementos de progreso en la Historia; el monogenismo o la poligenia tiene intima relación con todo esto.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CAPITULO PRIMERO

Varias opiniones referentes al estudio de las razas.

Para ciertos autores, toda la vida humana en su complicación y diferencia de manifestaciones, puede ser explicada mediante el criterio de la diversidad de razas a las cuales pertenecen los pueblos factores de la Historia. — La tendencia contraria afirma la insignificancia del factor racial para representar el modo de ser de la existencia de los grupos étnicos; llegando en sus exageraciones, hasta a negar la realidad de las razas, llamándolas creaciones de nuestro espíritu. — Opiniones de Gustavo Le Bon.

I

Dentro del caudal de los conocimientos humanos, hay un capítulo de singular interés para cuantos se preocupan del conocimiento de la Historia general o de la Sociología de la existencia de los pueblos; este capítulo es el relacionado con las investigaciones sobre la raza, sus caracteres diferenciales y el resultado procedente de ella, en la forma de arreglo de la vida en los grupos sociales.

* * *

Ampliamente extendida fue durante algún tiempo, la corriente de dar una preponderancia absoluta el elemento de nuestro actual estudio, para la explicación de las varias manifestaciones históricas o funcionales de los Estados conocidos, después se ha reaccionado de

un modo excesivo; y en torno de esas dos maneras de concebir, se han agrupado un sin número de opiniones. Apuntaremos algunas, con indicaciones suscintas de los errores en ellas contenidas, antes de exponer nuestro criterio.

Hipólito Taine dice en su «Historia de la Literatura Inglesa»: «Lo que se llama raza, son las disposiciones innatas y hereditarias que el hombre trae consigo a la vida, y que, comúnmente, van unidas a diferencias marcadas en el temperamento y la constitución del cuerpo». (1) Concluída ahí la definición, habría sido en muchos sentidos aceptable y hubiera tenido la suficiente amplitud, pero parece sufrir una desviación el criterio del autor al agregar como agrega: «Es la primera y más rica fuente de esas energías predominantes de que derivan los hechos históricos». La Historia se representa en la realidad de los hechos y la Sociología en la naturaleza de las constituciones, como trabajo de pueblos distintos, aún dentro de la generalidad de una raza común. Evidente es la equivocación de las nociones en esta materia, por parte del autor francés, pues en otro lugar de la misma obra nos enseña: para poder darnos cuenta exacta de una literatura y para una crítica científica de la misma, hace falta estudiar el medio, la raza y el momento de su producción; honda visión psicológica del fenómeno social literario, en verdad, pero en donde se precisa la confusión de nociones entre raza y nacionalidad, o acaso también con la formación de los estados nacionales; cosas en lo absoluto inaceptables, como en tiempo oportuno razonaremos.

No tiene de seguro otro sentido la explicación de Souffret, quien afirma: «en la disparidad original e indeleble del carácter distintivo de las razas hay que

(1) H. Taine «Historia de la Literatura Inglesa», t. I (traducción castellana).

buscar el principio fundamental de la diversidad de las civilizaciones». Brunetiere cree poder definir la raza, como «El elemento irreductible entre todos, el que separa la humanidad en familias distintas»; agregando, para transformar de un modo total tan amplio criterio — capaz de aplicarse a las cuatro razas humanas — es «el último término del *análisis literario, filológico, lingüístico y psicológico,* más allá del cual sólo hay incertidumbre y misterio». Dentro del estudio de las razas humanas — sería de preguntar — ¿cuál es el valor de la filología respecto a la clasificación? relación alguna en cuanto a los términos de sus respectivas divisiones, no cabe; pues, si consideramos a los amarillos por ejemplo, casi todas las formas gramaticales de las familias de idiomas reconocidas por la lingüística, puede descubrir se en el lenguaje de sus diferentes pueblos. La limitación en cuanto al contenido de la noción y su inexactitud, están de un modo claro determinados.

Muy otro que los sistemas de clasificación precedentes es aquel al cual nos induce el francés Lapouge, para quien, los caracteres morfológicos y a lo más la fisiología individual, son los únicos elementos dignos de tomarse en cuenta en un estudio de la raza; las razas lo son, como entre los animales, en razón de la forma o constitución externa, y así se reconocen las de los dolicocéfalos y braquicéfalos, rubios o morenos; nada de caracteres morales, ninguna circunstancia psicológica; (1) y la Zoología ha informado de tal modo su manera de comprender y diferenciar los grupos humanos que le ha conducido a esta afirmación, para cualquier otro criterio, inexplicable; «Ningún parentesco de raza une a los belgas, los italianos y los espa-

(1) Y es tanto más admirable ese olvido de los caracteres psicológicos, cuanto en la definición los tomó en cuenta: es «la presencia de los caracteres fisiológicos y *psíquicos* que constituyen el tipo de ella» «La selección social».

ñoles que hablan lenguas hermanas. Por el contrario hay verdadera identidad de raza entre los braquicéfalos auberneses, los badenses, los piamonteses, los suizos, los bávaros y los albaneses», es la medida de las falsas interpretaciones a donde puede llegar el desarrollo lógico de una teoría: para los hombres como para los demás animales sólo debe preocuparnos su aspecto físico en la clasificación; y si alguna vez se fija en los caracteres psíquicos, es como de rechazo, cual si se tratara de un accidente que acompaña a cierta conformación orgánica; y entonces nos anuncia: «No sé de ninguna población superior, cuyo índice sea inferior a 74°» (1).

II

Y son las opiniones de Lapouge, a la manera del término de transición entre cuanto afirman los admiradores de la raza y aquellos cuyo empeño se encamina a destruír todas las preocupaciones, según ellos, de tal creencia; a éstos les oímos afirmar: nada hay en la realidad que equivalga a las creaciones de nuestro espíritu de las diferencias raciales, «éstas son entidades de nuestra mente; la realidad es el individuo» (2); desafiando a veces, con Lacombe, a los *idealistas* creadores de las razas, a mostrarles «entre el pueblo francés y el pueblo inglés, considerados como grandes individuos, una diferencia cualquiera, cuya importancia sea igual a la que existe entre el francés furioso y el francés sumiso, entre el ignorante y el genio de la misma nacionalidad» ¿no existe? luego no hay verdaderos caracteres de los pueblos como colectividades, capaces de diferenciarlos.

---

(1) Lapouge: «El darwinismo en las ciencias sociales» y «La selección social».

(2) Lacombe «La Historia considerada como ciencia».

Muchos de los errores expuestos, y entre ellos los de Lacombe, proceden de una falta de apreciación biológica de las sociedades estudiadas; en lo social, semejante en gran número de aspectos con lo individual, precisa ver y comparar grupo con grupo, persona con persona en toda la complejidad de su organización y de sus actividades funcionales; y la realidad se impone con tanto vigor, que el mismo Lacombe se vió en la necesidad de reconocer: el término medio del carácter inglés es la flema, mientras en los otros pueblos esta cualidad constituye la excepción, *pero existe*. En sentido paralelo a las objeciones del recordado escritor contra la sustantividad de las especies de hombres, nosotros preguntaríamos: ¿no es verdad que para la constitución orgánica de toda persona individual humana prestan su contingente, la linfa, la sustancia y fluído nerviosos, el torrente sanguíneo y la bilis? y ¿no habrá por eso, real diferencia de temperamentos entre los hombres por el predominio del uno o del otro?; por otra parte, glosando también las frases de Lacombe: ¿dadme alguna diferencia igual a aquélla que se descubre entre el hombre civilizado, medio, y el incapaz mental, el idiota; o entre los genios de los pueblos cultos y los salvajes, cuyo poder de pensar no les permite tener nombres sino para los actos más comunes de la vida o para contar hasta el número cinco? ¿dadme, digo, igual diferencia intelectual a las ya anotadas, entre el común de los hombres, sobre todo cuando se presentan en multitudes, y los animales superiores? El idiota ni habla, ni piensa, ni quiere, apenas si se descubren en él las necesidades materiales y la pasión generatriz; mientras el mono, el elefante o el caballo, tienen una vida psicológica incomparablemente superior; ¿por la contemplación de esas circunstancias nos creeremos autorizados para afirmar: el grupo humano en conjunto, no se diferencia del grupo animal; sólo hay particularidades individuales entre seres de la misma especie? — El mismo escritor

cuyas opiniones refutamos, hubo de recurrir a una limitación, la cual significaba repudio de las anteriores opiniones; respondiendo a ciertas objeciones hechas a su manera de pensar, la declara aplicable sólo a las razas superiores entre sí y a las inferiores entre ellas.

Novicow no se conviene con la idea de una superioridad mental de ciertas especies de hombres y la existencia de grupos inferiores, más débiles en esa clase de aptitud; considerando estas afirmaciones como procedentes, o de una fantasía propia del orgullo de los blancos o de una falta de conocimiento de las circunstancias por las cuales se han desarrollado ciertos pueblos y algunos nó. No hay falta de aptitud en los retrazados en el progreso, nos dice, y si únicamente, falta de medio adecuado: «Contienen los hombres un número muy reducido de ideas, no porque sean incapaces fisiológicamente para contener una porción más amplia, sino porque el medio social no les brinda ocasión para ello». Sería de preguntarle, ¿cuál es la causa o motivo de no haber creado éstos un medio social capaz de facilitar el desarrollo de sus individuos, conforme le han hecho los hombres de otros países? ¿en razón del medio físico habitado por aquéllos? pocos países más aislados del resto del mundo que el Indostán, y su civilización fue prodigiosa; avaros en producción eran los terrenos donde habitaban los griegos, y fué brillante su cultura. ¿Será la causa su aislamiento? pero ¿por qué voluntariamente se aislan?. Y continúa Novicow: «Imposible medir la potencia virtual de los cerebros humanos; así, viendo cuan limitado es el presente del cerebro de los cafres o de los zulús, cabe preguntar si ello se debe a que las circunstancias geográficas e históricas no han llevado a su país una gran corriente intelectual, o porque los cafres son impotentes para reunir muchos conocimientos», el autor reconoce como única causa la primera.

---

(1) J. Novicow «El porvenir de la raza blanca».

— He dicho antes, y lo repetiré muy pronto con mayores detalles; para mí, toda raza es capaz de cultura; pero sus civilizaciones tendrán una orientación general distinta, una alma o potencia interna tan capaz de diferenciarlas que es patrimonio intransferible de cada raza su particular forma de progreso; y no se argumente con el profesor de la Universidad de Odesa: «El mas notable de los caracteres psicológicos es el idioma que caracteriza por excelencia las facultades mentales de los grupos humanos; el vocabulario de una lengua es como una enciclopedia popular, porque no se da nombre sino a las cosas cuya noción se posee. La gramática y la sintaxis son la quinta esencia de la lógica de un pueblo; la lengua es el lazo más íntimo de las facultades mentales. Si, pues, la raza estuviera dotada de caracteres psicológicos tan fijos como las notas fisiológicas, ellos se advertirían de modo principalísimo en el lenguaje. Si una raza es refractaria en lo absoluto a las ideas de otra, deberá serlo principalmente a las gramáticas y a las sintaxis extranjeras que constituyen el fundamento positivo de la idiosincracia mental. Mas ¿qué nos enseña la realidad? Los hombres de una raza aprenden con facilidad el idioma de otra». Se nota ahí ciertas confusiones, e ideas cuya rectificación hace falta.

Si el lenguaje es «el lazo más íntimo de las facultades mentales», o, para usar de una expresión mas sugerente y real, es el necesario apoyo para que nuestro espíritu pueda levantar las atrevidas construcciones de su abstracción y formular las ideas generales; pero la palabra no es rígido molde de incambiable figura, por el contrario, es sustancia fundible una y otra vez, para todos los casos; como en el linotipo, el plomo para las letras de constante renovación. Cierto que quienes tienen una palabra deben poseer una idea equivalente, pero no la misma para todos: cada cerebro es una retorta donde se funde como materia bruta el lenguaje, para convertirse en moldes de cristal que encie-

rren las diferentes ideas adquiridas: la palabra es molde de la idea, pero el pensamiento forja, hincha en determinada forma el recipiente. — Habladles de montañas, explicadles lo que son, a ciertos habitantes de los polos supongamos, quienes no conocieran sino el terreno llano y el destacarse solemne de los icibergs, y al adquirir la palabra la recibirán como el continente de un concepto inmensamente distinto del que tiene para los habitantes de países montañosos. — Por otra parte, y dentro también del ejemplo de Novicow: hay casos en los cuales un amplio desarrollo del idioma, no es signo de actual grado muy alto de cultura para quienes lo emplean, y sólo representa el recuerdo de una época muy avanzada anterior, para los decaídos sucesores de los hombres por cuyo esfuerzo se adquirió. Entre ciertos pueblos pre-colombianos de la América del Sur hallados en la barberie y aún viviendo en pleno salvajismo, se descubrieron idiomas muy avanzados y ricos, (pueblos a los cuales se les nombrará en tiempo más oportuno); éstos, evidentemente, no podían conservar el lenguaje con toda la herencia de esfuerzos y conquistas necesarias para su formación. — Le Bon ha dicho de una manera justa; muchísimos de los términos trasmitidos a las lenguas modernas, por una herencia griega o romana, tuvieron en el país de origen, sentidos en lo absoluto distintos (1); ¡y en verdad, la democracia griega cuanto no dista de nuestros conceptos de democracia!

Para concluír con los impugnadores de las ideas de raza y de diferencia de aptitudes entre los hombres, hablemos de Finot, este autor ha pensado: «la inteligencia humana puede llegar unificándose, a unificar también los tipos materiales, y que no sería posible poner en duda la mejora de los negros y su aptitud para

(1) Véase la importante obra de Le Bon «Psicologia de las multitudes».

acercarse a los blancos en el punto de vista moral, intelectual y físico» las «divergencias están destinadas a desaparecer, nos dice con un optimismo muy recomendable, puesto que sólo hay una humanidad y no razas de hombres inferiores unas y superiores otras». Para reconocer y distinguir las razas es necesario tener presente el elemento moral, claro está; mas, las cualidades morales no son las creadoras de las especies, sino que cada una de estas viene dotada de esa predisposición. Nunca el negro ilustrado, el sabio japonés o chino, ha logrado cambiar su fisonomía por virtud de sus cualidades psíquicas. (1)

III

Para Gustavo Le Bon, la raza es una formación espiritual capaz de producir todas las modalidades de la Historia, cuyo aparecer lo relacionamos con el temperamento de los diferentes pueblos factores de ella; esto es, la psicología particular de los grupos humanos explica toda la vida de la humanidad, mas a esas varias psicologías de grupos, los llama indistintamente el autor, raza o carácter; y a pesar de su entusiasmo por la idea de las diferencias raciales, no profundizó bastante la materia, y son muchas las obscuridades y contradicciones del escritor francés en tal estudio.

¿Cuál será el objeto por ejemplo, de dividir las razas en naturales y no naturales? ¿cuáles son las artificiales y cuáles no lo son? «Entre los pueblos civilizados no hay razas naturales, le oímos afirmar, sino solamente razas artificiales creadas por las condiciones históricas»; podríamos repetir con Novicow, todas cuantas existen en la Naturaleza son formaciones naturales (2). Si se designara como formación artificial procedente de «las

(1) Finot «Los prejuicios de la raza».
(2) Novicow ob. cit.

condiciones históricas» a la nacionalidad, tendría a lo menos la importancia de cumplir una necesidad extricta de clasificación; pero nos hallamos en la casi imposibilidad de saber a cuáles grupos de hombres aplica ese distintivo, pues se complica todo de una manera intraducible por las explicaciones y ampliaciones de concepto del autor; según él, «los caracteres morales e intelectuales de un pueblo, representa su pasado, la herencia de todos sus antecesores. Los muertos han creado siglo tras siglo, nuestras ideas, nuestros sentimientos y consiguientemente todos los móviles de nuestra conducta. El conjunto de ideas, de sentimientos que todos los individuos de un mismo país traen al nacer, *forma el alma de la raza*», en estricto sentido los móviles de nuestra conducta social, en cada época, pertenecen al Estado o grupo político del cual formamos parte, y donde no siempre se agota el caudal de individuos que componen el pueblo nacional. Como consecuencia natural de las afirmaciones últimamente transcritas, nos dice, «que los hombres de cada raza, *cualquiera que fuere su nivel social* poseen un bagaje indestructible de ideas, tradiciones, sentimientos y modos de pensar, heredados inconscientemente de sus antepasados», y sin embargo en otro lugar de la misma obra nos enseña el autor de la «Psicología de las multitudes»: «Cuando se comparan entre sí los promedios de las razas, las diferencias mentales se atenúan extraordinariamente», y claro, para constituírse una herencia intelectual «no exige, como la creación de una especie animal, esas edades geológicas cuya inmensa duración está fuera de todo cálculo. Exige no obstante, tiempo bastante largo. Para *crear un pueblo como el nuestro — el francés — y todavía en grado muy* corto, han sido precisos más de diez siglos». No puede ser más evidente la falta de distinción entre las nociones de estado, pueblo nacional y especie de hombres, reunidas indistintamente con los términos raza o carácter.

Y si bien piensa Le Bon, en relaciones de duración

semejante entre los caracteres psicológicos y los físicos, (1) las condiciones morfológicas de la especie casi no le preocupan; es el extremo opuesto de la concepción de Lapouge. Por último, para cerrar el paso a cualquiera interpretación justa de sus opiniones sobre la raza, encontramos en su trabajo: «Casi todas las razas históricas están todavía en vías de formación, e importa no olvidar, para mejor interpretar la Historia. Sólo el inglés de nuestros días representa una raza casi absolutamente fija». (2)

Gran parte de las falsas apreciaciones descubiertas en los autores por nosotros citados, proceden de la falta de cuidadosa distinción, entre los grupos raciales y las formaciones nacionales y de los estados.

---

(1) «La raza posee caracteres psíquicos, hallamos en Le Bon, casi tan invariables como los caracteres físicos».

(2) Para las opiniones de Le Bon en la materia del actual estudio, véase la «Teoría de la Historia» de Xenopol y «El Porvenir de la raza blanca» de Novicow; no conozco la «Ley Psicológica de la evolución de los pueblos» y por eso en mi exposición me he ceñido a los datos de las obras ya citadas.

CAPITULO II

Noción de la raza y clasificación de esos grupos humanos

¿Debe considerarse a las razas, según la afirmación hecha por Gustavo Le Bon, como unidades culturales? y por otra parte ¿podrá ser éste un criterio suficiente para una clasificación de las diversas especies en que se halla dividida la humanidad? Precisa ante todo descubrir la significación del término cultura sea a lo menos en su más amplia acepción; mas, de eso resultará su posibilidad de servir para caracterizar las nacionalidades, pero nó para clasificar las razas. — Formación de las organizaciones nacionales y causa de sus singularidades de constitución. — Como en todo estudio social, y singularmente en el de las razas, el sujeto primero y directo de la investigación es el individuo, hombre: y en él los caracteres externos, por ser los indicadores de su temperamento como causas fisiológicas del mismo, tienen una importancia primordial en el conocimiento de su psicología. — Aspectos cuya consideración nos explicará el significado propio de la palabra raza. — Número y clasificación de las especies.

I

Cada raza representa una historia; pero ¿de qué manera?:

Gustavo Le Bon ha dicho: la raza es ante todo una unidad de cultura; mas por amplia significación que demos al término cultura y aun cuando vayamos a exa-

gerar su propio sentido, hace falta colocar al lado suyo otro que significa una afirmación indispensable; es ella también una unidad antropológica. Y esto, si consideramos a la palabra raza — destinada a clasificar los más amplios grupos entre los cuales puede dividirse la humanidad — como aplicable a las agrupaciones nacionales; concepto inadecuado, como pronto veremos.

El grado de cultura es el estado de adelanto al cual llegó una vida social, es en difinitiva, el progreso de un organismo político o de grupos más amplios, como la nación o la raza; pero es el adelanto, el progreso externo; la constitución de ciertas instituciones sociales y con un fin más o menos humano. El único modo de medir la cultura en cualquier Estado es el de estudiar sus instituciones: ¿existen todas? ¿falta alguna? ¿cuál es el concepto moral que las informa? — es decir, concepto de moralidad externa del cual vienen informadas en principio las instituciones —. Esto es cuanto la palabra cultura contiene dentro de su significado natural, dar mayor extensión al contenido de este término, considero, violentarlo en el sentido de un convencionalismo sin objeto.

Pero ¿el grado de cultura hemos de medir por nuestro concepto de la civilización europea o se ha de tener en cuenta una idea racional de progreso? Mas ¿acaso no nos vemos fascinados por el concepto de que el progreso mas racional es aquel dentro del cual vivimos; señalándose así una primera causa de error propia de la ordinaria constitución mental de la persona humana?, y, dentro mismo de idénticas orientaciones generales ¿cuántas semejanzas externas no encubren profundas, efectivas diferencias, difíciles de descubrir sino por un análisis prolijo? por último, ¿las diferencias en las modalidades espirituales, no aparecen entre las naciones como entre los hombres en razón de sus constituciones anatomo-fisiológicas? De falta de sufi-

ciente penetración o de estudio bastante de todos estos problemas, surgen gravísimas confusiones en cualquiera investigación social.

Y limitando a su justo valor — dentro de algún sentido — al término cultura ¿cómo explicar mediante ella la particularidad de vida de las provincias romanas si Roma tenía el terrible privilegio de asimilarse todas sus conquistas? — como dice en una frase exactísima el historiador Guizot — (1). — Sean cuales fueren las semejanzas de cultura hay un abismo psicológico entre los pueblos. Veamos en conjunto las leyes, comparemos en abstracto las instituciones, y Europa se nos presentará como una inmensa familia; y sin embargo, qué diferencias no existen entre la vida llena de entusiasmos, de heroísmos y de violencias llena, como la del pueblo francés y la rigidez aristocrática de la vida de grandes cálculos políticos de la nación inglesa. Los entusiasmos heroicos de redención de Francia; los delirios sombríos del germano, que sueña con raudales de sangre derramada, con danzas fantásticas de guerras de exterminio en las que quiere retemplar su espíritu al pueblo alemán; la indolencia del español o el italiano; la nacionalidad en formación aún, del ruso: ¿son únicamente diferentes momentos de una sola cultura en individuos de idéntica constitución orgánica y psicológica? Nadie se atrevería a afirmarlo.

Nó, la vida de un pueblo no es cultura sólo, no es imposición externa de instituciones y costumbres; y por el contrario, hasta su civilización — modo especial de vivir los pueblos una cultura — toma la forma en que

(1) Guizot, en su «Curso de Historia» hace la observación a la cual nos hemos referido. Y en verdad que no era un progreso para el Mundo, esa tendencia inmoderada a la absorción perfecta de sus colonias, por parte de la antigua Roma, pues perturbaba profundamente la tendencia humana de especialización de las vidas políticas y sociales, que es también un principio de progreso.

se manifiesta y sus matices toma, de la particularidad antropomórfica, supuesto de la nacionalidad. Podemos afirmar sin equivocación alguna, y modificando en el sentido de las consideraciones hechas, la frase de Le Bon: en cada civilización, diríamos, cada cultura se manifiesta como cultura de un pueblo, y así, cada una de las civilizaciones posibles de descubrirse, suponen una nacionalidad.

En efecto: si las diferentes razas (1) dan a los pueblos que dentro de ellas viven *su aptitud para participar de una cultura;* la nacionalidad al recibir para su vida esa aptitud, la reviste del sello de su personalidad: así, las instituciones que una sola idea cristalizan, en principio idénticas, nacidas por la fuerza espontánea de unos mismos ideales; son al realizarse, al vivir, instituciones de un pueblo, con los caracteres por el temperamento especial del mismo conferidos.

II

Mediante lentas y difíciles transformaciones, mediante el esfuerzo combinado de múltiples energías, la nacionalidad se forma; y su temperamento así formado, será el alma que dé su singularidad a cualquier acto de la vida del pueblo, será el sello que su personalidad preste a cualquiera institución nacida dentro de su organismo. Así es como cada institución se caracteriza como distinta de las demás, nacidas al impulso de una misma idea y para llenar una misma necesidad, pero en diferentes grupos.

— El pueblo se constituye de la suma de habitantes

---

(1) Como antes hemos dicho: la raza puede ser genéricamente considerada o en su aspecto específico; es decir, la raza propiamente dicha, y la nacionalidad. Siempre llamaremos en nuestro estudio, repito, a la raza específica nacionalidad, a menos de indicar de un modo expreso lo contrario.

de una Nación; y la nacionalidad es un producto histórico-geográfico que singulariza a amplios grupos de población; quienes en razón del medio físico común, sobre una misma constitución racial y por la comunidad de vida, llegaron a ser iguales entre sí, y diferentes junto a los otros grupos sociales. —

La comunidad externa de instituciones significa ya, aspiraciones y tendencias iguales; es decir, un fondo común entre los que las poseen. Mas debemos explicar: las instituciones deben ser posibles, primero, y necesarias también para el organismo: si no son posibles, si van contra el modo de ser de su particular forma de existencia, no pueden subsistir, pues en todo organismo el órgano que se crea vive en razón de la sustancia vital ofrecida por el mismo para tal subsistencia. — Así es como las instituciones republicanas no vivieron mucho tiempo en Inglaterra, y es por eso también, porque la religión que imponía por único culto el de la diosa Razón, murió apenas nacida, en Francia. Si hay repugnancia continua y vehemente del cuerpo social a una innovación, su vivir artificial no puede ser duradero.

Por otro lado: si una institución sin ser contraria al organismo donde se la va a implantar, no representa una necesidad actual e importante de ese organismo; puede subsistir, pero vive una vida sin objeto, y siempre perturbadora, positiva o negativamente, del libre funcionamiento de las demás instituciones sociales: ya exigiendo el empleo de una energía que en otro sentido dirigida significaría un importante aprovechamiento para el ser que la pierde; ya estorbando el libre funcionamiento de los otros factores de vida, de los otros principios de organización necesarios dentro de una sociedad, al igual del mecanismo de una máquina integrada con piezas extrañas cuya interposición es un estorbo.

Hé aquí el grave peligro de copiar instituciones extranjeras, sin procuparse de la necesidad o de la utilidad de las mismas y sólo por el buen resultado causado en países cuyas condiciones son en lo total distintas:

Las funciones contrarias a la constitución de un organismo y de un modo artificial, por la fuerza mas bien, impuestas para él, acaban por aniquilar al ser que las recibe, si en ellas se emplean gran parte de las actividades disponibles; o si las energías solicitadas no son tan excesivas y el organismo puede seguir viviendo aunque perturbado en su forma de existencia, entonces, será éste quien elimine tarde o temprano, los extraños órganos insertados en él. Y aquello que se lo impone sin tomar en cuenta su inutilidad; acaba por producir graves trastornos en el funcionamiento de los otros órganos necesarios para la existencia del ser, o por lo menos en la economía funcional del mismo; es un elemento perturbador el cual produce un estado patológico de intranquilidad. — Esto no debemos confundir con la intranquilidad momentánea que procede de toda innovación, aún la más adecuada al individuo, en razón de la resistencia procedente del hábito y de la inercia, constantes peligros acechadores de la vida para inmovilizarla; al lado de esto, hay también la larga incomprensión de las multitudes respecto de los ideales nuevos; pensar de otra manera a aquella forma, a la cual estamos acostumbrados, exige esfuerzos que muy pocos los quieren hacer.

Todo organismo, desde los protozoarios hasta el Estado, sienten la angustia dolorosa del imperfecto funcionamiento de sus órganos. El espasmo de las perturbaciones violentas en la vida, el dolor de las imperfectas existencias que, adivinando en si una aptitud y la imposibilidad de desarrollarla, ven agotarse sus energías en instituciones las cuales nada significan hacia su perfeccionamiento o lo impiden, lo retrazan siquiera; son las consecuencias inmediatas de las equivocaciones en el concepto de la misión o en el arreglo constitucional individual o político.

Cada individuo y cada persona política, tiene sus aptitudes particulares, las cuales es preciso desarrollarlas

produciendo así, espontáneamente y sin esfuerzo excesivo, el perfeccionamiento del mismo; mas por desgracia se sienten en la complejidad de la vida, ante causas perturbadoras de dos especies: las equivocaciones de la persona misma, desconocedora de su aptitud y de las condiciones de que se halla rodeada y hasta del instante de la evolución propia de su organismo; o que se deja vencer por las sugestiones del progreso alcanzado en otros organismos de distinta constitución o más adelantados, por más larga vida o por condiciones naturales mejores. O son las oposiciones de origen extraño, provenientes del perpetuo aumento de necesidades en seres de su especie, que las sienten con vehemencia y encuentran en el exterior la gran limitación de medios de satisfacerlas. De ahí la lucha por la existencia, el dolor cambiado en odio, y la necesidad en causa de sangrientas guerras.

* * *

A organizaciones distintas, constituciones fisiológicas diferentes; a cada grado de progreso en la vida, necesidades máscomplejas y en una amplitud mayor, o menores necesidades; y en relación inmediata, los órganos que a satisfacerlas tiendan.

III

Las razas específicamente consideradas son las nacionalidades, digo, pero esto no significa un desconocimiento de la distinción ya consagrada, la cual se ha hecho bajo el criterio general de la diferencia en los caracteres físicos; y hasta, es un reconocimiento expreso de esa misma distinción; sólo que, los caracteres físicos son más o menos apreciables en sus diferencias y sirven para señalar divisiones más amplias de la humanidad o más restringidas. Para la distinción morfo-

lógica — bajo la cual comprendo la forma y el color — de la cual venimos hablando, hay de respetable el concepto natural del término: todos saben que la agrupación de los hombres en razas procede por extensión, del nombre descubierto para señalar los caracteres morfológicos diferenciales a perpetuidad entre los animales de la misma especie.

Adelantando en el estudio de la raza, como agrupación de hombres unidos por las semejanzas físicas, nos atrevemos a ir algo más allá, para descubrir ésto: el el temperamento psicológico individual está siempre en relación íntima con los caracteres físicos de la persona en quien se lo contempla. Es evidente que a cada tipo fisiológico corresponden caracteres espirituales de un órden particular, (1) por más que no alcancemos a darnos cuenta exacta de la causa y forma de esta mútua corelación. Dentro del sentido señalado sí, nos adhiriéramos plenamente a la opinión de Le Bon.

Claro está, si se estudia cada civilizaciún como cultura de un pueblo y si se trata de diferenciar lo que es el progreso en si, como concepción de adelanto, como idea abstracta de constitución social; de aquello que al temperamento especial del organismo donde se lo contempla debe atribuirse; si las instituciones de la manera como se presentan en la vida particular de cada Estado, si el vivir especial de cada pueblo, esa es su cultura: entonces sí, cada nacionalidad es una cultura. Pero ni aun en tan dilatado sentido podríanos servir para decir que cada raza es una unidad cultural, sino que a ella tiende en forma de una aspiración; sería, como antes dijimos, capacidad para una unidad de cultura, tendencia vaga hacia el igualar de condiciones entre los grupos distintos, cuanto pudiéramos hallar en cada raza, pero nada más. Que hay grados y grados

(1) — Un magnífico estudio hizo sobre esta materia Alfredo de Fouilleé en su hermoso tratado del «Temperamento y Carácter».

formando una inmensa escala, entre el progreso de los diferentes pueblos de cada raza, no es necesario demostrarlo. Mas debemos recordar antes de concluír este punto, que Le Bon al afirmar lo que refutamos, llamaba raza probablemente, a aquella división humana denominada por nosotros nacionalidad.

Y en cualquier caso resultaría, de la complejidad del concepto y la unidad de la expresión, la obscuridad más completa en el significado de los términos. La cultura es el progreso exteriormente considerado y es la idea abstracta de las instituciones, puede decirse: el registro de las conquistas humanas en cuanto son órganos de actividad, y el registro de la idea moral primitiva que las anima; no sabe hasta dónde se ha cumplido la idea directriz, ni cuántas modalidades o ligeras desviaciones ha tomado al mirarla como resultado, como práctica. — El progreso que vive, que se cristaliza en instituciones, en costumbres de un determinado grupo; es decir, en cuanto de la mera concepción o de la contemplación lejana y superficial, pasa a ser realidad y toma sus características especiales del sér en quien aparecen; entonces podemos decir nos hallamos ante el real criterio de civilización. Pero se la ha considerado a veces a la civilización como comprendiendo un concepto amplísimo, y en parte inadecuado, como lo veremos en el capítulo donde se trate especialmente de ella, aplicándola a las razas: civilización indo-germana, civilización amarilla etc.; o se ha restringido el contenido de esa idea a los Estados para caracterizarlos, llamándola alemana, inglesa o francesa.

* * *

Por mas que se haya querido dar una personalidad independiente de todo factor interno de su vida a la existencia de los pueblos, siempre resultará lo siguiente: sin contar con su elemento básico, sin estudiar de

manera íntima los caracteres predominantes en él, todo concepto adquirido será ficticio. El hombre y su temperamento particular hacen de las naciones lo que son; pero, el temperamento se revela en la existencia por los caracteres físicos del sér, caracteres más o menos reveladores y de una inmutabilidad mayor o menor, los cuales tomados en conjunto sirven para clasificar los grupos humanos. No solamente la fisonomía y la conformación del cráneo son semejantes entre los hombres de igual nacionalidad, sino que ellas, durante toda la época histórica posible de constatarse, y en determinadas circunstancias, parece conservarse idénticas; esta observación fue hecha hace ya algún tiempo, gracias a investigaciones muy dignas de tomarse en cuenta (1); Edwars creyó encontrar entre los departamentos de Francia estudiados por él con mayor detención, los caracteres fisonómicos de los primeros galos. ¿Será verdad que son inmutables no sólo los caracteres anatómicos de raza, sino también los de la nacionalidad predominante entre los múltiples cruzamientos mediante los cuales se ha constituído cada pueblo? materia será esta tratada con mayor detención en el capítulo de «La adaptación al medio».

IV

Término genérico raza, el de su civilización se refiere a un concepto sumamente amplio también; es la aptitud, como tantas veces hemos dicho, para una cultura; pero ahora, es la aptitud de las diversas individualidades — Estados — dentro de la especie de que forman parte — es decir, su raza —. La civilización de

(1) Puede verse la notable carta dirigida por el prolijo investigador W. F. Edwards al historiador Amadeo Thierry: «Caracteres fisiológicos de las razas humanas, consideradas en sus relaciones con la Historia», año de 1829.

una raza se considera pues, se mide, tomando como modelo los Estados de mayor cultura, aquellos cuya marcha es a la cabeza de los pueblos hermanos, en la época en la cual se los estudia; los pueblos retrazados en el grupo no han alcanzado esa cultura, pero a ella tienden, y se dirigen con decidida voluntad al hallarse en adecuadas circunstancias, es decir, sin dificultades internas de vida. Esta es la idea de aptitud relacionado con aquel concepto.

Y veamos como se diseña en las razas las aptitudes convirtiéndose en deseo:

Los pueblos más adelantados dentro de cada especie, alcanzan cierta constitución, crean para su vida y dentro de su organismo ciertas instituciones; respondiendo siempre a una idea, idea que brota naturalmente cuando es original, de una necesidad psicofísica de quien la concibe; pero claro está, al lado de la idea generatriz, junto a la concepción de la actividad y el órgano necesario, aparecerá cierto sello, cierta coloración propia, resultante del hecho incapaz de repetirse en el espacio, por haber sido formados con la sustancia de determinada individualidad política. Los pueblos más retrazados de esa misma raza, sienten una aspiración, la de la constitución esa, ven que es adecuada para un ideal progreso de su organismo, que cumple un fin de adelanto también ideal, para él; pero si se hallan muy retrazados todavía, en vano ensayarán el implantarla, no es posible su prosperidad por no haber llegado aun la hora de la innovación. Mas todo anhelo constantemente presente para el sér cuyo espíritu no ha llegado a un grado doloroso de falta de voluntad, es ya un principio de satisfacerlo; siempre eso sí, que las aspiraciones sean nacionales, cuyo vivir en el fondo de la conciencia pública como una aspiración más o menos vaga sea evidente, y no contraríe el libre funcionamiento de su vida ni sus aspiraciones racionales señaladas por la forma de su constitución. Con minucioso trabajo hace falta deslindar lo que es un

deseo público encarnado en las aspiraciones de las altas personalidades sociales, de los dirigentes; de aquel otro anhelo que es manía de innovación o procede de un prestigio no racional en muchas partes, de las extranjeras instituciones.

Pero ¿es característico de las razas lo de las capacidades diferentes? ¿Hay razas directivas o subespecies de donde procede todo progreso humano, otras que pueden aceptar en parte esos ideales, y algunas, incapacitadas en lo absoluto para comprender y vivir el progreso venido de arriba? ¿O cada raza ha caminado aislada, dispersa, hacia unos ideales diferentes para cada una, políticos y de vida social? Muy larga y muy importante ha sido la literatura, entre las ciencias sociales, dedicada al estudio del problema bajo todos aquellos aspectos; lo que parece evidente es esto: la raza blanca ha sido la mejor dotada por la naturaleza para triunfar de los obstáculos de afuera y saber encaminar la vida hacia un arreglo racional, humano. En cuanto al desarrollo de la inteligencia la raza blanca, y acaso pudiéramos agregar, la subespecie aria, ha sido sin disputa la primera: ella fundó en la antigüedad la cátedra de la sabiduría religiosa y filosófica, en la India se recogen los racimos para el vino purísimo de la meditación, y toda el Asia es la discípula del brahmán: ya con los Vedas en la mano entone los himnos sagrados de la naturaleza y de la vida: Agni, dios altísimo que engendras la luz y presides las existencias; o ya con la llama de Budah, que inflama en caridad los corazones y que reviste a todos los hombres en la blanca túnica de la pureza, llevando el amor y la predicación del respeto a la dignidad humana. — No es gloria de la sub-raza de Sem, la figura divina de Jesucristo — Y hoy para la Tierra, desde hace treinta siglos ¿no es la subraza blanca de los indogermánicos la que ha hecho todas las conquistas humanas del arte y de la ciencia?

Entre los pueblos de la familia indoeuropea se ha trabajado la poderosa Historia de los tiempos modernos; mas ¿a alguno de ellos deberá darse la preeminencia como mérito y como aptitud para tal resultado? Pocas palabras hemos de decir sobre la teoría de la vanidad germánica relacionada con la afirmación de la superioridad absoluta del grupo dolicocéfalo rubio; es decir del hombre del Norte, del germano.

Un gran número de escritores, alemanes en su mayor parte, han entonado el himno supremo a la sabiduría, al valor y a la superioridad espiritual de la nacionalidad germana: «El árbol núcleo del género humano (el Norte) — ha escrito Burdach — de cuyas raíces y ramas nació la civilización, ha llegado a su más alto grado de desarrollo, y está destinado a llevar a madurez los frutos del mismo género humano, como también a esparcir sus semillas en toda la redondez de la tierra»; así habla este autor de los pueblos que se suponen bajados de la Escandinavia, para destruír el Imperio Romano; al economista List debemos la siguiente afirmación: «la raza germánica por su naturaleza y carácter está destinada a resolver dos grandes problemas, a saber: civilizar los países salvajes y poblar los que están inhabitados»; misioneros de la humanidad quienes llevarán el culto de la civilización a los países hundidos en el abismo de la ignorancia, esto son los habitantes de su patria para List; y más tarde el francés Gobineau, como desconociendo toda la civilización latina, llega a decir: «allí donde nunca ha penetrado sangre germánica, no se encuentra una civilización como la de nuestra especie» (téngase bien entendido cual es el concepto de civilización tomado en este caso, equivale a lo que nosotros llamamos cultura) como si la cultura europea hubiera bajado íntegra con la invasión, y no hubiera sido el progreso romano quien conquistó a los bárbaros para dejar el aislamiento del bosque o la tienda del campo de combate y vivir progresistamente dentro de los muros de la ciudad.

Siguiendo el error de los autores citados, Chamberlain no vacila tampoco en considerar como «obra de la raza germánica» la civilización actual de Europa.

Todos esos autores y muchos más que omito, en sus investigaciones de seguro, no tuvieron en cuenta las afirmaciones de la Historia.

Hallamos en los pueblos de Europa bañados por el Mediterráneo, es decir, en aquellos llamados de nacionalidad latina, para manifestar como sólo en muy ligera parte ha penetrado el elemento germánico en su constitución; hallamos allí, digo, dos condiciones sobresalientes para el progreso: una capacidad artística, cual no se descubre entre los estados del centro y los pueblos del norte en Europa, y una capacidad de invención, sobresaliente. Grecia en los tiempos anteriores al cristianismo; España, Italia, Francia en las diferentes épocas de la vida de los modernos tiempos, fueron los centros de la cultura artística, quienes señalaron el ideal estético a sus contemporáneos. Y la ciencia tiene sus primeros iniciadores, el primer chispazo de luz surge, con una nueva concepción de la realidad, con la adivinación de ciertas fuerzas desconocidas, con la clara visión de los lejanos horizontes; casi siempre en algún Estado de nacionalidad latina. — Los germanos llevan en sí la constancia del esfuerzo, la tenacidad en la conquista de sus aspiraciones, el trabajo continuo, disciplinado y fecundo; raras son las invenciones de nuevos procedimientos en los pueblos predominantemente de raza germánica, pero, casi podríamos decir, que nunca tampoco los nuevos descubrimientos alcanzan la perfección a que llegan, por el trabajo paciente de los latinos. Si quisiéramos caracterizar en sus más altas manifestaciones intelectuales a los grupos comparados, diríamos: el trabajo latino es genial, de intuición, cuyos resultados y procedimientos no es raro escapen a la conciencia; en los otros grupos podemos distinguir ante todo y sobre todo el talento, la reflexión, los procedimientos conscientes, los cuales mezclados con la

fantasía a veces, lleva a las vaguedades de terrenos ideales y nebulosamente distinguidos, como si se tratara de un sueño; no es la visión brillante que se impone por su belleza de líneas rigorosas y netas, aparecida expotáneamente sin poder explicar su generación en la conciencia, pero cuya realidad se siente; para los alemanes el cuadro se envuelve en claridades semicrepúsculares, como si nos halláramos en el fondo de las aguas donde levantan el prodigio de su arquitectura los nibelungos, o en la región donde la aurora idealizara los contornos de los objetos difuminando sus líneas y sus aristas: esta es la teoría; la práctica, poner en acción las leyes descubiertas, los principios reconocidos.

En el carácter de la cultura europea, como la conocemos hoy, cada nacionalidad ha contribuído con su particular aptitud; y así como sería un desconocimiento perfecto de la verdad el afirmar que toda la cultura de las naciones modernas, es sólo procedente de los latinos; con mucho mayor razón el decir de los ciegos admiradores de Alemania, es en lo absoluto falso.

La nacionalidad reune a los Estados en grupos de vida semejante, lo cual, cuando no produce la fusión de todos en uno y más vasto Estado, causa a lo menos una asombrosa semejanza entre ellos; algunas Repúblicas de Sud América son un ejemplo.

La civilización llega por último, al postrer grado al cual es capaz de singularizarse su concepto: es la civilización de un Estado determinado, dentro de cierta nacionalidad, y formando parte de ésta o aquélla raza.

Instituciones: posibles en la raza, que aparecen casi idénticas en los pueblos de una misma nacionalidad, pero que en definitiva un Estado las caracteriza como suyas, las personaliza como atributos sólo de él. Estos son los conceptos de progreso y los grados sucesivamente descendentes por los cuales van pasando.

Pero no debemos concluír esta parte de nuestro estudio, sin volver a recordar que el significado propio de la palabra raza se relaciona de modo íntimo con dos condiciones humanas, las cuales distintas en sus caracteres las encontramos, entre las grandes ramas en que se divide la humanidad; estas dos condiciones significan relación de cualidades, como antes dijimos. Los primeros, los más externos, son los caracteres físicos: color de la piel, color y forma del cabello, desarrollo craneano, forma mandibular etc.; los segundos, cuyo índice solamente han sido las manifestaciones físicas, son los caracteres morales; y de ambos proceden las cualidades psicológicas de las razas y su diferencia de aptitud para el progreso o para una determinada cultura por lo menos; por eso, Schiller pudo afirmar: — exagerando un tanto las consideraciones por nosotros hechas —: «Unicamente Europa tiene Estados que gozan a un tiempo de luz, de civilización y de autoridad, y que hermanan a maravilla la ferocidad con la libertad, y el espíritu caballeresco con la más elevada cultura» (1). Sin hacer modificación alguna a la idea de Schiller, creo poder incluír entre las naciones europeas por sus condiciones de vida, y en calidad de participantes de sus cualidades, a aquellos pueblos de su misma raza y habitantes de otros Continentes, como los americanos.

---

(1) Al transcribir las frases de Schiller, no he podido por menos que recordar las amargas palabras de los hermanos Reclus al hablar de la tan ponderada superioridad de la raza blanca, dicen así: «La raza blanca en general, o aria, que habla lenguas de un mismo origen, glorificadas por literaturas magníficas.... domina el mundo. Todos los pueblos admiran su genio inventivo, todos temen el alcance de sus armas, todos envidian su fortuna, todos mendigan algo de su oro. Propaga por todas partes la *civilización*, y al mismo tiempo las máximas de un comercio desvergonzado, el amor al dinero, el desprecio al débil y al pobre, la sed del lujo y el veneno de la embriaguez.... su paz es más mortal que la guerra». Geografía Universal, t. I.

* * *

SÍNTESIS:

A la raza, aptitud; a la nacionalidad, civilización; al Estado grado de especialización de los órganos que constituyen la vida política y social de los pueblos, o para mayor claridad, desarrollo particular e intenso de una forma de actividad, de manera singular atendida, con descuido, o merma siquiera de las otras. Son los tres conceptos correlativos a las tres ideas distintas de grupos humanos, por cuanto los caracteriza específicamente; pues de un modo general los tres conceptos convienen a las tres ideas.

V

Dado nuestro empeño, se descubre ya que uno de los principales asuntos capaces de interesarnos, es el relacionado con el estudio de las razas; y luego de haber determinado su concepto, precisa clasificarlas y señalar su número. — Difícil materia es ésta, y tanto, que las clasificaciones, siendo innumerables ninguna parece satisfacer hasta ahora a quienes las han estudiado con detención; presentándose además clarísimo lo inaceptable de ciertos criterios.

Desde cuando Linneo dividió la humanidad en tres razas, y luego en cuatro, con el reconocimiento del hombre americano como distinto de los demás, hasta estos días ¡cuánto se ha variado los conceptos y las clasificaciones! pero volviendo con frecuencia al punto de partida. En la primera mitad del siglo pasado, Bory de Saint-Vincent, toma por principal base para su trabajo la diversidad de la forma y color del cabello entre los hombres, y como segundo punto de vista por debajo de la anterior individualización, una circunstancia todavía más accidental, y ésta sí fácilmente mudable,

la clase de vestidos que llevan. Desmoulins: divide primero la humanidad en amplios grupos, llamándolos especies, y por debajo de ellas coloca una gran cantidad de razas. — Lesson (año de 1827) hace una clasificación, la cual en mucho se aproxima a la que es actualmente la aceptada de un modo más general: raza blanca, amarilla y negra, y dentro de cada una, multitud de ramas. — Según Blumenbach, la opinión general en su tiempo, era la de las cinco razas; 1ª. la Etiope o negra; 2ª, la malaya o morena; 3ª. la mongólica o Amarilla; 4ª. la raza americana o roja; 5ª. la blanca o caucásica. — Volviendo especialmente los ojos al accidente de la constitución física que vimos servirle a Saint-Vincent para su clasificación, Haeckel ha trazado una propia suya. Este es el detalle: dos primeros amplísimos grupos, los Ulótricos y los lisótricos; divididos los primeros en dos tribus — así las llama —, aquélla, entre cuyos individuos los cabellos están dispuestos en guedejas (los lophocomes: papús y hotentotes); en la segunda tribu se los agrupa a los ulótricos de cabellera en bellón (triocomes: cafres y negros); II de los lisótricos: la tribu de pelo liso (enthicomes: australianos, malayos, mongoles, árticos y americanos), o formando bucles (emplocanes: dravidianos, nubios y mediterráneos). Los doce grupos repartidos entre las tribus los llama especie, y según puede verse la agrupación es de lo más anticientífica, uniendo por ejemplo, en un concepto común a los dravidianos y a los mediterráneos; luego amontona bajo el rótulo de una especie última, a los mestizos. Por fin, encuentra contenido en las doce especies principales treinta y seis razas. — Y todavía, en este orden de enumeración se ha llegado hasta descubrir más de setenta razas. (1)

(1) La clasificación de Haeckel, la trae su obra «Historia de la creación» en el segundo tomo; en un pequeño Manual de Antropología de Canestrini, puede verse el detalle de algunas clasificaciones, de las cuales no hablo por no excederme en tal materia.

En presencia de esos hechos se nota la exactitud de las frases de los hermanos Reclus, las cuales dicen: «Esta división — hablando de la más generalmente aceptada respecto de las razas — (1) como todas las que se han hecho del género humano, tropieza con dificultades insuperables. El origen de las razas y sus lazos de parentesco, son un laberinto en el cual se extravía la ignorancia de los hombres y del que probablemente nunca se saldrá. ¿Qué guía puede encontrarse en este dédalo cuando toda la historia se calla y no hay más que el obscuro lenguaje de algunos retazos de leyendas y de algunos huesos medio pulverizados?».

La clasificación racial hoy de manera general seguida hace falta exponer, para luego detallar la que nosotros aceptamos, en consideración a todos los antecedentes teóricos en las páginas precedentes discutidos:

Teniendo como antecedentes la coloración de la piel «se divide la especie humana en tres grupos o troncos fundamentales», (2) y son estos: la raza blanca, la amarilla y la negra; la primera se subdivide en las siguientes ramas: rama Aria, compuesta de cuatro familias de pueblos dolicocéfalos y dos de braquicéfalos; la semita formada por cinco grupos o ramas; la finesa, del Noroeste de Rusia; y las ramas que se llaman alófilas: de los vascos, los giorgios, los circacianos, los ainos, algunos pueblos que habitan el Japón, la Malasia y la India y algunos de los que pueblan las Filipinas, las islas de la Sonda y ciertas de Polinesia. En esta especie es donde se ha desarrollado más ampliamente las cualidades del hombre, y en los tiempos modernos es de manera especial dentro del grupo ario donde es preciso buscar los comienzos de todo progreso. — La segunda raza es

(1) De los hermanos Reclus en la obra y tomo ya citados; tampoco entro a detallar sus consideraciones por la razón indicada en la nota anterior.

(2) Geografía Universal. (Montaner y Simón, editores).

la amarilla, la cual se dice contiene estas ramas: Siberiana, Tibetana, Americana, y por debajo multitud de familias. — Y los negros, que son africanos u oceánicos.

Eso, no satisface nuestro modo de comprender las diferencias humanas: primero, porque como demostraremos oportunamente, los pueblos de la América antecolombiana no pueden ser clasificados en ninguna de las ramas de la raza amarilla — y muchísimo menos, es claro, entre los tártaros negros — ni puede descubrirse entre ellos semejanzas tales que sean capaces de inducirnos a encontrar parentesco entre los americanos y las poblaciones de la especie dicha; ni aún para decir de los habitantes del Continente occidental que forman una rama de la raza asiática, independiente de todas las otras. En segundo lugar, porque aquello en la clasificación dicha, llamado familias de pueblos, nosotros lo tenemos por formaciones históricas especialísimas a las cuales se las designará como nacionalidades, y así, no complicando el estudio de las especies será mas fácil comprenderlas en sus liniamientos generales y exactos. Y tenemos una última consideración: por la circunstancia de no trabajar una historia natural del hombre la cual exigiría acaso, sólo fijarse en la morfología del mismo, tenemos siempre fijos los ojos, en las cualidades y en las aptitudes, el carácter psicológico; además, serios motivos me hacen creer necesario considerar a la humanidad como una especie, dentro del sentido biológico, y no como un género; por tanto, la natural división sería en razas y cuando use la palabra especie la tomaré como sinónimo de raza.

Un criterio natural, es decir, fundado en la naturaleza misma de las cosas, la cual crea semejanzas y diseña diferencias, nos va a servir en la clasificación: 1°. el origen de las especies humanas y las causas de su formación, *en el sentido de una aptitud para siempre adquirida,* para la distribución de razas; el reconocimien-

to del hecho de la mezcla de especies para señalar las sub-razas; y el influjo del medio — pero influjo que no marca a perpetuidad, a pesar de cualquier influjo contrario — para el reconocimiento de las nacionalidades distintas.

Y precisados como quedan los conceptos — cuya realidad lo discutiremos oportunamente —, en nuestra clasificación no debemos referirnos a cada uno de los caracteres físicos ni a las variantes ligeras, respecto de ellos; pues en el detalle de las diversas combinaciones seríamos conducidos a una complicación tan intrincada que no pudiéramos salir de ella, y además porque no estamos bastante ilustrados en el papel fisiológico encomendado a tales caracteres y sus modificaciones; para nosotros nos basta la amplia constitución psico-fisiológica de los varios grupos, vistos a través de la Historia. Así pues, al señalar con el término raza a los pueblos fisonómicamente semejantes para distinguirlos de las poblaciones en lo absoluto distintas de ellos por su conformación física, no nos referimos a las ligeras diferencias de un tinte mas claro o más obscuro de la piel o del cabello, o a las diferencias craneanas de la dolicocefalia y de la braquicefalia, que distinguen entre sí a los pueblos de la raza blanca por ejemplo.

Dentro de los conceptos señalados ésta es mi afirmación; las cuatro grandes razas en que se divide la humanidad, tienen en sus culturas respectivas caracteres tan absolutamente distintos, dibujados con tal presición y tal relieve que es imposible confundirlas en el sentido de sus aptitudes espirituales: vuelve a aparecer la correlación, o la interdependencia mas bien, entre los caracteres fisiológicos y las cualidades psíquicas del ser. Por mas que no nos demos cuenta del papel desempeñado por modificaciones imaginadas por nosotros tan superficiales y afectando sólo accidentes de poco o ningún valor, como la coloración de la piel, el hecho es que la naturaleza no se entretiene en fantasías sin ob-

jeto; si nos fijamos en el color negro de la piel, da éste, a cuantos lo poseen, inmunidad para ciertas enfermedades. Y nos hallamos con la circunstancia, para esas notas diferenciales, de ser marcadas sobre el grupo a perpetuidad.

Son pues las razas: la blanca, la amarilla, la cobriza y la negra; la raza blanca tienen tres variedades principales (formación prehistórica de las subrazas) semítica, camítica y jafética ¿alguna de las tres representa la raza blanca primitiva pura? es casi imposible de saberlo. — La raza amarilla, o es la de los tártaros negros — ingerida también entre las tribus denominadas de tártaros blancos — o la de los chinos (la cual mezclada con sangre negra aparece entre los malayos). — Respecto de la negra: o son negros africanos o de la Australia, los dravidianos acaso formen una tercer rama, unidos con los negritos. — Y los Americanos son: o pieles rojas, o los antiguos mejicanos y habitantes del Perú, o de los araucanos y de las tribus de más al Sur — Relacionándolos con el concepto humano de cultura que Eleutheropulos sintetiza en la fórmula «respeto del hombre por el hombre», hallamos solo conquistada merced a largas luchas y esfuerzos, por los hombres blancos.

Pero hay más, ahora se ha enriquecido la especie blanca con una nueva rama, la cual se presenta capaz de ponerse a la cabeza de todas las naciones en no lejano día: los antiguos criollos de la América Latina, parece llevan en si la capacidad del triunfo, el poder de regenerar la humanidad. Pero ¿ésta es una sub-especie o una nacionalidad? materia será ésta de posterior discusión.

Y si ateniéndonos a lo dicho, consideráramos en abstracto la singular existencia que debían vivir los grupos humanos en razón de la distancia de cualidades entre grupo y grupo, resultaría que repentinamente llegáramos a deslumbrarnos y a confundirnos con la aparición de culturas semejantes en pueblos de razas abso-

lutamente distintas, o donde predomine por lo menos esa diferencia. Esto depende de nuestro estrecho concepto de la aptitud humana, esas semejanzas aparecerían inexplicables por eso; ¿Si cada raza tiene una aptitud nos decimos, cómo esa repetición de hechos sociales y hasta de instituciones entre ellas? Creemos que si son distintas las aptitudes, nada de lo perteneciente a pueblos de una raza puede prosperar en los de otra, y fascinados por lo muy raro de aquellas aparentes semejanzas, no nos fijamos en las profundas e internas diferencias existentes entre esas instituciones y costumbres, en el sentido que tienen ellas en la vida y en el valor que debemos dar a su supervivencia. (1) El origen es ese de seguro, de aquella teoría que afirma: la vida de todos los pueblos, las circunstancias de todas las razas, son únicamente momentos diferentes de una sola vida humana; han creído de esta manera explicar lo incomprensible del otro concepto.

Yo creo, debemos considerar las semejanzas externas entre diversas civilizaciones y en distintas razas, proveniente de la maleabilidad intelectual y moral de la psicología humana y del fondo de igualdad que existe entre todos los hombres, en razón de su igualdad de origen

---

(1) Wilser ha dicho muy bien: «Los estados negros independientes, como por ejemplo, Haití, desgraciadamente se nos presentan, ya como ridículas, ya como siniestras caricaturas del modo ser europeo»; y habla casi con igual desprecio de la raza amarilla, — Le Bon ha recordado igual hecho histórico, en su obra: «Las Civilizaciones de la India».

CAPITULO III

De la Evolución

Materia es la de la evolución, largamente discutida, por cuantos, desde la segunda mitad del siglo pasado, dirigieron sus estudios a las investigaciones de Filosofía social o de Filosofía general; mas, las razones de convicción fundadas en el estudio de la historia natural del hombre, o, de una manera propia, en la interpretación justa de la realidad, y más aún, el mismo concepto total de la teoría; han sido tan comunmente expuestos, está tan al alcance de todos, que no nos creemos obligados a repetirlos: ni en su enunciado general, ni en los detalles, de las concepciones spencerianas o de su antecesor Darwin, ni en los antecedentes capaces de encontrarse en Lamark. Nuestro principal objeto es presentar pocas pruebas en esta materia, y de un modo especial señalar, como esta teoría se insinúa, o mejor está latente en el simbolismo de las cosmogonías antiguas de los libros sagrados más conocidos y respetables. — Textos bíblicos; relato de la creación según el Dharma-Sastra; el Popol-Vuh de los quinchés etc. — La filosofía griega empapada en la metafísica de los bramanes, ensaya asimismo explicar la formación de cuanto existe mediante leyes naturales de progreso. — Pruebas de diferente especie. — Conclusión.

I

La teoría del transformismo, aceptada hoy casi sin contradicción por la ciencia, tiene una importancia capital entre cuantas investigaciones se relacionan con el estudio de la raza; no sólo porque el hombre considerado como organismo individual parece coronar la serie

de la evolución de los animales; sino a fin de descubrir si las diferentes especies proceden de distintos momentos en la formación del grupo humano; o cuales son las causas que las han constituído con sus caracteres diferenciales (1).

A un escritor se le imaginó, a principios del siglo XIX, una muy extraña afirmación: él llegó a decir, que los primeros grupos humanos debieron ser de hombres negros; y que los pueblos, a medida de su crecimiento en cultura, iban perdiendo la materia colorante de su piel. Por algún tiempo creyose desechado de un modo definitivo tal error; pero ha vuelto a presentarse la opinión, vigorizada y extendida, merced al prestigio de quienes en los tiempos nuevos la proclaman; y, entre quienes piensan en grados de transformación sucesiva para las agrupaciones de hombres, tenemos a Quatrefages, cuya opinión se ha modificado así, «el tipo amarillo ha precedido al negro; y la raza blanca ha sido la última en aparecer» (2); ya sabemos las exageraciones teóricas de Finot y su creencia en la posibilidad de unificar los caracteres orgánicos a medida de la conquista de un mismo progreso.

Los dos errores apuntados proceden de la superficial contemplación de un hecho, en realidad verdadero, o de una interpretación equivocada del mismo; las apti-

---

(1) El término *especie*, no tiene hasta ahora, entre las ciencias naturales una clara delimitación; cierto que la Zoología ha dividido a los animales en géneros, a éstos en especies y a las especies en razas, pero aún es muy artificial y sin bastante explicación tal forma de clasificar; y todavia, la forma y sólo la forma ha guiado en eso a los naturalistas. En ese sentido el hombre pertenecería a la especie de los mamíferos; pero, sobre la morfología está el estudio de la función, y por su interna naturaleza es un género aparte de todos los otros animales; además, designando a las razas humanas como especies, no nos apartamos de los naturalistas que dentro del género de los caninos por ejemplo, colocan cierto número de especies de perros. (Véase este punto en Félix Le Dantec «La crisis del transformismo», quinta lección).

(2) Quatrefages «Introducción al estudio de las razas humanas».

tudes de las razas, su grado de capacidad intelectual, cierto es, se hallan en razón inversa de la cantidad de sustancias colorantes en la piel: blancos, amarillos y negros; pero, lo falso de las consecuencias se descubre con facilidad. — Primero: las cualidades espirituales cuyo mayor o menor desarrollo nos puede guíar a suponer la diferencia de capacidad entre las especies, — el poder de invención, y la facultad mayor o menor de formar abstracciones — no son todas las cualidades humanas, hay otras muy dignas de aprecio y cuya comparación nos indujera de seguro a afirmación contraria — la astucia, la previsión y el disimulo —. Segundo: considerar a las razas humanas como formaciones distintas en el grado de la evolución, es separarlas en especies diversas rindiendo homenaje a los prejuicios de la antigua Zoología: y en tal sentido, la posibilidad de condiciones espirituales semejantes, son en lo absoluto inexplicables; ni en lo moral ni en lo intelectual habrían jamás los negros acercádose a la condición del blanco separado de éllos por dos o tres decisivos pasos de la materia organizadora; equivaldría tal vez a suponer que ciertos bovinos pudieran coincidir en la clase de sus instintos con cualquiera raza de caballos. Pero con razón Novicow afirma: «Fácil nos sería citar una lista incontable de negros que individualmente han llegado a poseer una extensa cultura; pero, aunque sólo pudiera citar uno, éste sería suficiente para demostrar que la piel negra (1) no es incompatible con la instrucción superior» — Tercero: si es verdad que una constitución orgánica determinada da origen a determinadas aptitudes psíquicas, y sin negar la posibilidad de la unificación espiritual humana si fuera posible un trabajo de identificación absoluta de la organización corporal en sus menores detalles: es verdad que el cambio orgánico como un trabajo de amplio desarrollo

(1) Novicow, ob. cit.

del espíritu, no puede aceptarse; el efecto de hoy no podrá convertirse en causa de su causa, sino en el sentido teórico y convencional de ciertas discusiones filosóficas.

Me atrevo a afirmar sin temor: de raza a raza no hay evolución, las unas no son términos medios para el paso de la fuerza organizadora, desde el animal al hombre blanco; ellas son creaciones hechas por la naturaleza de una vez y de modo definitivo formadas, con sus aptitudes a perpetuidad adquiridas (1). Pero si no hay evolución de raza a raza, hay modificaciones y progresos en las sub-especies, donde, mediante la fusión de capacidades, va ascendiendo en aptitud el grupo inferior: esto exige ciertas condiciones cuyos caracteres explicaremos más tarde.

Para poder conocer al hombre, para poder explicar sus tendencias y los esfuerzos y las dificultades que suponen su vida sobre el mundo, y llegar en consecuencia, a comprender las organizaciones sociales, los fines que satisfacen, las necesidades que las solicitan y las dificultades que ha de vencer; es necesario estudiar el origen del hombre, primero; y después, si ha de considerarse las sociedades como postrer grado de la evolución, en su actividad para la creación de las especies.

* * *

La reconstrucción evolutiva que el feto hace en el vientre materno, señalando en una breve síntesis todos los períodos que recorrió la vida, antes de llegar a formar el organismo superior, el organismo del hombre;

(1) Lo rigoroso de esas afirmaciones debe mermarse en el sentido, de que no se trata de una incapacidad completa de cambio para los grupos, sino que se niega solamente la posibilidad de un paso natural y sucesivo, de una raza a otra superior, o el descenso correlativo entre las especies.

el cráneo del famoso pithecanthropus erectus de Dubois y del «hombre de Neandethal»; las tradiciones religiosas más antiguas y las más respetables; cierta filosofía indostánica y griega; la relación y dependencia de todos los organismos vivos; todo, todo nos lleva a una convicción casi absoluta respecto del transformismo.

II

Comencemos por demostrar como la evolución, no solamente no contraría el concepto del génesis en las antiguas religiones, sino que una interpretación racional del simbolismo usado por los libros sagrados de los diferentes pueblos, no puede concebir de otra manera la creación de las especies, en el sentido de ellos.

Ante todo un texto bíblico, lleno de enseñanzas en su fecunda sobriedad.

Así dice en su 6° versículo, el capítulo segundo del Génesis:

> 6. «*Salió empero de la tierra una fuente, que iba regando toda la superficie de la tierra*».

Dentro del simbolismo hebreo, sin temor podemos afirmar: esa fuente, era una fuente de vida, en cuyo seno los gérmenes se hallaban de todo lo existente; y sólo, mediante esta explicación puede comprenderse el siguiente versículo, el cual, como dislocando las ideas y sin transición refiere como:

> 7. «*Formó pues el Señor al hombre del lodo de la tierra, e inspiró en el rostro un soplo de vida; y quedó hecho el hombre viviente y con alma*». (1).

---

(1) Estos versículos los he copiado literalmente de la traducción que de la Biblia, hizo el español Dn. Félix Amat, y que tantas re-

Dios no amasaba el barro, para formar la estatua que reciba la emanación divina, que constituír debía el alma humana. Una fuente de vida dio la tierra: y esa fuente informando las especies de todo sér viviente, pasó de grado en grado, subió en la complejidad del organismo, empapada en la herencia de los seres por donde fue pasando; y llegando, por último, a esa viviente forma que, superior en el grado de evolución, capaz era ya y digna, de recibir en sí la herencia augusta de la razón humana.

Organismo que ha formado la vida mediante sucesivas conquistas, que supone un trabajo fisiológico de adaptación y herencia; y en el cual la Esencia Pura, quien rige los destinos de los mundos, sopló, emanó algo de su propia existencia, para formar el alma. Ese es el hombre.

Hasta aquí, una amplificación sólo del libro de los hebreos.

Ahora, que leamos precisa la espléndida forma con que el Dharma-Sastra refiere el brotar de la vida en el mundo:

> «*Habiendo decidido el Ser Supremo, hacer que todas las cosas emanaran de su propia sustancia (de la sustancia del Ser), hizo que surgieran las aguas, y en ellas depositó un gérmen fecundo.*
>
> «*Ese gérmen se transformó en huevo de oro, brillante como astro de mil rayos luminosos, y en el cual el Ser Supremo se reveló en la forma de Brahma....*»
>
> «*Por medio de partículas sutiles emanadas*

---

comendaciones tuvo por parte de los prelados españoles; he suprimido sólo las palabras en letra cursiva, que son, según manifiesta el mismo traductor, intercalaciones hechas a pretexto de explicar el sentido del versículo. Nada que más conduzca a error que las presunciones de aquéllos que quieren imponer su dictamen porque lo creen el único racional.

del Ser se constituyeron los principios de todas las cosas, que forman este mundo perecedero, derivado del Ser Imperecedero. Cada uno de los elementos primitivos adquiere las cualidades de todos los que le precedieron; *de este modo, un elemento cualquiera, mientras más separado está en la serie, más cualidades reúne».* (1).

Es así como esta génesis contiene la idea primordial y la suprema, de aquella evolución que ha transformado — *en perfección constante* —, el protoplasma de la célula viva, en organismo complejo, en que mezcladas y también atenuadas, surgen las cualidades adquiridas, en la vida ascendente de las varias especies, en uno como equilibrio de funciones. Por eso, *un elemento* — el primer individuo que dió origen a la especie respectiva — mientras más separado esté en la serie, más elementos reunirá.

Hemos hecho el estudio del Génesis según las creencias de los dos pueblos cuyas teologías han representado los más altos conceptos tal vez que la antigüedad nos legara. Y en ellos podemos hallar estas coincidencias: la creación es un acto voluntario de la Divinidad, un acto de amor, del cual surgió el gérmen fecundo como cantan los Vedas (2); Voluntad activa quien no solamente quiere, sino que informa las existencias, que impulsa a las sustancias particulares a ser, mediante las singulares leyes de las cuales a la materia la dotó: ya el simbolismo hebreo materialice este concepto bajo la forma de un soplo divino; ya la tradición indostánica obscurezca la idea de ese proceder activo, bajo las tinieblas de un panteísmo formal respecto a la existencia de todos los seres de la Natura-

(1) La traducción del Dharma-Sastra se encuentra en: «La India y la literatura sánscrita» de Jorge Friley pág. 48.
(2) Ob. cit. Himno «Al Alma Suprema», pág. 70.

leza. — El espíritu de Dios, para ambos pueblos, en cuanto es voluntad, se convierte en energía y en actividad hacia la transformación de la materia y hacia la generación de la vida en todos los seres; hoy podemos comprender perfectamente cómo la voluntad sin comunicarse en su esencia, puede ser energía, causa de movimiento, de actividad, en un ser distinto de aquel de donde procede. La materia, no es consustancial con la Divinidad: lo mismo para el indostano que para el hebreo; sino que ella nace — o se mueve, por lo menos, hacia la constitución de las diversas existencias, según la filosofía sakia — por el querer de la Voluntad Suprema. — Sólo en la existencia del hombre, en donde, al lado de la más alta creación de las energías naturales, hay que distinguir el alma consciente y poderosa en sus actividades, sólo en ese espíritu, la Voluntad Divina como que se encarna, como que se concreta, en una existencia aparte y consustancial con la suya: el alma humana, sí, tiene su origen en la Esencia Suprema: «Y creó Dios al hombre a su imagen y semejanza».

Por todas partes en la literatura sanscrita, se encuentra algo que confirma la exposición hecha; Manú prosigue así el relato de la creación:

> «*El Ser Supremo atribuyó a cada creatura una categoría distinta, y con arreglo a esa categoría, actos, funciones y deberes diversos*».

Se lo considera pues, como el reglamentador de la vida, y nó como la vida misma en su actuación; no vive la vida de todos los seres, pero a todos los comprende en la ordenación de las existencias:

> «*Yo soy lo que es y lo que no es. La atmósfera que llena, envuelve, circunda y contiene el Universo,* es mi imagen. *Abrazo y contengo todas las cosas creadas. Soy el que colgó el eter-*

no Universo de su cadena de perlas y lo tiene pendiente de ella». (1).

Y en el Vedanta se dice:

«*Ningún otro motivo u objeto especial se puede señalar a la creación del Universo mas que la* Voluntad *de Brahma*».

En fin, en el Gena Upanschad:

«*¿Quién es aquél cuya órden cumplen los efectos de los principios de las cosas? ¿por el cual los sonidos se vuelven palabras? ¿el ser sin cuerpo que preside al oído y a la vista?*».

El Ser Eterno, después de señalar las Leyes a cuyo cumplimiento ha de obedecer la creación en sus manifestaciones sucesivas, no abandona al hombre para que viva a medida de su capricho, sino que actualmente, en cada momento, dirige la actividad individual. Es la misma opinión desarrollada tantos siglos después, por el cristianismo.

Pero, no podemos concluír sin recordar dos textos sanscritos, profundamente significativos para comprender cómo la creación era la obra suprema de las leyes que impuso Brahma a la materia creada por obra de su Voluntad, y sin recordar unas pocas afirmaciones de uno de los sabios que mejor comprendió el espíritu de los libros indostánicos; me refiero a Colebrooke (2).

Uno de los más antiguos himnos Védicos canta al Alma Suprema, en esta forma:

«*Nada existía entonces: nada visible; nada invisible. Ni aire, ni cielo. ¿Dónde estaba el mun-*

(1) Maha-Barata, episodio del combate en el que Cristna inicia al Jefe de los Pandos en los principios de la Teología brahmánica.
(2) Colebrooke «Ensayo sobre la Filosofía de la India».

do? ¿En qué depósito inmenso estaba contenida el agua? ¿Dónde estaban las altas bóvedas del del firmamento.

«No había absolutamente nada de muerte ni de vida. Nada anunciaba el día ni la noche. No existía la aurora coloreada de nácar ni el crepúsculo dorado.

«Las tinieblas estaban envueltas en las tinieblas.

«Todo estaba confundido. El Ser reposaba en el seno de ese caos y el gran Todo nació por la fuerza de su piedad.

«El amor estaba en él y de su esencia nació el gérmen fecundo». (1).

Ese gérmen fecundo, producto de la actividad del Ser Supremo, lo explica el Bagaveda-Gita:

«Cuando la profunda noche en la que el gérmen de todas las cosas se regeneraba *en el seno de Brahma, se disipó, una luz inmensa recorrió los espacios infinitos y el espíritu celeste apareció en toda la fuerza de su poder y de su majestad;* a su vista *el caos se transformó en una matriz fecunda, de donde iban a salir* los mundos, las estrellas resplandecientes, las aguas, las plantas, los animales y el hombre».

Y luego en Colebrooke: «Brahma, se halla descrito en muchos pasajes de los Vedas como distinto y revestido de cada cualidad, como de un carácter particular; pero en otros varios y numerosos textos, está representado como exento de forma y cualidad. Sólo la última descripción le es verdaderamente aplicable; nó la primera, ni las otras dos. Es impasible, no le afectan las modificaciones del mundo».

---

(1) «La India y la Literatuaa sanscrita» por Frilley, pág. 69.

Creo haber demostrado que el panteísmo brahmánico no reconoce a toda la naturaleza como emanación directa de la Divinidad, como se ha creído; la Voluntad Divina: o crea la materia y le señala leyes que dirijan su actividad; o de la materia eterna hace una sustancia capaz de transformarse sucesivamente, mediante una ley de progreso, impuesta para que nazcan todos los seres existentes. Mas, si al panteísmo no pudiera restringírselo así, dentro de la religión védica; entonces, la divinidad de toda la naturaleza, explicaría mejor aún el concepto evolutivo «de los principios de todas las cosas, que forman este mundo perecedero, derivado del Ser imperecedero».

El concepto de la evolución de la materia mediante leyes de progreso existentes en la difusa conciencia de los átomos, eso parece desprenderse con exactitud de los libros sanscritos; y del libro del Génesis de nuestra Biblia, obras en muchos sentidos semejantes, hasta en aquellos dos versículos con que comienzan a hablar de la creación, tanto el autor del Génesis como el de los libros indostánicos: «La tierra era informe y desnuda — dice el primero — Y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas»; el autor indo dice: «¿Tu espíritu andaba errante sobre el agua, puesto que te llamaban Narayana?».

* * *

¿Por qué ninguna tradición religiosa presenta al hombre como nacido al mismo tiempo que las otras formas de vida, sino como el término último de la creación, como su coronamiento? Desde el concepto de los días bíblicos — que se ha transformado hoy en el concepto de las siete épocas — el cual refiere la creación del hombre al sexto día, hasta las tradiciones de los quinchés por ejemplo: siempre aparece el hombre como la organización viva superior, que, en razón de la com-

plejidad de sus órganos y funciones fue el último creado por la naturaleza.

Ved como el Popol-Vuh, el libro religioso de un pueblo de la América antecolombiana, y tal vez uno de los más antiguos entre cuantos hoy existen, nos refiere la formación del primer hombre: después que la luz alumbró el caos primero, después que la tierra del seno del mar se levanta y produce los árboles y da vida a las plantas, y ofrece morada a las aves y a los animales. Pero, leamos el Popol-Vuh:

> « *En un principio todo era silencio y calma, vacía estaba la inmensidad de los cielos. No había ni hombres, ni fieras, ni aves, ni peces; ni hondonadas, ni barrancos, ni piedras, ni plantas.*
>
> « *No se había manifestado todavía la tierra; no existían sino los cielos y la mar inmóvil.*
>
> « *Reinaban las tinieblas, la noche.*
>
> « *Sólo allá sobre el mar tranquilo brillaba, como luz que aumenta, el Creador, el Formador, el Dominador, la Serpiente de plumas, los que engendran y los que dan vida.*
>
> « *Hablóles el Verbo de Dios y resolvieron.*
>
> « *Retírense, dijeron, las aguas y apareció la tierra....* »

Y crearon después los gérmenes de todos los seres vivientes, plantas y animales; pero:

> « *Viendo el Creador y el Formador que los animales no acertaban a invocarle, hagamos dijeron al hombre para que nos respete y obedezca, nos sostenga y nutra* ».

Entonces, esa Trinidad Altísima ensayó crear al hombre: pero los primeros hombres creados no se pudieron mantener en pie, y se deshicieron en el agua: de madera se formaron nuevos individuos humanos, pero éstos, inadecuados para el fin que el Creador tuvo al formarlos, mandó que se los destruyera — los supervi-

vientes son los *monos* que pueblan los bosques, ellos nos recuerdan esa creación destruída —; por fin, al tercer ensayo formóse un hombre perfecto (1).

No puede menos de reconocerse en esta tradición, el difícil trabajo de la materia, informada de vida y sujeta a una ley por la Divinidad impuesta; ley de subir por escalones de progreso, hacia las organizaciones más perfectas.

Las tradiciones religiosas de otros muchos pueblos, los libros sagrados antiguos de diversas naciones, nos darían materia para gran número de citas, para reflexiones de importancia inapreciable en esta materia; pero basta lo expuesto para comprobar cuanto he afirmado.

III

La Filosofía de Grecia, en su mayor parte formada de reminiscencias de los pueblos del Egipto y de la India, maestros, como todo el mundo sabe, en filosofía y en arte de los helenos; era natural que reflejasen en sus cosmogonías, mucho de los sistemas teológicos de esos pueblos.

La pureza de concepción de los poemas litúrgicos de los primeros Vedas, el dogma Supremo de la unidad de Dios y de su esencia inmaterial, sin forma, pero de donde procede toda luz; Voluntad en donde la Naturaleza toda tiene su origen y de donde nace la energía de la materia convertida en movimiento y de los seres organizados convertida en vida; Voluntad, en fin, que por la fuerza de su propio querer sale de sí, se proyecta hacia afuera y da origen al alma humana, inteligente. Estas concepciones en el mismo Indostán, prin-

(1) El Popol-Vuh publicóse por primera vez en Francia por Brasseur de Bourbourg.

cipian a obscurecerse, a perder su primitiva lucidez, por obra de la imaginación de sus filósofos y poetas, en su profundo anhelo de penetrar la esencia del Númen Supremo. Mas las doctrinas primitivas arias, pierden principalmente su sentido íntimo al ser transportadas al Egipto, y de allí, al difundirse por todo el mundo, van alejándose cada vez más de los orígenes de donde procedieron; sólo en un caso, y por el genio del gran Profeta de la Humanidad, Moisés, las enseñanzas egipcias como que retornan a su origen aunque no enteramente. Los helenos son pues discípulos de los sacerdotes de Heliópolis, y por eso, para penetrar en las consideraciones que corresponden respecto de los griegos, debemos apuntar algo de lo que conocemos relativamente a los libros Herméticos de la tierra faraónica.

En el diálogo de «Pimander» (suprema inteligencia) obra de Hermes Trismegisto —; Pimander responde a Tot (la humana inteligencia) a medida de sus preguntas:

> *«Deseo, le dije, saber la naturaleza de las cosas que existen y conocer a Dios....*
>
> *«Tuve entonces ante mis ojos un espectáculo prodigioso: Todo estaba cubierto de luz y presentaba un aspecto maravillosamente agradable; yo me hallaba arrebatado en éxtasis. Poco después se agitaba con terrible estruendo una sombra espantosa que terminaba en torbellinos oblicuos, y estaba vestida de naturaleza húmeda. Salía humo de aquel ruído y formándose de él una voz, me parecía la voz de la luz; y de esta voz de luz salió el Verbo.*
>
> *«El Verbo era llevado sobre un principio húmedo, y de él salió un fuego puro y ligero que elevándose se desvaneció en el aire. El leve éter, semejante al espíritu, ocupaba el medio entre el agua y el fuego, y el agua y la tierra estaban de tal manera juntas y mezcladas, que la super-*

ficie que el agua cubría no aparecía en ningún punto. Ambas fueron agitadas por la voz del espíritu *que era llevado sobre ellas.*

Pimander. «*Esta luz soy yo: yo soy la inteligencia, tu dios,* y soy más antiguo que el principio húmedo que emanó de la sombra. Soy el gérmen del pensamiento, *el verbo esplendente, el hijo de Dios. Te diré pues: piensa que lo que en ti ves y oyes de este modo es el Verbo del Señor, es el pensamiento que es el dios Padre, los cuales no están de otro modo separados, y su unión es la vida*».

Aun cuando mucho se ha perdido de la poesía y el encanto, y hasta del valor filosófico de los Vedas, lo transcrito aclara el sentido de muchos símbolos que de otra manera serían difícilmente apreciables. Pero leamos las ideas que desarrolla la Inteligencia Suprema con relación a las creaturas, al contestar a la pregunta: ¿de dónde emanaron los elementos de la naturaleza?

«*De la* Voluntad *de Dios, me dijo, la cual habiéndose posesionado de su perfección, ha adornado con ella todos los demás elementos y las variables semillas que ha creado; porque* la inteligencia es Dios, *el cual posee la doble fecundidad de los dos sexos, que es la vida y la luz de su inteligencia; el creó con su padre otra inteligencia operante, y también es dios fuego y dios espíritu. Después formó siete agentes que contienen en los círculos el mundo material, y su acción se llama destino. El Verbo de Dios se reunió después, separándose de los elementos* agitados por un simple efecto de la naturaleza, *y se juntó a la inteligencia operante, que era de su misma esencia. Desde entonces los elementos de la naturaleza quedaron privados de razón, y fueron simplemente materia*».

¡Quién no ve aquí el comienzo de aquella fecunda y encantadora mitología helena que poblaba los bosques rumorosos. de sátiros y ninfas, que creía descubrir entre las tempestades del océano y entre todas las fuerzas de la naturaleza la voluntad activa de algún dios! Pero, continuemos dos palabras, para descubrir la creación del hombre:

> «*La tierra ha engendrado después los animales que estaban en ella, los cuadrúpedos, las serpientes, los animales silvestres y los domésticos; pero el entendimiento, padre de todo, que es la vida y la luz, procreó al hombre (debía decir el alma del hombre), semejante a sí mismo y lo acogió como a hijo, porque era hermoso y parecido a su padre*». (1).

Después habla del primer pecado, pero no es hora de penetrar en esta materia. Creo que nadie me disputará esto: el libro de Hermes no supone que el cuerpo humano es el que procede por emanación directa de la Inteligencia Suprema; su afirmación es relativa al alma del hombre, dejando la materia sujeta a la Ley que hizo brotar de la tierra todas las especies animales.

* * *

Con los antecedentes encontrados, entremos a estudiar algo de la Filosofía griega: poco hemos de decir sobre ella, por la necesidad en que nos hallamos de no extender demasiado los límites de este capítulo

En la materia cuyo conocimiento hoy nos interesa sobre toda otra, hallamos: las enseñanzas de la escuela Jónica, por ejemplo las de Anaximandro de Mileto, quien decía: «Que el principio de todas las cosas era

(1) Véase la «Historia Universal de César Cantú», t. VIII.

lo *indeterminado,* o sea, una especie de caos en que nada tiene forma ni figura, del cual salen los seres y las cosas para volver a entrar en él. Una de sus teorías más originales, es aquella de que los pescados eran los animales más antiguos, y que de ellos salieron, por medio de transformaciones sucesivas los demás animales» (1). Más detención pondremos en transcribir las afirmaciones de Empédocles, sobre la formación de todos los seres; aquí, desaparece por completo Dios, se hace abstracción de él y se calcula la formación de las existencias por fuerzas singulares de las cuales la eterna materia estuvo dotada; todos los conceptos orientales sobre la creación, vuelve a aparecer, olvidando sólo cuanto a la Voluntad Suprema se le debía, según las creencias íntimas de aquellos:

«El Mundo, reunión casual de elementos que ha reunido la *amistad,* no fué en un principio más que una masa informe sin armonía ni belleza; no había astros en el cielo, ni plantas ni animales en la tierra; nada existía sólido, nada líquido; todo estaba mezclado y confundido. Poco a poco nació el órden en el movimiento de los elementos: el cielo se dividió en dos regiones; la de las nubes y la del fuego; los astros brillaron; el sol vibrando sus rayos, traspasó las nubes y calentó la tierra; las plantas y los animales aparecieron en forma de unos seres imperfectos y de figuras caprichosas; pero con el tiempo se perfeccionaron.

«Las plantas, nacidas espontáneamente como los animales, son unos animales imperfectos. La tierra, débil en un principio, no produjo mas que plantas; pero habiendo cobrado vigor, produjo animales, si bien éstos no fueron *desde luego perfectos,* sino que primero apa-

(1) Los arriba transcritos, son los precisos términos con los cuales el notable escritor Emilio Faguet, ha condensado en pocas líneas la filosofía de Anaximandro; en su obra «Iniciación Filosófica». Véase también Alfredo de Fouillee «Historia de la Filosofía».

recieron solamente miembros de ellos, como ojos que no veían, cabezas sin cerebro. Bajo la influencia de la amistad, estos miembros aislados se reunieron, pero de un modo casual; es decir, una cabeza de hombre con un cuerpo de buey, y así sucesivamente. Semejantes monstruos no fueron fecundos y perecieron, pero después de muchas combinaciones se formaron otros más perfectos, capaces de conservarse y reproducirse. También se cuenta que *salieron de la tierra tipos de hombres en bruto:* que fueron después adornados y embellecidos por influjo de Venus». (2).

En Empédocles de Agrigento, la teoría del transformismo tiene un antecesor evidente. Quién al oírle afirmar, que el Universo está regido por dos leyes, o dos fuerzas mas bien, la del amor y la de la discordia, principio de unión la una y la otra de oposición; y que de sus acciones y reacciones, aparecieron: primero los vegetales, y luego, de una en otra especie los animales, de los inferiores hacia los superiores; no recuerda el transformismo tal como se presenta en el pasado siglo. Y quien no ve en el fondo de esa teoría, la afirmación, todavía en tela de juicio, y que tan nueva nos parece, del mínimun de conciencia posible de hallarse entre los átomos y cuyo gérmen de elección es causa por ejemplo en la materia inorgánica, de la cristalización de cada especie de mineral siempre en cierta clase de prismas.

En fin, volvemos a encontrar la idea de la evolución de las especies, en Epicuro y su escuela.

Mas en Grecia, la filosofía védica parece disgregarse en fragmentos de concepción, de imprecisa apariencia de indecisos contornos a veces, especialmente en las escuelas que representan la primera época de la historia de la Filosofía en ese pueblo; pero en el fondo de las

(2) El extracto de la Filosofía de Empédocles se halla en el t. IX de la historia de César Cantú, págs. 51 y siguientes.

concepciones cosmogónicas, palpita el concepto panteísta de las religiones de la India y sus ideas filosóficas sobre la creación de los seres; no es griega ni siquiera la afirmación de la eternidad de la materia, ya lo apuntamos, que la filosofía sakia lo afirmaba así expresamete.

Pero así fragmentario el concepto, no podía tener todo el alcance del texto de los Vedas; no hay entre ellos sino reminiscencias védicas, por todas partes recuerdos de esa filosofía — de los primeros libros sagrados del Indostán, o de los posteriores a ellos —: Heraclio, para el cual nada significan las cosas de la tierra, que están sujetas a perpetua transformación, y sólo tiene valor en el mundo el Ser que rige los destinos de los demás seres ¿no aparece como directamente influenciado por el misticismo de los brahamanes?

Y claro, respecto de la evolución en particular, no encontramos el concepto entre los griegos completamente definido, acabada en todas sus partes la teoría, pero se insinúa ya de un modo poderoso en su manera de comprender el Universo: aparece como un posible desarrollo de las ideas de sus cosmogonías.

Una afirmación última: la filosofía en Grecia mientras no se presenten en escena los sofistas, no es especulación únicamente, es convicción íntima; es en muchos sentidos la religión racional, y la sola que podía encontrarse en ese pueblo.

No queremos fundar nuestra prueba en el consentimiento universal, como lo hacían los escolásticos, sino sólo demostrar a los creyentes, a cuantos no dudan aún de la revelación, que la teoría cuyo estudio hacemos, no ataca a ningún dogma ni a ninguna tradición religiosa, y por el contrario, explica de manera suficiente los obscuros pasajes de los libros sagrados.

IV

La reconstrucción genética del feto, no es casualidad sólo, es la historia vivida de la evolución vital:

De lo simple a lo complejo es el trabajo de la Naturaleza; desde el protoplasma rudimentario, que recuerda la ameba, siguiendo la progresión orgánica de los diversos órdenes de organización, según la edad del feto; se puede señalar las transformaciones por las cuales ha pasado la vida, hasta formarle al hombre, *viviente y con alma*, como dice la Biblia. Junto a esto, las enseñanzas de la anatomía comparada: órganos rudimentarios en ciertas especies y que se perfeccionan en los organismos superiores; otros que se atrofian por su inutilidad para los nuevos seres, los cuales no usan de ellos etc. etc. Todo esto, repetido millares de veces, detallado en mil obras y discutido hasta la evidencia, no debe ser examinado con detención por nuestra parte.

Recordaremos que se ha pedido con insistencia una prueba material, que tuviera la realidad de un hecho sucedido, para comprobar la evolución; pero, olvidando las modificaciones de especies que produce el ingerto y el cruzamiento; los cráneos de Neanderthal, de Cannstatt, de Cromagnón y otros, la mandíbula de Naulette, etc. nos la dan con bastante eficacia, como prueba material.

V

Y como todos los seres, vivimos dependientes del clima y del suelo, como todos ellos estamos sujetos a sus influencias.

Cuando veo la constante dependencia de todo organismo, respecto de cuantos le anteceden y le siguen en la evolución; cuando veo, en un círculo obscuro cómo

un organismo se nutre de los restos de otro organismo; como en lucha sin nombre, todos se destruyen a todos y somos parásitos de las otras formas de vida y vivimos del dolor ajeno; cuando pienso como lo absoluto en el mundo es la vida y todos los seres son formas, apariencias solas de esa fuente perpetua que fluye y riega la tierra. Entonces los ensueños de la filosofía bramánica inundan mi espíritu: todo es parcial y sin valor me digo, sólo el poder del Pensamiento Eterno, que es voluntad en sí y es energía en las otras sustancias; sólo la vida íntegra de los seres, eso es lo absoluto, lo verdadero es eso.

UNIVERSIDAD DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CAPITULO IV

Continuación de lo anterior. — De la evolución de las especies.

Dos ejemplos de la anatomía comparada, capaces de demostrarnos el regular sendero seguido por la vida para la constitución de ciertos órganos en los animales superiores. Los aparatos visuales en los vertebrados, precedidos en su formación por una larga serie de ensayos hacia tal resultado. — Importancia del sistema sensorio-motor para los animales más adelantados y función de este sistema dirigido a concentrar la total energía del ser. Breves apuntes de la historia de perfección ascendente de la constitución nerviosa en los organismos. — Antonio Fogazzaro y su defensa del transformismo compaginándolo con las creencias católicas sobre la creación; su estudio sobre las opiniones de algunos teólogos en lo referente a la interpretación del Génesis, especialmente las ideas halladas en San Agustín.

I

Por el afán de esclarecer materia tan importante como esa de la evolución de los organismos, la cual, si bien hasta ahora no tiene una prueba matemática del hecho, pero dispone de una serie coordenada de datos y de observaciones científicas dirigidos todos en el mismo sentido, el de la teoría del transformismo — pues de otro modo no se podría explicar la realidad en la forma como se nos presenta en su conjunto, con ese afán, me he decidido a buscar en la anatomía comparada sólo dos ejemplos, capaces eso si, de hacer reflexionar con

profundidad a cuantos se preocupen de un modo serio del problema de los orígenes del hombre.

Hay entre los vertebrados superiores una función que siendo de importancia capitalísima se la ejerce por órganos de complejidad y de estructura maravillosos, me refiero al acto de la visión y a la estructura de perfección imponderable de los ojos en los animales de ese género; circunstancias las anteriores, por las cuales el órgano referido ha servido y sirve de poderoso argumento a los partidarios de las causas finales, quienes ven en él la prueba cierta del trabajo de una inteligencia Superior empeñada en producir el resultado a que asistimos, mediante la sabia combinación de elementos todos armónicamente dispuestos para el mismo fin; sólo una inteligencia capaz de concebir y una voluntad capaz de disponer de los medios adecuados, podrían fabricar un aparato de tanta armonía en la infinita complicación de sus partes.

Hablándonos de los ojos de estructura complicadísima de los vertebrados y de la imposibilidad de considerarlos como el producto de fuerzas inconcientes, ciegas, Paul Ganet nos dice: «es necesario que la esclerótica se haga transparente en un punto de su superficie para que los rayos luminosos puedan atravesarla y que detrás de esa apertura se encuentren medios convergentes, que a un extremo de la cámara obscura esté la retina, y perpendiculares a estos haya una cantidad innumerable de conos transparentes que no dejen llegar hasta la membrana nerviosa más que la luz dirigida en el sentido de su eje.... etc.» (1).

Pero si la complicación del órgano llega a un extremo inimitable de elementos unidos de manera artística e insustituible para los efectos de ver; esto no sucede en los primeros ensayos de aparatos visuales, descubiertos en los animales inferiores: en el infusorio, el ojo

(1) Paul Ganet «Las causas finales».

parece únicamente diseñado, como un apuntamiento del lugar donde se había de colocar en los seres más avanzados en estructura, apareciendo en los infusorios en forma de un pigmento depositado sobre la piel. Si atribuyéramos a una inteligencia creadora, la cual, en órdenes distintos y en épocas diversas fue constituyendo las varias especies, a medida de las alucinaciones de su imaginación; tendríamos que concebirla trabajando de la manera misma que un futuro buen pintor quien al descubrir dentro de si una afición, comenzara su carrera de arte dibujando figuras cuya verdadera ideación estuviese vagamente esbozada en su cerebro. Podemos además constatar: desde la mancha pigmentada del infusorio, hasta el ojo del vertebrado, por un lado, y del molusco, en la otra rama de la evolución animal, grados sucesivos y escalonados en el sistema de la organización referida; hasta los elementos celulares empleados por la naturaleza, en cada caso, son distintos: en las aves por ejemplo la retina está formado de la misma capa de sustancia segregada para el sistema vervioso, es como una fuga hacia el exterior de sustancia de esta clase; en la otra rama, la de los moluscos, procede directamente del octodermo y no mediante esa transformación previa en sustancia nerviosa.

Las vacilaciones, los ensayos de un trabajo creador de esta parte del organismo, cuyas claras huellas podríamos encontrar en la naturaleza, nos daría una idea tan mermada de la Omnipotencia Divina como trabajadora inmediata de los seres vivientes que existen; capaz de hacer inaceptable tal hipótesis para los mismos finalistas; mucho más lucido es el papel de Dios creando la vida como una fuerza organizadora.

Sin entrar a modelar en las diversas explicaciones del evolucionismo — como lo ha hecho Bergson (1) — este dato experimental, con el empaño de ver por cual

(1) Henry Bergson «La Evolución Creadora» t. I.

puede contenerse en totalidad y saber así en teoría el proceso real de las formaciones vitales — leyes imaginadas diversamente por las distintas escuelas evolucionistas —; si creo necesario reconocer que es profundamente sugestiva la opinión del autor francés que muy en síntesis voy a referir (2).

Debemos reconocer, dice Bergson, que un órgano tan complicado como el ojo humano, cumple sin embargo una función manifiestamente simple: basta abrir los ojos para ver, y si bien es cierta la necesidad de un trabajo importante cerebral para darnos cuenta de la impresión recibida, esto es independiente del papel del órgano en sí; lo cual debe hacernos reflexionar en lo siguiente, continúa: los efectos de organización capaz de distinguirse en los seres vivos son resultados imprevistos de la energía vital trabajando sobre la resistencia de la materia. «Se dirá que hablando de la marcha hacia la visión, volvemos al antiguo concepto de la finalidad, y así sería si dicha marcha exigiera la representación conciente o inconciente de un fin a alcanzar, cuando en realidad se efectúa en virtud del impulso original de la vida que está implicada en el movimiento, y de ahí que se la encuentre en líneas de evolución independientes. — «Ahora, si se nos preguntase porqué y cómo está implicada en él, contestaríamos que la vida es fundamentalmente tendencia a actuar sobre la materia bruta, y que el sentido de esta acción no está predeterminado y de ahí la imprevista variedad de las formas que al evolucionar la vida va sembrando en su camino, pero esta acción presenta siempre, en mayor o menor grado, el carácter de contingencia; implica, al menos un rudimento de elección, y como ésta presupone la representación anticipada de muchas acciones posibles, es preciso que para el ser vivo, antes que la acción se le dibuje posibilidades de acción».

Para comprender con exactitud el valor de las opi-

(2) Ibd.

niones reproducidas, y para que se pueda hacer las modificaciones y reparos, en el pensar de cada cual necesarios; hace falta usar del ejemplo por el mismo autor empleado. Si ante mí tengo un pequeño muro formado de limaduras de hierro e introduzco en él mi mano hasta llegar al otro lado, y suponiendo, por obra de un milagro, que mi brazo y mi mano se hayan vuelto invisibles; el órden, la simetría alcanzada entre las limaduras de hierro y en torno de ese canal formado en virtud de mi maniobra, sería un resultado querido y previsto por la voluntad que abrió el canal, para todos cuantos desconocieran mi forma de procedimiento, y sin embargo al proceder yo así, no podía imaginar siquiera el órden armónico de colocación de cada limadura junto a las otras. Igual es la fascinación, concluye, que nos induce a creer de los organismos conocidos, que fueron creados por la voluntad y conocimiento de un ser Omnipotente.

Respecto de los rudimentos de elección imaginados por Bergson, acaso se pudiera discutirlos en esta forma: ¿tiene tal vez idea de elegir, el torrente que en virtud del declive del terreno baja y forma su lecho y tuerce su cauce por los obstáculos encontrados en su curso? ¿o si perfora la roca y se abisma en túneles obscuros por donde pueda seguir una carrera tan accidentada? La vida aparece como un impulso, el cual al chocar con la materia no siempre puede triunfar de su inercia y por eso se divide, se ramifica y busca nuevas orientaciones; no hay una voluntad inmanente sino un primer impulso, una cantidad determinada de energía siempre en movimiento, regida por las mismas leyes acaso que las del equilibrio universal, atracción y movimiento hacia la disgregación o desdoblamiento de las partes. La química combina elementos capaces de juntarse, la vida suma átomos de mútua atracción. Téngase lo dicho como observaciones a ese gérmen de elección de la cual nos habla el filósofo francés, y no como una hipótesis propuestas o aceptada por el autor de este trabajo.

II

Biólogos hay quienes consideran como la síntesis de la vida de los organismos superiores lo relacionado con el sistema sensitivo-motor de los mismos, representado por la aptitud psico-fisiológica de sus aparatos nerviosos; en Haeckel hallamos textualmente: «La vida psíquica de los animales superiores, como la del hombre, se efectúa por medio de un aparato psíquico más o menos complicado y éste contiene siempre tres partes principales: los órganos de los sentidos....; los músculos....; los nervios que establecen una comunicación entre los primeros y los segundos con ayuda de un órgano central especial, cerebro o ganglio.... «Las células glanglionares o «células psíquicas», que constituyen el órgano nervioso central, son las más perfectas de todas las partes elementales orgánicas, pues hacen posible no sólo las relaciones entre los músculos y los órganos de los sentidos, si que también las más elevadas funciones del alma animal, la formación de representaciones y de pensamientos, por encima de todo, la conciencia». (1)

Los centros nerviosos contenidos en la bóveda del cráneo y en la columna vertebral, designados por la fisiología con el nombre de sistema central, tienen para mí el carácter de verdaderos acumuladores de energía; allí se concentran — me refiero a las constituciones del hombre y de los mamíferos superiores — las actividades procedentes de todas las células del organismo, sin nada olvidar; función cuyo principal papel es desempeñado por el cerebro.

Según es sabido, la sustancia protoplasmática de las

(1) Ernesto Haeckel «Los enigmas del Universo» T. I.

células en cualquier ser vivo, tiene el poder de convertir la materia ofrecida para su subsistencia, en verdadera fuerza, energía actual, o en potencia de ser; y las energías producidas en cada momento, sumándose en millares de unidades de la misma especie, son conducidas a la manera de la electricidad, a aparatos que las reciban y las conviertan en fuerza y en poder del organismo total.

Mis investigaciones en diversos problemas de biología y de psicología comparada, me han conducido a imaginar como la explicación más apta para resolver muchos de sus misterios, considerados hasta hoy casi sin solución, esta manera de comprender lo relacionado con el asunto difícil e importante de la naturaleza y los caracteres del desarrollo de la conciencia personal, en la rama animal de la evolución de la vida.

Con los progresos de la Biología, somos testigos del aparecer de un concepto aceptado por la mayoría de los investigadores de esa ciencia; me refiero a la afirmación de la conciencia celular, llamada por Haeckel alma de las células o citopsiquis, desde las existentes de un modo aislado en los unicelulares, hasta las agrupaciones prodigiosas en número, de las reunidas para formar los órganos de los animales de más compleja constitución. En todo organismo cada célula dispone de la necesaria conciencia individual para poder subsistir sirviéndose de las condiciones dentro de las cuales vive, mas su actividad excede a ésta su propia conservación, y esa especie de energía disponible hace falta aprovecharla conjuntamente y en su mayor valor; esto lo ha conseguido la naturaleza mediante la implantación de un sistema especial de aparatos vivos dentro del organismo, capaz de emplear la energía sin dejar residuos en interés de todo el ser. — Las neuronas o células nerviosas aisladas, primero; y luego, reunidas en sistemas, los cuales crecen en complicación a medida del avance de la actividad vital en el camino de la perfección organizadora; representan en formas defi-

nidas la perfección ascendente de la conciencia personal entre los animales.

En estricto sentido, la conciencia no es una ofrenda del sistema nervioso a la existencia del ser vivo en donde se presenta, pues él no produce tal clase de actividad en sus elementos, y si sólo la recibe de las diferentes células y la transforma en el resultado del cual estamos explicando el aparecer; la energía celular es como la electricidad, fluído capaz de convertirse en fuerza o en luz, mediante el poder del aparato acumulador y transformador. — En síntesis: el sistema nervioso es acumulador de la energía celular, capaz de transformar esa energía en la fuerza animal denominada la conciencia personal.

Las anteriores explicaciones — cuyo ámplio desarrollo y el señalarse de su relación con muchas de las manifestaciones psicológicas difícilmente comprensibles, lo haremos en otro lugar — contrarían el común sentir por donde se han lanzado la mayor parte de los autores de Biología; éstos protestando con frecuencia contra la concepción de Karl Vogt, de las varias manifestaciones psíquicas — los pensamientos, las emociones y sentimientos —, como productos del cerebro de igual forma que las secreciones de cualquiera otra glándula del organismo — protesta debida talvez a la dureza de la comparación —; han caído casi en el mismo error. — Dejando los mayores detalles para tiempo mas oportuno nos basta transcribir estas frases de Haeckel: «Las observaciones fisiológicas nos han proporcionado desde hace veinte años la prueba cierta de que la estrecha región del cerebro de los mamíferos, que se designa en este sentido como el asiento (o mejor el órgano) de la conciencia es una parte de los hemisferios, a saber: esta «corteza gris» o «corteza cerebral», que se desarrolla muy tardíamente y a expensas de la parte cerebral convexa de la primera vesícula primaria del cerebro anterior. Pero la prueba morfológica de estas hechos fisiológicos ha podido ser establecida gracias o

los progresos maravillosos de la anatomía microscópica del cerebro, de que somos deudores a los métodos perfeccionados de investigaciones de estos últimos tiempos (Kolliker, Flechsig, Golgi, Edinger, Weigert)», — Y no sólo se localiza la conciencia en un determinado lugar del cerebro, sino se la presenta como una conquista muy tardía de la naturaleza y en intimidad de relación con el desarrollo cerebral: una innovación de última hora sin precedentes; «soy de opinión — dice el mismo autor ultimamente citado — de que la verdadera conciencia no se encuentran mas que en los animales superiores que poseen un sistema nervioso centralizado....» (1).

Aparecen por todas partes opiniones sobre el problema planteado, las cuales pasan rozándose con el general punto de vista por nosotros aceptado; pero se desvían sin poder explicarnos suficientemente la causa de tal desviación.

Mas el sistema nervioso, junto con el tributo de energía recibe las solicitudes de todas partes, pero sólo las atiende en cuanto son precisas para el exacto cumplimiento de las funciones encomendadas a cada uno de esos productores de la riqueza funcional del organismo. Parece que asistiéramos al gobierno de un Imperio absoluto cuyo jefe fuera irresponsable, y donde todos los súbditos trabajaren con tenacidad y sin mas empeño que el de satisfacer el lujo y la imprevisión de la corte imperial. En el animal cualquiera célula inútil para el trabajo profundamente concentrado del cual venimos hablando, es abandonada a la miseria económica de alimentanción, primero, y luego a la muerte. (2)

---

(1) Haeckel ob. y t. cits pgs. 207 y 208.

(2) Aún disponiendo de solo superficiales conocimientos como aquellos de la constitución y funcionamiento de los elementos nerviosos en la fisiologia humana, tendriamos derecho de oponer serias

Ya en 1812 Cuvier decía: el sistema nerviose es, en el fondo, todo el animal; entiéndase bien, cuando la vida en su pasión por centralizar las funciones, ha desarrollado de tal modo la constitución nerviosa que la integridad del organismo, en sus menores detalles, está supervigilado y movido por ella. Y en verdad, los datos de los cuales hoy se dispone, parecen comprobar de manera plena la afirmación recordada; el organismo en su totalidad tiende a sacrificarse por conservar íntegros los elementos de pleno desarrollo de aptitud para el sistema sensitivo-motor; y éste, como desconociendo las circunstancias más o menos difíciles en las que está desarrollándose la vida animal, sigue gastando sin medida las energías arrancadas a las moribundas células. (1)

Por los antecedentes señalados se llegará a comprender que, cuanto podamos decir de lo relacionado con

---

objeciones al punto de vista en el cual se ha colocado Emilio Ferriére al tratar de explicar el mecanismo de la vida en los organismos, aún de los dotados de aparatos céfalo-raquídeos. — Como olvidando las mil limitaciones y modificaciones a las cuales se vieron precisados los sociólogos organisistas para comparar a la sociedad con un organismo individual y personal como el humano, en el autor citado encontramos: «Representémonos el ser viviente complejo, el animal o la planta como una ciudad que tiene su carácter especial, que la distingue de toda otra, de igual manera que la morfología de un animal se diferencia de los demás» (pág. 108 de su obra «La vida y el alma»). esto como consecuencia de considerar las funciones del ser vivo como «la suma brutal de las actividades elementales de células yuxtapuestas», y para llegar en conclución a este total desconocimiento de la realidad vital: «Resumiendo: — se expresa — la vida reside en cada célula, en cada elemento orgánico. *el cual funciona por su propia cuenta.* La vida *no está centralizada en ninguna parte.* Todos estos aparatos están ellos mismos construidos en vista de la vida celular.... Todo está hecho para el elemento anatómico y por el elemento anatómico.... El mismo sistema nervioso regula todas estas acciones y las armoniza en vista de la vida celular».

(1) Algo, muy capaz de llamar la atención de cualquiera, es esta indicación procedente de autopcias de animales muertos de hambre: en ellos se ha descubierto que, mientras todos los órganos han perdido más o menos peso y las células no nerviosas han sufrido alteraciones profundas; el cerebro se hallaba intacto. — El «Año biológico», publicación francesa, de 1898, trae la misma afirmación respecto de un hombre muerto después de treinticinco dias de ayuno rigoroso.

el sistema nervioso, su anatomía, su funcionamiento y la historia de su desarrollo en las varias especies conocidas, tendrá una importancia capitalísima hacia la resolución de la tesis transformista o aquella de la creación directa, para el origen de los seres.

* * *

Si quisiéramos representar, desde sus más remotos orígenes, el suceso de las lentas y progresivas conquistas de la constitución nerviosa en la materia viva: deberíamos comenzar por reconocer una primera bifurcación de los poderes organizadores de la existencia en su lucha con la inercia de la materia, por la cual se formaron las dos grandes ramas del árbol de la vida: la una, en cuya larga trayectoria irán tomando origen el portentoso número de géneros y especies vegetales que pueblan la tierra; seres sin un comienzo siquiera de innervación (1); y otra, la rama de la animalidad, donde el sistema nervioso va a desarrollarse lentamente, desde el llamado difuso — células aisladas, sensitivas y motoras, talvez influenciadas entre si por *inducción* — hasta el perfeccionamiento y complicación casi indescriptibles, del sistema nervioso humano. — Pero abandonaremos la una parte del estudio, sin entrar siquiera a las consideraciones de las semejanzas y las diferencias posibles de hallarse entre ambos grupos de seres vivos.

Estos son en síntesis, los pasos de la vida, para constituír definitivamente en el hombre, el aparato sensorio-motor:

---

(1) En razón de efectos similares, producidos en ciertos vegetales y en los animales superiores por algunos narcóticos y venenos, los cuales tienen predilección a atacar el sistema nervioso, se ha pensado en la posibilidad de hallar rudimentos nerviosos en las plantas; pero yo hallo la consecuencia excesiva y talvez mas tarde razonaré el motivo.

Olvidando a los protozoarios, seres dotados de solo una alma celular — conforme a la especificación de Haeckel — y a los metazoarios inferiores como los gastreados, donde aún no es posible descubrirse ni la mas leve iniciación de elementos nerviosos diferenciales; grupos en los cuales parece notarse apenas, la vaga aspiración y los primeros esfuerzos de la vida para librarse de la inmovilidad a que se iba condenando con la formación de los organismos arraigados al suelo, y donde no puede hallar la embriogenia distinción de envolturas para el blastodermo; nos encontramos con lo siguiente:

I. — Los primeros animales propiamente dichos, son los espongiarios y los celenterios: en aquéllos puede conjeturarse por algunas manifestaciones, la aparición de neuronas diseminadas por el cuerpo del animal — pueden llamarse neuronas a los elementos nerviosos más simples formados por una diferencia de tegidos del celular común de las otras células; aún cuando el nombre de un modo propio se haya empleado para designar los importantes elementos nerviosos de cuya reunión en centros y en ganglios se ha constituído el sistema central de los mamíferos, por ejemplo —; mas, sólo en los celenterios de mayor complejidad, se puede distinguir ya, una que otra vez, algo semejante a los abultamientos ganglionares. «El alma de los cnidios ofrece una importancia completamente capital para la psicología comparada y filogenética, pues en el seno de ese grupo tan rico en formas es en el que se realiza a nuestros ojos el paso del alma de los tejidos al alma del sistema nervioso». (1)

II. — En los equinodermos aparece una importante complicación: los nervios forman lo que puede llamarse verdaderos sistemas por su ordenación y arreglo en el individuo; hallamos en ellos: un sistema periférico sensitivo-motor y otro profundo motor sólo. La Naturaleza semeja darnos con estos seres la visión del papel dife-

(1) Véase los «Enigmas del Universo» de Haeckel.

rencial encomendado a los animales respecto de las plantas, enzayando preferir el movimiento sobre cualquier otra actividad, ya que la alimentación, y por tanto su subsistencia sobre el mundo no podían conquistarla sino yendo en busca de ella; mas pronto parece mudarse la rudeza de tal principio, con un mayor poder de energía ofrecida a la constitución sensorial.

III. — Entre los gusanos descubrimos un sistema ganglionar, cuyos abultamientos apuntan, podemos decir, los complejos centros nerviosos que hallaremos en los vertebrados. En su forma más simple es un abultamiento o ganglio único situado en la parte superior del cuerpo del animal, y separado por desdoblamiento luego, en dos mitades, las cuales recorren como dos líneas distintas todo el organismo y le vivifican. En los gusanos más adelantados son dos los ganglios primordiales *(ganglios cefálicos pueden llamarse)*.

IV. — En los artrópodos asoma ya, de manera con facilidad apreciable, un remedo de cerebro y de médula espinal: «el cerebro es una gran masa ganglionar situada sobre el esófago y unida por un collar nervioso con el ganglio anterior de la cadena ventral, situada generalmente en la cabeza, la cual representa la porción inferior del cerebro o el ganglio sub-esofágico» (1); la cadena ventral formada por ganglios como eslabonados recuerdan a primera vista la médula espinal de los animales superiores, hasta por su posición debajo del tubo digestivo. Y hay más conquistas que no se perderán, y por lo mismo muy dignas de apuntarse, en la innervación de este género de animales: el cerebro emite ganglios sensorios y podemos señalar además la presencia de un sistema ganglionar visceral, independiente de las emisiones de la cadena ventral de nervios para los músculos y los tegumentos; se dibuja pues el *gran simpático*.

---

(1) Los más distinguidos autores de Zoología emplean la descripción incluida en el texto.

V. — Llegamos a un momento muy singular de nuestra historia natural, capaz de recibir muy varias interpretaciones. — Se dirá que la vida no es siempre avance? ¿que a veces se retrocede para de nuevo avanzar? O como el artista ensayador de nuevos métodos pero que al fin descubre la imposibilidad de sustituír a las prácticas antiguas en constante triunfo y progreso, por ningunas otras ¿éste sería el ensayo perdido por la naturaleza en la constitución de los moluscóideos, entre cuyas primeras manifestaciones de la especie, se nota una tendencia hacia el desaparecimiento del sistema estudiado? ¿O es que la merma de complejidad en la innervación respecto de los animales de otro género, fue debida a la antigüedad de separación de este grupo — o mejor de la rama en la cual debe inscribírsele — de la común forma de evolucionar de los otros géneros y especies? La segunda hipotesis parece la más aceptable, y tiene de importante el hablarnos en igual sentido que el dato de los órganos visuales, en el párrafo anterior estudiado. — Pero pasa algo de muy singular en el grupo de evolución de los moluscóideos: muchos ensayos de nuevas formas de constitución nerviosa resultan fallidos, como si la materia sólo se dejara triunfar por procedimientos muy limitados. Los cauces posibles por donde se escapó la energía se cortaban más o menos pronto por diques infranqueables. La contemplación de estas circunstancias tal vez, las representó Bergson con el término inexacto de «rudimentos de elección» en lugar de llamar «posibilidades de dirección».

Entre los moluscóideos vemos aparecer una confusión absoluta de funciones, remedo lejano de las nítidas formas como incertaba los órganos de los sentidos en el animal, la otra rama de la vida. En los moluscóideos de la especie *Cania* por ejemplo, nos hallamos con lo siguiente: «*los ganglios sub-esofágicos, dan generalmente los nervios sensitivos, debiéndose considerar los brazos como órganos sensitivos, y en ellos residen el tacto*

y el gusto; los demás sentidos también residen en ellos, pues cuando el animal es adulto pierde la vista y el oído, que aunque poco desarrollados, existen en el período embrionario». (1).

VI. — Pero fraccionadas y todo, las fuerzas vitales prosiguen en su avance, después de las largas vacilaciones a las cuales asistimos y en las dos direcciones señaladas. Por un lado los moluscos — tal vez el un extremo de la doble actividad organizadora — adquiriendo un sistema de defensa preparado como conscientemente, por la naturaleza para impedir la pérdida de sus mejores conquistas y señalar al animal las funciones más altas de su ser; a los ganglios cerebrales les recubre un cartílago, *y ellos aparecen como dos masas bastante abultadas y reunidas* — en los tetrabranquiales por ejemplo — por una comisura. Preséncíase también la distinción exacta entre el cerebro y el cerebelo — en los cefalópodos dibranquiales —, el primero mostrando el aspecto de una zona de sustancia blanca, donde se señalan separaciones por cordones de sustancia gris; en el cerebelo son franjas verticales y alternativas, blancas y grises.

VII. — Otro paso en cuanto a la perfección en el orden de aparatos estudiados — y esto sí en directa relación e inmediato antecedente de la constitución raquidia — es el posible de hallarse entre los procordados, animales que presentan un cordón dorsal de carácter nervioso-tegumentario, «por su invaginación longitudinal convertido en tubo» y directo origen de la médula espinal.

VIII. — Así, de un modo lento ha ido la vida ensayando la manera de constitución nerviosa más apta para cumplir las funciones que hacía falta desempeñar, si creemos en una evolución finalista; o es ese el trabajo diríamos, del organismo capaz de comprender las

(1) Véase la «Enciclopedia» Spaza.

mejores condicionss de la vida para su subsistencia, en frente a las dificultades del medio donde habita; (1) o por fin, nos restará comprender a todo ese trabajo, como la manera según la cual la fuerza organisista venció a la materia inerte que oponía sus obstáculos a ese poder en marcha, si consideramos a la vida como una fuerza abandonada en un cauce lleno de barreras, y que al igual de un río de poderosas ondas, marchara adelante perforando en caprichosas formas los obstáculos opuestos, si consideramos a tal organización como un trabajo mecánico (2).

Y llegamos a los vertebrados; cuyo sistema nervioso hallaremos constituído morfológicamente por estos elementos: 1°. el sistema nervioso central (encéfalo — cerebro, cerebelo y bulbo — y médula espinal); 2°. el sistema nervioso periférico (nervios y órganos de los sentidos); y, 3°. el gran simpático (nervios viscerales). — Dentro de este mismo género puede irse constatando el desarrollo gradual en la perfección interna de los constituyentes de esos aparatos sensorio-motores, desde los peces cuyo cerebro está compuesto de lóbulos pariados homogéneos — transformación de los abultamientos ganglionares antes explicados — hasta la complejidad inmensa de los mamíferos respecto de tal órgano, en cuya constitución podemos encontrar, desde sus comienzos, casi todos los elementos del que será el prodigioso sistema nervioso del hombre; pasando, como jalones en tal recorrido, por los reptiles — donde se aumenta el número de nervios cerebrales, haciéndolo al facial independiente del trigémino y al glosofaringio del neumogástrico — y por la conformación del sistema

(1) Una especie de conciencia en todos los seres organizados para la elección de sus condiciones mejores de subsistir, parece afirmar Cope en su obra sobre los factores primarios de la evolución orgánica; entre las fantasías semi-poéticas y semi-filosóficas de Maeterlink, hallamos aplicada esa teoría a las plantas «El alma de las plantas»:

(2) Esa hipótesis es de quienes todo atribuyen al medio.

nervioso de las aves — en cuyo cerebro aparecen ya el cuerpo calloso y los doce pares de nervios —.

Todos conocemos algo de la morfología de nuestro sistema nervioso, compuesto: de los dos hemisferios cerebrales — concentraciones enormes de sustancia nerviosa, apelotonamientos de millares de millones de neuronas, como comprimidas en un espacio muy corto, por más que sea muchísimo mayor que la cavidad craneana de casi todos los animales superiores; por otra parte diferente del cerebro de los monos por ejemplo, a simple vista, casi en esta sola circunstancia —, hemisferios unidos por el cuerpo calloso; del cerebelo, cuya manera de disposición interna de materia blanca y enramadas grises, ha dado motivo a llamarle el árbol de la vida; y de esa columna casi cilíndrica del sistema nervioso central, denominada la médula. — Por ser materia tan sabida, bastan esos ligeros detalles, para seguir de modo imaginativo todo el proceso del trabajo de la vida hacia la formación de tales aparatos.

No es posible concluír este punto de la anatomía comparada, sin recordar a Haeckel; voy por eso a copiar una página de «Los enigmas del Universo»; «*Historia del alma en los mamíferos*» titula el párrafo, y dice: «La consecuencia más importante que se deriva del origen monofilético de los mamíferos, es que el *alma del hombre* deriva necesariamente de una larga serie evolutiva de otras *almas de mamíferos*. Un abismo profundo separa anatómica y fisiológicamente la estructura del cerebro y la vida psíquica que de ella se origina, en los mamíferos superiores, de lo que son en los mamíferos inferiores, y no obstante este profundo abismo es colmado por una larga serie de estadios intermedios; pues un período de tiempo a lo menos de catorce millones de años (más de cien millones, según otros cálculos) que han transcurido desde el comienzo de la época triásica, basta por completo a hacer

posible los más grandes progresos psicológicos. Los resultados generales de investigaciones profundas hechas estos últimos tiempos sobre este asunto, son los siguientes: 1°. El cerebro de los mamíferos se distingue del de los otros vertebrados por ciertas particularidades, comunes a todos los miembros de la clase, sobre todo por el desarrollo prominente de la primera y de la cuarta vesícula del cerebro anterior y del cerebelo, mientras que la tercera, el cerebro medio, entra en regresión. — 2°. Sin embargo, existe un estrecho lazo entre la forma del cerebro en los mamíferos inferiores más antiguos (monotremos, marsupiales, procoriates) y sus antepasados paleozoicos, los anfibios del carbonífero (stegocéfalos) y los reptiles del pérmico (tecosaurios). — 3°. Sólo en la época terciaria es cuando se realiza la completa y típica transformación del cerebro anterior, que distingue tan marcadamente a los mamíferos recientes de los más antiguos. — 4°. El desarrollo especial del cerebro anterior (cuantitativo y cualitativo) que caracteriza al hombre y al que éste debe la herencia de sus facultades físicas, no se encuentra más que en una parte de los mamíferos más perfeccionados del final de la época terciaria, sobre todo entre los monos antropoides. — 5°. Las diferencias que existen en la constitución del cerebro y en la vida psíquica entre el hombre y los monos antropoides son menores que las diferencias correspondientes entre éstos y los primates inferiores (los monos más antiguos y los prosimianos). — 6°. En consecuencia nos es preciso considerar como un hecho científicamente demostrado, que el alma humana proviene, por una evolución progresiva, de una larga cadena de almas de mamíferos, al principio groseras, después más perfeccionadas — y esto en virtud de leyes filéticas por doquiera imperantes, de la Teoría de la Descendencia». (1).

(1) El empleo del término alma, es equivalente en esta parte del estudio de Haeckel, a sistema nervioso.

Y bajo otro aspecto del mismo estudio: la fisiología nervioso en todos los animales puede ofrecernos iguales materiales para la reflexión. — A medida de la complicación de la estructura ha aparecido la concentración de las funciones; pues la célula nerviosa que en los espongiarios tuvo una importancia, apenas en muy breve parte mayor a cualquiera de las otras células, va tomando preponderancia poco a poco, a medida que se van completando los sistemas. Ya en las aves, la posibilidad de vivir el individuo por sí mismo, depende del cerebro; pero en éllas, todavía no se ha concentrado tanto la función que la supresión del cerebro suspenda de un modo inmediato la existencia, puede seguir viviendo el animal pero merced a ayuda extraña, alimentándose de lo que pongan directamente en su pico y andando sin concierto (1). Respecto del hombre, es conocido, cualquiera lesión grave en el cerebro, es señal de muerte, y cualquiera otra, por leve que sea, produce profundos trastornos funcionales.

Un diagrama representativo del carácter histológico de las neuronas entre diferentes vertebrados, que trae en su «Psicologia» Abel Rey; nos da la visión del desarrollo del cilindro-eje a la manera de una planta cuya forma primitiva fuera la de un tallo único, dividiéndose luego en dos ramas y sucesivamente ramificándose de una manera complejísima. — Las especies comparadas por el autor son: rana, zorra, ratón y hombre, Del estudio de la sucesiva formación de la célula nerviosa en el embrión humano, puede llegarse a una conclusión idéntica (2).

Dos últimos hechos muy dignos de apuntarse; desde los celenterios hasta el hombre, vemos formarse el sis-

(1) La extirpación del cerebro fué efectuada en un palomo, en el cual se produjo los resultados dichos.
(2) Abel Rey «Psicologia».

tema nervioso de la hoja endodérmica primitiva; y en el feto humano como en el de los demás vertebrados, uno de los órganos que primero se diferencian con su aspecto particular, es un rudimento de cerebro (1).

III

Después de haber escrito las páginas del capítulo anterior donde procuré demostrar que, dentro del sentido de la mitología comparada, el concepto de la evolución de las especies era en lo absoluto aceptable; tuve noticia de la labor del italiano señor Antonio Fogazzaro para compaginar las teorías del transformismo con los dogmas católicos.

Pero al estudiar la obra que el autor citado la titula «El origen del hombre», no he hallado en ella sino la probable intención de hacer un ensayo investigatorio de las opiniones de los diversos teólogos cristianos, en quienes se pueda descubrir interpretaciones del Génesis bíblico capaces de recordar, más o menos de lejos, las explicaciones de los transformistas, o a lo menos, conceptos posibles de interpretarse en tal sentido. Y como segundo punto de vista, íntimamente relacionado con el anterior, el afán concreto de convencer que el darwinismo, no lastima en su conciencia dogma alguno de los declarados por la Iglesia Católica (2).

---

(1) Para la Anatomía comparada puede recomendarse también una lámina que se halla en el segundo tomo de la «Historia de la Creación» de Ernesto Haeckel, señalada con el N°. IV, donde puede tomarse una impresión de conjunto de las sucesivas modificaciones de las extremidades de nueve mamíferos, hasta formar las manos del orangután, del gorila y del hombre. Muchas reproducciones se han hecho de las sucesivas formas de las patas de los animales hasta la aparición de la del caballo, entre ellas la de una obra bastante reciente «La Teoría de la Evolución etc.», de W. B. Scott.

(2) Se me ha informado que las obras del escritor italiano han sido incorporadas al índice de los libros prohibidos por la Curia ecle-

Por lo dicho se ve el distinto criterio director de mis exposiciones: no me ciño a ninguna creencia para ser el defensor de ella, y procuro descubrir en las fuentes originales del pensamiento religioso de varios cultos, los elementos y materiales de mi convicción con relación a ellos; apuntando eso sí, cuanto los diversos sistemas religiosos tienen de común, para ver los difusos elementos presentes a los hombres para formar sus criterios, bastante obscuros es cierto, pero relacionados con la realidad de los sucesos antiguos, y próximos a olvidarse del todo, por razón de las circunstancias durante las cuales se presentaron: No he querido repito, defender mi ortodoxia y la de mis creencias para disculparme de tal pensar, sino prevenir las exacervaciones de criterios poco ilustrados todavía, muy común entre nosotros, quienes creen se trata de arrebatarles su fe — tesoro de ignorancia para muchos, más que acto de amor — al explicarles las modernas orientaciones científicas o racionales.

Sin preocuparme de analizar las opiniones ni muchos de los datos hallados en Fogazzaro, por creerlos de muy poca importancia para mi objeto; voy si a decir dos palabras respecto a los orígenes probables del modo de pensar de San Agustín, en cuanto al Génesis.

El autor de la «Ciudad de Dios» muy enterado de la filosofía griega, en cuyas fuentes originales había bebido con entusiasmo durante sus años de permanencia en Alejandría, sintió ingerirse de seguro en su cerebro muchas de las explicaciones helenas sobre los orígenes de las existencias, y desde entonces, potencialmente y de modo difuso vivieron las ideas esas, completándose, modificándose y puliéndose, para aparecer a plena luz mucho más tarde, por virtud de sus devotas y profundas meditaciones sobre el Libro hebreo. Siempre y de

---

siástica; a ser verdad esto, fuera digno premio a tan ingenua confesión de fe y a tan ingenuas aspiraciones.

manera continua hay un trabajo sub-conciente en nosotros, el cual repentinamente brota al menor choque, con la ocasión menor, haciéndonos creer a unos, en la inspiración, especie de dios superviviente del paganismo; a otros, en las iluminaciones del Dios único, en un espíritu revelador, como le pasó a San Agustín.

Para fundamentar todo lo dicho, señalaremos con Fogazzaro por guía, las opiniones vertidas en una de sus más importantes obras, por el Obispo de Hipona: «En el libro XII de las «Confesiones» — se expresa el autor de «El Origen del hombre» — este hombre que a su elevada inteligencia une un elevado corazón refiriendo sus meditaciones sobre el segundo versículo del primer capítulo del Génesis y singularmente sobre las palabras que él cita así: «*Terra autem erat invisíbilis et incompósita*», glorifica con entusiasmo a Dios que le ha puesto de manifiesto el secreto sentido.... En la tierra *incompósita et invisíbilis ha distinguido una sustancia de la cual no puede decirse si es material o espiritual, una sustancia sin forma; pero capaz de todas las formas que irán tomando sucesivamente los cuerpos,* causa, por mejor decir de sus continuas variaciones siempre permanente en ellas. «Este *informe quidam* por virtud del cual todos los cuerpos pasan de forma en forma, que no es visible, que no es cuerpo, que no es espíritu, que es y no es a un tiempo mismo, hasta el punto de poder llamarse *nihil aliquid* ¿no tiene algún carácter de lo que nosotros modernos llamamos fuerza?». (1)

Pero sabemos como desde la más antigua filosofía helena, la de Tales de Mileto — quien enseñaba que fue el elemento húmedo el orígen de todas las existencias, porque el agua no teniendo forma propia puede sin embargo tomarlas todas, según el recipiente que la contenga; y además, es inestable y siempre móvil, y

(1) Antonio Fogazzaro «El origen del hombre», pg. 31

«dondequiera que hay movimiento hay vida, hay una alma» (1) — hasta las metafísicas más audaces de los pitagóricos o de los filósofos de la Escuela Eleática, siempre se fue buscando en Grecia para orígenes de todos los seres, un principio, una sustancia primordial común, eso si tratando de espiritualizar esa causa, de superar a la materia.

Así, como menos sujeto a la tierra, como más impalpable y capaz por lo mismo de ser causa de todas las cosas en virtud de su número ilimitado de posibles transformaciones, el elemento primordial para Anaximenes, era el aire; para Anaximandro lo indeterminado, «Es la unidad primitiva que encierra todos los términos contrarios; es una sustancia sin forma que no es esto ni aquello, pero que puede llegar a ser todo» (2); y para Heráclito es el fuego: pero no un fuego material, decía, sino uno viviente, intangible e inteligente, capaz de recordar al dios Agni de los indostanos, de cuya sustancia brota la luz y cuyo querer genera todas las existencias; el fuego de Heráclito no es de distinta naturaleza que nuestra inteligencia y se presenta en la vida en forma de perpetuo movimiento o *intención*, creando para destruír y destruyendo por el placer de una nueva creación.

Siguiendo esta carrera medio alusinatoria y medio real en busca de lo más incorpóreo para origen de los seres, se encontró el número y la armonía para esencia de todas las cosas; y se avanza más allá, al panteísmo espiritualista de la Escuela de Elea, la cual proclama por boca de Jenófanes la necesidad de creer en la existencia o no existencia del ser, y en el primer caso, lo precisados que nos hallamos a considerarlo sin límites, sin principio ni fin, y conteniendo en si todas las exis-

(1) «Historia de la Filosofía» por Alfredo Fouilleé, t. I. Parte Segunda «Filosofía Griega».

(2) Véase la «Historia de la Filosofía» citada en el lugar que se indicó.

tencias. Allá habría llegado el Santo Doctor de la Iglesia Católica, arrastrado por el vuelo de su pensamiento y merced a la reconstrucción de sus recuerdos, sin las limitaciones impuestas en razón de su fé.

No puede pues extrañarnos el descubrir entre los alejandrinos y en San Agustín, opiniones de la clase de las referidas, al tratarse de estudiar y comprender los relatos bíblicos sobre los orígenes del Universo. Pero podemos decir más, el Génesis interpretado por el Obispo de Hipona, tras el prisma de la filosotía griega, no tendría nada de extraordinario si fuera la mas justa comprensión del mismo; pues la Biblia y la ciencia helena parecen tener orígenes comunes.

El Mundo actual se le presenta al autor de la «Ciudad de Dios» — siempre dentro del estudio bíblico — como formado por el Ser Supremo, de esta manera: «juzgo probable que todos los organismos fueron creados simultánea y potencialmente, en una primera materia de la cual se fueron luego desenvolviendo, cada uno en su tiempo en el órden indicado por el Génesis. El Mundo actual con todas sus formas existe virtualmente en la semilla, en su origen: «Así como en la misma semilla se contenía individualmente todas las partes del árbol futuro del mismo modo hay que pensar que el Mundo, cuando Dios en un momento dado creó todas las cosas, tenía en si todo cuanto en él y con él se hizo cuando el día». (1)

(1) Fogazzaro ob. cit.

CAPITULO V

De la adaptación al medio físico

Concepto sociológico con relación a las diferentes condiciones entre los pueblos, que se descubre en la Escuela de la Geografía Social. — El problema de la adaptación al medio, el cual significa la resolución de dos cuestiones principalmente: relación del desarrollo físico del hombre con las circunstancias de la Naturaleza que le rodea, o influjo de las causas externas del medio en la psicología de los pueblos. Mas en el fondo de estas cuestiones nos hallamos con la precisión de investigar los siguientes puntos: Primero ¿el medio físico, tal como en la actualidad se encuentra para la existencia de los pueblos y según las condiciones actuales del hombre, es capaz de modificar el organismo humano en forma de dotarlo de aparatos vivos especiales para la defensa, por lo cual pudiéramos afirmar que el pueblo — o el individuo — se adaptó al medio? Segundo ¿o es el hombre quien se halla dotado de poder suficiente sobre el exterior que le circunda, de manera de cambiar las circunstancias climáticas y del paisaje y la alimentación, hacia el satisfacer de todo cuanto necesita, para desarrollar en ese escenario plenamente su vida? Tercero ¿o hay una ligera influencia del medio sobre el hombre y de éste sobre aquél, en forma simultánea y capaz, por un lado, de convertir en hábito lo que fué en su comienzo dolor y sufrimiento — esto debe llamarse aclimatación —; y por parte de la otra influencia, poder de vencer los obstáculos ligeros opuestos por la naturaleza a la prosperidad del pueblo y de atenuar los rigores de una condición? — Es el hombre el ser vivo mejor dotado para habitar

las mas distintas regiones de la Tierra: ejemplos que nos dá la Historia. — Sentido de la adaptación intelectual: su mayor importancia, en las épocas históricas, con relación a la adaptación física.

I

Al estudiar la formación humana, es imposible olvidar el trabajo de la adaptación al medio, que determina las facultades individuales, y olvidar tampoco la herencia, que trabaja tan profundamente a los pueblos (hasta aquí los caracteres en sentido propio, nacionales, cuando a la adaptación histórica se refieren); pero al lado de ellas, hay un algo íntimo, un fondo también fisiológico para cada grupo de pueblos, como veremos en tiempo oportuno.

* * *

Los caracteres geográficos de una habitación, las condiciones económicas de una comarca, y en consecuencia, las capacidades de trabajo para quienes lo pueblan, la luz y el calor como necesidades esenciales de los seres vivos, que aumentan o desminuyen en determinadas latitudes del Globo; en fin, las singulares formas de vida, plantas y animales, posibles de encontrarse en cada territorio. Todo tiene una resonancia, un valor tan característico en la forma especial de existir de los diferentes pueblos; que Ratzel, y con él muchos escritores agrupados bajo el concepto general de «La Escuela Geográfica en Sociología», se han creído en el caso de afirmar, que las singularidades en la vida de las diferentes poblaciones pueden explicarse en su totalidad, sólo por el medio en donde cada una habita y en el cual trabaja y desarrolla sus funciones.

El clima ha hecho pensar en las relaciones del frío y del calor para favorecer o estorbar el progreso; «las regiones cálidas son obstáculos para el adelanto», dicen

unos, y si bien «las primeras sociedades no se han desarrollado en las regiones frías, y si éstas, aún cuando venidas las últimas, no han tardado en aventajar a sus mayores, es porque en las regiones frías el progreso es más rápido» (1). — Fijos los ojos en los países de Europa, las explicaciones giran en torno de ese conocimiento; mas se ha calculado mal, aún dentro de ese sentido, y el error es muy notorio. No es fácil señalar la antiguedad a la cual se remonta el establecimiento de los galos, en las comarcas en donde la Historia nos los presenta; pero es conocido que sus orígenes son anteriores con mucho, a la llegada de los descendientes de Eneas a las tierras de Italia; sin embargo, en lugares de menor abrigo los galos apenas avanzan, mientras los romanos conquistan una cultura inmensa. Y si creyéramos en Wilser; los germanos, habitadores por tantos siglos en la Escandinavia ¿por qué se presentan en tan primitivas condiciones a las puertas de Roma?. — Buckle pretende hacernos creer en la existencia de una ley histórica, relacionada con los caracteres del clima. Después de haber dividido las civilizaciones en europeas y no europeas, nos enseña de estas últimas lo siguiente: para su aparición y desarrollo exigieron un clima muy cálido y una tierra muy fértil; produciéndose en consecuencia, sin esfuerzo, abundantes frutos, origen del rápido aumento de población, lo cual causa la acumulación de las riquezas en manos de pocos y la servidumbre del mayor número; de allí las castas y la esclavitud (2). Lo superficial de las opiniones del autor inglés se aprecia de golpe; por eso, evitando entrar en larga discusión, sólo apuntaré ésto: la abundancia no es causa de la esclavitud, y quizá pudiéramos decir, la escasés económica la origina para impulsar la producción.

---

(1) Mougeolle «Problemas de la Historia».
(2) H. Buckle «Historia de la civilización de Inglaterra».

¿Y en cuánto a la posición geográfica? Otra precipitada generalización de Buckle: explicar intenta en su integridad el fenómeno artístico por ejemplo, por el aspecto de la naturaleza circundante: en las comarcas muy convulsionadas por las fuerzas ocultas de la Tierra, se despierta poderosa la imaginación, con detrimento de las facultades racionales. — Una observación bastante fundada y un correlativo raciocinio, hicieron pensar en el curso de los grandes ríos como arterias cuyo curso seguían los emisarios del progreso. — Otra contemplación de sucesos, nos indica, la marcha de la cultura como siguiendo el sendero del sol, de Oriente hacia el Occidente. — Y para Mougeolle: la civilización avanza del Ecuador hacia los Polos. — Las últimas indicaciones, en caso de ser justas, son circunstancias de poca importancia por el momento; sólo quedan para nuestra meditación, las opiniones de quienes piensan explicarnos el suceso íntegro de la vida humana, por el medio físico de cada morada.

De la alegría de la luz, de la suavidad del clima, de los horizontes sin mancha en los que el azul nos parece penetrar en nosotros con la caricia insinuante de un sueño de belleza y olvido; y hasta, del perfume que la tierra exhala, en el éxtasis de las flores magníficas en color y en esencias; de la fiebre de los ardientes climas, de la angustia de las noches polares, del siniestro silencio de las glaciales comarcas; de la abundancia de la tierra o del dolor de la escasez. De todo eso se componen los átomos de vida de la existencia humana; esto es indudable; pero hay muchos errores que corregir, en las radicales opiniones de quienes reconocen absoluta y decisiva influencia del medio sobre los caracteres humanos de los hombres constituídos ya en razas.

Ante todo: la experiencia nos indica, como por larga que sea la influencia del medio sobre los hombres que lo habitan, los caracteres de *raza* subsisten tan inva-

riables que apenas si se puede distinguir ligerísimos matices de cambio, y eso, de modo general por la cooperación directa y de gran valor del cruzamiento; y como circunstancia accidental sólo, y extraordinaria, ciertos factores alusinatorios de la pareja engendradora. — En lo intelectual: la capacidad inteligente no se cambia, o se cambia en grado inapreciable; pero sí, en mucho, la dirección de esa capacidad y el trabajo de la inteligencia: se trabaja según el estímulo del medio, o según éste lo permita.

No debemos olvidar que la selección artificial y la herencia, tienen mucha parte en ciertos detalles de conformación que se descubren en el esqueleto humano. Muy conocida es, para repetir en sus detalles, la costumbre de deformar artificialmente el cráneo, para darle una determinada figura.

II

Antes de adelantar explicaremos, que el estudio de la adaptación al medio físico contiene dos partes; en cuanto el medio puede influir en la organización y funcionamiento material del sér: adaptación fisiológica — defensas orgánicas adquiridas contra las influencias del clima, o aptitudes físicas a la naturaleza exterior debidas —; o en las espirituales funciones del individuo, que podemos llamar adaptación psicológica — influencias artísticas o intelectuales —.

La influencia de estas dos clases de adaptación es distinta en su intensidad, según se la contemple en las especies humanas que van a formarse o en los individuos de las especies que ya se han formado, como vamos a verlo.

* * *

El animal racional, por hoy término extremo de la evolución vital, significa también el grado superior de la adaptación al medio.

Cuantos seres organizados existen, necesitan hacer un trabajo de selección de condiciones vitales — o mejor, lo hace para ellos la naturaleza — para que puedan subsistir sobre el mundo. Los animales y los vegetales tienen sus zonas donde viven, y fuera de ellas no nacen naturalmente tipos de su especie; pero pueden ser llevados por cualquiera causa, del terreno propicio para su pleno desarrollo a cualquier otro clima, pueden emigrar por algún motivo; entonces, ¿siguen viviendo? ¿es posible la reproducción?

La Botánica y la Zoología geográficas, han cedido a la necesidad de reconocer zonas o regiones para las diferentes especies o sub-especies de plantas y animales. El zoólogo ve en la Australia y en sus islas vecinas, un mundo rarísimo de especies; muy poco de común tendrán en cuanto a su fauna y su flora, la región neo-tropical por ejemplo, y la etiópica; aun cuando la emigración como un viento cargado de pólen, va derramando la simiente de nuevos organismos por todas partes. Eso sí, hay algo muy digno de meditarse, algo capaz de romper el órden de cualquier teoría: dos mitades de una misma zona pueden estar separadas por dilatadas comarcas; ésta es «*la distribución discontinua*», de la Historia Natural (1).

Ciertos vegetales exigen para poder vivir en otro suelo de aquel del cual proceden, circunstancias análogas en el medio al que se los trasplanta — naturales o artificiales analogías sin las cuales se extinguen rápida-

(1) William B. Scott «La teoría de la Evolución y las pruebas en que se funda» pág. 152 (nota).

mente —; otras llegan a adaptarse a las circunstancias externas, gracias a las defensas orgánicas adquiridas — modificaciones fisiológicas de que hemos hablado —. Y en los animales: al lado del ganado lanar que en Meta (Africa) pierde con rapidez su lana, y la reemplaza con un pelo corto, rígido y brillante, en razón del sofocante calor de aquellos llanos; hallamos un grupo de especies capaces de prosperar en cualquiera latitud sin ningún cambio aparente en su organismo. — Mas en un estudio comparado de la adaptación animal, podemos encontrar esto: el cambio en los medios ordinarios de vida es tanto más peligroso para la existencia, cuanto más avanzado esté el organismo en el grado de la evolución total, y en cuanto se halle más lejos de la época en la cual fué la materia apta para recibir las transformaciones por las fuerzas naturales ensayadas. De lo primero, somos testigos de hechos bien singulares cuyo desarrollo y resultado nos ponen en la precisión de aceptar lo indicado: los antiguos autores de Zoología, agrupaban como dos especies distintas e irreductibles, a las mariposas del frío y a las del calor (vanessa levana y vanessa prorsa), pero Dorfmeister ha llegado a demostrar, que larvas de una misma clase dan origen de un modo indistinto a una u otra especie, según el medio, frío o abrigado, donde se las coloque; y más todavía, colocadas en un lugar de temperatura intermedia, daban origen a una tercera especie. Otro ejemplo muy claro de la influencia del medio, nos han dado otras mariposas también, cambiadas en su forma sólo por influjo de su nueva alimentación; mariposas de la especie *Saturnia Luna*, llevadas por Roll del Estado de Tejas a Suiza, comenzaron por aclimatarse sin dificultad en este último país; pero la escasez de las hojas de alimento habitual de esa especie en Tejas, puso en la necesidad de sustituírlas con otras, y la nueva mariposa se diferenciaba tanto de sus progenitores que el Dr. Gemminger, no dudó en clasificarla como perteneciente a especie distinta,

denominándola «*Saturnia Bolli*» (1). — Más directas demostraciones de las influencias del clima en la constitución de los organismos particulares, creo, no puede imaginarse (2). Pero las dificultades de subsistencia son insoportables para los animales superiores, cuando se les presenta condiciones distintas del medio de su ordinaria habitación; los orangutanes por ejemplo, son atacados de enfermedades incurables.

Y dentro del segundo punto de vista: como el bronce fundido es capaz de responder a cualquiera ideación escultórica del artista, capaz de repetir cualquier modelo en donde se lo vierta; como en la arcilla húmeda se dibujan, todos y cualesquiera de los detalles pensados por el escultor; y luego, el bronce enfriado en el molde, el modelo de arcilla convertido en estatua, son inmutables, y, o se rompen o subsisten con las imperfecciones demasiado tarde comprendidas. Así, en el mundo organizado, la vida, artista de poderoso empuje, va trabajando las existencias mientras halla materiales aptos para responder a la idea, mejor, al impulso surgido dentro de sí como una aspiración; pero concluído el trabajo, petrificada la materia, no puede ir más allá. Sólo que la materia organizada no adquiere nunca esa rigidez, esa inmovilidad del mineral, nunca queda de un modo definitivo concluído el trabajo de la vida, y nunca tampoco, la materia de tal actividad deja de poder recibir breves modificaciones.

---

(1) Sobre las «*Saturnia Luna*» véase Scott ob. cit.

(2) El notable biólogo alemán, Eimer, ha pretendido demostrar mediante curiosos estudios y observaciones, especialmente respecto de las circunstancias de la variación del color y de las manchas en la piel de ciertos lagartos; las decisivas influencias de las condiciones externas de temperatura, luz, etc., en la formación de todos los organismos; afirmando que esas influencias continuas del exterior sobre la interna constitución de los seres vivos, se efectuaba en sentido en lo absoluto definido. — No debemos entrar a relacionar todos los experimentos hechos, en lo referente al cambio morfológico de las especies, en razón del cambio de medio, pero sí diré que han producido importantes resultados.

La orientación general fué la que dijimos; pero el detalle de los sucesos, puede y debe recibir las atenuaciones expresadas: nada hay de eterno en la forma de la vida, la vida es movimiento; nada hay de rígido en los organismos formados, sólo existen conquistas más o menos duraderas, y entre las más durables, están en primera línea las conquistas raciales para el hombre.

* * *

Para la humanidad, tercer reino de vida — como se ha convenido en llamarla — la adaptación, a veces muy difícil, se la consigue a veces fácilmente. Pero ¿podremos llamar adaptación al hecho de hallarse capacitado el hombre para vivir en climas algo distintos al correspondiente al del país de su origen, sin que haya ningún cambio apreciable en su organismo y sólo, gracias al esfuerzo de defensa artificial que él mantiene contra la naturaleza circundante? (1). — Es cierto que hay también algún funcionamiento más activo y más eficaz de determinados órganos y funciones para contrarrestar al clima, por ejemplo el de la nutrición en los climas fríos, pero, ¿éste será el sentido de la adaptación?; nó, yo lo llamo aclimatación, sentido fisiológico más exacto — soportar el cambio —, y si antes no he usado de este término, fue hasta explicar lo conveniente.

---

(1) Muchas cuestiones de biología quedarán nada más que apuntadas, pues, refiriéndose este estudio a la organización social y a los antecedentes necesarios para comprenderla, no podía sino tocar de paso los asuntos de constitución animal y las modalidades de la vida en ella. — En Bergson — «La Evolución creadora» — hallamos esto, la inteligencia tiene por función dar al hombre la aptitud de valerse de instrumentos inorgánicos para, mediante ellos, sacar el mayor provecho posible de la naturaleza circundante; dentro de las relaciones del hombre con el medio le veremos a aquél sirviéndose de cuanto está fuera de su propio organismo para modificar las condiciones del ambiente, capaces de producir dificultades para el funcionamiento de su cuerpo, o en la producción del suelo para poder mantener la vida de los seres que viven en él.

Mas, lo que hoy resulta con los pueblos ¿ha sucedido siempre? Con evidencia, nó; hoy la raza está constituída, y la raza no cambia, a lo más si se modifica en débil grado; no así cuando el medio físico fué el elemento primordial y quizá el único, que constituyó las razas con sus modalidades; como lo diremos muy pronto. — Además, lo que ha hecho el medio con la colaboración eficaz del largo tiempo transcurrido, como ejecución lenta de tal propósito — un siglo tras otro de empeño — para constituír las nacionalidades mismo, tuviera que ser destruído por varios siglos también de trabajo distinto; largos siglos, y muchos más que los de formación. El trabajo de constituír la nacionalidad me da esta impresión: como una pequeña corriente que llevara diluído en el líquido una muy corta cantidad de cal por ejemplo, iría dejando en su lecho tan mínimo residuo de sustancia, que harían falta muchísimos años para dar un resultado sensible; y las débiles modificaciones en sentido contrario y con procedimiento equivalente, supondrían, trabajo de destrucción primero, y luego, de nueva formación; a cuyos efectos sólo se llegaran mediante la acumulación de un sinnúmero de años.

Para el hombre que ha salido de sus primeras épocas de existencia, de aquella vida selvática primitiva de improducción y de aislamiento, que se ha reunido en grupos sociales más o menos permanentes y habitadores de un determinado país, y sobre todo, para quien la raza le marcó ya de manera inconfundible con sus caracteres y sus cualidades fisiológicas y psíquicas; las dificultades opuestas a un cambiar de clima van aumentando progresivamente, hasta que, en los estados de constante vida sedentaria, un cambio violento produce un estado doloroso de perturbación en los organismos de sus individuos. Y entonces: si el clima es rigorosamente opuesto — de una temperatura con frecuencia

alta, a una constantemente muy fría, o al revés —, las dificultades de subsistencia hacen imposible la aclimatación, o la perpetuación de la especie, a lo menos; por más que el hombre cuente con medios poderosos de defensa, aunque se ingenie por hacerse fuerte, será vencido por la naturaleza. — Siempre eso sí, la lucha del hombre contra el medio, debió ser lucha sangrienta en la cual se sacrificaron muchas vidas.

«La aclimatación es cosa difícil — dicen los hermanos Reclus — por poco que las comarcas de donde salieron los colonizadores, (1) disfruten de un clima menos caliente, menos pesado que el país que van a fecundar. Dominarán la tierra extraña, lenta y dolorosamente, ocultando debajo de la hierba varias generaciones de hombres muertos, antes de haber disfrutado todos los frutos de la vida. De todas partes brotan para ellos ponzoñas invisibles: del suelo que pisaron los indígenas atacados, del aire que respiraban, del agua que bebían, de la montaña que ocultaba sus cabañas o sus cavernas». — Y todavía, podían agregar: de los perfumes de sus campos y de sus jardines, que parecían ser un licor de vida para los indígenas, recibe el extranjero el tósigo mortal que envenena su vida.

Hoy por hoy, no todos los hombres pueden habitar todos los países, tales como son; mas si el clima es distinto del de origen pero no opuesto en su totalidad, el dolor de las dificultades exteriores, hace surgir en el ánimo del ser inteligente, el esfuerzo hacia las modificaciones de esas circunstancias: hay un trabajo, poco apreciable en definitiva, pero que produce alguna conquista al cabo, modificando las circunstancias externas del lugar, en el sentido de volverlas más adecuadas a las exigencias de la constitución del hombre que en el país va a constituír su morada.

---

(1) Véase la «Geografía Universal» t. I, pág. 48.

Y repetimos todavía — porque es lo fundamental en el estudio de la aclimatación de los pueblos —, si en gran parte el hombre no puede sustraerse al medio, pero tiene dos auxiliares indirectos de inmenso valor para luchar contra las dificultades de la vida: la defensa inteligente, la protección de su propio organismo, por ejemplo mediante el abrigo en los climas de fríos rigorosos; y el trabajo de poner los medios para que la naturaleza se modifique en parte a lo menos: tala de bosques y sembrío de grandes arbolados.

Pero en verdad, para la humanidad primitiva, más cerca de la animalidad, con una organización física más fuerte; era en lo absoluto posible la adaptación, considerada dentro de su verdadero sentido, esto es, adquisición fisiológica de funciones adecuadas para mantener mejor la vida, dentro del medio en donde se encontraba el individuo; mucho menos dolorosas debieron ser para ellos las privaciones ocasionadas por el rigor de una temperatura excesiva o de un frío intenso. Mas esto será objeto de posterior estudio.

Y expliquemos el por qué de nuestra afirmación que decía: la adaptación humana es el más alto grado de la adaptación.

Nos hallamos en el caso de concretar en esta forma cuanto es el resultado de nuestras investigaciones sobre la aclimatación de los pueblos, en distintas regiogiones del Globo de aquellas de dónde proceden. El resultado físico es éste: adaptación subjetiva del hombre al medio; y adaptación objetiva del medio al hombre. La primera, *aclimatación* mas bien; la segunda, mejor, auxilio del hombre a las fuerzas naturales circundantes, para que predominen unas sobre otras.

Conciente la persona humana de sus necesidades y cuando llega a un alto grado de civilización y de experiencia, trabaja con empeño aunque con ligero resultado, sobre la naturaleza, para volverla más benigna

o más adecuada, para su organización y para sus demás necesidades. — El sistema forestal que según disminuya o aumente, deseca o humedece la atmósfera; las arterias de vida, las cuales, o por su escasez, convierten en inmensos desiertos los campos que ellas no riegan, o que por su abundancia o que por su ímpetu convierten en pantanos y asuelan los campos que inundan. Hé aquí lo que en el medio físico pueden principalmente modificar los hombres.

Por su cauce profundo el Eufrates, no podía fecundar la tierra habitada por los pueblos de Asiria; pero con constante trabajo y esfuerzo continuo, floreció en sus márgenes espléndido y rico el imperio Asur. La corriente del Nilo, a veces hinchada en exceso y en ciertos inviernos sin llevar el caudal suficiente a regar los campos de su orilla, por exceso a veces, y a veces por falta, hecho habría del país imposible a morar el hombre, sin los continuos y gigantes esfuerzos del pueblo — talvez el más culto de los pueblos antiguos. — Y ahora, como trabaja el hombre sobre los Continentes y los mares; como, lo que parecía aislado en virtud de una ley natural de resistencia, se junta mediante el esfuerzo dirigido por la inteligencia.

III

La Tierra ha sido conquistada por el hombre: Desde las heladas regiones del norte, en las cuales el groenlandés o el lapón desarrollan su vida, en medio de las noches polares, hasta las incendiadas comarcas en donde el fuego del sol nos parece que debía desterrar la vida, como en el Australia (1); la existencia humana se difunde y llega el ser inteligente a aclimarse en to-

(1) En el Australia sube el calor al medio día, en tal forma, que los matorrales se incendian por efecto sólo de los rayos del sol (Geografía Universal de Montaner y Simón)

das partes. Ya escala las más altas mesetas de la Tierra para, entre las quebraduras de la montaña, asentar sus poblados; ya se hunde en las más bajas comarcas, cuyo nivel es muy inferior al nivel del mar; felices los esquimales decoran sus palacios de hielo con elegantes y transparentes bóvedas, mientras un gran número de tribus centro-africanas, no tienen otra cubierta que las ramas de sus frondosos bosques. — La geografía de la situación de los pueblos, nos da la más extraña impresión de esta aptitud de aclimatarse el hombre, en los lugares que para cada uno de nosotros nos parece más imposibles de habitar. — Ninguna otra especie animal tiene igual poder de difusión; ningún otro ser vivo ha podido vencer las dificultades del calor, del frío o de la humedad, en una forma tan amplia.

Mas la aclimatación, y en realidad también la adaptación, de las cuales aquí hablamos, son las anteriores al período histórico; pues constituídas las razas y cuando cada pueblo ha habitado de un modo permanente, por varios siglos, en algún lugar determinado de cierto clima, ya no puede variar con facilidad sus condiciones de existencia; muchos hombres hoy, no pueden vivir en ciertos países: en vano los ingleses trabajan por aclimatarse en la India, a la tercera o cuarta generación, y con frecuencia antes, o desaparece o degenera profundamente la familia inglesa; si es que una mezcla con los pobladores indígenas, no la vivifica, no le aclimata artificialmente; pero aún entonces hay una degeneración de manera principal en cuanto a las cualidades del espíritu; es una especie de desequilibrio entre diversas facultades hereditarias que no han podido con facilidad combinarse. (1)

Tenemos pues, que la aclimatación es ineludible para el animal racional; pequeño, muy pequeño es el trabajo

(1) Le Bon «Las civilizaciones de la India».

del individuo sobre el medio y muy poco alcanzan las colectividades en tal sentido, nos asombra lo hecho, pero no apreciamos en su justo valor el resultado; el mismo Sales y Ferré, se halló en el caso de reconocer lo siguiente: es necesario principiar por obedecer al medio, dice, para luego transformarlo. Pero esta obediencia significa ya una aclimatación, y ¿en qué sentido? en el mismo de la transformación. Por tanto, el medio ha quedado casi inmutable y el hombre queriendo triunfar de él a él se ha sometido.

Y hay algo digno de singular atención, y es ésto: constituídas ya las razas y formados los pueblos, si alguno de éstos o un grupo de individuos, abandonan la comarca que habitan para trasladarse a un país diferente en sus condiciones físicas, y llega a aclimatarse ahí, los mismos tipos de las sub-especies, subsistirán con sus caracteres materiales y morales, sin verdaderos trastornos en su organismo. Esto parece desprenderse a lo menos de las investigaciones hechas sobre tal materia; yo repetiré, aún cuando sean algo antiguas, las afirmaciones de W. H. Edwards sobre el pueblo hebreo; respecto de aquel pueblo que, expatriado de la tierra prometida se ha difundo por todo el Globo.

Al estudiar las figuras del sarcófago de un Rey Egipcio, que se guarda en Londres, dice haber encontrado: «A los costados dos pequeños grupos de naciones extrangeras, en uno de los cuales reconocimos a primera vista la *nación* hebrea. Yo había observado el día anterior a algunos judíos por las calles de Londres, y me pareció ver en aquel instante su retrato. — «No necesité más pruebas, continúa; pero leyendo después el viaje de Belzoni a Egipto, encontré en el lugar en que se describe aquella tumba los pasajes siguientes: «Se distingue a los extremos de aquel grupo «algunos hombres de tres *naciones* diversas, que representaban evidentemente, Judíos, Etiopes y Persas». Y en otra parte: «Los Judíos (se distinguen) *por su fisonomía y por*

su color especial». — Y así concluye Edwards: «Aquí tenéis pues, un pueblo subsistente con el mismo tipo por una serie de siglos que abraza casi todo el tiempo histórico; pueblo sometido en la primera mitad de este período a inauditos desastres; en la otra mitad, disperso por diferente climas, y siempre perseguido, vilipendiado, formando el desecho del género humano. No se podría imaginar un conjunto de circunstancias mas a prósito para modificar profundamente la organización física de una *nación,* por lo que es preciso que la naturaleza humana posea gran fuerza de resistencia para haber sabido triunfar de ellas. Diríase que éste era un experimento vigoroso, hecho con la idea de impugnar la influencia de los climas sobre las formas y proporciones humanas, en toda la extención de los siglos históricos» (1). Y ¿en cuánto a lo moral? Una de las escenas más reales, uno de los cuadros más vividos, cuyo recuerdo nos conservó la tradición evangélica; es, el del mansísimo Jesús irritado por el impudor de los mercaderes que traficaban en el Templo: «Mi Casa es Casa de oración, y vosotros la habeis convertido en cueva de ladrones». — Con profundo desprecio, los pueblos modernos han adoptado el término, judío, para designar al usurero, al mercader sin conciencia, al traficante sin pudor; porque a travez de toda la historia del comercio, ésos han sido los caracteres distintivos de los comerciantes hebreos.

Otros muchos ejemplos podríamos aducir, pero no son indispensables en tal materia. Mas si diré, como debieron ser las consideraciones apuntadas, de donde procedieron las afirmaciones de ciertos autores, quienes dicen: ha concluído ya, hace mucho tiempo, la evolución en cuanto a las formas, en el género humano; pero la naturaleza ensaya continuamente nuevos órde-

(1) W. H. Edwards, en la carta que antes citamos.

nes de progreso y de transformación. Por eso, concluído el trabajo de organizar en las externas apariencias, se comenzó a perfeccionar el espíritu, y nosotros todavía vivimos en plena evolución espiritual, cuyas anteriores señales han quedado en la historia de las sucesivas civilizaciones. — Esta especie de filogenia del progreso, está de modo íntimo relacionada con la falsa teoría interpretadora de la realidad, de la cual dimos cuenta en el capítulo de la introducción a nuestros estudios: la humanidad como unidad de fines y la actividad de los pueblos como unidad de acción. Verdad que se puede interpretar en forma no tan rigorosa las nuevas ideas sobre la evolución, pero siempre quedaría una inexactitud, la de considerar nuestra cultura de hoy como la superior, como sin comparación en cuanto al triunfo del progreso, respecto de las demás. Acaso los griegos tuvieron idea más exacta de la vida en algunos sentidos. Pero ¿nosotros poseeremos talvez, mayor equilibrio en la apreciación del conjunto? No parece; pues por el contrario, manifiestos son los desequilibrios funcionales, y puestos de relieve, mediante la comparación diaria de las civilizaciones nacionales, aún dentro de la sola raza blanca. — En el Continente Americano: en el Norte triunfa el desarrollo físico, no representado por un ideal estético de perfección corporal como en Grecia, sino como educación para el triunfo económico. Todo el absurdo del positivismo imperante, sin una mezcla de ideal, se descubre en estos dos aspectos de la vida yankee: los millones de modo insaciable buscados — los multimillonarios emplean a sus hijos en las fábricas, para que sean factores de rendimiento — con el inaudito e incontrastable triunfo del dóllar; no para gozar, sino con una especie de manía del oro: niños avaros capaces de arruinarse por la ostentación de una rareza. Y el segundo aspecto, mucho más deplorable, es el absurdo *sport del box:* dos trabajadores cualesquiera de músculos poderosos, tienen el privilegio de entusiasmar a millones de personas que se disputan el

placer de verlos golpearse, y, se paga bien caro ese privilegio. Mientras tanto, la América española medio artista y medio soñadora, se deja explotar satisfecha por comisiones pseudo-científicas que nos envía la arruinada Europa; y ciertos países, devorando en silencio su hambre, colman sus presupuestos, para fomentar las obras públicas y construír suntuosos palacios. Mas en verdad, la América del Sur principia a despertar de su letargo en presencia de la realidad, lanzada a la vida por los mismos explotadores; y esto los debemos — junto, claro está, con el poco de progreso europeo que nos traen —.

La evolución espiritual de la humanidad tiene una significación muy limitada; se relaciona con el fondo de herencia que nos queda de las culturas muertas; y cada cual nos da la impresión de haber culminado en el órden especial hacia donde se orientó su actividad.

IV

Sentido de la adaptación intelectual:

Algo hemos dicho ya de cuanto se refiere a la aclimatación histórica y prehistórica de los pueblos: lo indispensable para comprender cómo el clima trabaja de una manera enérgica en la constitución fisiológica del hombre, cuando las circunstancias lo permiten; mucho más podríamos decir, por ejemplo respecto a la inmunidad o propención a ciertas enfermedades, la resistencia muscular, la impulsión mayor o menor de la actividad, todo esto, como resultante del clima entre las especies humanas; pero nos saldríamos del concepto que informa este estudio.

Mayor interés tiene para nosotros la influencia del paisaje y de los medios de vida, ante todo, y hasta del mismo clima, en el desarrollo intelectual del grupo nacional; y en verdad, si estudiamos el desarrollo cli-

mático de las actividades fisiológicas, es como un antecedente para comprender lo singular de las actividades intelectuales.

Todo trabajo intelectual, toda energía del espíritu que se despliega, tiene una relación íntima con el exterior que en derredor nuestro se descubre; el paisaje nos da la idea, la reviste de su luz y de su colorido, la bóveda azul o gris, es la atmósfera sonriente y luminosa, o dolorosa y profundamente inquietante, que envuelve nuestra conciencia de la vida, y se traduce en carácter taciturno y duro o en abierto carácter capaz de todas las condescendencias; el paisaje es el horizonte del artista, es el campo de exploración del sabio, el que despierta la curiosidad del niño y la fantasía del hombre. El medio físico abundante en gérmenes de vida o desolado por la ausencia de ellos, determina las condiciones del hombre, la riqueza y comodidades de la tribu o el pueblo, o son causa de su miserable posición. La clase de frutos que ofrece la tierra: caza, pesca o facilidad de abundancia agrícola, señala a cada nación el trabajo al cual ha de dedicar sus energías y la categoría a que debe pertenecer; y por consiguiente, de ahí resultan las capacidades económicas de los pueblos y las investigaciones a que se dedicarán para el aprovechamiento mejor de sus condiciones. Esta adaptación no deja un momento de influír sobre los grupos pobladores de las diferentes comarcas, desde que no se deja un momento de pensar y no hay un instante en el cual no se trabaje para la conservación de la vida.

La herencia, de cuyas aptitudes van dotados los pueblos que cambian repentinamente de posición geográfica, contrarresta en parte, la acción del medio; pero más que contrarrestar, no hace sino combinarse con ella. Así como la atmósfera por cada uno respirada, nos trae gérmenes de vida y de salud, o de enfermedad; el medio donde vivimos nos da todos sus elementos para constituír nuestra conciencia de la realidad;

el medio intelectual, la conciencia pública, en su mayor parte es el estímulo del medio físico convertido en normas de vida.

Mas, después de haber indicado lo que debe comprenderse por adaptación intelectual del hombre a las insinuaciones y hasta a la presión de la naturaleza externa; debemos decir que no es éste el lugar adecuado para desarrollar en todos sus detalles tal materia, pues debe precederla la teoría de la formación de las razas, para hablar de esa adaptación cuando tratemos de la nacionalidad; ya que el concepto de desarrollo intelectual principalmente a la idea de nacionalidad se refiere; momento histórico e ideal, posterior al de la raza.

CAPITULO VI

LA EVOLUCIÓN BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE — MONOGENISMO Y POLIGENISMO. —

¿Debe señalarse a la humanidad un origen monogénico, o son varias las especies o diferentes los tipos individuales al menos, de donde ella procede? El problema ha sido planteado con diferentes formas en los distintos tiempos: antes se preguntaba si fué una sola pareja, conforme a la afirmación bíblica, la que dió origen a la existencia de todos los hombres, o una para cada raza; después, la discución ha versado de manera principal, sobre el hecho de si se debe considerar a los habitantes primeros de los varios Continentes de la Tierra como nacidos del suelo, como auctóctonos. Varias son las consideraciones que obligan a creer en una pareja sola, o a lo más, en el perfeccionamiento de seres de la misma especie y que habitaron un mismo medio, para la formación de los tipos y razas todas. — Pruebas materiales: de organización y de tendencias. — Rasgos comunes en los sentimientos morales de los más apartados pueblos, cuyo índice es la hospitalidad entre todos ellos descubierta, como atenuando el rigor de sus salvajes instintos. — Enseñanzas de la filología comparada.

I

El origen del hombre, envuelto en las tinieblas de lo desconocido, de lo largamente olvidado, y no teniendo como fundamento hasta el pasado siglo más que las tradiciones religiosas cuyo sentido íntimo, nadie ha

descubierto hasta ahora en su totalidad; condujeron a la creencia común de sabios e ignorantes, sin que tomara parte alguna en ese acto de fe la discusión ni el razonamiento, a reconocer como indudable el relato del «Génesis»; no preocupándose tampoco, en lo absoluto, de profundizar su sentido simbólico, pues el texto tal cual era, satisfacía a los pensadores de entonces. — Mas con el transformismo brotaron múltiples problemas relativos al hombre, y las discusiones, a veces en tono áspero y duro, se sucedieron en prodigiosa multitud.

Entre esos problemas está en primera línea para quienes aceptan la evolución, el resolver: si fué una pareja única los padres comunes de todas las razas, o fueron múltiples parejas, cada una para cada especie distinta. De ahí las dos escuelas, la de la monogenia y la del poligenismo.

* * *

No podía la previsora naturaleza crear una sola pareja, poniéndose en peligro de perder por cualquier accidente, todo el trabajo suyo encaminado hacia aquella conquista — dijeron los poligenistas — Pero, como discusión netamente filosófica, cabrían estas dos cuestiones: ¿La Naturaleza es la materia irreflexiva, trabajadora en virtud de leyes y casualidades desconocidas y cuyo efecto no ha podido prever, desde que la previsión es acto de conocimiento lógico o real? Entonces el argumento propuesto no tiene motivo de ser, por falta absoluta de base sobre que fundar; y todavía, no se niega como un suceso posible, el de que los primeros ensayos de creación humana se hayan perdido en medio de los trastornos cósmicos, y que sólo, uno de esos muchos ensayos llegara a triunfar de las dificultades circundantes. — O hay para quienes en la forma arriba transcrita argumentan, un Inteligencia y Voluntad capaces de crear la materia y de dirigirla en sus respectivas metamorfosis, siendo tan poderosas que no en-

cuentren obstáculos cuya oposición sea eficaz para impedir el fin perseguido por ellas? En tal caso, la dificultad de los poligenistas se salvaría con sólo afirmar: esas Inteligencia y Voluntad pusieron los medios para que la primera pareja no fuera atacada en su vida por el medio circundante, mientras no poblara la tierra con su descendencia.

No seguiré en sus largas disputas a las dos teorías, y sólo, antes de explicar mis convicciones, apuntaré el otro lado de la cuestión; lo relativo a los pobladores de los diversos Continentes del Globo, considerados a la manera de las especies zoológicas, nacidas en regiones geográficas bien determinadas.

Con actividad febril se ha estudiado, por parte de los sabios de todo el mundo — en el pasado siglo y en el actual —, se han hecho excavaciones en todos los Continentes, con el afán de descubrir las huellas, por ligeras que sean, del hombre primitivo de las cavernas; de aquel hombre de las épocas paleolíticas o neolíticas, de quienes habitaron la Tierra en el período cuaternario y aún antes, de los que vivieron durante o en seguida de los tiempos glaciales, los compañeros de los gigantes de la naturaleza (animales y plantas).

Los resultados fueron inmensos: En Europa, en la América del Norte, en el Sur de América, se hallaron cráneos y esqueletos que pudieran servir para fundamentar la idea de la evolución, y de modo principal para hacer creer en el auctoctonismo de los pueblos de cada Continente. ¡Son tan lejanas las épocas en las cuales vivieron los hombres cuyos restos se han descubierto en esos varios lugares!; esto nos lo dicen los huesos de sus contemporáneos del reino animal encontrados junto a aquellos esqueletos, y la inmensa profundidad en donde a veces, se han hecho esos descubrimientos. — Verdad que se ha negado, y en ocasiones con mucho fundamento, la prodigiosa antigüedad asignada a raíz del encuentro, a los objetos y

restos humanos; pero de algunos no cabe tal duda, pues se nota con claridad que la fauna y flora circundante es el verdadero marco donde se desarrolló la existencia de tales hombres.

Parece ser ése el motivo por el cual se llegó a negar con tanto encono, y a pretexto de rectificar el error «por muchos siglos arraigado» — según se expresa Wilser — de la procedencia asiática de la humanidad, o sea, de la existencia de un centro de difusión para todos los hombres. Los pueblos que habitan la Europa, se dice, sobre todo los germanos, no proceden del Asia según la vieja afirmación, sino que tienen su origen en la Escandinavia; conceptos semejantes han sostenido algunos respecto de los pobladores de América.

Mas, profundamente convencidas estamos de lo existencia de una patria común en los comienzos de su vida, para todas las tribus, quienes al disgregarse y emigrar dieron los primeros pasos para fundar la gran división que separa a la humanidad en grupos; señalaremos los motivos de nuestra convicción bien pronto.

El monogenismo parece impuesto por múltiples consideraciones de órden científico y racional.

Partiendo del comprobado antecedente, de la transformación y constante perfeccionamiento de las especies, y partiendo además de la observación manifiestamente justa, de que la evolución no es única y en lo absoluto rigorosa en la sucesión de todos los seres conocidos: es decir, que no podemos considerar a todos los organismos vivos, desde el más rudimentario hasta el de más compleja organización, como un sucederse no interrumpido de transformaciones vitales, de manera de decir que subiendo en la serie descubriríamos todas las existencias, sólo como momentos cronológicos distintos de una transformación única de la materia. Nos podemos hallar en situación de discutir el asunto.

La convicción de evoluciones paralelas se funda de

manera principal, en el hecho innegable de que en los varios Continentes y en las regiones de diverso clima, se encuentran especies diversas de plantas y animales; hay verdaderas regiones para cada flora y para las faunas distintas. — Por las apreciaciones expuestas deberíamos decir acaso: en los diversos Continentes hay troncos distintos de vida, de donde brotan como ramas múltiples que terminan en haces varios de formas vivas. — De lo anterior resultaría:

O la evolución ha producido una sola pareja de seres racionales o múltiples parejas. — Y en este segundo caso:

¿Fué una sola rama de desarrollo vital, aquella que en su perfección ascendente dió origen a esos seres, o fueron múltiples ramas?

Y en tercer lugar: ¿se puede atribuír a evoluciones semejantes en la actividad de la materia, las poblaciones primeras de los diversos Continentes, o puede señalarse como causa la emigración?

En vista de las semejanzas humanas de organización, de aptitud y hasta de deseos, de aficiones y de tradición mismo; me siento inclinado de un modo poderoso a creer en la pareja única de la tradición bíblica, pareja de donde han procedido todas las generaciones de los hombres en todas las razas; a ello nos inducirán de seguro las pruebas positivas y negativas que en seguida señalaremos, nos hablarán elocuentemente de la unidad de origen para la humanidad.

II

Si múltiples ramas del árbol de la vida fueran las que dieron origen a los seres dotados de razón, entonces las constituciones anatómicas y fisiológicas iguales entre todas las razas, no podría explicarse: seres racionales habrían, semejantes en su organización física, a varias de las organizaciones superiores del reino animal,

a varias, o a todas aquellas que significan el término extremo de la evolución, bajo algún punto de vista, en las diferentes ramas de perfección ascendente. Las afirmaciones de Ameghino han sido ya desterradas de la ciencia, y sobre ellas nada se puede fundar.

Si sólo una corriente de vida fue dotada de tal poder activo que hubiera sido capaz de modelar al hombre, pero siendo múltiples los engendradores de la nueva forma de existencia; las dificultades externas y que surgen a primera vista, para comprender en una unidad de concepto a las razas entre las cuales se divide la humanidad, ya casi desaparecerían por completo; pero quedan en pie, y hasta se generarán de ahí muy graves objeciones, que harán inaceptable en lo absoluto esa manera de comprender el génesis humano.

Pues, o a diferentes especies de un género debe atribuírse las varias razas humanas, poniendo así desde su origen un muro infranqueable entre pueblo y pueblo, señalando grados de categoría, de aptitud y de instintos diversos; o fueron sólo distintos tipos de una especie única los que tanto avanzaron en la evolución;

Lo primero estaría de manera completa desmentido por la realidad, para quien la estudie siquiera superficialmente. — Ya Lubock y Taylor reflexionaron con profundidad y lo demostraron de un modo sabio en sus escritos, sobre la particularidad de que todos los hombres sienten aficiones semejantes, hábitos y disposiciones parecidos. No queremos referirnos a las instituciones propiamente tales, todavía; nos fijamos en ciertos deseos como innatos, y que se encuentran principalmente — casi idénticos — en los pueblos salvajes; deseos que en ocasiones se convierten en esfuerzos penosos para cumplirlos: por ejemplo el anhelo de adorno que produjo la práctica bárbara del tatuaje, tan común en las razas negra y americana; las calzas dentales de oro, que tan dolorosas debieron de ser para nuestros indígenas de Esmeraldas (Ecuador) etc. etc. Y para ceñirnos a aquello a que principalmente se refieren los autores antes

citados, podemos repetir esta observación: «Esta semejanza, o mejor, esta identidad — entre las exclamaciones y el lenguaje mímico — es extraordinaria si se la compara, con la diferencia de gestos y expresiones que observamos en las distintas especies de monos» (1). — Sólo esta afirmación es suficiente para hacernos reflexionar que las profundas diferencias para cada especie animal posibles de señalarse, en comparación a las otras especies del mismo género, no puede aplicarse a la separación de la humanidad en razas; y mucho menos, tratar de explicarlas por la hipótesis de generaciones diversas procedentes de especies distintas; porque con un origen para cada raza, a medida del tiempo, los más lejanos parecidos se habrían ido borrando, hasta no descubrirse entre los pueblos ningún rasgo común.

Y ¿si varios tipos de una misma especie — monos, gorila u orangután — son los antecesoros de todos los hombres; entonces: ¿cómo se explica que un simio haya producido la perfección espiritual y orgánica de la raza caucásica por ejemplo; y otro en lo absoluto igual al anterior por la especie a la cual pertenecía, el ínfimo grado de capacidad cultural y la debilidad anatómica que se encuentra entre los australianos, los habitantes de los bosques del Africa y otros? ¿Cuestión de casualidad? Duro es de creer en esas casualidades. Y por otro lado ¿cómo hay instituciones semejantes en pueblos tan distintos y en razas tan diversas, antes, mucho antes de cualquier contacto entre ellos? — Mucho menos difícil de aceptar es esta última hipótesis, pero todavía en ella descubrimos una serie de dificultades que nos aparta con violencia de su aceptatación; y principalmente la coincidencia de algunas condiciones sociales; que no puede explicarse bastante por la mezcla de una pequeña cantidad de *sangre* extrangera:

La organización feudal surge en Europa, y encuen-

(1) Geografía Universal de Montaner y Simón.

tra similares no sólo en la Tartaria y la Mongolia, sino entre los aztecas, los toltecas, en ciertas tribus del Africa central y otros diversos pueblos. (1)

Quien piense en todo esto, se hallará con evidencia cierto del origen monogénico de la humanidad. Pero hay más todavía.

III

Las civilizaciones diversas que separan en grupos las naciones, que sirven de término de comparación entre distintos pueblos; son también, al par que índice de oposición, o más claro, de separación, de clasificación entre ellos: los que revelan lo indiscutible de su unidad de origen.

El concepto capaz de caracterizar el significado de *ser racional,* claro está que: con sus grados, señala el adelanto; con sus diferencias, el temperamento especial del grupo en el cual se lo estudia; y con sus semejanzas esenciales, *es decir, en aquello que significa el fondo del contenido mental de ese concepto — su moralidad —, la unidad de la especie.*

Ya sabemos como la unidad de cultura significa unidad de instituciones: los órganos creados, primero; el significado moral que los informa, después; abstracción hecha de las modalidades que el temperamento nacio-

(1) En el Africa central encontramos: entre las tribus del Banbuk, las que habitan las inmediaciones de la Sierra Leóna y en la Costa de Oro: una aristocracia turbulenta, en torno de un monarca déspota sanguinario y cruel; llevando por púrpura su cuerpo teñido con la sangre de sus víctimas, por trofeo, los cráneos de sus enemigos; sobre un tronco de oro macizo como asiento, y rodeado de jefes tan feroces como él. Así nos describen los dinamarqueses aquella organización feudal. Feroz feudalismo pero en el cual se descubren las mismas bases de la subordinación político-social del feudalismo europeo. — «Geografía Universal» citada t. VI parte VI «El Africa central».

nal les presta. Lo dicho es lo correlativo del término cultura, es lo sustancial de la idea que él despierta en nosotros.

Ahora, si hay en el fondo de toda organización social algo de común; si hay una base de cultura idéntica, desde el salvaje antropófago hasta las naciones más cultas ¿que podremos deducir de eso?

Quien haya leído a Laurent, no habrá podido por menos de fijar su atención en la singularidad de no existir pueblo histórico, por bárbaro que sea, en el cual no se halle como una institución permanente la hospitalidad. Esto lo ha puesto de relieve el autor citado al comprobar su afirmación que decía: esta cualidad humana suavisaba, aunque en ligera parte, la dureza de las relaciones de los pueblos antiguos respecto de los extrangeros. Desde los fieros hebreos y árabes, hasta los cultos romanos, la hospitalidad fue inviolable y obligaba hasta al sacrificio a quien la había ofrecido: ¿Quién no recuerda el bíblico relato de las hijas de Lot, ofrecidas como objeto de ultraje por su padre, para librar a los huéspedes extrangeros y desconocidos de los vejámenes del pueblo? ¿Quién no conoce la especie de clientela que significaba en Roma, la protección inherente a esta clase de relaciones entre los individuos? Comprado era a veces el derecho de que venimos hablando para el extrangero en la ciudad de los Césares, pero no por eso era menos sagrada la obligación de cumplir cuanto él imponía al ciudadano. Asi lo proclaman todos los más ilustres escritores latinos. (1)

Al lado de los pueblos históricos, las tribus salvajes y bárbaras de las comarcas exploradas por los navegantes modernos; por éllas se vuelve afirmar el convencimiento de que la hospitalidad es institución común a todos los grupos humanos. Los kirguises y los otros nómadas de las inmensas laudas Siberianas, que sólo

(1) En la «Historia de la humanidad» de F. Laurent se trata detenidamente este punto al hablar de las antiguas naciones.

solicitan del viajero un poco de noticias, para ofrecerle en compensación una parte de todo cuanto poseen: la leche de sus yeguas, la carne de sus manadas y el calor de sus hogares. — Los lapones, que como enviados del cielo saludan a cuantos visitan sus heladas comarcas (1). — Los árabes, de la Arabia desierta — beduinos feroces y ladrones —; y los árabes del Norte del Africa — terribles guerreros —; para quienes el bautismo de aquellos que penetraron en sus pobres aduares, mendigando la sombra de los datileros y la frescura de los manantiales, vuelven al extranjero inviolable: para él y para sus parientes, y también, para cuantos alguna amistad le dispensan al jefe del aduar y para cuantos lo temen; porque es un asunto de honor defender al huésped y extender su protección lo más lejos posible en su camino. — Ciertas tribus del Africa y muchas de América, quienes al huésped no solamente le ofrecen vivienda, alimento y consejo, sino sus hijas mismo, sus hermanas y hasta sus esposas. (2)

Pero lo que más admiración puede causar a quien estudie las costumbres de las tribus salvajes, es hallar esta institución entre los antropófagos; hombres para quienes el hombre es objeto de alimentación, que nutren a sus prisioneros como a las reses destinadas para un banquete, a fin de volverlos más esquisitos a su paladar ¿Será posible que respeten a sus huéspedes estos salvajes? los tupinambaes son un ejemplo de que así sucede, para citar uno solo. (3)

---

(1) «Geografía Universal» ts. VI y VII. — Los nómadas de la Siberia sienten un deseo inmenso de noticias, es su pasión dominante; ¡ay del viajero que pase por sus tiendas! le asedian, le torturan con preguntas a las que tiene obligación de responder A veces hacen largos viajes por las estepas solitarias los habitantes de esas comarcas, para referir una noticia o para conseguirla. — La bebida preferente que obsequian a sus amigos, es la leche de sus yeguas, la de sus cabras no la prueban jamás.

(2) En términos un poco novelescos ha referido Luis Jacoliot, una costumbre semejante que él dice se practica en la India; véase: «Viaje al País de las Bayaderas».

(3) Las noticias dadas sobre los tupinambaes, se encuentra en

De entonces acá: desde las tribus salvajes y los pueblos bárbaros, desde las costumbres duras de los Imperios orientales y del Estado romano, desde la protección religiosa del asilo de los templos, o la protección individual y hasta de la estatua del emperador en Roma y sus colonias; hasta la cultura actual de los pueblos más civilizados; el concepto de hospitalidad no ha cambiado sino la forma de realizarlo, por el cambio mismo de circunstancias.

En la Edad Media se combinaba ya la práctica individual de la protección del huésped, con la práctica de la protección pública: aparte de la inviolabilidad de los templos, que tiene de seguro otro significado; hallamos para el Señor feudal, en su feudo, el derecho de proteger hasta a los criminales que se refugiaban de la persecución de los agentes de las Autoridades territoriales distintas; y con frecuencia el contingente mayor de las tropas del castellano, de aquellos asilados se formaba. — Los monasterios tenían el uso de igual derecho — y abusaban también con gran frecuencia —; y los Estados mismo, entre los cuales aún no se conocía la extradicion.

Hasta muy entrada la Edad Moderna se reconoció la extra-territorialidad de los agentes diplomáticos con el derecho de asilo; del barrio, de la manzana, y por último de la morada.

Hoy la hospitalidad es ante todo la de la Nación: todos los extranjeros gozarán de los mismos derechos que los nacionales; con muy cortas restricciones en el uso de las funciones públicas.

---

la muy importante obra del conocido y tan reputado sociólogo español Francisco Pi y Margall, obra titulada «Historia de la América ante-colombiana» en el t. I lib. II, cap. XIX; de los indigenas del Brasil.

VI

El estudio de Filología que tantos entusiasmos representó en un tiempo, entusiasmos casi perdidos hoy, o amortiguados de manera excesiva por lo menos; si no sirve para determinar las razas en razón del idioma, es decir, para señalar los grupos filológicos como grupos étnicos pertenecientes a una misma especie — según se quizo en el pasado siglo —; y menos todavía, mucho menos para descubrir la generación de todos los idiomas y el origen común de ellos; sin embargo, tiene grande importancia para esclarecer el problema que hoy nos interesa.

Caracteriza tanto al ser humano la facultad de hablar conciente, que es cuanto de un modo manifiesto sirve para individualizarlo, en frente a las otras especies de las formas vivas, aún las superiores; y es que el lenguaje contiene algo semejante a una materialización de las más importantes, del pensamiento. Y es al mismo tiempo, un grave argumento contra el poligenismo.

Desde la primera consideración ya formulada, de que: no puede señalarse para cada grupo étnico la clase de idioma originario respectivo; es decir, aquel del cual procedan los idiomas que a los diferentes pueblos de una raza correspondan, y, ni descubrir es posible parentescos evidentes entre esos varios lenguajes; pero no sólo eso, ni siquiera a los caracteres comunes y distintivos que se atribuyen a cada grupo de idiomas, pertenecen los hallados profundamente dispersos en cada raza. Ejemplos: el lenguaje chino es monosilábico, los idiomas tartáricos — pertenecientes a pueblos de la raza amarilla también —, *generalmente* forman parte de una modificación especial de la familia de los aglutinantes; y entre los tártaros mismos, los kirguises tienen un lenguaje, que por cuya forma y construcción, no puede ser colocado entre los aglutinantes, sino como pertenecien-

do a los monosilábicos. — En la América del Sur se han encontrado idiomas de gran complicación estructural, al lado de otras que apenas tienen voces para expresar lo absolutamente indispensable para la vida material, y esto, entre pueblos que viven casi juntos en la intimidad de una misma comarca geográfica; al lado de algunos en lo absoluto guturales y de una dureza estropeante, lenguajes armoniosos y sumamente trabajados; D'Orvigny ha llamado a los samacues (rama de los chiquitos, del Brasil) los italianos de las pampas, por su dulcísimo lenguaje (1); los moxos tienen tal riqueza léxica, que supieron dar nombres propios del país a muchos de los objetes introducidos por primera vez por los europeos; entre los araucanos se desarrolló un idioma lleno de imágenes y elocuencia, debido a las costumbres de ese pueblo, el cual exigía a sus jefes, para poder ser, facultad de improvisar hermosos discursos. Pero inmeso es el número de idiomas ásperos y duros en las dos Américas. (2)

No hay pues como estudiar de un modo paralelo la raza y el idioma, el uno no puede servir de índice para descubrir al otro. Tampoco la situación geográfica nos dará un resultado de importancia en el sentido de explicar el proceso de formación de las palabras; la onomatopeya no es el elemento único, y ni siquiera podemos señalar de una manera aproximativa la influencia de los rumores de la naturaleza en la formación del lenguaje. Ante todo, producto convencional de la inteligencia es el idioma, y sus semejanzas suponen inteligencias productoras semejantes también. — Por eso, si encontramos semejanzas de formación gramatical y semejanzas de sonidos en idiomas de pueblos por millares de leguas separados, y por oposición de razas,

---

(1) Véase el importante estudio de D'Orvigny que se titula: «El hombre en América».

(2) Pi y Margall ob. cit. t. I vol. I lib. II.

distintos, sin que la Historia nos revele entre ellos ninguna comunicación ¿qué podremos deducir de eso?

El por mil títulos respetable filólogo, Padre Lorenzo Hervas y Panduro, el primero que señaló la necesidad de comparar los idiomas no de un modo fonético sólo, sino por los diversos elementos gramaticales que lo constituyen; adhiriéndose en parte a las afirmaciones de Leibinitz, en cuanto reconoce este filósofo que no es el hebreo el origen común de todos los idiomas, como durante tanto tiempo se sostuvo; imaginó por otra parte, la hipótesis de un lenguaje primitivo del cual procedieron todos los demás idiomas (1).

Pero vanos fueron los esfuerzos eruditos del Padre Hervas dirigidos a buscar el idioma primitivo de la humanidad, y vanos los posteriores e insistentes estudios de sus discípulos; y si eso fué así, hacia el propósito que informó aquellas investigaciones; mucho, muchísimo se ganó en otro sentido. Hoy tenemos: *Primero:* las semejanzas de declinación y conjugación — que es cuanto tiene un carácter de mayor singularidad entre el idioma de cada país, comparado con los de otros — entre el hebreo, el caldeo, el siriaco, el árabe y el americano, que fueron apuntadas por el filólogo español; *Segundo:* las afinidades encontradas por el mismo autor, entre el húngaro, el lapón y el filandés: *Tercero:* las afirmaciones de Court de Gebelin, quien dice haber hallado en la América de los indígenas palabras manifiestamente iguales a otras, griegas, francesas, inglesas, etc. — si de este hecho no puede llegarse a las exageraciones de Gebelin, demuestra por lo menos con evidencia, que hay semejanzas muy notables entre idiomas que un mundo los separa —; y lo que dijo Gebelin respecto de los pueblos salvajes de América,

(1) Preciosa obra para el estudio de la filología es la escrita por el jesuita español Padre Hervas, bajo el título de «Catálogo de las Lenguas»; obra de la cual hizo una magnífica apología Max Muller.

lo dijeron los compañeros de Colón respecto de los pueblos civilizados del Nuevo Mundo en aquella época, dando origen por eso a la extraña teoría de una antiquísima colonización europea en esta parte del Globo (1). Y, *Cuarto:* lo que sabemos del lenguaje de los hotentotes, el cual dió a los sabios del pasado siglo la contrariedad de una hipótesis muy pronto desmentida: la del *origen mongólico* de esas tribus del sur del Africa.

* * *

De todo lo arriba dicho, resulta evidente que el lenguaje, *cualidad característica humana,* en sus modalidades, no puede servir de base de clasificación de razas, pero sí es fundamento bastante para afirmar la unidad de origen entre todos los hombres; del norte del Asia al sur del macizo africano; desde el mar Egeo, al fondo de los bosques de América; semejanzas hallamos que no pueden menos de hacernos reflexionar en lo infundado de la teoría poligenista.

Fácil nos sería acumular pruebas que nos descubran semejanzas intelectuales y morales inexplicables entre los hombres que ninguna relación tienen entre sí; por ejemplo, el hecho extraño de la constitución social de los sulimas (Africa), cuyos caracteres recuerdan la civilización de la antigua Roma. — Pero basta lo expuesto para demostrar los fundamentos que tenemos para creer en el origen monogénico de la humanidad.

---

(1) Pi y Margall en la obra ya citada, nos refiere cómo las palabras de raiz latina y griega encontradas entre los pueblos salvajes y semi-civilizados de esta parte del Mundo, dieron origen a la teoría apuntada. — Para todas estas noticias, debe verse además el tomo II de la Geografía Universal.

CAPITULO VII

DEL PROCEDIMIENTO QUE EMPLEÓ LA NATURALEZA HACIA LA CONSTITUCIÓN DE LAS RAZAS HUMANAS.

Como consecuencia de cuanto hasta aquí se ha estudiado, en esta parte de nuestra obra dedicada a las razas, y en vista de que no cabe figurarse que el sello singular con el cual la Naturaleza parece quiso marcar de un modo inconfundible y a perpetuidad estas especies, sea sólo el efecto del tiempo combinado con el vivir en un medio que tenía todos los caracteres de las actuales comarcas geográficas; precisa que señalemos nuestro concepto, en relación a la manera cómo se trabajaron las calidades específicas de esos grupos, qué energía se desarrolló hacia tal resultado. — Antigüedad de la dispersión humana por el Mundo: pruebas que nos presenta la Paleontología. — Conclusión.

I

Con todos los antecedentes cuya reunión hemos procurado en los capítulos que preceden, nos creemos en la necesidad de manifestar ya, cual en nuestro concepto es la causa de la especialización de la humanidad en grupos de caracteres diferentes.

La evolución como origen de toda vida, el monogenismo como causa inmediata de la especie humana, y el trabajo constante y secreto que supone la adaptación: la adaptación fisiológica primero, porque lo primero es

vivir; la adaptación psicológica después, porque el segundo acto del hombre es pensar. Son las consecuencias a las cuales hemos llegado en el estudio de los problemas que les son correlativos.

Pero se piensa como lo permite nuestra organización; el factor que despierta la idea, verdad que es el mundo externo, mas el mundo externo en contacto con nuestro cerebro mediante los órganos de los sentidos y su particular aptitud sensible, entiéndase bien; es decir: el objeto es tal, con estas o las otras cualidades, por el modo como lo sentimos; no en sí. Sin embargo, no podemos por menos de reconocer que las cosas deben tener ciertos caracteres propios suyos capaces de influír en nuestra sensibilidad y en un setido determinado, aún cuando a esos caracteres en su propio valor objetivo no los conozcamos. Por eso lo fisiológico, que informa en su mayor parte la psicología del hombre, debe ser anteriormente estudiado hasta por necesidad de concepto; y no es sólo eso, sino además, como tantas veces hemos dicho, las singularidades de raza son singularidades fisiológicas y como por rechazo aparecen las aptitudes psíquicas especiales.

Cuando la raza estaba en formación, lo fisiológico superaba a todo otro trabajo de la Naturaleza. Cuando salió el hombre del estado salvaje y de manera propia, de adecuada organización; dada ya la aptitud y en su esfuerzo por constituír las nacionalidades, el exterior laboró sobre el espíritu principalmente.

Y ¿cómo se presentan las singularidades de existencia, la virtud o poder especial en cada una de las diferentes razas? ¿el largo transcurso de tiempo que significar pudo para su formación? Si el trabajo del medio fué como es hoy el esfuerzo para aclimatar a los individuos, ¿cuántos siglos de inmovilidad en una comarca exigió la formación de los grupos? y esta circunstancia, ¿fué posible?

La mayor parte de los sociólogos que han abordado la cuestión, materia de nuestro actual estudio, creyeron

que podrían explicar por millares y millares de siglos de existencia del hombre sobre la Tierra y de predilección por una misma morada; y cuando no encontraban suficientes cien mil años para ese resultado, multiplicaban por diez o por quince ese millar de siglos, dando origen así a fantasías que recuerdan el asombro de miles de años que la tradición china asignaba al reinado de cada uno de sus primeros emperadores.

Pero en contra de esas afirmaciones aparece ante todo este hecho: lo que hallamos de más característico en los pueblos primitivos en relación con su forma de vida, es su condición de nómadas; cambio constante de medio, en general por las necesidades económicas de grandes terrenos donde poder cazar o de inmensos pastos naturales que alimenten a sus ganados; y alguna vez también, por la sola impulsión de su carácter hacia la emigración. No cabe por esta primera realidad, los millares de años de una misma habitación, con los cuales se quiere explicar el formarse de las razas; nos veríamos en el caso, para eso, de trastornar en lo absoluto cuantos conocimientos tenemos sobre los caracteres de las psicologías primitivas. — Pero hay además lo siguiente: por lentos que supongamos los primeros pasos de los hombres en la conquista de su cultura, y teniendo en cuenta como cada descubrimiento es origen de mil otros que inmediatamente le suceden; el hombre debió hallarse a mucho mayor altura de aquella a donde llegó al tiempo de las más lejanas noticias de la Historia. — Y por último, creo será innecesaria esa multiplicación indefinida de siglos de existencia, después de la fácil explicación que voy a dar respecto a la constitución de las distintas razas.

Dos condiciones precisa imaginar para el resultado de la existencia de diferentes razas en el género humano, aceptado que tengan un origen común. — *Primero:* la naturaleza poderosa en sus primeras energías, capaz de modificar de manera profunda las condiciones de

cada organismo; y *segundo:* el organismo del hombre constituído con vigor, con una gran capacidad de resistencia y maleable todavía, por falta de definitiva individualización. Condiciones existentes con evidencia, en los primeros días del aparecer del animal racional.

El Mundo primitivo que se desbordaba en oleadas de vida, el Mundo contemporáneo del mamuth y de la gigantesca flora, de modo muy hondo debió influír en las organizaciones vitales; en primer lugar, hacia la evolución de las especies; y luego, para constituír las razas dentro de cada una de ellas.

¿Podremos creer que la asombrosa fecundidad de la Tierra, su portentosa actividad que convulsionaba el Mundo, trabajaría sobre el individuo tan lentamente como trabaja hoy una Naturaleza casi agotada? Nó, con proporciones en grado inmenso mayores, y al mismo tiempo, produciendo mucho más íntima y duradera impresión en el hombre primitivo; y distinta es claro, según las circunstancias del medio físico donde lo hallaba. Esto es racional, y comprobada la fuerza vital de la materia en aquellos tiempos, por las estratificaciones las especies pobladoras de entonces.

Por otra parte, el hombre en esa época casi estaba dotado sólo de defensas orgánicas, el inteligente empleo de las facultades disponibles para triunfar del medio, en inapreciables medidas le sería posible, pues ni aún estaba desarrollada bastante la correspondiente facultad; en mucho se asemejaba a la condición de los demás animales. Su adaptación, como transformación, en el sentido de adquirir defensas orgánicas contra el medio, era además muy posible; dado su estado próximo a la animalidad, su organización fuerte, sus nervios robustos y su poco avanzada sensibilidad; no tenían pues el peligro de las dolorosas inadaptaciones que hallamos en los pueblos modernos. — Y solamente así: siendo el plasma apto para cualquiera formación, sobre el cual las fuerzas vitales de manera amplia pudieran ejercitarse; era dable la preexistencia de un ser privado de

herencia de la especie y cuyas facultades espirituales estaban en vías de adquirirse.

Al poder de las fuerzas naturales que estallan en energías de vida hoy inexplicables, debemos: primero, la creación de todos los seres vivos; y segundo, la especialización entre las razas humanas.

II

La dispersión de los hombres por la Tierra tiene una inmensa antigüedad:

La Paleontología manifiesta que en los comienzos del período diluvial — otros dicen antes — el hombre apareció sobre la faz del Globo, dejándonos muestras inequívocas de su existencia; pero no es esa la enseñanza única dada por dicha ciencia, sino que además revela una dispersión humana en épocas que obscurecen las sombras del lejano pasado. Y esa afirmación es aplicable a los primeros moradores de todos los Continentes.

Prolijo en exceso sería hacer el relato circunstanciado de cuantos fragmentos de la vida primitiva de los hombres, se arrancaron a las duras entrañas de las rocas y a los terrenos de su estratificación; y recorrer así mismo el ancho campo de las disputas, donde a cada pedazo de hueso y a cada instrumento de la original industria, se les ha señalado las más diferentes edades. — Bastarán dos palabras sobre la paleontología americana, para apreciar en síntesis tales cuestiones.

Es tenida como la opinión más científica, la que afirma para el Norte de América dos épocas glaciales separadas por un período interglacial, en la edad cuaternaria de la Tierra; y si bien no se ha encontrado hasta ahora restos humanos capaces de considerarse como pertenecientes a la primera época, a las dos subépocas del segundo período glacial se dice corresponder

algunos artefactos fabricados por el hombre. Mas, es total el desorden reinante sobre la antigüedad atribuída a cada objeto descubierto; mientras Uphan, Winchell y otros notables geólogos, asignan al esqueleto hallado en Lansing una antigüedad enorme, otros no menos célebres, como Chamberlín y Holmes, creen poderle señalar una época reciente; igual contradicción de criterios se nota sobre el descubrimiento hecho en Nebraska en el año de 1907 y el mucho más antiguo, de Nueva Orleans (1844), esqueleto guardado ahí desde hacía setecientos siglos, según Drake. Sin embargo, de algunos restos humanos la fosilización es tan completa, son de modo tan manifiesto comparables con la antigüedad de animales antediluvianos hallados junto a ellos, que muchas afirmaciones pueden fundarse sobre tales encuentros (1). — En el Sur los *terrenos pampeanos* conservan las huellas de sus primeros habitantes; mas ¿cuál es la edad de esas capas del suelo? del período plioceno para Ameghino (fines de la época terciaria); para Lehman-Nietsche, las dos capas superiores son cuaternarias.

Pero las pruebas positivas que de las épocas paleolíticas y neolíticas nos quedan, demuestran que los hombres que en ellas vivieron, tenían ya entonces la herencia de una pequeña cultura adquirida. — Pocos restos se han conservado de los organismos humanos de las primitivas edades: algunos cráneos, algunos huesos confundidos con los de animales cuyo desaparecimiento data de muchos siglos antes de cualquiera historia, eso es todo; mas subsisten vivos los esfuerzos, las actividades espirituales, en la herencia de progreso que es para la prole la aptitud adquirida; el cual tiene también su historia misteriosa entre las rocas que con amor guardan los recuerdos de cuantos

(1) Un hueso ilíaco descubierto por el Dr. Dickson junto a tres esqueletos de megalonyx, dió materia a J. Leidy para comprobar que ese hueso humano no era en nada distinto al de otros animales del mismo terreno, (mylodon y mastodonte).

murieron según parecía a perpetuidad. — Armas y utensillos, toscos al principio y apenas formados, de una difícil pulimentación después; nos demuestran los largos siglos a que se remonta la antigüedad del hombre y de su dispersión por el Mundo; sin que esto nos explique bastante el asombroso número de años, que ciertos autores asignan a su aparición.

III

La Naturaleza desarrollando las poderosas energías de su vida primera, he dicho, ha constituído entre los hombres grupos distintos de aptitudes diversas también: distintos, físicamente; diversos, en aptitudes intelectuales. Las aptitudes espirituales repito una vez más, son en gran parte conformes con las aptitudes fisiológicas del ser en que se las contempla. Un temperamento artístico proviene de una delicada contextura nerviosa en el órgano que lo representa. Pero eso sí, cada aptitud se atrofia o se perfecciona según el ejercicio de la actividad, y la actividad se ejerce cuando la naturaleza exterior lo permite o, tal vez mejor, cuando ella la solicita.

El origen del hombre, único; el trabajo de la naturaleza, distinto para los varios grupos de individuos que constituirán las razas; y con este fondo de igualdad y de diferencias, ya podían cambiar de escenario, que siempre subsistiría aquello que predispone nuestras sensaciones (1).

(1) Me refiero a las afirmaciones de Alfredo Fouilleé, quien dice de las aptitudes de que nacen dotados los hombres, no hacen sino predisponer sus afecciones; cuya exactitud es manifiesta cuando de las razas se trata.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO SEGUNDO

RAZAS A QUE PERTENECÍAN LOS PUEBLOS DE LA AMÉRICA ANTERIORES A COLÓN; Y CUALES SON LAS ACTUALES DEL CONTINENTE.

CAPITULO PRIMERO

ORÍGENES DE LOS HOMBRES DE AMÉRICA; Y VARIAS TEORÍAS QUE SOBRE ESTE PUNTO SE HAN IMAGINADO.

¿De dónde procedieron los hombres que en las primeras épocas poblaron las dos Américas, y de dónde procedían los pueblos que hallaron los soldados castellanos al tiempo de la conquista? ¿qué origen se puede dar a sus civilizaciones? ¿cuál es la raza dentro de la cual cabe clasificarse todas las tribus salvajes diseminadas, desde las frías regiones del Norte, de la Groenlandia, hasta los lugares mismos que atraviesa el Ecuador o que abraza la zona tórrida; y desde allí de nuevo, hasta las heladas comarcas de la Patagonia? ¿Forman la rama de una sola especie, de varias; o constituyen una raza particular? Fundamentos que se descubren en las condiciones sociales de las varias poblaciones del Continente para servir de apoyo a cuantas teorías se han formulado sobre estas materias. — Respecto a la real existencia de la Atlántida, nos dan datos bastantes muchas tradiciones encontradas en varios pueblos. — Afirmaciones de algunos pobladores de América sobre la proceden-

cia de sus primeros padres, que dan motivo a cuanto se ha dicho en lo tocante al autoctonismo de esta raza en la porción del Globo donde se la encontró. — Gravísimas razones que cimentan en nosotros la creencia del origen asiático de la humanidad, a pesar de todas las opiniones levantadas en contra suya. — ¿Por qué la procedencia tartárica del hombre de América es insostenible? Pruebas positivas opuestas a aquellas opiniones.

I

¿La raza americana es una cuarta raza?

Hablando de las diferentes especies humanas, no podemos por menos de plantear siquiera un gran problema: ¿A los pueblos indígenas de América se los debe agrupar, formando una especie distinta de las tres, blanca, amarilla y negra? ¿o de cuál de ellas proceden?

Como Wilser y los demás reivindicadores del autoctonismo para el europeo; la raza americana ha tenido también sus defensores, los cuales la consideran como raza del *país,* y llamándola a veces la civilizadora de todos los pueblos de la Tierra — reminiscencia esta última, de lo que dice Platón en su Timeo —. Entre los defensores del autoctonismo de la raza del Nuevo Mundo, debemos recordar en primer término, al conocido sociólogo de la Argentina, Ameghino; pues aunque profundamente desacreditadas sus hipótesis para cuantos hoy estudian estas materias, él fue quien con mayor vehemencia defendió aquel origen: el hombre nació en la América del Sur — dice — en ella se especializó en razas y por medio de antiguas conexiones con los demás Continentes pobló la Tierra. Esto no es sino sustituír un centro de difusión que tiene en su apoyo formidables razones, por otro, caprichosamente elegido (1).

(1) Importante es ya la literatura sociológica relativa a la nega-

Pero no es esa la creencia general ni la más aceptable; inmenso número de hipótesis han aparecido al rededor de aquella cuestión y desde los tiempos más remotos (1); pero la que alcanzó mayor prestigio, la de un modo común aceptada y defendida por mayor tiempo y con más grande empeño, es la que da a los primeros pobladores del Nuevo Continente y en general a todos los hombres de América anteriores al descubrimiento de Colón, un origen tartárico, o los considera como constituyendo una sub-especie de la raza amarilla.

Y al lado de esas opiniones y en oposición a ellas, se encuentran las hipótesis: Una, de la lenta inmigración oceánica, a través de los millares de islas que florecen en el Pacífico; (2) dos, la que afirma la procedencia egipcia de las culturas desarrolladas como en forma expontánea en esta parte del mundo; tercera, las colonizaciones europeas, la de los escandinavos por ejemplo, de esos misteriosos habitantes de Islandia que dieron tantos motivos a magníficas exaltaciones de la fantasía (3).

---

ción de la procedencia asiática de los pueblos europeos. Guillermo Lindneschmit decía: «La procedencia asiática de los habitantes de dichos países — de los europeos — resulta tan falta de pruebas como imposible»; también Lathan se oponía a la afirmación «en general aceptada, pero nunca sostenida con pruebas, del origen asiático del europeo indo-germano». — Contra el autoctonismo sostenido por Ameghino, fuera de multitud de trabajos cuyo recuento no hace al caso, hallamos el muy notable estudio del Dr. Hrdlicka, titulado «La población de América». Véase, «Boletín de la Unión Panamericana» (Julio de 1915).

(1) En defensa de las investigaciones debidas a los soldados de la Conquista, el P. Don Juan Velasco en su «Historia Natural del Reino de Quito» nos dice: «no hay cosa sustancial — se halla en la pág. 150, sobre las hipótesis nuevas en su tiempo, del origen de los americanos — en que no hubiesen dado primero los españoles, y que ellos no lo hubiesen investigado».

(2) Por el Padre Velasco es considerada como la hipótesis más racional, respecto a los orígenes de los pobladores del Continente descubierto por Colón, que procedían de la Oceanía y vinieron por mar.

(3) «Geografía Universal» de Montaner y Simón. — Pi y Margall ob. cit. y principalmente el «Manual de Arqueología» de Beuchat.

Mas, la inmigración escandinava por nadie fue afirmada como completa población de América por parte de ellos, sino como influencias suyas, de un modo especial en la cultura introducida en este Continente; dando eso si, mayor o menor importancia a este elemento en la vida y civilización de las poblaciones occidentales. — Quetzalcoatl fué según la leyenda un reformador extranjero de piel blanca y vestido talar; de ahí fantásticas conjeturas sobre su personalidad, a las cuales prestaban grande realce las noticias recogidas sobre el carácter de sus reformas religiosas.

Respecto a la civilización de las dos Américas por parte de los Escandinavos, serias objeciones pueden hacerse. La fecha indicada para el arribo del intrépido Leif Eriksson a los países de Helulandia, la Markiandia y la Vinlandia, es la del año 1.000, y la colonización frustrada emprendida por Thorfinn Karlesefni, sólo tuvo lugar en 1.003. La situación de los países indicados, para quienes los colocan lo más al Sur posible, sería el paralelo 41° 22' esto es a la altura de la actual Nueva Jersey. — De lo expuesto estos resultados; si algún individuo de la tripulación de Karlesefni hubiera sido abandonado en las comarcas dichas, habría llegado demasiado tarde para producir la avanzada civilización de los mayas por ejemplo; además, su influencia directa habría debido tener lugar entre los pobladores de las comarcas que hoy dan asiento a los Estados Unidos y no entre los mejicanos.

Sobre las misiones predicadas por gentes de raza blanca tenemos además, las ingenuidades de nuestro historiador Velasco sobre la evangelización de América por los Apóstoles.

II

Para quien estudie con detención la etnografía y la historia de América, no puede parecerle extraño que tantas hipótesis hayan aparecido:

Los clanes salvajes de este Nuevo Mundo recuerdan las formas de vida de las más apartadas regiones; como los bechuanes por ejemplo, que en el Sur-del Africa, dividen sus tribus en *totems* (objetos diversos o animales extraños para cada grupo totémico), las tribus del Norte de América, en gran número, eligen para cada clan o familia un símbolo o, talvez mejor, una divisa totémica; ahí están los thlinkites cuervos y los thlinkites lobos, sub-divididos, el primero, en los grupos: rana, ganzo, león marino, salmón etc. etc. En América volvemos a encontrar los ritos adoratorios de la serpiente como lo tienen los pueblos del Sudán y Guinea: al servicio de la serpiente-Dios, dice la «Geografía Universal» hay en Whiya un templo, y sacerdotes, y sacerdotisas que la obsequian con lúbricas danzas — esa serpiente tiene, entre otros atributos, el de ser diosa de la fecundidad —; (1) como diosa de la fecundidad adoraban también muchos pueblos salvajes o semi-civilizados de América a la serpiente. (2)

Costumbres que recuerdan las de los pueblos antiguos del Asia, encontramos asi mismo entre las tribus salvajes de esta parte del Mundo. El Vizconde de Porto Seguro por ejemplo, pudo hallar entre los caribes costumbres e instituciones tan semejantes a las que nos cuenta la Historia como correspondientes a los carios del Asia Menor, que no dudó en afirmar el idéntico origen de estos dos pueblos, tan lejanos en fechas de vida y en distancia de situación (3); como entre los carios, el padre vendía a la hija, el esposo a la esposa

---

(1) «Geografía Universal» t. VI.

2) La cruz, la serpiente y los sexos, se encuentran en diversos adornos de templos, mezclados a veces y otras separados — dice en su volumen II de la ob. cit. el notable sociólogo Pi y Margall — que era adorado el segundo símbolo por ciertas tribus salvajes, nos refiere el mismo autor.

(3) Para Bourbourg, los carios no sólo dieron origen a las tribus de los caribes, sino que civilizaron a las tres Américas. — En la obra de Rui Dias de Guzmán «La Argentina» hallamos la afirmación de que, se llamaba lenguaje de los carios, el de los guaraníes.

y el hermano a la hermana; eran las piraguas de construcción caria, sus remeros soldados también como entre ellos, cambiaban los remos en armas en cualquier momento de peligro, porque estaban construídos a ese fin adecuados. (1)

De los hiperboreos a los patagones, ¿quién no ve repetirse las formas todas de la vida en el Globo?

Y entre la barberie de sus más poderosos imperios ¿Quién no ve las Cortes fastuosas y déspotas del centro del Asia?

Netzahualcoyotl, el Rey poeta, sanguinario y espléndido, que lamentando la cortedad de la vida en el placer se embriaga; es para mí la evocación perfecta de un rey de Babilonia. Su corte, donde entre el regio fausto de sus deslumbrantes salones tapizados con plumas de quetzal, con cornizas de oro que engarzaban brillantes pedrerías; discurrían entonces, los galantes caballeros del amor, los hábiles cortesanos de la magnífica escolta imperial: lujo en los festines de sus Señores y poderosos brazos en las arriesgadas empresas de conquista o de defensa; nos hace imaginar que ha revivido aquí, a millares de millares de leguas después de miles de años, lo que fueron en las épocas de su mayor grandeza las Cortes de los imperios Asirios a de la Gran Meretriz, cuyo poder cantaron en sus lamentaciones los profetas de la humillada Israel. (2)

---

(1) Pi y Margall caps. XVII y XVIII del lib. II «De las tribus salvajes de América».

(2) Véase en Veytia «Historia Antigua de Méjico», el relato bastante legendario de la vida de Netzahualcoyotl; véase también la descripción de su corte deslumbradora, de su sabia organización política y judicial. Este Rey de los chichimecas protegió el arte, y fué él mismo notable artista, músico y poeta. Reunía en su alcázar en brillantísimos salones: los consejos de guerra, de hacienda y el de ciencias y artes; en la sala correspondientes al consejo último citado, se reunían a veces los tres monarcas confederados (representantes de los tres pueblos que formaron después el Imperio mejicano), para oír que cantaran sus proezas los poetas del Imperio y para premiar al más hábil cantor. Este Rey, que construyó los admirables

El Inca: rey y padre de sus súbditos, que los obliga al trabajo y los recompensa con largueza; para el cual es un palacio el Imperio, miembros de su familia todos sus súbditos — aunque no de su origen — el que ennoblece el trabajo trabajando con sus propias manos (1); el que reglamenta los oficios distribuyéndolos entre sus súbditos según las capacidades de cada uno y el trabajo diario según la energía de que el súbdito podía disponer (2) ¿no recuerda las cortes amarillas, y la del Japón sobre todo? Como en este Estado — durante la mayor parte de su historia —; en el pueblo del Inca las tierras son del soberano y sólo de él; la Autoridad Real es divina e inviolable, como que procedía de una consagración religiosa que se hacía subir a un origen anterior a todo principio social (3); como en el Japón, toda institución es atacable y de hecho se le ataca, pero la dignidad imperial fue inviolada. (4)

---

templos de Tlaloc y de Huitzilopochtl, el templo del Dios Invisible — una torre de nueve pizos que recuerda el templo de Belo —; el que hizo formar jardines flotantes en Tezcutzingo — admirables jardines —; ese mismo Rey fué el que sacrificó millares de víctimas humanas al fanatismo de sus sacerdotes.

(1) Tenemos las noticias siguientes: el monarca en la época de la siembra — cada año — en presencia de todo su pueblo colocaba las simientes en una porción determinada de terreno; él, cuando llegaba el tiempo de cortar la lana que debía proveer de vestidos a todo el Reino, marchaba con los principales de su Corte a recoger su ganado con ese objeto; y principalmente, con duro trabajo con profundas fatigas se ejercitaba a los herederos de la Corona para hacerlos dignos de alcanzarla.

(2) El rey en la capital del Imperio, o en donde estaba su Corte, y los más altos empleados suyos en los demás lugares, y en representación de su Señor, señalaban todas las mañanas a los súbditos sus respectivos trabajos.

(3) Nadie ignora que los Incas atribuían su origen al Dios Sol, Manco Capac era hijo del Astro del día y Soberano de su pueblo en virtud de la consagración que para ellos significaba aquel origen; tampoco es desconocida la tradición japonesa que señala como el primer antepasado de la dinastía Imperial, a una divinidad también, Amaterasu, la Diosa del Sol.

(4) En el Japón nos hallamos con el caso único en la Historia, de que Yim-mu Tenno pudo fundar una dinastía que ha reinado más de dos mil quinientos años, en una sucesión no interrumpida

Pero, mientras para el Inca descubrimos que junto a su autoridad nominal tiene el pleno ejercicio de ella, para el Mikado, desde los lejanos tiempos de la lucha de los Taira y los Minamoto, la realeza representaba un título de veneración, pero nó poder activo de soberano; la Corte que ejerce de hecho la autoridad política es la del Taikun de Kamakura. — En Kioto: la encarnación del Sol, respetada y divina en su sagrada inmovilidad e impotencia, rodeada del lujo, del placer y de la adoración de sus súbditos; En Kamakura el verdadero Soberano sin las pretenciones de un origen divino que no trataron de usurpar a los emperadores: ya por su inutilidad, o acaso por un fondo superviviente de respeto; son los dueños del gobierno; como jefes militares, *primero*, por su Autoridad política y civil *después*. En el Tahuantinsuyo el dios Inca: fuente de toda Autoridad, principio bienhechor de sus súbditos, les ofrece sus campos para el cultivo, la lana de sus rebaños para el vestido; pero sin contar con la voluntad de sus vasallos dispone de ellos, como objetos absolutamente suyos; ordena cada mañana el trabajo que han de ejecutar y hasta el alimento que les corresponde; y tenía la autoridad jamás controvertida, de hacer de los habitantes todos del Imperio, mitimaes; ese destierro forzoso que, cuando el Inca ordenaba se lo cumplía como una órden divina. (1)

---

de ciento veintitres Emperadores; manifestando asi con evidencia el profundo respeto de ese pueblo a los descendientes del hijo del Sol.

(1) Larga, sangrienta y con varias vicisitudes fué la lucha en el Japón de las dos casas feudales de los Taira y Minamoto; ya la una, ya la otra adquirian ascendiente sobre el Mikado, y las represalias feroces se sucedian, hasta que la debilidad imperial cedió toda la administración a los taikunes. — El Inca, como nos refieren Garcilaso y Cieza de León, ejercia un poder efectivo e incontrastable; sagrado era el monarca, y sus órdenes irresistible para los súbditos; divino, y su persona intocable; pero era el padre: ningún imperio tuvo el carácter patriarcal de bienestar y de respeto que éste. El Inca era el Gran Sacerdote del Sol en virtud de su procedencia divina, y sólo él y los miembros de su familia podian penetrar en ciertos santuarios en determinadas fiestas; y el monarca sólo, podia ofrecer los sacri-

Mas, si el Imperio quichua nos recuerda en algo — especialmente en su carécter patriarcal — las Cortes amarillas; mucho mayores afinidades encontramos con las costumbres a instituciones de pueblos de distinta raza; y por otra parte, varias son las costumbres que encontrándose entre los amarillos, no puede considerarse como especialidad de estos pueblos, porque también se descubre en países que ninguna relación tienen con ellos.

En donde es hoy el Sudán Anglo-egipcio — la antigua Nubia — que ha sido para muchos escritores desde tiempos muy antiguos, el centro de donde procedió la cultura de los faraones; encontramos el Dar-fur, y en él, la notable costumbre conservada todavía, de la fiesta de la siembra, en la cual el Sultán ejerce las funciones de primer sembrador (se ve así como no es singularidad única y originaria de la China esta costumbre); entre los quichuas ya dijimos, como también podemos encontrarla. (1)

Notable institución egipcia era la del matrimonio del faraón, siempre con alguna de sus hermanas; y esa institucion volvemos a encontrarlo aquí, en el pueblo del inca, desde cuando Manco-Cápac y Sinchi Roco asociaron al trono y a sus empresas civilizadoras a sus propias hermanas.

La organización feudal en Méjico: con sus órdenes de caballería, con sus investiduras, ¿la imagen no parece de los pueblos de Europa en la Edad Media? (2)

En Méjico: el sacerdocio se impone directa o indirectamente sobre todas las demás clases incluso el Rey (3);

---

ficios a Pachacámac (cuya personalidad llegó a confundirse con la del Sol). Todo, politica, órden-social, religión estaba reglamentados por él.

(1) «Geografía Universal» t. VI.

(2) A los individuos que componían las órdenes de caballería en Méjico, se los llamaba Nahual Tetcuctin (maestros de la sabiduría y de la ciencia) y se dividían en cinco categorías: los tezopan-tetcuctini (jueces); los xiuh-tetcuctini (caballeros de la esmeralda) etc. etc.

(3) Desde el rey hasta el último súbdito, entre los pueblos del valle de Méjico, eran discípulos del sacerdocio y sometidos a su au-

entre los tahuantinsuyos, el Inca es el Pontífice máximo; él sólo puede ofrecer los sacrificios a Pachacámac; y ejecutar él sólo ciertas funciones de carácter propiamente sacerdotal.

El poco influjo del sacerdocio que hay entre los Estados amarillos, lo encontramos en el Perú; el enorme prestigio de los que se llaman Ministros del Altísimo, que descubrimos entre los semitas, reaparece en las costumbres mejicanas.

Y para concluír estas comparaciones:

Troglodítas, tales como lo fueron los pueblos de la Nubia, los hallamos hoy en el Norte de América; y así vivieron, como nos lo cuentan lejanas tradiciones, los primeros chichimecas; aquellos chichimecas que después serían los fundadores de uno de los Estados más prósperos de este Continente.

Antropófagos como los de Australia y el Africa encontramos, principalmente en la América septentrional, y también en ciertas tribus del Sur; de los habitantes de los llanos, los tupinambaes, que alimentan espléndidamente, dentro de su escasez económica, a las víctimas destinadas a sus banquetes.

Después de cuanto se ha dicho ¿habrá quién se extrañe de las mil vacilaciones y de las sugestiones múltiples ante las cuales se han hallado quienes quisieron descubrir el origen de los pueblos de América encontrados por los conquistadores? Lo difícil del problema está comprendido, y el trabajo debe ser lento y metódico para llegar a algún resultado razonable, que no choque contra las realidades vislumbradas por la etnografía y por la historia.

---

toridad por múltiples relaciones de un respeto positivo y directo que se convertía en deber exigible, y cuando no, era al menos la consagración de la costumbre. Veytia ob. cit.

III

Y al lado de todo eso, para condenzar más las tinieblas que al problema que hoy nos preocupa le rodean: la lejana tradición de la Atlántida, la visión del encantado país de los relatos de Platón en su Timeo. El Sacerdote de Sais decía al gran Solón: «Vosotros los Griegos sereis siempre niños; no hay ancianos en Grecia.... Nuestros libros cuentan que Atenas destruyó una poderosa armada, que, habiendo salido del Atlántico, invadió como un torrente Europa y Asia. En esa Atlántida, sabios reyes habían formado un grande y maravilloso Imperio, que dominaba toda aquella tierra y otras muchas islas, y además, algunas comarcas del Continente, apoderándose de todas desde la Libia hasta el Egipto, y en Europa hasta Tirrenia» etc. etc. Estas afirmaciones de Platón, márgen han dado a un gran número de hipótesis cuyos acertos a veces, se ha tratado de comprobar de un modo científico o por medio de las tradiciones que los indígenas conservaban como un recuerdo lejano de sucesos que fueron, y en el cual se ha querido ver la memoria del cataclismo que según el filósofo griego sumergió ese magnífico país en las profundidades del mar. — Asi es como prosigue Platón: .... «Pero sobrevinieron grandes lluvias y terremotos, y en un solo día y una sola noche fatal todos aquellos guerreros fueron tragados por la tierra abierta. La Atlántida desapareció, y ved aquí porque todavía hoy no se puede recorrer y explorar aquella mar».

La verdad de este cataclismo ha procurado demostrar Buffón mediante la siguiente prueba material: «Si examinamos las Antillas comenzando por la Trinidad, que es la más meridional, no podrá dudarse, que así aquella isla, como las demás, forman una cordillera de montañas cuya dirección es del Sur al Norte, como lo es la de Terranova y la tierra de los esquimales»....

Y respecto de las tradiciones diseminadas entre los diversos pueblos americanos, y de las cuales sólo recogeremos pocas, pero de grande importancia; hallamos las notables que nos refiere Roisel en su obra titulada «Los Atlantes»: «En tiempo de la conquista de Méjico, dice este autor, los insulares de las Antillas contaron a los españoles que todas aquellas islas habían formado un gran Continente, pero que fueron súbitamente sepultadas. Según las tradiciones locales, el Yucatán estaba unido a Cuba; decían los caribes que las rompientes de aquella mar eran formadas por un gran remolino de aguas. Los habitantes de California guardan el mismo recuerdo, y los pueblos del Orinoco llaman a aquel desastre *catenamonoa,* o sea, sumersión en el gran lago». (1)

En Santo Domingo, entre los quinchés y otros pueblos, hay noticias más o menos obscuras que en realidad, como lo han hecho muchísimos autores, se las puede referir al trastorno geológico del hundimiento de la Atlántida.

Con datos de esta naturaleza, difícil se hace descubrir la verdad del suceso; mas el estudio de la Geología algo nos demuestra al respecto, al contarnos la historia de las sucesivas sumersiones y levantamientos de las partes sólidas del Globo; acaso el hundimiento de esa espléndida isla no sea sino uno de los últimos momentos de la transformación del Continente que los geólogos llaman de Gondvana. (2) Este capítulo es ante todo de exposición de lo que se ha afirmado sobre América, y por lo mismo, no hace al caso extendernos más en este punto.

---

(1) La relación de Roisel, referida en el texto, la tomo de las notas de Jacinto Verdaguer en su «Atlántida»

(2) Pi y Margall ob. cit., en cuanto a las tradiciones indígenas de América. — El Continente de Gondvana era el formado por lo que es hoy: el India, la Africa austral y el Brasil, que mediante sucesivos hundimientos y levantamientos sucesivos llegó a formar la actual conformación de la Tierra, y a desaparecer su individualidad continental.

Pero de todas maneras necesitamos reflexionar un poco sobre el siguiente problema, pues parece que tales reflexiones aquí tienen su lugar más adecuado; ¿Puede considerarse — dada la existencia de la Atlántida — como que ella civilizó a todos los pueblos de la Tierra?

Primera consideración: ¿La Atlántida de Platón es nuestra misma América — apartándonos del recuerdo de su atroz cataclismo —; o fué una isla a este Continente cercana? En el primer caso, ¿cómo para la América se perdió en gran parte, casi podríamos decir en su totalidad, el inmenso triunfo que significaba la civilización que legara ella a los demás paises del Mundo? ¿Cómo, en otro sentido, si era también la cuna del hombre al par que la civilización; como digo, se estacionaron en parte a lo menos en los pueblos de América, las razas que habían de producir los grupos más civilizadas de la humanidad, no sólo con la sangre infundida en sus arterias, sino que también con la floración de su cultura?

De las admirables arquitecturas de Palenque, de Copán, de Tealmanaco ¿qué quedaba en América al tiempo del descubrimiento? Ni una supervivencia siquiera, ni un recuerdo; sólo, allá, en un lugar abandonado del país, ciudades como encantadas, en medio del silencio milagroso de la floración de la piedra tallada y del mosaico.

Si la América enseñó al Egipto su arte, si le inspiró su religión ¿cómo es que perdió la inspiradora, la inspiración que recogieron sus discípulos? Y esto, no mediante la inmigración de pueblos estacionarios ni incapaces de una cultura que no fuera absolutamente rudimentaria; no tampoco en pueblos para los cuales haya pasado su momento histórico ante el avance de una nueva civilización; sino en estados prósperos y de un alto grado de vigor como lo demostraron ser los pueblos de la Confederación Mejicana, los de Centro América y los del Tahuantinsuyo.

La fuerza vital de la raza viva estaba en América al tiempo de la conquista, pero entonces mismo, hasta el recuerdo de los constructores de esos poemas de piedra,

como el templo del Bello Relieve, se había ya olvidado. Claro está que ese vigor no fué suficiente a impedir que una civilización más adelantada, una raza de mayor poder intelectual y que disponía de mejores medios, triunfara de ella y la triturara bajo el casco de sus caballos; pero quien lee detenidamente la historia de los pueblos conquistados, no puede considerar su vida en esa época, como una vida de decadencia, estaba en pleno vigor la raza; por eso no llego a explicarme como, pueblos en cuya política, en cuya organización social, subsiste una poderosa fuerza de adelanto y de actividad, hayan perdido hasta una noción ligera sobre aquellas formas de cultura en la cual tantos progresos hicieron. (1)

O es que emigraron todos los artistas sin quedar un representante en la patria? Difícil, muy difícil de creer. Donde se alcanzó una conquista mediante lento y constante trabajo, donde para alcanzarla se sumaron todas las aptitudes, allí desapareció la conquista hecha sin dejar un rastro? ¿Allí se eclipsó para prosperar en lejanos países, sin que una causa siquiera dé una razón suficiente a explicar ese desaparecer? — Esto no me convence, y por lo tanto no creo,

O fué la Atlántida la maestra común del Egipto y la América:

Pero entonces, ¿el Estado aquel que accidentalmente se puso en contacto con ese magnífico imperio, el Estado egipcio, invadido por los Atlántes, recibió la herencia de una alta cultura y pudo prosperar en él; mientras que en la América, en donde aquella influencia fué íntima, fué constante influencia, resultante del contacto continúo, de casi la unidad de las vidas — porque

(1) Pi y Margall refiere en la obra que ya se ha citado, que al averiguarse a los indígenas sobre monumentos tan admirables, como los en el texto recordados, no supieron decir ni siquera quiénes fueron sus constructores.

si existió la Atlántida, fué una isla a la América contigua, que formaba parte, geológica y étnica del Continente —; allí, la cultura artística representada por la arquitectura, dió magníficas muestras, y luego desapareció! — El accidental contacto hizo surgir en Egipto la magnificencia de templos, necrópolis y palacios que han fascinado al mundo; mientras que la comunidad de vida con el Continente, dió muestras espléndidas, acá y allá diseminadas: templos admirables que recuerdan la arquitectura de los faraones, pero, *diseminados* repito, y perdiéndose luego hasta el menor recuerdo! ¡Pérdida fue la aptitud y hasta el recuerdo más pobre de aquella cultura por una influencia de siglos alcanzada; y así, sin una causa de perturbación aparente y en pleno florecimiento de los pueblos esos!

La afirmación ésta, tampoco podrá convencer a ningún espíritu.

Esto, en cuanto a la Atlántida se refiere y a su supuesta civilización del Mundo; pero hay otros fundamentos en las mismas tradiciones de los pueblos para poder afirmar, según lo hicieron antiguos escritores y lo ha vuelto a repetir Ameghino, el autoctonismo de la raza Americana, como ligeramente voy a recordar.

IV

Referencias a su autoctonismo afirmado por ciertos pueblos de América:

Los winebagoes refieren como el Grande Espíritu, después de haber formado a nuestra madre la Tierra y haber procurado su equilibrio; después de haber creado a los otros seres, que a los senos fecundos de la naturaleza vivir debían; tomó parte de su corazón el Grande Espíritu, y formó al hombre, tomó parte de su carne, y creó a la mujer: sus padres — dicen — fueron los primeros hombres creados, y son ellos, por eso; el centro

del mundo, los primogénitos del Espíritu creador. Nació la primera pareja al norte del lago Michigán, en la bahía Verde.

Antes de que fueran hechos el Sol y la Luna — dicen los thlinquites — nuestros padres habitaron ya las playas de las islas de Columbia. — Los navajos, las tribus de Haytí, los yucarés, los mandanaes (a estos últimos se les llegó a imaginar procedentes de Irlanda) etc., etc.; todos ellos vuelven a afirmar su autoctonismo.

En el Norte, en el Sur, en el Centro, semejantes tradiciones hallamos sobre la antigüedad de su asiento, en el país que ocupan, por parte de las más diversas tribus, y como apoyando la hipótesis de la cuna de la humanidad en el Nuevo Continente. — Pero debemos recordar a este respecto, el poder de la vanidad humana que condujo a pueblos cuyo origen extraño al país de su definitivo asiento conocemos, ha afirmar su indigenismo: un ejemplo es el de los Griegos.

Y después de todo lo anterior, reforzando en mucho la afirmación del autoctonismo: los descubrimientos de Lund en el Brasil; los artefactos hallados en el condado de Tuolumme (California); los restos humanos que del Monte Hermoso se extrajeron (en la Argentina) — no todo debió ser mistificación, como se dice—; y que dieron materia al paleontólogo Ameghino para asentar su hipótesis del *tetraprothomos*. Si justifica por lo menos, que se haya pensado en la afirmación de la cual venimos hablando. — Mas yo no la creo, porque encuentro más que aventurado afirmar ese hecho.

V

Nó, el autoctonismo de origen, para los pueblos de América, no fascina mi espíritu; y mi consideración primera, y que me lleva a un resultado distinto de ese autoctonismo es ésta: ¿Si todas las razas proceden

de América, si se especializaron en este continente, por qué sólo subsistía en él, cuando la inmigración europea, una raza distinta de todas las demás y sólo ella?

La hipótesis del indigenismo para cada raza, se halla relacionada evidentemente, con la idea del origen poligénico de la humanidad; eso se descubre muy bien en Wilser por ejemplo; este autor ha dicho: «El pernicioso error asiático ha perdido ya su valor, y las diferentes ramas de la ciencia...., como si se sintiesen libres de una pesadilla y vivificadas por un nuevo impulso, empiezan a moverse con más libertad. Muchos filólogos y la mayor parte de los historiadores que en aquellos se basan, procuran ciertamente salvar algo de sus antiguas teorías, y fijar más o menos cerca de la abandonada, pero no olvidada Asia, la primera patria indo-germánica» y en otro lugar» «Yo tuve el mérito de expresar con claridad, antes que nadie...., la convicción de que, las por tanto tiempo buscadas raíces del grupo de las lenguas indo-germánicas, así como la esfera de irradiación de la raza dolicocéfala, de cabellos largos y ojos azules, y la residencia primitiva de las emigraciones germánicas, todo corresponde a la Suecia meridional». En el acentuado desdén con que trata de las diversas capacidades originarias, entre las razas hay suficiente materia para la afirmación que he hecho; pero si es lo común que vayan juntas las ideas poligénicas y las del origen del Continente en que se encuentran, para las diferentes razas; esto no excluye el hecho de que se unan estos últimos conceptos con el monogenismo. Pero respecto al génesis humano, he manifestado lo que creo, y no lo repetiré (1).

A pesar de Wilser, y de todos los autores que pro-

(1) En la «Geografía Universal» t. I, encontramos la exposición de algunos de los conceptos del autor alemán, Wilser; y allí puede verse la forma áspera con que refuta a todos aquellos que creen en la unidad de capacidad para todos los pueblos de la Tierra.

testan contra el origen asiático de la humanidad, queda en pie este hecho: El Asia conserva en sus diferentes regiones — y esto, desde cuando se tiene noticia de esta parte del Mundo, desde su antigüedad más lejana —, representantes de todas las razas humanas, y hasta de las sub especies entre las cuales se las ha dividido; ahí están para comprobárnoslo, los negros del archipiélago malayo, los habitantes del Indostán pre-dravidianos (moradores de los Gates occidentales, de Gondvana y de Ceylán), y otras tribus diversas, acá y allá diseminadas, que más o menos se acercan al negro africano o a los habitantes oceánicos. — La raza blanca en su variedad de ramas; la caucásica o irania de los brahmanes o del pueblo zendo por ejemplo; la semita, representada por los árabes, los judíos y otros; la camítica — porque también en mi concepto la raza de Cam pertenece a la blanca, sub-especie, morena —; cuya sangre encontramos transfusionada, en parte siquiera, en la sangre judía; y representada de un modo principal, con mezcla de la rama de Sem y algo de la caucásica, en el pueblo egipcio — en el sistema de la Historia antigua y por muchas consideraciones, hasta de situación geográfica, el pueblo faraónico pertenece al Asia —. La raza amarilla tiene tal carácter asiático, que así se la llama por antonomasia: ahí están los tártaros, blancos y negros, los chinos, ciertas poblaciones del archipiélago malayo, los japoneses, etc., etc.

La raza americana es la única que no tiene una verdedera representación en el Continente del Sol que nace, aunque contactos más o menos cercanos de organización y de aptitud, sí podemos encontrar allí; y esa falta de representación americana, era natural que así lo sea; pues ésta es una raza compuesta, formada de múltiples cruzamientos, pero éstos, de tal naturaleza y tan antiguos, que se han unificado, formando un grupo coherente y especialísimo, pero en cuyo fondo hay además, un elemento *constitutivo de una especie particular*. En lo íntimo, en lo básico de esa formación: una

inmigración anterior a toda raza; y sucesivamente, inmigraciones más o menos amplias y de razas constituídas ya, pero que se amalgaman gracias a una aptitud receptora abierta a toda influencia extraña; *amalgamación* de una época, con relación a las otras formaciones, reciente. Mas ésto se explicará después.

VI

Toda la Historia de América protesta contra la idea de una procedencia tartárica; el elemento tartárico entró probablemente en su formación, es cierto, pero probablemente también, en un grado muy inferior a los otros elementos de composición étnica de los pueblos americanos.

La hipótesis del autoctonismo para mí, tiene mucho mayor fundamento, que esta nueva hipótesis del origen tartárico. Esta parece tener su principal apoyo en hechos, o mejor, en circunstancias netamente externas, en apariencias que tienen el relieve de una fácil concepción, pero que por otra parte, son susceptibles de importantes refutaciones; tales son:

PRIMERA: La suposición del istmo de Bering (llamarémoslo así), en el lugar ocupado hoy por el estrecho del mismo nombre; muy cerca estaba el Norte del Asia al Norte de América, sólo un estrecho los separa, y del hecho surgió la teoría: «donde hoy es un estrecho, fue antes un istmo y por ahí se comunicaron los dos Continentes; ese fué el camino que siguieron los hombres para poblar la tierra que descubrió Colón». Hipótesis ya formulada por los conquistadores de Nueva España, quienes hicieron varias excursiones navales para comprobar su opinión, según lo ha referido Gomara en su «Historia General».

Pero: 1°. nada sabemos de la constitución geológica de hace algunos miles de años: apenas ligeras conjeturas con fundamentos de valor variable para cada caso;

2°. ningún animal doméstico del Asia se encontró en este Continente, ni otros varios objetos del Mundo antiguo que, en una excursión terrestre no habrían dejado de transportar las tribus.

SEGUNDA: La fisonomía de los indígenas del Nuevo Mundo tiene ligeros puntos de contacto con la predominante entre los tártaros; de ahí el segundo fundamento de la opinión que Veytia llega a formularla en estos términos: los indígenas de toda la América proceden de siete familias tártaras.

Mas, un detenido estudio de los indígenas, especialmente del Sur de América, nos demuestra: 1°. lo característico de esta raza no es el prognatismo, sino especialmente el excesivo desarrollo de los labios que muestran sus mucosas — semejanza africana, y no asiática — y labios también carnosos — igual afirmación, y más todavía, defecto opuesto a la estructura general de los labios entre los amarillos —; 2°. ojos rasgados horizontalmente y no de un modo oblicuo — más o menos manifiesto este distintivo se encuentra entre los semitas: ya formando los ojos que se ha convenido en llamarlos orientales, hermosos ojos rasgados de los judíos y de los árabes; ya los ojos templados horizontalmente de las momias egipcias —.

FUNDADA EN 1620 QUITO

CAPITULO II

MANERA CÓMO SE CONSTITUYÓ LA RAZA AMERICANA Y MEDIANTE QUÉ ELEMENTOS DE CONSTITUCIÓN.

Concepto de la raza americana según el singularísimo procedimiento que siguió la naturaleza en la formación de esta especie, apartándose del común sendero que siguiera en la de las otras razas y sub-especies. La América es un inmenso laboratorio de combinación de diversos elementos de sangre. — Primer factor de la vida americana, cuya existencia se deduce de las enseñanzas de la paleontología en este Continente. Ameghino y su hipótesis desechada por la ciencia. — Segundo contingente: su procedencia probable del Asia, y su radio de influencia limitado, en estricto sentido, a los pueblos del Norte. — Importantes pruebas de la grande inmigración africana para constituír la raza que estudiamos. — ¿Que contingente de sangre caucásica podemos creer que intervino en la vida de esta parte del Mundo antes de su descubrimiento por Colón y los españoles? — Cuarto elemento, al cual puede considerarse de manera propia como el civilizador.

I

Después de haber expuesto cuanto se ha pensado sobre el probable origen de los americanos, este capítulo será la exposición de nuestro particular modo de pensar en esta materia.

En mi concepto, la raza americana es una raza autóctona:

Pero este autoctonismo lo es, no por el nacimiento

de sus hombres primeros, sino por la fusión de las especies y la consiguiente unidad de un grupo específico distinto de todos los demás; es una fusión de razas la que ha llegado a formarla, pero una fusión especialísima, con un resultado singular, como no ha habido otro en la historia de aquellas formaciones.

Una rama de la raza amarilla, hemos visto no puede considerársela, y todavía después expondremos nuevas razones; insistencia justificada por la importancia que esta opinión ha tomado sobre todas las demás. Una rama de las otras especies, a nadie se le ha imaginado, por las manifiestas diferencias que a primera vista aparecen.

Raza mixta no es: no se asemeja a los pueblos oceánicos ni a la población malaya, por ejemplo; no reúne en sí y las suma, capacidades y defectos de las especies reproductoras, sino que sus capacidades son suyas específicamente, sus defectos de ella también. Es un grupo bien definido, una fisiología, y una psicología también, con exactitud delineadas; en fin, las influencias extranjeras por continuas y de larga fecha que sean, ya no modifican la especie.

Como contingentes diversos de grupos distintos, recibe elementos extraños; pero no los suma, sino que combina, los funde, y es un nuevo grupo, una forma extraña de capacidades la que representa; así surge una especie distinta de aquella fecunda elaboración.

La raza americana no fue el producto de la mezcla de razas sino de su fusión, repito; por eso la puedo llamar sin escrúpulo alguno, una raza autóctona; aquí se formó, nació aquí puede decirse; y es por eso también que en su constitución — en donde subsiste aún sin mezcla el pueblo originario —, no tiene los caractereres morfológicos ni las aptitudes que individualizan al mestizaje de la misma América como grupo étnico. Era una especie perfecta, y lo es hoy, en sus íntimas particularidades, *es el cuarto grupo humano.*

América ha sido el inmenso escenario donde todas las razas humanas han puesto en común sus aptitudes; primero, para constituír la raza especial de este Continente, y segundo, para diseñar las varias nacionalidades del mismo con su doble grupo de población; en aquel caso, preponderaron elementos extraños a la raza blanca, indo-germánica; en éste, los factores principales son las varias nacionalidades de Europa, que tomaron parte en la conquista de los pueblos indígenas. Este capítulo se halla destinado a tratar de la raza antigua del Continente; en el siguiente haremos breves reflexiones sobre los pueblos actuales del Norte y del Sur del Nuevo Mundo, dejando este punto para más detallada exposición cuando hablemos de las nacionalidades, ya que es el lugar más adecuado.

II

De todos cuantos datos podemos disponer nos serviremos para fundamentar nuestra hipótesis sobre la materia que actualmente estudiamos:

Primero. – Los restos de hombres primitivos que Lund encontró en el Brasil, junto a los despojos de unos megaterios, de caballos-panteras etc., nos descubre una población en América, cuya antigüedad nos sorprende; los descubrimientos hechos en el Monte Hermoso y en otros lugares nos hablan también elocuentemente de ese hecho; trabajos de piedra, ya pulimentado, o de sílex apenas labrado, nos cuentan como aquí los hombres casi sin tradición de cultura dieron los primeros pasos para conseguirla; es decir, habitaron esta porción del Globo desde las épocas neolíticas y hasta paleolíticas.

Mas, ¿a qué edad geológica corresponden los trabajos de piedra bruta, y de piedra pulimentada? ¿deberemos decirlos tan antiguos como los artefactos de esas clases descubiertos en Europa? Consignemos algo de los resul-

tados debidos al estudio de los restos humanos y de su difícil labor, conservada en pequeños fragmentos.

Ya antes apunté la oposición de pareceres, sobre la edad de cada cráneo, sobre el tiempo en el cual fue labrado un cuchillo de sílex o una hacha de piedra. — ¡Cuánto no se ha escrito, por ejemplo, sobre el cráneo hallado en 1866 en el Condado de las Calaveras! Whitney después de un prolijo estudio de la capa de terreno del encuentro, hizo la declaración de creerla perteneciente al terciario inferior. El primer rechazo de la antigüedad de ese cráneo se debió a una opinión en lo absoluto no científica; se dijo: el entierro del cráneo se hizo con el premeditado objeto de engañar al profesor Whitney; pero comprobada su fosilización, unos le atribuyeron una antigüedad inmensa, otros, como Holmes, creyeron que el habérsele encontrado en el lugar dicho, procedía de un deslizamiento del hueso desde terrenos superiores donde se hallaba.

A un centenar de metros de la superficie, en las galerías de Table Mountain, junto a algunos restos de mastodonte, se encontraron, adornos de pizarra silicia, puntas de lanza de pedernal, una cuchara de esteatita y otros varios objetos. Treinta metros de la profunda capa de terreno donde se hicieron esos descubrimientos de las primeras muestras del arte americano, eran formados de lava. Muchos siglos debieron pasar, como se ve, para que la Naturaleza con sus lentos procesos pudiera haber concluído esos trabajos de recubrimiento.

Pero sobre todo nos hallamos ante el enigma de la raza de Lagoa Santa, y de los hombres a quienes pertenecieron la vértebra y el fémur procedentes del Monte Hermoso o los restos pampeanos. — Desde cuando el naturalista Lund encontró en el Brasil ciertos fósiles humanos, habían pasado muchos años para que fueran del dominio científico en sus detalles, y desde entonces se han hallado en casi toda la América del Sur tipos de esa especie. El cráneo de esos individuos era pe-

queño en relación con lo demás del organismo, las paredes estrechas y alargadas, la bóveda muy alta y terminada en punta; los arcos superciliares bastante dibujados; los huesos resistentes, pesados y gruesos; en fin, se nota por los lugares de inserción que los músculos debieron ser muy fuertes. Es muy buen tipo de transición del animal al hombre, por más que en ciertos detalles parezca de manera superior constituído que el hombre de Spy en Europa.

El esqueleto hallado por Santiago Roth en Pontinelo, provincia de Buenos Aires, debajo del caparazón de un *glyptodon*, es a no dudarlo de la raza de Lagoa Santa y pertenece, si hemos de creer a Lehmann-Nitsche, al período pampeano superior o sea a la época geológica llamada del pleistoceno.

También el sabio geodésico francés Dr. Ribet, ha encontrado en el Ecuador (cerca del río Jubones), esqueletos de la especie descubierta por Lund.

Y la opinión general hoy día se dirige a considerar al hombre de Lagoa Santa, como no inferior en edad a los más antiguos restos humanos descubiertos en el subsuelo de Europa.

Dos palabras sobre las opiniones de Lehmann Nietsche, en lo tocante a los restos hallados en el Monte Hermoso, origen de las fantásticas teorías de Ameghino. Prolijas comparaciones de la vértebra encontrada, con otras de antropoides y de hombres, le hicieron reconocer a ésa como vértebra cervical humana; del fémur dijo más tarde que debía pertenecer a una raza especial de hombres, bautizada por él con el nombre de *Homo neogaus*. Y ¿en cuánto a la edad? vuelve la discrepancia entre Ameghino y Nietsche, pues mientras el primero le señala como época la terciaria media o mioceno, para el segundo, no puede remontarse a más allá del plioceno. Por todos los anteriores hechos, mi afirmación: a fines de la época terciaria o a principios de la cuaternaria, el hombre se dispersó por la Tierra; un grupo de esta primera dispersión llegó a América, y aquí, triunfando

del clima y adaptándose al medio, formó el subtractum de lo que debía llegar a ser la raza de este Continente.

Esta historia de la vida pasada, historia de la prehistoria americana, lo han escrito los fósiles de animales cientos de siglos ya desaparecidos. La Tierra en sarcófagos de formación geológica terciaria o a lo más cuaternaria, momificó los restos de la vida para siempre perdidos a toda investigación histórica; pero que aún subsisten, como triunfos de luchas y victorias del hombre contra el medio; como herencia de esfuerzos y trabajos que constituyen la aptitud.

Que los restos descritos señalan, ya lo he dicho, los primeros pobladores de estas tierras occidentales, provenientes de una inmigración millares de años más antigua que la constitución de las primeras nacionalidades conocidas, y todavía, anteriores con mucho a la constitución de las razas. Entonces fue cuando a la América, del Asia procedente, emigró el primer grupo *y aquí constituyó una aptitud de vida,* formando el elemento básico que había de informar la fisiología y por el mismo hecho la aptitud psicológica del hombre, que se lo ha venido a llamar hombre cobrizo. — Esa raza iba a formarse en la sucesión del tiempo por combinaciones diferentes de elementos que tenían la sustancia que caracterizaría la forma de esa combinación, en este primer fondo de sangre netamente del país.

El de *combinación* es el término que de modo más adecuado puede usarse en estas explicaciones, porque es una especie de reacción química en la cual múltiples elementos de sangre perdieron su individualidad, la que dió origen a esta nueva raza; desaparición de los constitutivos y constitución de un nuevo sér; las varias moléculas de la reacción, serán aquí, lentamente adquiridas y asimiladas en la síntesis de una nueva existencia.

El constituírse de la especie americana se presenta en la serie de los siglos como la última etapa de la formación natural de razas de hombres; no son varias

razas que chocan y que se aniquilan, o que unas junto a otras subsisten, ya como grupos de población, ya como caracteres varios e irreductibles yuxtapuestos en la existencia de los miembros de cada grupo; es una sola raza que significa un proceso difícil de combinación. En el fondo, el hombre primitivo emigrado con anterioridad a la constitución natural de las especies, y en él ciertas aptitudes adquiridas en razón del medio, pero como una obra no concluída aún, abierta a recibir cualquiera influencia extraña y a asimilarla, a perderla dentro de su organización.

En las razas formadas cada nueva influencia produce un cruzamiento, una yuxtaposición de caracteres; en la raza que está en vías de formación cada nuevo elemento es un elemento químico preparado para la reacción; y el medio primero, el pueblo, la población mejor, originaria sobre la cual se va a proceder; y luego las circunstancias externas, que producen tal resultado, este cuerpo compuesto y no otro.

La molécula primera a esa reacción preparada en este Continente americano, fué el grupo de emigración primera cuyos restos hemos descubierto; pero este llegó a adaptarse — aunque no definitivamente todavía — según las exigencias de la naturaleza en la localidad imperante, y constituyó así el fondo de una fisiología especialísima.

Pocas apreciaciones nos serán bastantes sobre las hipótesis de Ameghino; aquellas que se refiere al *tetraprothomos* y a la serie de individuos que en él tienen su origen.

Fundándose en ciertos descubrimientos que él afirma haberlos hecho en su patria, la Argentina, dió a la novelería de algunos la fascinación de una hipótesis rarísima: los primeros hombres debieron ser de una estatura absolutamente menguada, como que eran los desendientes directos del Microbitherides (marsupial didelfo). (1)

---

1) Esa especie es la que en el lenguaje vulgar se llama la zorra.

Engendrador directo del *tetraprothomo:* el microbitherides; generación que procede de aquél: hombres enanos cuyo centro de nacimiento y dispersión fué nuestra América, la América del Sur, donde se dice haberse encontrado lo que fundamentara esas afirmaciones.

Bastante es la exposición hecha para llegar a estas conclusiones. Imposible se me hace aceptar la hipótesis referida: ya porque en mi concepto la especie que precedió inmediatamente en la evolución al hombre fué el simio, por numerosos puntos de contacto anatómico que entre ellos se descubre; ya porque creo que el centro de emigración de las razas, o mejor de los individuos, fué el Continente asiático, fundándome en las razones antes expuestas; y porque además reflexiono que la microcefalia no está en directa relación de las demás proporciones del organismo del sér al cual pertenece. En el hombre primitivo la constitución anatómica debía recordar precisamente la de la especie inmediata anterior: es decir, cráneo apenas desarrollado, y cuerpo, con relación a él, gigante.

III

Segundo contingente. — Los Mound-Buildrs representan, según creo, el elemento propiamente amarillo; los constructores de montañas aparecen en el escenario de la vida americana, con ciertas cualidades típicas que nos recuerdan los primeros habitantes de la Siberia. Esta opinión se funda: ya en la situación ocupada por ellos en el Continente — de seguro fué en el Norte de América, por su posición en el sistema de distribución de los Continentes, donde mayor cantidad de sangre amarilla se introdujo, y es posible también que ese contingente no haya traspasado, sino en debilísima cantidad, los límites del Continente setentrional —; ya en la forma de sus construcciones — las cuales les valió el nombre que llevan —, construcciones que recuerdan a

primera vista las encontradas en las enormes estepas siberianas y cuyo origen se ha perdido en las tinieblas de lo desconocido. (1)

Este contingente fué absorbido por el grupo autóctono y desapareció, dejando leves rastros en las aptitudes, en los instintos y en general en el temperamento de aquellas poblaciones. — Los más antiguos exploradores no han hallado ni una tradición, ni un vislumbre que pueda dirigirlos a descifrar aquellos inmensos jeroglíficos que podrían contarnos la historia de una vida desaparecida en una perfecta absorción por parte de elementos de diversa existencia. — Precisa señalemos que no cabe decirse con exactitud si los pueblos emigrantes éstos, pertenecían a un grupo étnico definido, ni siquiera a una raza bien caracterizada ya; o sólo fueron antepasados comunes de los siberianos y de los pueblos de Norte América. Pero en definitiva, sea cualquiera el caso, la influencia amarilla ha sido ligera.

IV

Tercero. — Hay un contingente negro, o con mayor precisión, africano y oceánico que no podemos despreciar. Esto nos lo demuestran: la Geología con el descubrimiento de los antiguos sistemas continentales; la Historia y la Geografía con los datos recogidos entre los diferentes pueblos; la tradición, como reveladora de sucesos pasados no conseguidos por ningún otro medio de conocimiento humano; y ciertos monumentos del

(1) Los constructores de montañas han dejado en las regiones setentrionales de este Continente, una variedad enorme de túmulos gigantescos que toscamente simbolizan una diversidad muy notable de animales fantásticos; las figuras de serpiente destácanse sobre todas por su número y sus proporciones; del inmenso grandor de estos trabajos se tendrá una idea con referir las del monte de Cahokia: de una base de quinientos pies, por 700; y de una altura de 90; Pi y Margall ob. cit.

arte pre-colombiano, o talvez mejor, pre-histórico. Principiemos por esta última prueba:

ARTE. — Quien haya leído el artículo de W. H. Holmes, «Obras maestras de arte de los aborígenes de América» publicado en la revista «Art and Archeology» de Wáshington; no puede menos de sorprenderse por la descripción que este autor hace de ciertos estucados del «Templo del bello relieve», y principalmente por los grabados que a ese estudio acompañan; no puede menos de sorprenderse el lector digo, no sólo de la admirable técnica que ha presidido a tan difíciles trabajos en estuco, sino ante todo, de las singularidades anatómicas, de la fisonomía singular del modelo que debió servir para esas esculturas (1); al representar, en su magnífica obra histórica, Francisco Pi y Margall, esas figuras de los desconocidos artistas, que vivieron siglos antes que los aztecas ocuparan el Anahuac, dice: el rostro humano que debió servirles de modelo, perteneció a una raza hoy desconocida (2); mas creo se equivoca en esta afirmación aquel sociólogo.

Léase con detención las obras de los exploradores modernos del Africa occidental y se hallará con ésto: hay una tribu en la cual sus individuos tienen: «frente deprimida hacia arriba y nariz que con ella forma una línea recta»; ábrase después una de las obras referentes a los estucados del «Templo del bello relieve»; y compárense.

GEOLOGÍA. — De la Geología, esta afirmación: la unidad continental a la cual ya antes me referí, entre la India, el Africa austral y el Brasil; y repitiendo un concepto, la desaparición de la Atlántida fué acaso la última etapa de la lenta disgregación de ese Continente;

---

(1) Debe leerse el artículo que, con el mismo título del escrito por Holmes, publica la notable revista del Norte «Boletín de la Unión Panamericana»; allí se reproduce el grabado; la revista es la correspondiente a setiembre de 1914.

(2) Francisco Pi y Margall ob. cit.

hecho en realidad próximo al período histórico, como lo manifiestan las pavorosas tradiciones conservadas hasta los modernos tiempos. — ¿No está de modo suficiente comprobado por la unidad continental y el hecho evidente de la impulsión emigratoria de los hombres, la comunidad de procedencia en diversas comarcas de este Continente occidental en las africanas?

Tradición. — Junto al anterior recuerdo, el recuerdo de la tradición, porque hay una conexión íntima entre los dos, y hasta la tradición comprueba y da fundamento importante a las afirmaciones de la ciencia geológica. — Así refiere M. de Froberville un relato de los amakonas (pueblo africano).

> «*Hace ya muchos años, el fondo del mar que separa hoy la tierra de los negros de la de los blancos, era un país de maravillosa fertilidad. Se llamaba Kassipi. Había allí una pradera tan abundante en granos, que teniendo ya llenos y rebozantes sus graneros, sembraron el trigo por los caminos, en vez de enviarlos a los pueblos próximos que habían tenido una cosecha muy escasa. Moloko, el buen Dios, se irritó al ver tan criminal indiferencia, «¡Ay de vosotros!» dijo a los habitantes de Kassipi, y esta maldición no tardó en cumplirse. Los demonios se precipitaron sobre el país; el corazón de sus moradores se endureció más aún, e hicieron compañía a los diablos, y pronto el mar invadió sus territorios*». (1)

Hé ahí la rústica leyenda, sobre un hecho seguramente verdadero.

De lo expuesto, surge pleno el conocimiento del lazo de unión geológica entre el Africa y la América; y de ahí la presunción de la influencia entre las poblaciones de los dos Continentes.

---

(1) Tomado de la «Atlántida» de Verdaguer.

La Historia y la Geografía. — Con una mejor y más comprensiva expresión talvez, la etnografía de los países del Nuevo Mundo, nos cuenta varias, muy varias costumbres africanas y de los isleños de la Oceanía muy difundidas aquí, y notables puntos de contacto en organización, de profunda importancia. Ya hemos dicho algo sobre la adoración de la serpiente y el símbolo de esa divinidad; algo también, hemos antes apuntado en lo referente a las semejanzas de rostro entre los africanos y los habitantes de América: los labios carnosos y desarrollados en exceso, el color más o menos obscuro de la piel, que en ciertos pueblos de una y otra parte del Mundo llegan a tener un tinte idéntico; los bakaras, por ejemplo, del Kordofan «tienen la piel roja del indígena americano» (1); los gallas, de la Abisinia cuyo color «va desde el rojo hasta el moreno» (2) etc. etc.; la nariz mesorriña, pero de un mesorriño especial; es cierto que ejemplares de cabellos lanosos hay muy pocos, pero eso, aparte de ser el resultado inmediato de la mezcla de raza negra — de pelo lanoso — con elementos de cualquiera otra raza, como es manifiesto en el archipiélago malayo, entre los habitantes oceánicos y en gran número de islas pertenecientes al sistema africano mismo; no es ese carácter absolutamente infaltable de todos los grupos de la pura raza negra.

Todo lo que afirmamos en este párrafo, se refiere especialmente a la América del Sur, donde talvez un treinta por ciento de la sangre de la raza indígena, corresponde a una influencia de pueblos de piel negra.

Quien haya estudiado los caracteres físicos y morales de una parte de los hotentotes, y haya recorrido después una obra cualquiera que de los onas trate, o en general de los patagones, no podrá por menos de participar de mi opinión:

---

(1) «Geografía de los hermanos Reclus t. III pág. 93.
(2) ibd. pág. 150.

Las formas hercúleas de los patagones y los razgos de su fisonomía, hacen aparecer en nuestro pensamiento un recuerdo preciso de aquellas tribus del Africa inferior así descritas por la «Geografía Universal» de Montaner y Simón: los hotentotes son de grande estatura, de un color moreno pálido, de ojos hundidos y pómulos salientes. En la Revista «Unión Panamericana», correspondiente a diciembre de 1915, en un extracto del artículo del Sr. Charles Wellington Furlong titulado, «Hombres de la Edad de Piedra de la Tierra del Fuego»; hallamos fotografías de las tribus onas que explicarán suficientemente cuando he dicho de las semejanzas manifiestas de estos habitantes de la tierra del Fuego, con los hotentotes cuya descripción física ya hemos repetido. Pueblos vigorosos y de costumbres pacíficas y dulces los dos que comparamos, se han visto a veces precisados a ejercer sangrientas venganzas contra los extranjeros que violan sus últimos refugios y que los arrebatan su suelo y hasta sus menores medios de subsistencia; hasta en su historia desgraciada, del aniquilamiento y constante disminución de las tribus se parecen esos dos pueblos. (1)

Nuestro historiador Velasco, defensor entusiasta de la procedencia oceánica de los pueblos de América, después de contarnos las tradiciones que dice Cieza de León haber hallado entre los indígenas, sobre su llegada por mar a este Continente, y después de recordar al Padre Acosta sobre el mismo punto; señala como los últimos descubrimientos, en su tiempo, de las exploraciones de atrevidos navegantes, los de Cook, que llegaron a revelar semejanza de religión y de condiciones

(1) Obras que se han consultado, para la exposición de esta parte de nuestro estudio: A cerca de los hotentotes la «Geografía Universal» de Montaner y Simón, la que escribieron los hermanos Reclus y la obra de Fleuriot de Langle «Del Negami y su región». — De los fuegios en general el trabajo de Alcides D'Orvigny «Viaje por la América Meridional». — Pi y Margall ob. cit. lib. II; y el artículo de Furlong.

sociales en apartadas islas de la Oceanía con las de las tribus americanas, y muy particularmente las gigantescas estatuas encontradas en las islas de Davis, idénticas a las que se creían obra de una inmigración de hombres de enorme estatura en las costas del antiguo Reino de Quito.

Prolijo en demasía sería, el hacer un estudio comparativo de todas las costumbres e instituciones de los pueblos del Africa y de la Oceanía, con las encontradas en las varias tribus del Continente americano; y el resultado sería de poca importancia, por eso no paso adelante en su exposición.

V

Cuarto elemento. — Hay un contingente de grande importancia que fue asimilado por la raza americana en formación, un contingente que provenía del pueblo egipcio, de los navegantes fenicios y en general de la sub-especie camítica, y acaso también, en corta cantidad de los semitas. Ante todo los egipcios y los etíopes sus esclavos debieron producir una notable inmigración en America, notable principalmente por el resultado civilizador de ella; como lo comprobaremos de un modo pleno en el siguiente libro de este tratado. — La forma de los ojos indígenas, templados horizontalmente, es forma egipcia muy antigua, de las encontradas en los monumentos y entre las momias de ese país; de los labios carnosos podemos hacer igual afirmación, etc., etc. Y todavía, la manera como se constituyó en su individualidad dentro del país que le tocó el egipcio es en su origen profundamente semejante a las formaciones americanas, sólo que por diversos motivos el resultado fue distinto como explicaremos más tarde.

* * *

Influencia propiamente caucásica creo que no la hubo sino en tiempo histórico ya muy adelantado; esto es, cuando ya no podía influír en la formación de la raza — perfectamente constituída ya —; sino a lo más, dar un determinado valor a la nacionalidad en que se dejó sentir esa influencia.

Téngase en cuenta que me refiero a una época anterior a la conquista europea del Nuevo Mundo; y por lo tanto mis afirmaciones se dirigen a la posible inmigración de los escandinavos u otros pueblos del Norte de Europa, de los cuales se ha hablado con insistencia como anteriores en mucho al descubrimiento de Colón.

Es cierto que los chiquitos-samacues «en talle y apostura podrían rivalizar con los europeos»; es verdad que hay familias entre los araucanos, cuya hermosura se podría comparar, quizá con ventaja, con ciertos grupos de población latino-germánica; hemos recordado ya como los mandanaes dieron materia a algunos escritores, para considerarlos como una colonia europea. En fin, digamos la descripción que de los yucarés, hace en su obra tantas veces citada, Francisco Pi y Margall:

> *En Bolivia y el Perú. — «Los yucarés — habitantes de deliciosas comarcas, de bosques espléndidos —, eran altos, airosos, de fiero continente, oval el rostro, aguileña, en muchos, la nariz, negros y horizontales los ojos, elegantemente adornados y bien vestidos, flexibles y ligeros. Alegres, vivos, prontos en contestar y ejecutar, arrogantes y bravos* (1). *Esos son los caracteres físicos y las cualidades morales de los yucarés». — Y si recordamos que en los varios dialectos de la lengua quichua, la palabra* yurac *equivale a*

1) Pi y Margall, ob. cit.

blanco, y si no olvidamos el color claro de la piel de esos indígenas; tendríamos bastante para fundamentar una hipótesis respecto de su origen.

Todo esto parece conducirnos a la idea de una procedencia caucásica para ciertos pueblos americanos. — Pero bástannos dos observaciones para fortalecer en nosotros una distinta opinión: es el caso que no sólo en América sino en los países negros, encontramos esta especie de coincidencia entre ramas distintas de especies diferentes, sin que este resultado se deba a los arios; recordemos por hoy únicamente a los *cafres basutos*, «vivos, sencillos, comunicativos, de facciones que se aproximan en mucho a las caucásicas, y sólo de piel negra» (1); los *tibus*, del centro mismo del Sahara, cuya piel «de color más claro que la de los nigricios de las llanuras meridionales, en su fisonomía no tienen nada de común con el tipo tradicional del negro» (2), los tuareg, también en el Sahara «de raza blanca, aunque el sol les da un tinte bronceado».

La segunda consideración se refiere a lo siguiente: los hermosos caracteres que hallamos en la fisonomía de ciertos pueblos de este Continente, pueden atribuírse a las inmigraciones sucesivas del pueblo de Sem, o al elemento egipcio; y parece que esta es la verdad, según los fundamentos que en el siguiente libro diremos; como ha sido la influencia árabe entre los africanos.

---

(1) «Geografía Universal», edición de Montaner y Simón.
(2) Tomo III de la Geografía de los hermanos Reclus.

CAPITULO III

ÚLTIMAS CONSECUENCIAS A QUE DEBE LLEGARSE EN EL ESTUDIO DE LA ANTIGUA RAZA DE AMÉRICA. — RAZAS QUE EN EL MOMENTO PRESENTE LA HABITAN, Y SUB-ESPECIE QUE PODEMOS DESCUBRIR AQUÍ EN FORMACIÓN.

Contra el error de la procedencia tartárica de todos los pueblos de América protestan las civilizaciones vigorosas y progresistas de Méjico y del Perú, en las cuales, nada de común puede hallarse, con los caracteres de los terribles asoladores de Imperios. — La América de los anglo-sajones y la latino-América: doble grupo étnico irreductible, que descubrimos en cada una de ellas. — La sub-especie que desde los comienzos de la conquista principió a formarse y la manera como se ha constituído. El escenario donde se efectuó aquella formación fue principalmente la América latina. ¿Por qué?

I

Quien afirme que pueblos tartáricos fueron todos los que llegaron a poblar la América; quien diga con Veytia que siete familias de aquellos pobladores del Asia, fueron quienes han constituído la complicación de la vida en este Continente, se equivoca cien veces.

Los tártaros que inundaron el Asia y Europa como un desbordado torrente; que a su paso, arrasan Imperios, destruyen ciudades, pero nada fundan; los nómadas de las grandes estepas, que apenas se avienen

con gozar de la inmensa cultura adquirida por pueblos de distinta raza, en cuyo país un momento habitaron, para volver cargados de despojos a las áridas tierras de su herencia, sin aprender nada; ellos, para quienes no había otra ciencia que la astronomía, porque los marcaba la senda en sus peregrinaciones difíciles, en sus largas y solitarias jornadas por el desierto. Los hunos, terror de los pueblos de Europa; los conquistadores de la India, que un momento progresan, mediante el influjo imponente e irresistible del progreso de los pueblos arios, y que fueron al cabo, quienes destruyeron — los que estacionaron al menos — el espléndido avance del arte y la ciencia brahmánica, de aquella cultura sólo comprendida en sus formas externas, y sólo aceptada en el formalismo de costumbres y de instituciones sin saber la idea que las inspiraba. Esa raza que es estacionaria, casi por naturaleza, ha formado en América el Imperio azteca? El poderoso pueblo que desde su salida de Aztlán formaba un estado compacto de jefes confederados, y que en su asiento definitivo del valle del Anahuac vivió una poderosa civilización, en nada menor a la de los reputados Imperios de Nínive y de Babilonia, y que tenía en sí, al tiempo de la conquista, poder suficiente para alcanzar mayor y nueva cultura ¿podrá compararse con los habitantes siberianos de la misma época, por más que éstos se hayan puesto en contacto frecuente, como conquistadores, con brillantes naciones? La oposición de temperamentos es manifiesta para cualquiera que sobre este punto reflexione.

Las diversas tribus semi-bandoleras y semi-antropófagas, un momento reunidas por el genio sangriento de sus Janes, para ser el azote del cielo que sangre las carnes de todos los pueblos de alguna cultura; los que sólo un momento reunidos para la matanza, para la rapiña y para el terror de los pueblos, nunca han constituído permanentemente y para el progreso un Imperio estable; el pueblo de la destrucción y de la

muerte, el de la molicie y el de la lujuria; el espanto perpetuo de las hijas del Celeste Imperio (1); son ésos los que en tiempos históricos huyen de sus inmensas landas, para fundar en lejanas comarcas Imperios magníficos? (2) ¿Será que en su seno y de su substancia habráse formado las instituciones que son justo orgullo del pueblo del Inca? Las conquistas del Hijo del Sol que tendían al progreso del pueblo adquirido; el Rey-Dios, imponente y sagrado — padre de su pueblo y Dios de su propia familia — que derrama sobre sus conquistas la piedad de sus dones; que construye calzadas, que da la abundancia, mediante el difícil trabajo de riego, mediante el esfuerzo, que ahora nos sorprende, de comunicar las comarcas lejanas y agrestes con las más fecundas y más cultivadas del Reino; ese rey magnífico digo, patriarca y apóstol, que a muchas parcialidades atrajo a su culto y les dió su progreso (3), ¿puede recordar a esos Janes bañados en la sangre de todos los pueblos por donde han pasado?

El hermoso tipo de los araucanos es tipo mongólico? (4).

---

(1) Todo el mundo conoce las excursiones tartáricas al Imperio del Centro, en busca de un botín especial, el de la mujer china.

(2) Uno de los argumentos para fundamentar la opinión tartárica es, la de cierta expedición ordenada por uno de los emperadores mongoles, que desapareció.

(3) Aunque mucho haya que corregir, o tal vez con más propiedad atenuar, en las afirmaciones históricas de Garcilaso de la Vega, no podemos menos de reconocer — gracias a cuanto dijeron los cronistas más serios y mejor informados de la Conquista — el carácter eminentemente patriarcal, de protección, de orden y amor, entre el Soberano — Inca — y sus súbditos. Y de modo principal, el carácter de pueblo civilizador: ofreciéndoles una nueva religión y nuevas formas de progreso, adquirían frecuentemente la sumisión de sus vecinos; conquistas sin sangre y sin terror, como no recuerda otra la Historia. (Además de Garcilaso puede consultarse a Cieza de León y entre los modernos historiadores a González Suárez por ejemplo —

(4) Aquel que haya visto un momento siquiera, la ya tantas veces citada «Geografía Universal» de Montaner y Simón, no habrá dejado de apuntar un hecho; en el primer tomo encontramos la figura *(de fotografía)* Nº. 798, con este epígrafe, hombre y mujer araucanos, hermosos tipos en realidad cuya corrección de líneas, se acerca al tipo de los pueblos de raza blanca, pero de los más hermosos (den-

II

Desde los tiempos heroicos del descubrimiento y de las hazañas sangrientas de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro contra los indígenas del Nuevo Mundo; las condiciones de los países conquistados han sido el objeto de profunda transformación.

La lucha de conquistadores y conquistados fue una verdadera oposición de dos razas, en la cual, la mejor preparada, al vencer, hizo esclava suya, la sometió a dolorosa servidumbre a aquélla que, más retrasada en sus condiciones de cultura, era menos apta para el triunfo.

Era el tiempo en que las huestes de la gran Península Ibérica empezaban a alcanzar todo el prestigio con que el recuerdo, la tradición y la leyenda ha iluminado los cuadros históricos en donde aquel Imperio tejió sus triunfos: rojas rosas de sangre en el combate; laurel de oro del triunfo del soldado que canta y que medita: Garcilaso y Cervantes.

Con la reconquista de Granada habíase hundido definitivamente el poderío árabe sobre las tierras españolas; pasaron ya como un poema vivo de esfuerzo y gallardía los tiempos de Rodrigo Díaz de Vivar; vivía y triunfaba el gran Capitán Fernández de Córdoba; y muy próximos ya se encontraban el glorioso reinado de Carlos I y las brillantes hazañas del Duque de Austria; en fin, todo se sumaba hacia el engrandecimiento del pueblo español; cuando los atrevidos compañeros de Colón, ficticios misioneros de una fe y reales portadores de una nueva raza y civilización, co-

---

tro del concepto europeo); se acerca mucho más digo, que por ejemplo, la figura de una muchacha árabe de Damasco (fig. 789); el rostro de los araucanos es menos ancho, es oval, los ojos hermosísimos.

menzaron su obra de conquista de las Indias occidentales para la Corona de Castilla. El pueblo de Moctezuma y el Reino de Atahualpa sintieron toda la dura condición de las huestes triunfadoras del Moro; y después de sufrir los vejámenes y traiciones de los extranjeros, con un odio profundo, en el fondo de su alma reconcentrado, pero en silencio, humillaron su frente ante el poder del amo que se les imponía.

El triunfo en esa lucha significó el hundimiento a perpetuidad de las civilizaciones vencidas; y con sus civilizaciones se hundieron también los pueblos que las poseían, para no resurgir de su abatimiento, jamás.

Dura fue la esclavitud. Para los españoles y sus descendientes americanos, los criollos, se reservaron todos los privilegios de posición, de fortuna y empleos, los derechos todos eran de ellos; para la antigua raza el cultivo de las tierras que se les arrancó, propiedad que perdieron y que hoy con su sudor debían fecundar para los nuevos dueños; o el trabajo difícil de las minas de las cuales antes fueron propietarios.

Desde ese primer momento hubo en los pueblos del Continente de Colón, dos clases sociales inconfundibles entre sí y por un abismo separadas: los triunfadores y sus hijos, arriba; y a una distancia inconmensurable, los vencidos y su descendencia. Y mientras los primeros progresaban, aunque lentamente, en la vida misma de la Colonia, siguiendo — de lejos es cierto — la cultura de Europa; los segundos se hundían cada vez más en la abyección y la ignorancia. Es que para estos últimos, proscrita la civilización cuya existencia estaban acostumbrados a vivir, se les quizo imponer una cultura que no la comprendían y que la detestaban. Por eso a la vuelta de poco tiempo los antiguos pobladores de América eran inconocibles: nada les quedaba de su vigor físico e intelectual, y perdidas casi todas sus virtudes, adquirieron un número inmenso de vicios que las sustituyeron.

Esa doble clase con doble condición, son las dos razas, de cuyo vivir en un medio y de cuyas absolutas desemejanzas en capacidades y en condición de existencia, se compondrán las especiales condiciones de estas sociedades.

Para la América de los anglo-sajones la condición fue muy distinta: habían dos razas; pero no de ambas se formaron los estados sociales. Mientras España reconocía la calidad de hombres, aunque dependientes, para los pueblos conquistados, los emigrantes ingleses cazaban como a fieras a los antiguos habitantes del país. Eran dos Estados, en cercanas regiones habitantes, dos Estados enemigos; condición de la cual tiene que resultar múltiples diferencias entre los países latino-americano y los americanos del Norte; como vamos a explicar en el siguiente párrafo, y como diremos al tratar de las nacionalidades.

III

Junto a los dos grupos de población que hemos encontrado en las naciones de la conquista española y como un lazo de unión entre ellos, desde los primeros momentos apareció el mestizaje americano. A la repugnancia de diversidad de razas, a la soberbia del vencedor respecto de los pueblos vencidos, se sobrepuso la atracción del instinto, para los rudos soldados españoles, y hasta el amor de los galantes caballeros hacia las lindas hijas del nuevo suelo; el inca Garcilaso, que en sus Crónicas cantó con orgullo las maravillosas proezas de sus ascendientes maternos, es un ejemplo.

La mezcla, adelantando siempre en cantidad de sangre blanca, por el afán de los únos hacia arriba, por la pasión de los ótros hacia los preciosos y cálidos tipos que la mezcla iba produciendo — un grado inmenso de simpatía, debida a la alegre y vivaz fisonomía y carácter de las clases medias, se despertaba y se despierta entre

las altas categorías sociales, conduciéndolas a la procreación legítima de individuos, en los cuales es ya ligera la proporción de sangre indígena —; de ahí esta lenta transformación ascendente; que después de casi cinco siglos apenas parece que ha constituído ya una nueva sub-especie de la raza blanca, que puede llamarse con razón latino-americana.

Entre los anglo sajones — yankees — de esta parte del Mundo, si bien no se puede desconocer que se ha ingerido algo de los primitivos habitantes de la raza cobriza, esa ingestión es en un grado tan pequeño que no puede considerarse como productora de una sub especie; por un régimen anti-humano y feroz el resultado se produjo con casi todo su valor (1).

Hoy en las naciones latino-americanas ninguna familia puede afirmar para ella, con verdad, una absoluta pureza de sangre española o portuguesa; pero gran parte de ellas, son las que pueden enorgullecerse de constituír una aristocracia magníficamente dotada para la nueva lucha de civilizaciones. Ya constituída la nueva raza americana, parece ser que está destinada a marchar a la cabeza de los demás pueblos de la Tierra, en la nueva era histórica que se prepara. Las cualidades de la raza aria preponderan aquí, pero ligeramente combinadas con caracteres y virtudes de los pueblos indígenas que a través de los siglos han per-

(1) Bastantes exageraciones hay, pero también mucho de verdad en las opiniones de los hermanos Reclus, que voy a copiar; hablando de que en toda colonización la mezcla de la sangre es lo que prepondera, dicen: «Aún entre los anglo-sajones, que son los exterminadores que menos se enlazan con los salvajes a quienes persiguen, no hay una sola tribu que haya perecido en realidad. Reviven los indios en una porción de familias blancas de los Estados Unidos, y el dia en que se diga el último piel roja ha muerto, la vida de las Seis Naciones y de otros cien pueblos, muertos al parecer, será más floreciente que nunca en millares de casas americanas, muy orgullosas de su origen inglés. Hasta los tasmanios, salvajes escrupulosamente degollados hasta el último, han dejado algunos mestizos dispersos en Australia» t. I pag. 47 «Geografía Universal»

manecido latentes en las herencias sucesivas de los grupos en formación. La historia de este siglo, en casi una cuarta parte de él, ha puesto en plena luz los senderos de justicia y de progreso por los cuales han penetrado las naciones de este Continente. A las rivalidades de Estados y de grupos sociales ha sucedido — no de modo definitivo — una era de paz; en que las pretensiones y los anhelos se discuten bajo el punto de vista de la justicia.

No cabe dudarse que la Naturaleza como nuevo escenario al desarrollo de la humanidad, ha elegido este Continente; el porvenir es de América. Ya la del Norte, puede decirse que fue el árbitro de la paz en la guerra europea; y en las actuales circunstancias es la que reglamenta el mercado económico de las naciones. Y, mientras en España el movimiento intelectual queda muy por debajo de las otras naciones de Europa; la literatura castellana está muy altamente representada por los pueblos del habla española de esta parte del Mundo. La prosperidad de la Argentina principia a asombrar al viejo Continente; el Uruguay alcanza uno de los primeros puestos en la literatura moderna; la historia, la etnografía, la paleontología y la pre-historia reciben su mayor empuje por obra de los americanos del Norte y por los intensos trabajos de los pueblos del Sur, entre los cuales merece lugar preferente el Ecuador.

FUNDADA EN 1620 QUITO

LIBRO TERCERO

ORIGEN QUE TIENEN LAS MÁS IMPORTANTES CIVILIZACIONES DE AMÉRICA ANTERIORES A COLÓN.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO

En la cultnra de los pueblos hay ciertas manifestaciones comunes, que no pueden atribuirse a desarrollos paralelos entre ellos, sino que significan, evidentemente, el producto de mutnas influencias. — La religión y el arte son en realidad lo que mejor caracteriza a cada civilización; desde que representan el desarrollo psiquico en toda la fuerza de su invención, en todo el poder de la creación del símbolo, que es síntesis de la actividad humana interna y trascendental.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIORUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CAPITULO PRIMERO

MANERA COMO LA NATURALEZA LLEGÓ A CONSTITUÍR LA SUB-RAZA CAMITICA.

Objeto perseguido en las investigaciones de este tercer libro; su consecución tiene que vencer ante todo, la oposición de las tinieblas que rodean a las antiguas civilizaciones en razón mismo de la distancia; pero tenemos como auxiliares hacia ese resultado: la herencia social — que al convertirse en norma de vida, adquiere la capacidad de trasmitirse de grupo a grupo en sus respectivas vidas de cultura —; y los monumentos antiguos, con la perpetuidad del pensamiento en ellos encerrado; y fortaleciendo a esas noticias y completándolas, los datos, mayores o menores, que en cada caso nos ofrece la Historia. — Elementos de que proceden las nacionalidades camíticas: concepto y datos relativos a su formación. — De los hebreos: su mítica distribución de la humanidad en especies — incompleta y falsa — y sus extraños conceptos sobre las diferencias de capacidades en las varias razas, que delata sólo la vanidad de ese pueblo.

I

Hoy nos hallamos en presencia de un problema excesivamente singular, lleno de sugestiones, y que por eso, y por las innumerables dificultades que a cada una de sus consideraciones surgen; es difícil, muy difícil, de resolverlo de un modo adecuado y en su integridad. — El problema es éste: ¿Cuáles son los fundamentos

en que puede apoyarse la afirmación ya hecha, de que la raza civilizadora de América fué la sub-especie denominada por la Biblia «Los hijos de Cam»?

Estamos ante el dintel de tres inmensos hipogeos que encierran los cadáveres de tres poderosas civilizaciones; momias de edades pasadas que debemos despertar de su sueño milenario, y forzarlas a entreabrir sus labios helados por la muerte, para que nos relaten sus secretos.

El egipcio: junto al sello de Isis sagrado e intocable, puso la imagen espantosa de su esfinge de piedra; petrificado guardián de las inmensas soledades que, parece, en la inmovilidad de su ser, en la impenetrabilidad de su rostro inmóvil, haber simbolizado el eterno misterio de las civilizaciones que pasaron. — La Historia tiene sus necrópolis, donde la muerte como si quisiera cubrir con la protección de su silencio, aquellas vidas que ya no son.

En Méjico y en el Perú calla la tradición, y su silencio es el del olvido perpetuo más difícil de vencer que el mudo dolor que en los labios imprime la muerte; Palenque y Copán, Teahuanaco y Huanaco el Viejo, eran los restos abandonados, sin una memoria, sin la piedad de un recuerdo, entre los descendientes de los poderosos artistas que los levantaron: ni una subsistencia en la leyenda nacional, ni una tradición. — Ni los mayas, ni los aztecas, ni los habitantes del Perú incásico, pudieron decir a sus conquistadores de dónde procedían las olvidades ciudades, quiénes habitaron primero aquellas encantadas ruinas, que eran para muchos de los habitantes de entonces, absolutamente desconocidas.

En el laberinto de estos interminables hipogeos ¿cómo llegar hasta la sala del sarcófago? ¿cómo leer todas sus inscripciones y apreciar todos los detalles, de las figuras, de los relieves y de los cuadros? ¿Cómo hacer que cada símbolo surja en plenitud de luz para nosotros?

Mientras los cuerpos se deshacen en polvo para constituír los elementos de nuevas existencias, mientras el

alma se evapora como la esencia de la vida del ser en que vivía; la idea, lo más inmaterial del hombre, lo menos tangible, puede perpetuarse a través de innumerables edades, en virtud de un doble poder suyo. — 1°. Al convertirse el concepto en actividad, la idea aparece en la vida en forma de una costumbre, simbólica o real representación, que cambiada en hábito por el tiempo, adquiere el poder de ser la herencia de las sucesivas generaciones: herencia directa, en las varias edades de un mismo pueblo, o procedente de la imitación entre pueblo y pueblo puestos en contacto. — 2°. El otro vivir es vivir de la idea en sí — idea abstracta o costumbre — mediante los monumentos, los cuadros y las inscripciones; latente vida que exige el cuidado de un cultivo, para germinar abundante en frutos; cuatro mil años vivió improductivo el trigo desenterrado de una sepultura faraónica, y sembrado, brotó y dió espigas; ochenta y cien siglos permanecieron ocultas las inscripciones de las antiguas moradas de los muertos en el alto Egipto, pero el hombre arrancó a cada una de esas figuras su sentido oculto, descubrió la vida de cada uno de esos bajo-relieves; y pudo adquirir realidad para nosotros aquellas lejanas historias. — A estas investigaciones para el conocimiento, deben agregarse las enseñanzas, de los antiguos escritores, de la tradición, y hasta de la leyenda — cuando esta última es trabajada por el poder de una racional interpretación —.

Mediante esos elementos de verdad, vemos levantarse de sus sarcófagos las muertas civilizaciones, para responder ante la humanidad, como ante los cuarenta y dos jueces de la mitología egipcia, de todas sus conquistas, y de sus vicios y de sus perversiones.

Como entre los rojos crepúsculos del desierto, y en el límite mismo de las arenas, yergue su gigantezco busto de piedra la misteriosa esfinge; y como con el bautismo de sangre de esa atmósfera que le circunda, parece que palpita con una vida poderosa y vibrante,

pero inmóvil, por fuerza inexplicable de su destino. Así, símbolo vivo de las edades muertas, poderoso en su augusta imponencia, en la primera página de la historia de Egipto, se yergue el gran Sesostris; el fondo: rojo y oro, sangre y triunfos, conquistas y progresos.

La luz brilla en el oro de las cornizas y tiembla entre las joyas; la música es estallante risa entre las bóvedas de fastuosos salones, es amor y es deseo; canta la vida; o es épica trompeta de los combates: los corazones cantan himnos de triunfo; o es profunda armonía, cantos litúrgicos y ásperos extertores de muerte: el templo, el ara, el sacrificio; Netzahualcoyotl y Moctezuma.

Un nimbo de sol en torno y una floración de blancura. Bajo el azul del cielo germinan las semillas, y el sembrador, levantadas sus manos en alto, bendice la abundancia de su pueblo y de cien pueblos más, sujetos por amor a su ley. Milagrosa visión de Manco-Cápac.

II

EGIPTO. (1)

Nuestro concepto de la particular forma de combinación étnica que llegó a producir la raza americana, nos recuerda, cuanto con los grupos camíticos pasó en el

(1) La influencia camítica que en mi concepto, contribuyó a integrar la complejidad de vida que al fundirse, al combinarse perfectamente, fué la causa de formación de la raza americana con sus singulares aptitudes; la señalo con el nombre de influencia egipcia, por varias razones: Parece que el escenario donde ejerció la Naturaleza su trabajo de formación de esa sub-raza, fué principalmente el valle del Nilo; además, la influencia camítica más importante aquí, en el Nuevo Mundo, no fué la de sangre sino la de civilización; y es manifiesto, como su cultura tal cual élla era, recibieron los grupos descendientes de Cam, en gran parte, de los hijos del Nilo; el primer pueblo de éllos en constituirse, y el primero en adquirir una adelantada cultura.

Egipto. Vamos a ver como se constituyó en este país, como nació aquí, esa particular sub especie.

Un número no fácilmente calculable de siglos, vivió en la Edad Antigua el pueblo faraónico; nadie podría con exactitud señalar la antigüedad de sus comienzos. Los modernos investigadores se han creído capacitados después de prolijo y difícil estudio para determinar el año diez mil, apenas, para el punto de partida de la primera civilización (1) ¿y la vida de las tribus diseminadas por las amplitudes del país que es hoy un abrazado desierto; cuántos años antes tomaron su definitivo asiento ahí? — El cálculo de los diez mil años no es excesivo si se considera: 1°. que son trescientos treinta los Monarcas, cuya lista cronológica oyó Herodoto de boca de los sacerdotes; 2°. que este número no fué el completo de los reinados dinásticos, pues Diodoro recogió nombres que no había escuchado aquél, 3°. que antes de la 1ª. dinastía reinaron diez reyes en 300 años, 4°. que los cálculos relacionados con la profundidad de los depósitos nilóticos, antes quedan inferiores a la realidad que propasar de élla. (2)

Pero ¿de dónde procedían los egipcios y en dónde se presentó primero los orígenes de su civilización? Lo

---

(1) Debe tenerse muy en cuenta que, en la división de las varias civilizaciones correspondientes al pueblo egipcio, no siempre el término civilización es adecuado, en sentido científico, por lo rudimentario de esas culturas; por ejemplo, en esta que la llaman *primera civilización*.

(2) La elevación de los depósitos del Nilo se ha supuesto sólo como no inferior a cinco pulgadas por siglo, para llegar a la afirmación del texto. Otra forma de cálculo ha consistido en lo siguiente: antes de la tercera civilización «las edades primitivas ciertamente estaban comprendidas entre el nacimiento y la decadencia de otras tantas civilizaciones que en la escala de las cosas, en la Historia escrita, ocuparían aproximadamente un periodo de dos mil quinientos años» y el fundamento de esta apreciación: «El grandísimo número de sepulturas — de cada época encontradas — parece indicar un período que antes rebasaría que reduciría el de dos mil quinientos años, si se le compara con los tiempos históricos». Véase la traducción de la obra escrita en inglés, bajo el título de «Historia de las Naciones», que editó la casa Seguí t. I cap. I Egipto.

que parece indudable es que la población bajó del alto Egipto, al Egipto medio y a las regiones del Delta. En el desierto se han encontrado restos de una asombrosa antigüedad, seguramente del grupo primitivo, que no puede llamarse aún pueblo egipcio.

Y si la población, siguiendo el curso del Nilo bajó desde las proximidades de las cataratas hacia el delta ¿fué acaso una población negra la que hizo esa sucesiva irrupción por las márgenes del misterioso río? Esta afirmación muy sostenida en pasadas épocas, hoy ha sido completamente desechada por la crítica histórica; ni podía suponerse que a la raza negra se la debiera una cultura, origen de la de los pueblos de Europa en una importante parte de élla (1). — Seguiremos nosotros lo que parece desprenderse de los mas recientes estudios de egiptología, para apoyar nuestras creencias.

Quien haya leído el hermoso trabajo del profesor Flindrs Petrie, sobre las civilizaciones del valle del Nilo — trabajo que lo publica la «Historia de las Naciones» en su primer tomo — habrá debido de reflexionar sobre varios conceptos, los cuales, aunque de una manera imprecisa, allí se diseñan; son consecuencias que con facilidad pueden deducirse de las explicaciones del autor:

Primero. — El elemento básico del pueblo que iba a habitar las márgenes del Nilo era un elemento negro, semejante al de los bosquimanos de hoy — en varios lugares del desierto se han encontrado restos humanos, que afirman este convencimiento —. Mas, ese primer grupo de tribus, va de manera lenta mejorando en sus caracteres anatómico-individuales y en sus condiciones de cultura social: ya por la influencia del clima, de la abundancia y de la selección; ya quizá también, por la mezcla con otros elementos de la misma raza africana, por ejemplo el grupo que constituyó el Estado

(1) Desde cuando Volney, fundándose principalmente en el rostro que representaba la esfinge señaló un origen negro para los habitantes del Nilo, el asunto fué materia de amplia discusión.

etiope — éste debió constituírse en muy lejanas épocas y representaba el tipo del hombre alto y vigoroso —. Así es la población factora, de la llamada primera civilización del Egipto; grupo étnico formado, población africana propiamente tal — es decir, de piel negra y de cortas aptitudes espirituales —; civilización de ese grupo, igual a la de los maoríes de nuestros tiempos (habitantes de lo que fué la antigua Libia, hoy interior de Argel y Túnez).

Segundo. — Epoca de transición: así la llamo a la correspondiente a la segunda civilización del país; en la que el elemento blanco, sub-especie semítico, penetrando en este territorio y fundiéndose con el elemento negro anterior, formó un grupo de población mixta. — «De ahora en adelante — dice la obra que consulto — (1) el desenvolvimiento de la segunda civilización, obedecerá a las influencias de la inmigración de los pueblos del Este, probablemente los de caracteres proto-semíticos» Y en seguida agrega: «Si queremos establecer un paralelo entre esta cultura y la de algún pueblo de nuestros días, deberemos quizá fijar nuestra atención en los Estados malayos».

Epoca de transición la he llamado, momento en que principian a entrecruzarse los diversos componentes de vida, debo aclarar, en absoluta consonancia con las opiniones, o el estudio mas bien, antes transcrito. — Como viven actualmente los estados malayos, un grupo de población mixta — pueblo en formación —, constituía la trama de la vida egipcia de entonces.

Tercero. — Ya en tiempos en que alborea la Historia, aquella denominada raza dinástica, se apodera del país como conquistadora y ahí funda en forma permanente su Imperio; y es esta raza que: al mezclarse con los hijos del suelo, por mejor dotada en sus cualidades hacia la cultura, los impone su forma de vida.

---

(1) Historia de las Naciones, t. y parte citados.

¿De dónde procedía la raza dinástica, de estatura menor que la de los vencidos? Absoluto es el silencio de la Historia en este punto, pero fundadas conjeturas nos hacen creer que acaso venían de Elam o del país de Sennar. Todo parece conducirnos a reconocer que las clases superiores del Nilo tenían un íntimo parentezco con los pueblos arios. (1)

Cuarto. — Hubo una constante invasión semítica: ya de guerreros y triunfadores como los hiksos, que sembraron la desolación entre los vencidos; ya de familias que llegaron a ser siervas de los dueños del suelo; los descendientes de Jacob eran obligados a trabajar sin descanso para sus Señores.

He ahí un choque de varios elementos étnicos:

Primer momento: choque y unión, suma. Las facultades típicas de los dos progenitores se yuxtaponen, se mezclan únicamente, y dan un resultado en el cual, los caracteres humanos no pudiendo tomar bastante relieve ni precisarse de manera suficiente, en razón del choque mismo de aptitudes a veces opuestas; o por lo menos, a causa del doble relieve que significa la suma de aptitudes paternas y maternas; los individuos son tipos anormales de débil contextura fisiológica y de imprecisos y fluctuantes diseños de conciencia.

— Sabido es como cada especie entre los hombres, se halla señalada por aptitudes sobresalientes y por invencibles incapacidades —.

---

(1) «Jones y Langlés han advertido muchas semejanzas entre las voces radicales egipcias y las sanscritas; y Blumenbach, comparando los cráneos, ha encontrado en parte de éllos señales de un origen etiope, y en parte. signos característicos de la raza indiana» Cantú ob. cit. t. I pág. 245; y la Historia de las Naciones: «la gran semejanza entre algunos de los sellos de la primitiva dinastía y los de Elam, indica que estos pueblos pudieron venir desde el golfo Pérsico, dando la vuelta a la península arábiga. Por lo tanto, es verosímil que las civilizaciones egipcia y mesopotámica sean dos ramas de la cultura aún mas antigua de Elam, como se muestra en las profundidades del gran baluarte de Susa» esto lo dice al hablar de la civilización dinástica. — ¿Será que toda avanzada cultura en la humanidad, tiene su origen en los pueblos arios?

Pero ninguna de las dos razas de la primera unión mencionada, estaba ya definitivamente constituída — recordemos la expresión, *protosemítica* de Flindrs Petrie —; por eso al cruzamiento siguió la fusión, la combinación química, casi en seguida; trabajo en el cual, el clima influyendo con la energía de su fuerza primitiva, permitió y auxilió el resultado.

Una especie completamente aparte habríase formado de la nacionalidad egipcia, sin la continua inmigración de grupos en gran parte similares; del Este seguirán siempre invadiendo tribus semíticas nómadas, que perturbarán de modo constante el libre desarrollo de la historia del pueblo invadido. Y sólo por ser la sangre transfusionada similar con la receptora, no se habrán formado siempre ahí, poblaciones mixtas.

III

Por lo dicho, tuvo razón el escritor bíblico al clasificar al grupo nacional del pueblo faraónico, como perteneciente a una especie distinta de la de sus hermanos; entre aquellas que eran por él conocidas. (1)

(1) En su «Manual de Historia antigua de Oriente» lib. III dice, M. F. Lenormant: «La población del Egipto formaba una de las ramas de la raza de Cam. Había venido del Asia a establecerse en el valle del Nilo por el camino del desierto de Siria». Queda ya indicado que la rama camítica de la raza blanca, *no vino* a las comarcas en donde la Historia la encuentra por primera vez, sinó que allí se formó, tuvo su nacimiento. Y en verdad, esto no es contrario a los pasajes en los cuales la Biblia recuerda el origen del pueblo faraónico; así dice el Salmo CV en su versículo 21: «Dios hizo grandes cosas en Egipto, maravillas en la tierra de Cam» Ahí no se explica el origen y si sólo el hecho. La posibilidad de un desarrollo paralelo y en las mismas comarcas en que los encontramos, para los fenicios, no me parece pueda negarse; las condiciones de posición que hacia que las inmigraciones del Este pasaran por las costas fenicias, la inmediación del suelo de uno y otro pueblo etc. etc. La precedencia eso sí en la conquista de una cultura, precisa señalemos para el pueblo faraónico, y que de ahí lo tomaron las otras nacionalidades puestas en contacto con él, singularmente si los grupos étnicos tenían un inmediato parentesco, como sucedió con los fenicios.

Hoy que conocemos grupos más amplios y de caracteres absolutamente desemejantes entre si, como la raza blanca y la que habita el centro y Sur del Africa o los pobladores de las islas de la Oceanía; podremos llamar al grupo camítico, sub-especie de la raza blanca — de color moreno —, y aún ahora, nadie se atrevería a calificar sus especiales cualidades, sólo como correspondientes a una diferencia nacional respecto de los demás Estados antiguos, de los Imperios orientales de raza blanca. Tenía razón repito, pues dentro de la especie única conocida por Moisés, es claro que este pueblo se presentaba con caracteres en lo absoluto distintos de los que podían encontrarse en los demás, aún bajo el punto de vista de sus rasgos fisonómicos. Pero en lo que absolutamente carece de verdad es en la división que él hizo, de todos los hombres en tres grupos únicos: los hijos de Sem, los de Cam y los de Jafet; y en las causas sobrenaturales de las cuales afirmaba que procedían las diferencias de capacidades entre los pueblos. Hay todavía una injusticia mayor y una contradicción más evidente con la verdad, en la manera como distribuye las aptitudes y capacidades, la importancia y los privilegios, que son inherentes a una de las especies y de que carecen las otras.

Gracias a la imposición de creencias que procedía de su legislador; los descendientes de Cam de color moreno, eran para el pueblo hebreo, los representantes de una raza maldita, formaban el grupo esclavo, por voluntad divina, de los otros grupos de poblaciones. — Claro, el Jefe sacerdotal del pueblo elegido, se vengaba de los opresores de sus hermanos, procuraba romper todo lazo de afecto en el alma de los israelitas, respecto del país en donde tantos siglos vivieron aunque sea como esclavos (1); por eso, la fábula del segundo

(1) Que los hombres aman la tierra que han habitado por mucho tiempo, por dura que haya sido su condición en élla, nos dice el relato de las continuas reclamaciones de los hebreos, durante el

hijo de Noé sufriendo todo el rigor de la maldición paterna, todas las consecuencias de las iras del patriarca; mientras Jafet, el amado del Altísimo, no podía participar de los efectos de esa venganza, aunque si participó del desacato que la ocasionaba (1). Y en todo caso éllos, los hijos de Sem, eran los primogénitos; eran, como se dicen los mandanaes, el centro del Mundo, el pueblo elegido por Jehová, el corazón de todas las naciones. A ellos les correspondía enseñar el camino de la salvación a los pueblos Jaféticos; eran los herederos de todos los dones divinos que en su bondad

---

éxodo hacia la tierra prometida, para volver a las comarcas del Nilo; y nos lo dice también el profundo amor con que conservaban muchas de las prácticas de los egipcios, a pesar de los duros castigos con los cuales se trataba de exterminar esos recuerdos.

(1) Lenormant en la obra ya citada, llega a la afirmación misma de la calidad servil, por su origen, de los pueblos camíticos, y su inferioridad como factor de civilización entre los hombres; pero un historiador tan eminente como él, por más que tratase de cerrar los ojos, era imposible que desconociese la amplia y adelantada civilización que la historia descubre en los pueblos que a esa raza pertenecieron; en épocas en que el grupo patriarcal de los hebreos por ejemplo, ni siquiera soñaba en constituirse políticamente, el Imperio egipcio era poderoso y magnífico. Mas veamos como salva la dificultad el autor: «Sucedió, dice, que entre ellos — los hijos de Cam — la civilización material hizo pronto muy rápidos progresos. Pero Noé había maldecido a su hijo Cam.... Y esta maldición se ha cumplido plenamente .... Los descendientes del hijo maldito no mantuvieron su poderío mas que en el Africa, y particularmente en el Egipto, en donde se alzó la más floreciente de sus colonias. Y aún también allí, en la sucesión de los siglos, concluyeron por alcanzarles los efectos de la maldición paterna.... Después de haber sido conquistados por los griegos y los romanos, descendientes de Jafet, la Fenicia y el Egipto, y el Norte de Africa, obedecen después de siglos a los árabes» (Lib. I cap. IV Aquí se manifiesta clara la intención del autor: quiere venciendo todas las oposiciones de la realidad, interpretar los hechos hacia el triunfo de las enseñanzas bíblicas; contrariando así, la menor justicia a que debe atenerse la crítica histórica. De preguntar habría sido a Lenormant: ¿no pasó lo mismo con los hebreos? pero todavía, ¿no pasó mucho más? Hay en el pueblo judío dos o tres reinados de prosperidad, y luego, cae en un profundo abatimiento ese Estado, del cual no logra levantarse jamás. El pueblo elegido, después de haber sido ultrajado por todos los grandes Estados de la antigüedad, es conquistado por los romanos y arrojado de su patria para el desprecio de todos cuantos le ven pasar por su camino.

suprema su Dios único, quien rije los destinos de los seres, había derramado en el alma de Noé: el santo patriarca, nuevo padre de una humanidad ya regenerada, por el bautismo de un diluvio universal que había extinguido el mal en la Tierra. — Por eso, como primogénitos eran amos por derecho divino del grupo que en Misraim — hijo de Cam — tiene su origen.

He ahí al pueblo triunfador — Egipto — anatematizado por el vencido — el hebreo —; el pueblo que trabaja para sus señores las pirámides, el que alza la ciudad de Sesostris, bajo el ferrado látigo de los escribas egipcios; esa ciudad espléndida, digna de llamársela, como lo hace la Biblia, *urbes thesaurorum*. Estos esclavos de los Faraones llamaron sus siervos, por voluntad de su Dios supremo, a los hijos del Nilo. (1)

No adelantamos más en estas consideraciones pues, sería desviarnos en parte siquiera, del objeto que perseguimos.

---

(1) El estado de dolorosa esclavitud que los descendientes de Jacob sufrían en la tierra patrimonio de los hijos de Misraim, mientras la habitaron; nos recuerda el apologista católico, defensor de la autenticidad de la Biblia Abate Lorenzo de Saint-Aignan en el segundo de sus artículos sobre «Egiptología», titulado así: «El Egipto y los hebreos según los descubrimientos modernos»; allí comprueba la justicia de las recriminaciones de Moisés contra el pueblo faraónico. El legislador hebreo lamentaba: «Los egipcios tiranizan a los hijos de Israel empleándolos en trabajos muy pesados....»; y Saint-Aignan por lo estudios modernos de los jeroglíficos, afirma que la urbes thesaurorum fué construída con el sudor y la sangre de los *Aperiou* — nombre que parece, daban los egipcios a los israelitas —.

LA RAZA DE CAM LLEVA LA CIVILIZACIÓN A LOS PUEBLOS DE AMÉRICA; ÉLLA CONSTITUYE LA CULTURA DE MÈJICO, DEL YUCATÁN, DEL TAHUANTINSUYO ETC.

CAPITULO II

EXCURSIONES NAVALES DE LOS EGIPCIOS.

Los datos recogidos por los minuciosos estudios de los monumentos, de las inscripciones y de los jeroglíficos del papiro; nos explican que los primitivos pobladores del Egipto debieron ser, gente pescadora; y nos dicen también como ese carácter triunfó en el Imperio sobre las prescripciones sacerdotales que declaraban impuro al mar y que por lo mismo ningún hombre podía ponerse en contacto con sus aguas. Construcciones de naves y excursiones guerreros o económicas por mar, contrarían aquellos prejuicios y triunfan de éllos; por eso, aún en este punto aparecen las semejanzas de este Imperio con el poderoso Estado naval de los antiguos tiempos, la Fenicia. Ciertos parecen además, los lejanísimos viajes egipcios al rededor del Africa. — Posible es por otra parte, que la civilización camítica haya inmigrado a América principalmente, en virtud de la expansión comercial de los fenicios y de sus aventurados viajes por el Océano. — Facilidades que la conformación de la Tierra en esas lejanas edades, daba a los pobladores del Antiguo Mundo, para un desembarco en las tierras del Mundo Nuevo.

I

Si nos atuviéramos sólo a los relatos de algunos autores antiguos, respecto de ciertas prescripciones o falsos conceptos de la religión del país del Nilo, nos hallaríamos tal vez en el caso de creer en la absoluta imposibilidad de cualquier suceso de colonización de los egipcios en comarcas situadas más allá de los mares; Plutarco nos dice: «El mar no es un elemento según los sacerdotes, no forma parte del Universo; es un excremento extraño, una cosa corrompida, origen de enfermedades. El mar es el producto del fuego que seca todas las cosas e impide la producción, es el reino de Tifón»; (1) es decir, son los dominios del enemigo de Osiris, el reino del dios del mal. Pero esos conceptos mitológicos procediendo de seguro de un origen ario, no pudieron por lo mismo aparecer sino con la invasión de la «raza dinástica»; (2) mas semejante repugnancia debió ser contrariada de un modo eficaz, por las costumbres de largo tiempo practicadas por los antiguos habitantes de esas comarcas.

En efecto; muchas de las inscripciones jeroglíficas y referentes a los más distantes tiempos de la vida de ese pueblo, describen construcciones navales importantes, y relatan de un modo inequívoco combates marinos y excursiones pacíficas por mar. — A veces en sus propios navíos, o fletando en otros u obligando al menos, a los navíos extraños de aliados y súbditos — los de los fenicios por ejemplo —, recorría los mares el pueblo faraónico; ya en busca de mercados y productos extraños, ya en busca de lejanas conquistas.

---

(1) «De Isis y Osiris».

(2) Entre los persas y los indios se descubre el mismo sentimiento de repugnancia y la misma prescripción de apartamiento, respecto de las aguas del mar.

Al referir F. Laurent la prescripción de apartamiento del mar que su religión imponía a los egipcios, agrega con verdad: a pesar de ese horror de mancha y de culpa, en sus monumentos guardaban relatos inequívocos de excursiones navales (1). Y hallamos en el mismo autor esta observación: «los persas manifestaban hacia el mar y la navegación la misma antipatía que el sacerdote egipcio; pero esto no les impidió tener flotas poderosas y dar combates navales» (2); lo mismo en lo absoluto, puede decirse del Imperio faraónico.

Desde las primeras épocas de la historia del pueblo, éste, se construyeron aquí embarcaciones más o menos primitivas, pero capaces de permitirles descubrir los misterios por las vastas soledades del mar ocultos a sus ojos. Y para el prehistórico tiempo de la segunda civilización ya es posible afirmar: «El principal adelanto de este período, fue la generalización del uso de galeras o naves» (3); naves que parecen alcanzar las dimensiones de cien pies de eslora — según se desprende de las medidas comparativas hechas en los jeroglíficos pertenecientes a los hombres de aquella civilización — y aparejadas con cincuenta o sesenta remeros por lado. Como se ve por el carácter y dimensión de las embarcaciones, manifiestan ellas un progreso muy importante en el sentido de ese trabajo. Y esas fabricaciones se sucedieron constantemente en tiempos posteriores; así lo demuestra el dibujo de un papiro perteneciente al reinado de Sesostris, el cual representa una gran nave con velas desplegadas y grumetes sobre las cuerdas. (4)

Por tales descubrimientos llegaron a imaginar ciertos autores, lo fabuloso del odio de los egipcios al mar; y

---

(1) F. Laurent «Historia de la Humanidad» t. I, parte dedicada al estudio del Egipto.

(2) Autor, obra y lugar citados.

(3) Véase el estudio de Flindrs Petrie, «de la segunda civilización» (en la obra titulada Historia de las Naciones t. I).

(4) El papiro mencionado se encuentra en el museo de la ciudad de Turín.

esto apoyado todavía en el mito, que llegó a colocar ahí el misterioso y encantado imperio de Isis; pero quienes esto creen se engañan en parte, como se engañaron también quienes sostuvieron en lo absoluto la opinión contraria. Yo creo poder afirmar lo siguiente: en las primeras épocas de población de las tierras donde se asentaría el pueblo egipcio, condición necesaria para la subsistencia fué el aprovechamiento del mar, de pescadores debieron constituírse las primeras tribus; que con la inmigración de la «raza dinástica» únicamente, y por virtud de las preocupaciones traídas de la patria de origen, apareció la prohibición religiosa. Creo así mismo, que esta nueva población debió hallar un obstáculo permanente y fuerte respecto del cual no le fue posible triunfar, en el hábito adquirido por los pueblos de la conquista y cuyos elementos sirvieron para la definitiva constitución del grupo. Y hubo además de servir de grande aliciente para los Faraones las ventajas económicas y el atesoramiento de riquezas y de objetos de lujo, sólo posible de conseguirse en las materias exóticas, mediante el comercio marítimo. Esas circunstancias triunfando del precepto, hicieron que los egipcios se arriesgaran a surcar con rumbos lejanos los mares circundantes.

De un notable acto de navegación tenemos noticias muy antiguas, y es el ordenado por la reina Hatsepsut hija de Totems I — reina que ocupó el trono desde 1503 hasta 1481 antes de Cristo —. Esta expedición mercante se dirigió a las tierras de Punt, lugar situado en el extremo sur del Mar Rojo, y de donde se dice, por parte de algunos historiadores, debieron proceder las inmigraciones semíticas para el Egipto; pero conforme a las órdenes recibidas, los ricos productos de ese tráfico se desembarcaron en Tebas. El cómo de ese viaje completamente difícil de señalar es; mas en ningún caso podríamos suponer, como lo ha hecho Flindrs Petrie, la existencia en esas apartadas épocas de un canal de comunicación entre el Nilo y el Golfo

Arábigo. Muchos mayores motivos de ser tiene la afirmación siguiente:

En los tiempos faraónicos la única tentativa de comunicación de la cual venimos hablando, fue la fallida de Nekao; si así no fuera, las enormes dificultades halladas por ese rey en su empresa, las mismas que le hicieron desistir de ella muy a pesar suyo, (1) no se explicarían; el volverse a servir de un canal seco habría economizado las enormes pérdidas que supuso aquel trabajo y la grave contrariedad de un designio no cumplido, de donde procedió para el Soberano el meditar en una circunvalación del Africa. Si pudo en un principio aparecer el afán de un nuevo canal, habríase sustituído inmediatamente, en vista de las dificultades invencibles que representaban, con el deseo de ocupar la antigua comunicación, cuyo recuerdo no hubiera estado de seguro perdido para entonces.

Es mi parecer: que la flota mercante de la reina Hatsepsut, llevó a cabo uno de tantos viajes iguales al que como ordenado por Nekao, nos cuenta Herodoto en estos términos: «Cuando mandó suspender las obras del canal que debía conducir las aguas del Nilo al Golfo Arábigo, hizo embarcar a algunos navegantes fenicios, con la orden de penetrar a su regreso por el mar setentrional....» (2).

Esa es la primera noticia cierta que tenemos de un viaje al rededor del Africa; pero ¿será la primera tentativa y la única hecha por los Faraones con tal objeto? Nuestra anterior conjetura da una respuesta suficiente. Los egipcios conocieron desde muchísimos siglos atrás, y quizá desde sus primeras civilizaciones, la necesidad

---

(1) Todos conocen por la Historia el número crecido de hombres sacrificados en la obra del canal, emprendido por Nekao.

(2) Véase en Herodoto el relato de ese viaje, y allí se encontrará también este gracioso detalle: cuentan los expedicionarios «que a su regreso, al dar la vuelta a la Libia, habían tenido el sol a su derecha, lo cual no me parece creíble — agrega — pero puede parecerlo a otros».

de comunicarse con los países del sur; habían llegado a conocer y codiciar sus riquezas; y así se explican las frecuentes órdenes de navegación hacia esas comarcas dirigidas. Frecuentes en verdad y desde hacia muchísimo tiempo; pues miles de años antes de que Hatsepsut preparase sus galeras para tan lejana expedición, un rey de la IX dinastía, mandó ya una flota a esas ricas comarcas, el Monarca llamábase Sankara, y fue su reinado el comprendido entre los años 3587 y 3579 antes de Cristo. Pero insisto, la real existencia del canal de comunicación del cual nos habla Petrie no fue nunca un hecho durante toda la historia faraónica.

Hay por otra parte una coincidencia notable y digna de seria reflexión, y se refiere a los siguientes datos tomados de los libros hebreos: «El Rey (Salomón) tenía en el mar una flota de Tarsis, junto con la del Rey de Hiram, y cada tres años venía la flota a Tarsis, a traer oro, plata, colmillos de elefantes, monos y pavos reales», relata la Biblia; que al tercer año después de la salida se concluyó la circunvalación del Africa, afirma Herodoto. Y ¿dónde se hallaba situada esta Tarsis proveedora de materiales preciosos para Salomón?: los datos disponibles son de muy varia interpretación; mas es sabido que fundada Gadir en el extremo sur de la Iberia y en una comarca nombrada por el idioma del país Tartesia — origen de seguro del nombre de Tarsis, por su riqueza y posición fue tan estimada de los fenicios, que por traslación se llegó a llamar a todas las colonias occidentales de ese pueblo, con tal nombre genérico.

Y junto a todo lo anterior, un evidente razonamiento. ¿Cómo se le ocurrió a Nekao un viaje al rededor del Africa si era completamente desconocida para los egipcios la existencia de los mares del Sur y no se sabía si pudiera hallarse un camino para satisfacer la empresa ordenada?, y el mandato habría sido tanto más raro cuanto más singulares eran las ideas de los antiguos sobre la forma de la Tierra. De seguro, el anhelo de

las riquezas del Sur y de las costas del Africa occidental, en las varias especies ofrecidas al comercio, supondría el sacrificio de tres años de viaje por la inmensidad de esos mares muy poco frecuentados, y venciendo el obstáculo de las tempestades del cabo de Buena Esperanza y del Atlántico; por eso se presentó en el ánimo de Nekao la imponente idea de que fuera ya entonces una realidad, lo que es hoy, después de grandes sacrificios y merced al enorme adelanto de la técnica moderna, el canal de Suez (1). Pero fallido el empeño del gran Monarca, ordenó a sus naves emprender como siempre la antigua y larga travesía.

Que ordenó a los fenicios el Faraón la expedición referida, son los precisos términos con los cuales el historiador griego nos da cuenta de ese hecho notable a todas luces; pero debemos explicar: los fenicios fueron los pilotos buscados por todos los pueblos antiguos que emprender querían lejanas excursiones marinas; sus constantes viajes a través del Mediterráneo, triunfando de las enfurecidas ondas del Eritreo y en no raros desafíos con las inmensidades mismas del Océano; su intrepidez y conocimiento — para prevenirlos — de los peligros del mar; el feliz resultado de sus empresas comerciales; todo contribuía a hacer de los sabeos obligados compañeros de los navegantes de todas partes, cuando se aventuraban éstos a emprender lejanas correrías.

El fastuoso Salomón de los relatos bíblicos, equipaba sus naves en busca del marfil, del oro codiciado, del sándalo y de las piedras preciosas; pero sus súbditos no tenían la audacia de internarse sin guías en las profundidades de mares desconocidos; y así refiere la Biblia que: «El Rey Salomón equipó una flota en Hetzión-Gueber, que se encuentra en el país de Edom, cerca de Ailath, en los orillas del Mar Rojo; e Hiram

(1) Se dice que la idea de comunicar el Nilo con el Golfo Arábigo, fué concebida ya por el poderoso rey Sesostris, ignorándose eso sí la importancia de los trabajos practicados por Sesostris con tal fin.

envió a sus servidores, hábiles marinos, para que acompañasen a los hombres de Salomón. Y fueron a Ofir, de donde tomaron cuatrocientos veinte talentos de oro, que llevaron al Rey Salomón».

Y respecto a combates navales en el país de Manes, tenemos entre otros muchos el relato de la batalla del Pelucio, en los últimos años del reinado de Ramsés III (1.202 a 1.171 antes de Cristo), llevado a cabo contra las fuerzas coaligadas del sud-este de Europa y las regiones occidentales del Asia Menor. (1) De Sesostris se relata también, que entre sus gigantes preparativos de guerra para conquistar el Mundo, reunió una flota de innumerables velas. (2)

De todo cuanto antecede resulta: 1°. el Egipto tuvo una marina de importancia desde tiempos sumamente antiguos; 2°. sus viajes de circunvalación al rededor del Africa fueron ya un hecho, con muchos siglos de anterioridad al mandato del rey Nekao; y, 3°. esos viajes continuos afrontando las tempestades del cabo de Buena Esperanza y del Atlántico, debieron dar por resultado, con evidencia, gran número de pérdidas a la marina egipcia y algunas colonizaciones en las playas donde se estrellaban las tempestades del Océano.

Así pues, la posibilidad de lejanas colonizaciones, ya obligadas, en virtud de un naufragio; ya voluntarias, ante la contemplación de las promesas de nuevas y fértiles comarcas; se desprenden de los lejanos y arriesgados viajes emprendidos por el poderoso Estado constructor de las pirámides.

---

(1) «Historia de las Naciones» t. I estudio del Egipto.
(2) César Cantú «Historia Universal» t. I.

II

Mas debemos tener muy en cuenta las siguientes consideraciones: las civilizaciones de la región del Nilo pudieron emigrar a América, ya por directa influencia de los pobladores de aquel país — por propia colonización —; ya gracias a un intermediario que las recogiera y las transportara luego a donde vaya, esas culturas. Y parece en verdad este último, el punto de vista de mayor importancia para fundamentar sobre bases ciertas, la afirmación del influjo camítico, de su colonización espiritual en estas comarcas de occidente, según vamos a ver en seguida.

El carácter del pueblo faraónico — pueblo de régimen sacerdotal estrecho y singularista, el cual encontrando manchado todo lo extranjero, no sentía en si la misión de apóstol de una creencia, ni el sentimiento profundamente humano, del anhelo de enseñar y ofrecer la verdad tal como la concibieron sus altas clases sacerdotales, o siquiera la forma rudamente simbólica ofrecida por la religión como culto, al común del pueblo; sino que conservando para sí la verdad a éllos revelada, sentían para cuantos no participaban de sus creencias, repugnancia y no piedad —; el carácter de ese pueblo, digo, no fué lo bastante adecuado para trabajar en lejanas colonizaciones, a no ser por causas accidentales a las cuales no pudiera resistir. Mas, como de manera providencial, hallábase unido a un grupo apto por sus singulares caracteres, para difundir la cultura alcanzada por la sub-raza camítica, para difundirla por las más lejanas comarcas de la Tierra.

El pueblo fenicio: en intimidad de cultura, en relación íntima con los hijos del Nilo, recibe en si la aptitud, y más todavía que la aptitud, la comunidad de costum-

bres, prácticas y la misma forma de vivir de las instituciones egipcias (1) — posibilidades de adquisición éstas, en razón de la igualdad de origen aún dentro de la sub-raza denominada de los hijos de Cam —; y tenían además la posibilidad de trasmitirlas a donde quiera, gracias a sus relaciones mercantiles con los más apartados grupos humanos.

Sabemos perfectamente como los cananeos, — para usar de la denominación bíblica — eran recibidos con grande aprecio y alojados con estimación por parte de los Faraones; un barrio importante de Menfis se reservaba para habitación de los fanicios, nos dice Herodoto (2); ellos alimentaban el lujo del pueblo del Nilo y transportaban el excedente de sus productos a los demás países (3); ellos participaban con entusiasmo de las costumbres egipcias y llegaron a penetrar en los más íntimos secretos de sus palacios y templos, pues la teología sacerdotal tan egoísta y oculta para todos, les reveló sus misterios; por eso el historiador nacional Sanconiatón, quien recogió y publicó *los fastos de Fenicia,* pudo escribir un tratado de la filosofía de Hermes y otro sobre la teología del Egipto; (4) la religión de esos comerciantes antiguos era en muchos puntos una verdadera reminiscencia del culto cuyas formas fundamentales se encontraban en el Estado faraónico; «Isis que va a buscar en Biblos su perdido consorte — hallamos en Cantú — nos indica que del Egipto procedió el culto fenicio, y en las solemnidades anuales de Adonis, se llevaba por mar una cabeza mística,

(1) «La civilización fenicia tuvo, a juzgar por los pocos monumentos que de ella nos quedan, un carácter esencialmente egipcio; el mismo alfabeto fenicio, prototipo de nuestras escrituras europeas, parece haber nacido de la escritura corriente del Egipto».

(2) Herodoto lib. II pág. 112.

(3) F. Laurent «Historia de la Humanidad» t. I, «Los Estados comerciales» lib. I.

(4) César Cantú t. I, pág. 287.

desde las riberas del Nilo hasta dicha ciudad» (1); y la ciencia egipcia como hemos dicho, entregó sus secretos y sus conquistas por una extraña concección, a los exploradores de lejanas tierras, quienes la diseminarían por el Mundo.

Las relaciones entre esos dos grupos de población se han considerado muy antiguas y de doble índole: ya de conquistas y luchas, ya relaciones pacíficas de comercio; de lo primero tenemos noticias encontradas entre los jeroglíficos de algunos monumentos de ciertos reyes, quienes mandaron grabar el recuerdo del triunfo de sus armas sobre los ejércitos de los dueños de Sidón y de Tiro; y hay por otro lado, la opinión, cuyas afirmaciones no me parcen del todo infundadas, de que los Hicksos de la historia Egipcia, (2) tal vez fué una rama primitiva de los hombres que darían orígen al grupo fenicio. De lo segundo, ya señalamos algunos datos encontrados, y no me parece necesario entrar a más ámplios relatos.

Ese pueblo — el Fenicio — era un grupo de hombres emprendedores, su aptitud nacional fué la de comerciante, lo cual le dió el impulso necesario para proceder a lejanas colonizaciones; pero si eran hombres comerciantes por excelencia, no dejaban por eso de guardar como los egipcios un profundo respeto a sus instituciones religiosas; al lado de la colonia para la explotación, estuvo la misión para la propaganda del culto y para la difusión de los conocimientos alcanzados. La tradición atribuía al mismo dios Hércules, el mandato dirigido a los tirios de fundar Cadiz, para extender su religión por el mundo occidental (3); Irlanda fué a un tiempo una factoría comercial y la isla *sagrada* de esos navegantes, fué la colonia religiosa que el Asia colocó en

(1) Cantú ob. y t. cts.
(2 ib.
(3) Laurent, ob. t. I. cit.

el lugar más apartado de Europa; según lo atestigua el sin número de monumentos religiosos de influencia asiática allí descubiertos.

Nada tan admirable para esos tiempos, como la intrepidez de los navegantes sidonios y tirios; éllos reciben los preciosos dones de la naturaleza de manos de los salvajes pueblos, para alimentar el lujo y la esplendidez de los soberbios Imperios orientales; y son éllos también quienes ofrecen a los pueblos retrasados que visitan, no sólo las fantasías de objetos sin valor, sino el producto de civilizaciones desconocidas para éstos.

Casi tan antiguos como los orígenes de las ciudades fenicias son sus colonizaciones: extendiéndose primero por las costas de la tierra firme del Asia Meridional, pronto se pondrán en contacto con el Egipto y acabarán por conocer las azules y abrigadas aguas del Mediterráneo. — De las ciudades fenicias de Sidón y Tiro son los más antiguos recuerdos que nos trae la Historia, ya el santo patriarca Jacob nos habla de la primera de las dos ciudades, lo cual nos conduce próximamente al año 1.900 antes de Cristo. Una estrecha faja de terreno entre los montes del Líbano recubiertos de cedros y el mar, ocupaban los fenicios; desde allí lanza Sidón sus miradas codiciosas sobre las islas más próximas, y quince siglos por lo menos antes de la era cristiana conquista la preciosa Chipre: la isla de las risueñas leyendas, la blanca patria de Venus, nacida como la diosa, de las espumas del mar, cuyas perlas se han cuajado en la perpetua escarcha de las cimas del Olimpo (o Trodos); el país de los fragantes lagares en donde la sangre de la uva brota en manantiales del vino purísimo cantado por Anacreonte. Y desde ahí, como avanzadas comerciales, siguieron fundando estos hombres nuevas colonias hacia el occidente. Poco a poco, todo el Mediterráneo llegó a ser suyo, y un siglo antes de la guerra de Troya en el extremo más meridional de la lejana Iberia, van a alcanzar como la perla más bella ofrendada a los hombres por el mar

interior antes de hundirse en los inmensos senos del Océano, la ciudad de Gadir. (1)

Al hablar de las colonizaciones fenicias F. Laurent, divide esos establecimientos comerciales en dos tipos: las colonias sistemáticamente formadas con un fin político-social: mandar el excedente de población a comarcas donde los expatriados pudieran adquirir la fortuna de la que carecían en su patria natal, e impedir de ese modo los trastornos públicos procedentes de las exigencias del pueblo contra la aristocracia poderosa por los medios económicos disponibles; y las colonias llamadas por el autor citado *voluntarias*, fundadas por los vencidos en las luchas ciudadanas de clases y expatriados por su propio querer. Pero al lado de ésas, cuya designación hemos hecho, hubo colonizaciones no debidas a las previsiones políticas del Gobierno ni a la fuga del vencido, sino procedentes de circunstancias especiales o del poder de fuerzas extrañas; en Diodoro hallamos el relato de un descubrimiento extraordinario hecho por los fenicios; cuenta, como en una de las excursiones de ese pueblo, transponiendo los navegantes las Columnas de Hércules y al internarse en las inmensidades del Océano, se desencadenó una furiosa tempestad, y empujadas las embarcaciones por el poder de las inmensas olas y por la fuerza de los vientos, fueron arrojadas sobre las costas de una isla; maravillosa isla de fecundidad y de hermosura, donde no debían habitar hombres sino dioses, tanta era la magnificencia de la naturaleza y lo delicioso de los frutos de la tierra (2). — Después de ese relato, de cierto sabemos también, que no fué única esa tempestad sufrida en pleno Océano; tenemos noticias que en una de ellas fueron arrojados los bar-

(1) Si nos atuviéramos a los relatos de Herodoto, quien se refiere a lo que oyera decir a los sacerdotes de Hércules de la ciudad de Tiro, obligados estaríamos a aceptar como año de los comienzos de ésta, el año 2.750 antes de Cristo, con poca diferencia.

(2) Diodoro lib. V pgs. 19 y 20.

cos fenicios en medio de los bancos de algas que cubren el mar Atlántico entre los paralelos 20 y 40.

Así se constituyó el inmenso imperio colonial del pueblo de mercaderes, cuyas banderas «flotaban a la vez sobre las costas de la Gran Bretaña y en las playas de Ceylán», como dice Heeren (1). Pero precísanos fijar con insistencia la atención sobre este punto: las costas occidentales del Africa fueron los lugares preferidos para sus establecimientos, donde podía contarse por centenares las ciudades fundadas.

Todo nos descubre la posibilidad de colonizaciones por parte de los atrevidos y aventureros dueños de Sidón y de Tiro, en las apartadas comarcas del Continente americano, tan próximo ya a los lugares a donde sus flotas fueron arrojadas por las tempestades del mar. (2)

Y todavía, un grupo perteneciente a la nacionalidad fenicia, fué a constituír en el norte del Africa la poderosa población cartaginesa, donde se repiten las virtudes y los vicios todos de la patria de origen. La ciudad de Cartago, aquel estado rival, a veces afortunado, del poderío de los Césares, y la rival también del poderío comercial de Tiro.

Este nuevo grupo étnico, conforme al temperamento desarrollado en su grupo de origen, sentía la atracción de los países lejanos y de las fantásticas colonizaciones; por eso transportará a lejanas comarcas su civilización, su culto y los principios informadores de sus instituciones.

---

(1) Heeren, citado por Laurent.

(2) Para los detalles sobre las excursiones mercantiles y colonizadoras de los fenicios, así como de las tempestades que combatieron las naves de ese pueblo y sus consiguientes arribos a países desconocidos; puede consultarse entre otras muchas obras; a Diodoro entre los antiguos; la «Geografía Universal» de Montaner y Simón t. II, a Cantú etc.

Ahí están para demostrarnos: el viaje de Himilcón a las islas de la Gran Bretaña, y el más admirable aún, de Hannón por las costas del Africa Occidental. (1)

De ese modo es como en las antiguas edades fué la raza maldita la que llevó por todas partes, la que difundió por donde quiera la cultura adquirida con el esfuerzo de cien generaciones; mientras Israel cumplía dura servidumbre en Babilonia o en la patria de los Faraones.

III

Hemos hablado de lejanas excursiones camíticas en el Océano, para llegar a la consecuencia de una posible colonización americana efectuada por esos grupos de pueblos. Según lo dicho, las dificultades que oponía el mar a la difusión de la humanidad por los vastos Continentes del Globo, desaparecen ante la impulsión del carácter aventurero de los fenicios; pero debemos añadir además la observación siguiente:

Las dificultades casi fantásticas, que Colón por ejemplo, hubo de vencer para su descubrimiento de las Indias Occidentales, no fueron tantas, ni muchísimo menos, en las lejanas épocas a las cuales nos estamos refiriendo, y por los motivos que vamos a exponer.

Ante todo: una isla inmensa, casi un Continente, acercaba a los habitantes de Europa y del Africa — a los del Africa sobre todo — a las tierras fecundas y a las maravillosas comarcas que el sacerdote de Saix hiciera entrever a Solón más allá del Océano.

Aquellos que surcaron el Mare Magnum para llegar a

(1) Un extracto del viaje de Hannón tal como lo referían los griegos, hallamos en César Cantú t. I, aclaración A pág. 821; del viaje de Himilcón se han hecho relatos novelescos.

Albión, quienes habían dado la vuelta al Africa; ¿no habrían podido recorrer el camino hacia los jardines misteriosos de los naranjos de oro, dormidos al murmullo de un mar que abarcaba dos polos?

La probabilidad de que esos pueblos navegantes encontraran en sus lejanas excursiones la magnífica y rica Atlántida, ya buscándola, en razón de alguna noticia adquirida, ya por la casualidad de alguna pérdida de derrotero; aparece clarísima ante nosotros. Pero ¿se podrá afirmar la real existencia de aquella isla? Para negar el hecho precisaría que una serie extraña de afirmaciones, hiciera caer por tierra todo un mundo de recuerdos, de tradiciones y de hechos.

Necesario sería afirmar que Platón como un sonámbulo nos habló de existencias que jamás existieron; deberíamos creer que todas cuantas tradiciones al hundimiento de la gran isla se refieren, son todos mitos religiosos con un sentido inalcanzable para nosotros o fantasías de ningún valor real; mitos y fantasías extraordinarias de los pueblos salvajes en donde se los encuentra.

— Prodigiosas coincidencias serían aquellas capaces de hacer soñar a un tiempo y en idéntico sentido, al filósofo de Grecia y a las salvajes tribus de Santo Domingo, por ejemplo, o del centro del Africa, en existencias irreales presentadas como verdaderas a sus imaginaciones, imaginaciones por un mundo de hechos y de circunstancias separadas; ¿podremos creer en el suceso de tan asombrosa casualidad? —

Y acaso deberíase añadir aún: se engaña la Geología al hablarnos del Continente de Gondvana, aquel camino hecho por la naturaleza para señalar a los pueblos la forma de su difusión; que Buffón se equivocó también al contarnos la historia geológica de las Antillas.

Si la ciencia, la tradición y la fantasía se suman para afirmar un hecho. — la fantasía trabaja sobre realidades obscuras, en razón de la distancia o de la imperfección de nuestros conocimientos de motivos precedentes —;

si estos diversos elementos de verdad se unen para afirmar lo mismo, digo, ¿qué concecuencia podremos deducir de eso?

La real existencia del encantado país de las Hespérides me parece indudable, e indudable así mismo el gigantesco cataclismo que en el seno de las aguas le sepultó. Cuanto se ha creído un sueño de Platón, no fue sino la tradición histórica de un trastorno geológico; no fue más que el último capítulo y el momento final de la disgregación del Continente de Gondvana.

Y se halla ahí el origen de seguro, de la espantosa tradición nacida entre los pueblos antiguos; el mar obscuro y lóbrego que se extiende en millares de leguas, solitario, inmenso; lleno de peligros, de terrores de muerte, de sordos murmullos, de abismos abiertos como bocas de monstruos voraces, para hundir en su seno profundo a los aventureros exploradores de sus aguas; y por fin, el negro terror de sus ondas, ondas despeñadas en los impenetrables abismos formados por los bordes extremos de la Tierra.

De la antigüedad, a través de la Edad Media, la imagen sombría de peligros inmensos, por la fantasía colocada en el Océano; esos mil presagios de muerte, la atracción del abismo en donde millares de naves se habían hundido; el mar, cuyas presas no escapaban jamás a sus iras — que eran de seguro el recuerdo de aquel cataclismo imponente, de aquella tragedia, la más espantable entre las tragedias humanas, que abismó la Atlántida; y no únicamente temores falsos por el egoísmo fenicio opuestos a la ambición de quienes quisieran seguir la ruta de su comercio (1) — que todo

(1) Se dice que los fenicios para impedir que los otros pueblos descubrieran los senderos que conducían a los países de su lucrativo tráfico, usaban de varias medidas, tales como: señalar peligros atroces los cuales nunca existieron, u ocultarse entre escollos marinos de las naves que seguían su rumbo, para atacarlas de improviso y hundirlas después del saqueo.

eso, digo, a través de la Edad Media, llegó como el mayor retrayente de las navegaciones lejanas, a los Estados de Europa a fines de la anterior Edad.

Por eso hemos dicho: en el tiempo de las lejanas excursiones camíticas, los peligros de atravesar el mar Océano no eran tantos, ni muchísimo menos, que aquellos vencidos por Colón para el coronamiento de su empresa. — Apartándonos del hecho de la distancia mayor para arribar a las tierras occidentales, tenemos esto: el peligro presente a una fantasía, es tan real como cualquiera otro peligro; real, en el sentido de obstáculo, de fuerza de oposición, que no permite o que retarda a lo menos el alcanzar un objeto; recordemos la dolorosa y larga peregrinación de Colón por las Cortes de Europa, y el terror por las tenebrosas leyendas sembrado en la imaginación de todos los pueblos, causa de larguísimos años de oposición cuyo resultado fue el retardar esa realización con tanto empeño perseguida.

CAPITULO III

CONOCIMIENTO DE LAS ANTIGUAS INSTITUCIONES DEL EGIPTO Y DE LA FENICIA.

Probable sendero recorrido por la primera dispersión humana, y cuál fue el de la civilización antigua de América. — Si los monumentos del Nilo relatan sucesos y costumbres diarias de las multitudes, de las altas clases y del Soberano; si algo nos dicen así mismo de las creencias vulgares relativas a la vida de ultratumba; pero no contienen ni podían contener, datos bastantes para conocer todo lo relativo a la religión endotérica de los colegios sacerdotales. Mas en los pueblos antiguos hallamos: primero, el génesis de los conceptos que informaron los libros herméticos, entre los arios del Iram; segundo, sus misterios contenidos en reglas de vida pública, en dogmas, no de una clase privilegiada sino de todos los grupos sociales y en simbólicas representaciones religiosas, entre los israelitas por ejemplo, gracias a la profunda sabiduría y al milagroso grado de virtud humana de Moisés. — Los fenicios ante la Historia: su duro carácter y sus sangrientos sacrificios. Ahí, la religión egipcia se convierte en verdaderos delirios de víctimas inmoladas.

I

Todo lo explicado hasta aquí son los hechos capaces de manifestar cuanto hay en mi hipótesis de probable, lo demostrativo de la posibilidad de una colonización camítica en estas tierras occidentales bañadas por el Atlántico; de ahora en adelante, las pruebas positivas — aunque en brevísima síntesis — de la comunidad de

instituciones y creencias, entre los americanos anteriores a Colón y los egipcios del tiempo de los Faraones, o los fenicios de Sidón, de Tiro o de Cartago.

Mas, ante todo, dos consideraciones que se hace indispensable volverlas a recordar, que es necesario reafirmarlas:

Conformándome a lo dicho y según mi íntima convicción, el centro de dispersión humana ha sido el Asia; pero fijo el concepto: la dispersión primera, aquella que tan próxima al período glacial, se efectuó hacia los diversos Continentes; esa fue dispersión de individuos y no de razas. Los grupos no estaban constituídos aún; el hombre era el individuo amorfo (1), el plasma apto para recibir una personalidad de las edades primitivas. El *hombre* que venía con su capacidad, era *hombre* pero no *persona humana*, con sus características propias — esta especie de repetición, significa dos conceptos estrechamente unidos: *características propias*, es decir, modalidades suyas por él adquiridas y capaces de trasmitirse a su descendencia —.

Y precisa explicar: por todas las señales recogidas por la etnografía, parece evidenciarse como el camino recorrido por la inmigración de la cual venimos hablando, fue el señalado por la naturaleza a tal efecto; esto es: Indostán, Africa Austral y Brasil; (2) y así las

---

1) Es cierto que la expresión *amorfo*, no es la que tiene el significado bastante para precisar el concepto, pero es la única capaz de acercarse a tal resultado: en el fondo había una aptitud, el germen de ciertas cualidades; y aptitudes mayores o menores según los individuos, pero el medio tenía la misión de desarrollar la aptitud según las circunstancias de las cuales las rodeaba al ser; el concepto de *amorfo*, en el presente caso, se relaciona con la idea de que, la aptitud que principiaba a ser influenciada por el medio, no se ha convertido todavía en hábito de vida.

(2) No he querido referirme a la primera inmigración europea, pues dentro de un criterio geológico, Europa no constituye un continente distinto del asiático, es solamente su prolongación. — También Haeckel nos habla de un Continente «probablemente situado al Sur del Asia actual, con la cual se relacionaba, sin duda, direc-

poblaciones en la América, no descendieron, sino que de la costa oriental de la América del Sur, se difundieron por ambos Continentes. Esta afirmación, respecto de los más antiguos grupos que los habitaron.

Pero tenemos más: igual camino recorrido debemos afirmar para las primeras civilizaciones y el mismo centro de difusión de la cultura, en los Imperios de las Indias occidentales. — Parece esto comprobado por las minuciosas investigaciones de los más eminentes autores que se han preocupado de la etnografía americana; ellos nos enseñan «los caribes — cuyo primer asiento estuvo en el Brasil — se dispersaron por la América del Sur y subieron por la del Norte, para formar las civilizaciones más antiguas de este Nuevo Mundo».

II

¿De qué elementos de verdad histórica podremos disponer para apreciar en su integridad las condiciones de la vida de los egipcios? ¿cómo usaremos adecuadamente de los datos posibles de recoger? ¿Qué recuerdos nos quedan de los fenicios?

No sabemos bastante sobre cuanto se refiere a la ciencia y a la teología egipcias; las inscripciones de sus monumentos de donde se pensó podría sacarse casi plenitud de conocimientos respecto de cuanto se relaciona con el país del Nilo, a más de ser inadecuadas en parte, para representar de un modo exacto las ideas abstractas en su amplio desarrollo, tenían por otro lado, el fuerte obstáculo del egoísmo sacerdotal: el sacerdocio imponía el secreto absoluto para el pueblo, de los co-

---

tamente. Al Este alcanzaba las Indias y las islas de la Sonda, al Oeste tocaba Madagascar y el Africa sud-oriental.... El inglés Sclater ha llamado a ese Continente desaparecido Lemuria, con arreglo a los prosimios que le caracterizaban». «Hist. de la Creación» t. II.

nocimientos pertenecientes a los privilegiados sólo. — De los sabios libros de Hermes apenas nos restan breves extractos, cumpliéndose así casi totalmente la dolorosa profesía de su autor, quien lamentaba: «¡Oh Egipto! vendrá un día en que tu religión y tu culto puro serán convertidos en fábulas ridículas, increíbles a los venideros, y las palabras esculpidas en la piedra serán el único monumento que quedará de tu piedad». En verdad, los extractos de esos libros llegados hasta nosotros, son inadecuados para formar una idea exacta de su total contenido.

Si eso sucedió con los medios que más adecuados nos hubieran sido para conseguir nuestro objeto, disponemos no obstante, de procedimientos indirectos para llenar en una importante parte nuestras noticias, respecto al punto cuyo esclarecimiento pretendemos. — Se sabe ya que la última inmigración de pueblos extranjeros al valle del Nilo — inmigración permanente cuyo triunfo dio origen a un Imperio, y no más o menos ocasional — fue la de la «raza dinástica»; hemos visto también como es casi seguro que estos pobladores venían del Iram; y precisa deduzcamos de todo eso sus claras consecuencias.

Las primeras interrogaciones que naturalmente surgen, son las siguientes: ¿la sabiduría del egipcio, los vastos y profundos conocimientos de la clase sacerdotal, alcanzó este pueblo por sí mismo; sus instituciones nacieron allí, en el valle del Nilo, desde sus gérmenes primeros, desde los primeros conceptos que los informaron; o procedieron de dónde? ¿Es verdad que el Egipto civilizó a todos los demás pueblos de la Tierra, incluso a los habitantes del Indostán; o fueron estos últimos los maestros de aquéllos?. — Al tratar de resolver estos problemas nos hallamos ante ciertos hechos opuestos y múltiples consideraciones distintas, los cuales abren ancho campo a las mayores vacilaciones para afirmar una u otra creencia.

El Egipto estuvo constituído como nacionalidad floreciente, plena de vida y llena de energías, muchos siglos antes de que los arios ocuparan las márgenes del Indo. Los brahmanes no soñaban siquiera en flanquear el Himalaya, no habían visto aún resplandecer bajo el incomparable cielo de Sudazana la morada sin mancha de las nieves eternas (1), y quizá no tenían noticias siquiera de la milagrosa isla donde colocarían más tarde el país de la leyenda ingenua, tierna y dolorosa de los primeros hombres, Adima y Heva; cuando ya los Faraones habían coronado sus cabezas con la diadema de varias dinastías, y se habían reteñido cien veces sus tronos con la púrpura de los holocaustos ofrendados a los dioses del triunfo, de las ambiciones y de las venganzas.

Pero al lado de eso hallamos el hecho siguiente: la constitución social y la religiosa del pueblo del Nilo, conservaban en sí tan numerosos e importantes puntos de contacto con la cultura indostánica, que se nos hace imposible no creer en la existencia de íntimas relaciones e influencias de esos dos pueblos entre sí; mas parece que en el Egipto las instituciones sociales y religiosas que, obedeciendo a un desarrollo progresivo y constante efectuado en el Indostán, formó aquí un cuerpo de doctrina completa; allí se disgregan en tendencias, en impulsos y en principios de constitución político-social — esto es a lo menos cuanto podemos deducir de los conocimientos alcanzados hasta ahora, merced al estudio de monumentos, papiros y recuerdos de ese país —. Casi toda la religión indostánica formó parte de la sabiduría sacerdotal; pero a veces se presentan aquí las prácticas del culto, los dogmas brahmánicos, sólo iguales en sus manifestaciones externas, sin penetrar el profundo misterio de su espíritu, sin descubrir la intimidad de la creencia allí latente.

---

(1) Himalaya significa en sanscrito, morada de las nieves; y Sudazana, es el nombre del Indostán en el lenguaje sanscrito.

No se me oculta que puede haber mucho de engaño en las creencias contenidas en las afirmaciones expuestas; y sin embargo las acepto; ya porque no descubro otros mejores fundamentos dentro de cuanto conocemos hasta hoy; ya porque suponiéndolas falsas a las relaciones entre los dos pueblos indicados, no influirían sin embargo en las consecuencias que vamos a deducir, como demostraremos en seguida.

Dados esos antecedentes; al ver como un pueblo forma para sí, de la intimidad de su existencia, convertido en convencimiento y luego en práctica y acción, un cuerpo de doctrinas y una organización social; y al ver como el otro recibe en fragmentos o acepta, a veces sólo en el formalismo externo una institución o las prácticas a un dogma referentes ¿cuál podremos decir que fue el maestro y en cual reconoceremos al discípulo dentro de tales adquisiciones? Como digo, esto tiene una importancia muy secundaria para las cuestiones de nuestra actual investigación; pues por encima, y triunfando de todas estas cavilaciones hay un punto claro para la resolución pretendida; y se refiere a la patria de origen de los arios y a la cultura de sus más antiguos habitantes blancos, esto es, con anterioridad a las sucesivas disgregaciones de las familias de pueblos de esta raza, que allí habitaron.

Muy larga discusión y prolijas investigaciones se han hecho, encaminadas a alumbrar los obscuros abismos de la Historia en lo referente a la procedencia de los grupos humanos, especialmente de quienes han aparecido cumpliendo una importante misión; y por otra parte, los esfuerzos hechos se dirigieron a buscar el génesis de las civilizaciones o a encontrar los puntos de contacto o de mutua influencia. Eminentes sabios afirmaron para el Imperio egipcio, que debía buscarse la causa de todo cuanto fue, en una verdadera colonización espiritual por parte de los indostanos, y creyeron haber descubierto una identidad en verdad asombrosa en la

vida íntima de estas dos nacionalidades. Nuevas investigaciones pusieron de manifiesto que sí existían profundas diferencias entre las dos; y surgió la creencia del autoctonismo de la cultura egipcia; y es éste el segundo error en la resolución del problema. — Con los importantes estudios de Layart y los posteriores, se pensó que entre los más antiguos Imperios orientales, siquiera sea de la especie indogermánica, debía colocarse en primer término el de los asirios; y que todas las civilaciones derivaban de aquélla alcanzada por el pueblo éste (1).

Comprendo yo como evidentes estos sucesos; al salir de Elam la familia aria de la «raza dinástica» la cual hizo la guerra y triunfó, por más apta, de los antiguos pobladores de las comarcas del Nilo, subyugándolos y no procediendo a su aniquilamiento; traía una adelantada cultura y el germen de nuevos progresos; como traía también, la aptitud particular aria. En igual sentido para los brahmanes podemos reconocer: las instituciones que significaron sus primeros progresos, los trajeron de su país de origen en forma de una civilización importante, de la cual, son testimonios magníficos los libros védicos, supremos poemas de arte y de religión. Bastaría comparar el concepto del alma

(1) Abandonando la opinión relativa a que todo lo importante de la población del Egipto procedía del Africa, apareció una que quiso considerar como de origen caucásico el núcleo total de los habitantes de este país (Ampere «Viaje e investigaciones en Egipto», Champollión «En el Egipto» etc., etc.); pero sobre todo en cuanto al origen de la civilización faraónica la discusión ha sido basada en prolijas investigaciones, respecto a la igualdad de condiciones políticas, sociales y religiosas de las poblaciones del Nilo y del Indo, y en tal virtud, ya nadie dudó que el Egipto era una colonia indostánica (Véase la notable literatura alemana que cita Laurent sobre este punto). — Con el convencimiento de haberse asentado la población brahmánica a las faldas del Himalaya cuando ya el Egipto había llegado a su mayor prosperidad, la antigua opinión tuvo poderosos opositores (Lepsius «Cronología del Egipto» t. I,; pero no faltó fervorosos devotos de la colonización intelectual de los adoradores de Brahma, entre los sacerdotes de Osiris; véase la importante obra de Jacoliot «La Biblia en la India».

universal hallado en uno de los himnos pertenecientes a la religión sacerdotal de ese pueblo, con el de los libros sagrados de los primeros brahmanes que penetraron en el Dekán, para apreciar la verdad de la opinión expuesta. — Procedentes de un mismo origen los dos grupos de población, se separaron sucesivamente del tronco común; el más antiguo en abandonar la tierra de sus padres, llegó a las fértiles comarcas que riega el Nilo para constituír un Imperio espléndido; el grupo que por más tiempo conservó sus hogares en la patria caucásica, acabó también por abandonar esas comarcas y por los difíciles desfiladeros de la cordillera del Himalaya, llegó al país maravilloso bañado por el Indo.

Si recorriéramos el curso de la historia hasta la mayor distancia a que podemos alcanzar, llegaríamos a una comarca situada en el centro del Asia, hoy desolada y triste comarca, abrasada por el incendio del sol y donde se siente agotarse la vida bajo la desecada atmósfera que le ródea. Este país es el Iram tan lleno de recuerdos en la vida de los pueblos de la raza blanca, y en el cual, hace ya un gran número de siglos, aparecieron los primeros ensayos de la cultura humana propia de nuestra raza.

Casi imposible es calcular la época en la cual comenzaron los primeros gérmenes de los Estados de la Bactriana, como tampoco hay cronología capaz de atreverse a señalar los orígenes de la cultura del pueblo zendo y de su religión del fuego, del sol y de la luz. Toda conjetura se detiene atormentada por este dato: antes del año 5900 de la Era anterior, la denominada «raza dinástica» aparece en el Egipto; venían de la patria común aria atravesando el Elam, las tierras donde dominarían Nínive y Babilonia, los desierto de la Arabia y el Mar Rojo; y junto con el recuerdo de los santos lugares donde se levantaban las tumbas de sus padres traían estos hombres de seguro, los principios del culto, de su religión y de su teología, como traían la iniciación de sus costumbres e instituciones.

No sé si históricamente pueda señalarse al primer Imperio Asirio una antigüedad mayor a aquella asignada por Petrie a la *tercera civilización* del Egipto (5900 a. de C.), como sería lógico reconocer por su mayor proximidad al Iram; mas en cualquier caso cabe suponerse la posibilidad de comunicación de las conquistas culturales de los magos de la Persia, a través de los Imperios de Nínive y de Babilonia, para los Egipcios.

La otra rama se separa del tronco común en una época comparable a la de la pubertad en la vida individual, y toma un camino opuesto; no se dirigirá hacia las regiones occidentales; su rumbo será en dirección de las comarcas por donde nace el Sol. Larga fue la época de la invasión de los brahmanes en las fértiles comarcas de la península del Sur del Asia, en lucha con los pobladores dravidianos; pero ese pueblo guerrero y sacerdotal poderoso en sus primeros impulsos, después de haber inundado toda la península se derramó por las islas del archipiélago. La tradición indostánica cuenta que sus Reyes llegaron a tener por vasallos a los Soberanos del Egipto; eso sí, también los egipcios afirman la conquista de la India efectuada por algunos de sus más poderosos Faraones. Datos tan importantes debe llevarnos al convencimiento de que, durante sus respectivas historias los dos pueblos se pusieron en comunicación e influyeron mutuamente en los caracteres propios de sus respectivas culturas.

Después de todo, lo que sin vacilación me atrevo a afirmar es lo siguiente: las civilizaciones de los dos pueblos tienen tantos puntos de contacto, tanta intimidad tienen, que todo cuanto en la historia de una de las dos nacionalidades aparezca obscuro o indeterminado, puede completarse con las noticias recogidas respecto a las instituciones de la otra. — «Comunes son a entrambas las doctrinas de la emancipación del alma del mundo, de la metemsícosis, de las expiaciones impuestas a los delincuentes, de la palingenecia o regeneración.... Tanto en la India como en el Egipto,

las verdades religiosas fueron representadas bajo formas simbólicas; tuvieron castas, un idioma sagrado y un gobierno sacerdotal; en ambos países fue adorado el fuego en el sol; el agua, en los sagrados ríos Ganges y Nilo, y el principio creador en el limgam o en el falo» (1) y hallamos en el país de Budah hasta el juicio de los muertos, con toda la forma aparatosa y singular, relatada por los autores griegos, según se hacía en la magnífica Heliópolis. — Y siendo esto así ¿qué importan todas las demás discusiones teóricas sobre la materia? El Iram fue el milagroso paraíso donde creció el árbol de la ciencia de cuyos frutos se nutrieron: Manú, Manes, Zoroastro y Moisés; Kuch y Misraim, nacieron allí; el hijo del primero, Nemrod, funda Babilonia; sus sobrinos, hijos de Misraim, fueron a conquistar la India de los antiguos, situada al Occidente del Mar Rojo (2).

Después de haber hallado el probable origen común de la cultura entre los varios pueblos participantes de la sangre aria, y demostrado así como es posible valernos de las noticias relacionadas con los caracteres propios de los Imperios orientales del Asia Meridional, para descubrir totalmente el significado de la civilización camítica. Nos hace falta recordar ciertas prolongaciones de esas culturas, que viven con manifiestas señales de su origen, en la tradición y herencia de las naciones modernas.

Entre los Estados que bordaron el cuadro rojo de los triunfos y conquistas de la Edad Antigua, hubo úno de maravillosos destinos; él recogiendo la herencia de la sabiduría sacerdotal de aquellos tiempos, la entrega

---

(1) César Cantú, ob. cit. t. I.

(2) «Será un recuerdo de su parentesco — del de los indostanos y de los habitantes de las tierras del Nilo — dice Laurent, la denominación de *India*, dada a las costas meridionales del Mar Rojo, muchas veces en el lenguaje histórico y geográfico de los antiguos» ob. cit., t. I, pág. 283.

sublimada por un poder divino a las naciones nuevas; él nos ha conservado bajo el misterio de un símbolo a veces, las profundas meditaciones del Hermes Trimegisto del Nilo; allí nació el reformador supremo de la humanidad, Jesucristo, y en Jesucristo la humanidad se regeneró y tomó de él su moral y su justicia. Estúdiese la religión de Moisés, y la silenciosa esfinge no podrá ocultar por más tiempo sus secretos; pero estúdiese sin prejuicios y sin falsas interpretaciones.

Tuvieron también los antiguos un pueblo dotado de singular aptitud, que es como el término de unión de los pasados tiempos con las nuevas épocas. Recibe este pueblo las lecciones de los sacerdotes de Heliópolis, y las acepta, pero no como preceptos religiosos sino como conceptos morales o como temas de investigación de la verdad. Esto hallaremos entre los helenos: los gérmenes de su teogonía, el principio, la iniciación más bien, de su arte y su concepto de la realidad, no son autóctonos, vienen de afuera, de los fenicios o de los habitantes del Nilo.

Los descendientes de Abraham, de Isaac y Jacob, el pueblo de Israel, el pueblo elegido por Dios, sufrió largos siglos de esclavitud, muchas generaciones de destierro entre los descendientes de Misraím. Allí, en intimidad de existencia con las clases más bajas del país, sintiendo la atracción de sus supersticiones, sufriendo la influencia de todas sus costumbres; llegó al estado de mayor abatimiento, de postración mayor a que haya llegado pueblo alguno. Reflejo de las costumbres más despreciables de la baja plebe egipcia, sin un sentimiento de nacionalidad, sujetos a los caprichos de sus señores; los hebreos parecían destinados a desaparecer o a convertirse en el grupo más bajo de la población, el grupo sometido a todos los trabajos, obligado a todos los sacrificios y destituído de todas las recompensas y de los derechos todos. Parecía, repito, destinado por todas las circunstancias de su vida, al

estado de las poblaciones perpetuamente subyugadas, por las nacionalidades más aptas para triunfar en la existencia que éllas.

Pero surgió ante esa muchedumbre de esclavos el hombre superior, uno de los más grandes profetas de la humanidad; el genio, uno de los más altos entre cuantos conoció la antigüedad. Moisés, embebido en las fuentes de la sabiduría egipcia, sorprendiendo los secretos del sacerdocio, recibiendo de los Pontífices el depósito de todos sus conocimientos, en fin, viviendo en íntima comunión de vidas, con esa clase, la más poderosa allí, en el gobierno teocrático de los Faraones; sintió en su espíritu como una inspiración suprema la necesidad de regenerar a sus hermanos, de levantarlos del estado de profunda postración en que los sumió su esclavitud de siglos. El Dios único de nuestros padres, les dijo, aquel poderoso Dios que creó los astros y la Tierra, quien hizo las negruras de la sombra y la luz blanca de la mañana; El me ha hablado y me ha dicho: «Vé donde tus hermanos y aparéjalos para la salida, yo estaré a su lado para triunfar de la resistencia del Faraón, y los conduciré por el Desierto a las tierras en donde manan ríos de leche y de miel».

A la cabeza de ese pueblo el enviado de Dios, empapado en la sabiduría de la clase sacerdotal de las comarcas que iban a abandonar, no podía ofrecer a los israelitas sino el código moral y el concepto teológico recogidos de los labios de los sacerdotes de Heliópolis; sólo que su espíritu, sin las estrecheces del egoísmo de los Pontífices que le instruyeran, no temió ofrecer al pueblo, aunque en ligera parte adaptados a las condiciones de él, los tesoros de la verdad aprendida.

Nos hallamos por otro lado, ante el poder de la costumbre, la cual, mediante el transcurso de largo tiempo en los pueblos lo mismo que en los individuos, se estratifica en su conciencia en forma de un hábito de profundo poder, que en consecuencia es imposible arrancarlo de una sola vez por virtud de un mandato o de

una imposición. Por eso también, la lucha constante del legislador hebreo contra las prácticas abominables según él, adquiridas en el odiado Egipto, por el contacto con las idólatras muchedumbres del país. Después de todo, muchas costumbres hubo de tolerarse por invencibles; otras se aceptaron, por buenas; y algunas se reformaron pero sin cambiar en lo sustancial la idea por ellas representada.

Por cuanto antecede, tenemos: la sabiduría sacerdotal comprendió Moisés, que no podía revelarse a los pueblos en su integridad, pues ni siquiera habría sido comprendida por éllos; además, las costumbres viniendo a perturbar invenciblemente las prácticas puras del culto, se mezclaron con éllas desnaturalizándolas en parte. Mas no obstante esas variaciones, la religión hebrea aclara vivamente las tinieblas que rodean a la religion endotérica del valle del Nilo.

III

Hemos señalado como entre los fenicios al lado de su carácter distintivo nacional, el de ser comerciantes, aparece la cualidad común con la mayor parte de los Estados orientales; el fanatismo del culto. Extraño, muy extraño es ver, como en el escenario de la Historia, cuando ejerce su papel el pueblo éste, junto a sus establecimientos comerciales, donde triunfa sobre toda otra pasión, sobre toda cualidad distinta, la rapiña, el fraude y el ansia de lucro; aparecer el templo y el altar; con su misión de acercamiento de los pueblos, por el poder de unas mismas creencias y de un culto mismo. Ya hemos recordado a Gadir, ya hemos hablado de la Verde Erin: colonias religiosas ante todo y de difusión de cultura.

Pero los contrastes aparecen de nuevo; esta doble misión que debieran ser misiones pacíficas, son sangrientas conquistas donde se sacrifican por millares las

víctimas humanas, se rompe de manera incesante toda ley de justicia y se desconoce en lo absoluto toda moralidad, sembrando, por el contrario en todas partes el terror. El comercio de los fenicios fué una guerra se ha dicho, y la peor de todas, la piratería; y esto es absolutamente verdadero. — La ocupación de un territorio por parte de los tirios o de los sidonios, no quería decir el descubrimiento de comarcas inhabitadas por pueblos cultos, sino el reconocimiento de tierras fértiles y de dueños débiles a quienes poderlas arrancar.

Descubierta una de esas comarcas, a la cabeza de sus tropas mercenarias marchaban los fenicios, dispuestos por todos lo medios a la conquista; las luchas eran sangrientas y decisivas, y los sacrificios de prisioneros después del triunfo, eran incontables.

El lucro, la conveniencia, les parecía suficiente para decretar, sin ninguna otra cosideración, las mayores atrocidades. Llegó ocasión en la cual, algunas tropas mercenarias de Cartago exigieron que se les pagne sus haberes, amenazando en caso contrario, con un levantamiento; el Senado cartaginés toma en cuenta estas reclamaciones y manda, que los exigentes aliados sean condenados a muerte, pero a la más atroz de las muertes: son abandonados en una isla desierta donde perecerán de hambre seis mil soldados (1). Los mercenarios por su parte no quedaban atrás de sus dueños, *guerra inexpiable* se llamó a la suya, por el salvaje instinto de crueldad que lo presidía (2).

Mas, poca importancia habría tenido el recuerdo de estas hecatombes para nuestro estudio, ya que en grado poco inferior, fue costumbre común de los pueblos antiguos el saciar sus instintos de sangre y de tortura en los vencidos; pero sólo este carácter inhumano,

---

(1) Véase en la historia de Diodoro (lib. V, cap. I) el origen del nombre de Ostiodes (isla de los huesos).

(2) Polybio, citado por Laurent.

estas pasiones carniceras, que recuerdan el luchar de los animales de presa, son bastantes para explicarnos las prescripciones religiosas más espeluznantes, descubiertas en el culto de los adoradores de Baal y de quienes se inspiraron en tales prácticas.

Contaba la mitología del pueblo referido, que el poderoso dios Baal había sacrificado a su hijo Jeud para el bien de la humanidad; y el culto imponía como ofrenda correlativa, el espantoso sacrificio de niños ordenado a sus mismos padres.

¡Nada puede llenar más de pavor y de indignación que el descubrir a las madres fenicias, de Tiro, Sidón y Cartago, obligadas a conducir al fruto de su amor, alimentado con su propia sangre, ante el altar de Baal! ¡cómo se estremecería el corazón materno con los estertores de la agonía del tierno cuerpo, envuelto entre las llamas de la hoguera del sacrificio! Dura ley, pero irresistible ¡Ay del padre que sustrajera a ese dios caníbal la víctima que constituía sus delicias! el castigo del cielo provocado por su impiedad, al caer sobre la tierra, le haría acreedor a la común irritación y venganza. Padres ricos habían comprado en cierta ocasión, niños de las familias pobres para ofrendar al dios en lugar de sus hijos; indignado el Cielo por este hurto, da el triunfo a los ejércitos de Agatocles y siembra el terror entre los ejércitos de Cartago; la ciudad estaba en peligro, y se manda para salvarla una tenebrosa solemnidad: en el inflamado pecho de la estatua se sacrificarán por centenares los hijos de las familias más ilustres (1).

No sólo ante el altar de Baal las vidas humanas se consumían, también la obscena Astarté reclamaba tributos de sangre.

Las religiones Asiria y Egipcia, en ésta se convirtieron, gracias al sanguinario carácter de las ciudades fenicias.

---

(1) Diodoro XX, 14.

CAPITULO VI

AMERICA: EL PAÍS Y SUS CIVILIZACIONES

Inmenso panorama de los dos Continentes unidos que forman el Nuevo Mundo. — Los restos de las construcciones de los «Mound-Buildrs» ¿a qué clase de gentes se las puede atribuír? y ¿serán los mismos hombres cuyo cincel grabó jeroglíficos intraducibles en ciertas rocas de Norte América y quienes construyeron también importantes y difíciles obras de arquitectura en esos mismos lugares? — Estudio de una costumbre americana de los primitivos tiempos, conservada hasta hoy entre muchas tribus del Norte y algunos pueblos del Sur, en relación con los más antiguos recuerdos que de los egipcios nos quedan. — Las civilizaciones alcanzadas por los nahuas y por los mayas, para la América Setentrional; y la de los pueblos que ocuparon las regiones del Perú, en el Sur; deben ser por sus condiciones mismas, las que sirvan para comparar la cultura humana de estos pueblos occidentales del Atlántico, con las de los Imperios meridionales del Asia en la antigüedad.

I

En busca de nuevos derroteros hacia la India, Colón llega a la América; doble Continente prodigioso por el milagro de su gigante naturaleza; y misterioso por el prodigio de sus civilizaciones.

Las verdes llanuras del Atlántico por un lado, por otro, las inmensidades del Pacífico; separado así de

todos los demás Continentes, florecía aislado, pero con floración incomparable de magnificencia y lujo el Nuevo Mundo. — Al Norte el primor de los palacios de nieve, apenas soñados por los orientales: blancura sin mancha, reverberantes en los cortos momentos de las auroras boreales, y donde habita una multitud pobre y vestida de pieles de animales. En las tierras del trópico: el asombro de los bosques de árboles milenarios; en los jardines la magnificencia del color y del perfume; y al lado de la flora extraña, la fauna rica en tipos de animales y aves desconocidos para los antiguos. — Y esto en un escenario magnífico: aquí las cordilleras que no tienen casi rival en el Mundo, cuyas cimas de imponderable altura, flotan como nenúfares blancos en el azul: Mackinley, Popocatepetl, Chimborazo y Aconcahua; riegan estas poderosas tierras, los más inmensos ríos conocidos: en el Norte de América está el «padre de las aguas» (Mecha-Chebé poblado en sus orillas, de delicadas leyendas de amor y de muerte), cuya anchura llega hasta los mil trescientos cincuenta metros, y con una profundidad que alcanza a sesenta y a setenta metros también; en el Continente Meridional hay un mar corriente, el Amazonas, con razón llamado el Río Rey por los indígenas (Paranatinga, de las leyendas heroicas de mujeres guerreras), su recorrido es tal vez el de siete mil kilómetros y el caudal de sus aguas, en las crecidas, llega a la portentosa cantidad de doscientos cincuenta mil kilogramos; pocas escenas de la naturaleza tendrán la magnificencia imponente de este óceano de agua dulce que se abre paso por en medio de las ondas del Atlántico, formando un cauce de cristal hasta muy lejos de la costa.

Aquí, los lagos son mares interiores y las selvas son océanos de vegetación sin medida; aquí, en las noches tropicales, como fuegos de Bengala prendidos por los dioses, las erupciones de los volcanes; surtidores de luces, colores milagrosos que aclaran los horizontes, con una claridad más ideal que de la más preciosa au-

rora. ¡El terror del cataclismo se mezcla a la ilusión de la belleza incomparable!

En este escenario donde las próximas edades verán las luchas más fecundas de la humanidad por sus ideales, aquí, apartados de todos y de todos desconocidos; vivieron antes del descubrimiento de Colón brillantes y prósperos imperios, tribus felices y libres en su apartamiento ¿quiénes fueron esos pobladores? ¿de dónde procedían? Estos son los problemas que más han preocupado a cuantos investigadores hicieron estudios americanos.

II

Al penetrar en la materia relacionada con la prehistoria americana, nos hallamos ante hechos tan singulares y tan de improviso presentes para nosotros, que no pueden menos de producir profundas vacilaciones para el efecto de resolver cualquiera cuestión a ellas referentes.

Tribus salvajes y nómadas hallaron casi exclusivamente los anglo-sajones exploradores de las vastas comarcas que forman los territorios de la actual Unión Américana; eran pueblos salvajes y nómadas, he dicho, y de consiguiente, en busca de los pastos naturales o de los espontáneos frutos de la tierra, recorrían los campos inmensos e incultos, sin detenerse sino el tiempo suficiente para consumir las ofrendas de la naturaleza. Por esa condición suya, ningún trabajo que exija una labor constante y una permanencia obligada, y que suponga además una previsión de futuros días de existencia en esos sitios, podía atribuírselos. No obstante eso, como si los hechos quisieran abismarnos en un mundo de confusiones; se descubrieron gigantescos monumentos y construcciones en ese mismo país.

Los hombres que levantaron fortalezas, necrópolis y aras, como montañas, Mound-Buildrs ¿pusiéronse en contacto con otros pueblos de inferior capacidad cultural y perdieron sus aptitudes? ¿o emigraron todos del país que ocupaban, a dónde y por qué? Esos monumentos tan antiguos tal vez, como la primera inmigración de hombres a estas tierras del occidente, son «montículos artificiales de tierra casi siempre construídos con regularidad matemática, denominados *mounds* en la ciencia: son cónicos, ovalados o cuadrados y alguna vez poligonales o triangulares, o en figura de animal; su altura varía desde algunos centímetros a treinta metros, y su diámetro o longitud de uno a trescientos metros. Estos curiosos monumentos que han llamado poderosamente la atención de los arqnólogos, ocupan los valles del Misisipí, del Ohío y del Missourí, viniendo a ser algo semejante a los túmulos que aparecen en la última etapa del prehistorismo europeo. En el interior de muchos de ellos se han encontrado restos humanos, a la vez que objetos y utensillos. Algunos destinados a templos presentan una planicie o plataforma en la parte superior; otros estaban destinados a servir de castillos o fuertes para la defensa, afectan las formas de cono o de pirámide y están dentro de un recinto. Los *mounds* poligonales o triangulares se elevan junto a figuras de animales. Es frecuente hallar cerca de algunos *túmulos* montículos destinados a los sacrificios». Por esta descripción se comprende la semejanza profunda de intención que dirigía estos trabajos como los hallados en el Norte del Asia.

Pero junto a esas plazas defendidas como que se hubieran dispuesto para hacer frente a cualquier ataque, para resistir a cualquier sitio, junto a esas fortalezas de maciza construcción; se descubren a veces, algo muy extraordinario, amplias moradas en donde se ha empleado la difícil técnica de la bóveda, muy raras son, pero revelan condiciones incomparables a las demostradas para las prácticas señaladas ya. ¿Quiénes

fueron los Mound-Buildrs de los primeros trabajos? y ¿los arquitectos de las moradas quiénes fueron? (1).

Junto a todo eso, los prolijos trabajos de escultura y los dibujos representativos como de jeroglíficos, descubiertos en los más apartados puntos del Norte y del Sur de América; no es raro hallarlos en el país inglés, en Honduras, en Nicaragua y en Méjico; como en el país de los chibchas (Colombia) en el Brasil, en la provincia de Esmeraldas (en el Ecuador) y en otros varios lugares. Los grabados de las rocas halladas a orillas del mar, cerca de la desembocadura del río de Tantón (Estado de Massachusetts); las varias figuras y las cabezas notables, halladas en un peñón del Sur en el río de Connecticut, las de las confluencias de Elk con el Canawha; las esculturas y los dibujos trazados con tinta roja en la región de la América del Sur llamada de las piedras pintadas ¿a quiénes los debemos? ¿cómo reconocer los artistas de tan extraños trabajos? Hay de extraordinario en la producción de tales obras que sus autores, como en defensa de algún enemigo capaz de profanar sus simbólicas inscripciones, las practicaban a grande altura del nivel del suelo, haciendo creer así en algún trabajo de gigantes. Se ha lanzado la opinión de ser jeroglíficos fenicios aquellos que se presentan como inscripciones, pero muchas de las figuras se apartan notablemente de la técnica de esos exploradores de los mares; entonces ¿a cuál grupo étnico los atribuiremos?; son tan antiguos, que los moradores del país, al tiempo de la conquista no sabían nada de su procedencia.

Y los objetos religiosos (idolos), y los objetos domésticos y las armas: ofensivas (puntas de lanza, y espadas de cobre solo o aliadas con estaño) y defensivas (trozos de cascos) ¿quiénes las forjarían?

---

(1) En otro lugar se indicará las opiniones de quienes creen que algunos grupos de población subieron desde Méjico hacia el Norte, para de nuevo bajar.

Pero penetremos en los países más civilizados del tiempo del descubrimiento; aquellos poblados por los mayas y los nahuas, y los que conquistaron los Incas; y nos encontraremos con el asombro de que la arquitectura apenas existía, rústicas eran sus principales moradas, las de los príncipes y las de los cortesanos. Mas a poca distancia de las ciudades de entonces, se alzaban los abandonados recintos que un arte sorprendente de arquitectura los había trabajado; como Palenque, como Copán, como la Chimú de los españoles etc., ¿a quiénes las pertenecieron, si los aztecas los habían olvidado, si los quichuas no supieron dar razón de éllos? ¿Qué cincel desconocido talló las figuras de la «Casa de las monjas» de Uxmal?

Inmensas tinieblas se acumulan al rededor de todo esto, andamos a tientas; pero razonaré yo mi hipótesis en los capítulos: «Del Arte en América» y de la «Arquitectura americana».

Entremos pues a señalar los puntos de contacto entre los americanos de los tiempos anteriores al descubrimiento, y los antiguos egipcios y los pueblos de nacionalidad fenicia, en cuanto se relaciona con los elementos de sus respectivas culturas.

III

Asi relata la «Historia de las Naciones» una costumbre primitiva, de los habitantes más antiguos de quienes se tienen noticias, en el valle del Nilo; a los hermosos objetos de cerámica que a esa edad corresponden, se los ha arrancado el secreto del hecho social este: «Según las costumbres observadas aún actualmente por ciertas tribus africanas, los egipcios ejecutaban una danza, — dice la relación — en la cual estaban representados los diversos episodios de una caza afor-

tunada. Creían asegurarla de este modo — continúa —, y, por lo tanto, procurar a la tribu abundante alimento». Téngase muy en cuenta la última frase de la anterior cita; pues sobre élla pueden fundarse importantes consideraciones. (1)

En igual forma y a veces con el mismo significado mítico, ejecutaban y ejecutan todavía, ciertas poblaciones americanas está simulada cacería; ahí están para recordárnoslo, los patagones y los guajivos, como asi mismo otro gran número de poblaciones salvajes, especialmente de aquellas, en el Norte de América estudiadas; entre quienes tenían lugar frecuentes ceremonias religiosas, representativas de los milagros de una caza abundante, y cuyas danzas eran la expreción mímica de la difícil captura de una res. Verdad que estas costumbres tendríau, probablemente en algunos lugares, el objeto de desarrollar una actividad útil y adquirir habilidad; pero son manifiestos también, en la mayoría de los casos, los aspectos religiosos de tales fiestas.

En efecto: junto al simulacro, nos han referido los autores que hablaron de tales costumbres, de aspectos determinados de un culto extraño, de práticas singularísimas de las cuales rodeaban los salvajes a aquellos mitos. Y por todo eso adivinamos las transformaciones de concepto capaces de producir más o menos tarde, el endiosamiento de algunas fuerzas naturales. Con el objeto de volver favorable al animal de cuya caza se trataba — nos dicen las relaciones históricas — ciertas poblaciones de la América Setentrional ejercían la singular costumbre de adorar al símbolo representativo, de ofrecerle ex-votos y rogarle que la cacería fuera abundante en sus productos; otros derramaban lágrimas ante la

---

(1) «Historia de las Naciones» t. I «Del Egipto» debajo de la lámina de cuyo contenido se ha dado razón en el texto, se encuentra la siguiente afirmación: «Todos los detalles del dibujo adjunto, son auténticos, y han sido tomados de las obras de alfareria egipcia de aquella época», (de la primera *civilización).*

res cogida y le prodigaban los más dulces nombres y los mayores cuidados con el objeto, decían al explicarlo, de que otros animales de su especie no temieran caer en sus redes. (1)

No creo pudiera llamarse infundada la opinión capaz de señalar ahí, el oculto origen de las prodigiosas extravagancias de la religión exotérica en el Imperio de los Faraones; muchísimo más, claro está, si para tal afirmación nos hemos servido, de los signos dejados como símbolos de una lenta transformación entre las instituciones del país. Cambiaríase de seguro el interesado culto antiguo, por el transcurso del tiempo y el olvido de su origen, en real deificación de los animales. Conocido es como en nuestros mismos días, el bajo pueblo de la India rinde culto supersticioso al animal fiero entre cuyas garras hubieran muerto muchas víctimas; y a las márgenes del Nilo ¿qué otra cosa pudo suponer el culto del cocodrilo? ¿Podremos decir, de las solemnidades regias con las cuales se practicaban las cacerías de los Incas, rodeado el Soberano de su Corte, que era una supervivencia en el Perú de las ceremonias primitivas cuyo relato hemos hecho?.

* * *

Circunscribámonos al Egipto, y en él a los datos referentes al Imperio Antiguo, tales como los hallamos en el estudio prolijo del Profesor Eduardo Meyer (2); allí vemos como los nomos o circunscripciones territoriales — sean estos antiguos Estados agrupados por la alianza o por la conquista, o se los considere como

(1) Los detalles sobre la costumbre americana relatada, se halla en la ya citada historia de Francisco Pi y Margall; al hablar de cada uno de los pueblos que la tuvieron o conservan aún.

(2) En la «Historia Universal» publicada bajo la dirección del Profesor Guillermo Oncken, la historia del Egipto es trabajo del Dr. Eduardo Meyer.

divisiones político-administrativas sólo — «eran designados por sus armas sostenidas por estandartes, armas que las más de las veces consistían en un animal probablemente indígena del distrito; así, por ejemplo, conocemos un distrito de la liebre, otro de la gacela, otro del pez latos, otro del ibis, otro del chacal». No es difícil hallar los antecedentes de tales designaciones. De los indígenas americanos tenemos estas noticias: cada parcialidad toma como insignia o como divisa un animal o planta, del cual dicen haber descendido sus primeros padres y por lo mismo considerado como sagrado y adorable por la tribu; en el centro del Africa, dijimos también, sobreviven prácticas semejantes ¿sería del elemento propiamente africano de donde procedió la costumbre transcrita y mediante cuál conversión del concepto? esto parece claro, la tribu aceptó una divisa totémica y la conservó a través de todos los cambios políticos ocurridos. De ahí que: «el centro del distrito era el lugar donde se daba culto al dios tutelar de éste, y era considerado como su capital», mas las divinidades locales a veces traspasaban los límites señalados al nomo y conquistaban adeptos en otras parcialidades. «Muchas veces la comunidad política del distrito nacía de la comunidad religiosa, por unirse formando una unidad los que adoraban un santuario muy venerado.» Por eso encontramos especialmente en el Delta, cuya cultura parece ser por regla general más moderna, muchas ciudades cuyos nombres han sido tomados de los de sus divinidades, por ejemplo Busiris, «casa de Osiris», Rubastis, «casa de Bast»; los nombres profanos para las ciudades asomaron mucho más tarde, pero conservando junto a esa denominación otra sagrada, pleitesía rendida a los sentimientos de las multitudes; en lo referente a eso hallamos en Meyer estas afirmaciones: «En el Alto Egipto son raras las denominaciones religiosas, pero también suelen llevar, además de los nombres profanos un nombre sagrado, muy estimado en la época del mayor fervor religioso,

que sirvió las más de las veces de fundamento a los nombres de los griegos» (1). Todavía para demostrar la íntima compenetración del dios con el grupo ciudadano que lo adoraba, tenemos con frecuencia en los monumentos, inscripciones en las cuales se muda el nombre del dios con la designación del lugar de su culto, como si dijéramos el habitante de Menfis.

Todo nos hace creer en la hipótesis antes asentada, y claro, los momentos sucesivos de transformación del concepto, puede calcularse por las circunstancias de otros pueblos en estado inferior de cultura al tiempo faraónico designado como el Antiguo Imperio; ya por haber quedado retrasados aquellos, ya por una ley regular de regresión, la cual va recorriendo hacia atrás el mismo camino seguido para el progreso.

IV

En el ensayo de comparación que pretendemos, vamos a examinar las instituciones correspondientes a la cultura de varios pueblos, para descubrir cuanto hay de común entre ellos. Por esa razón en el estudio de los grupos americanos en consonancia con los de nacionalidad camítica, principalmente debemos referirnos a aquellos Estados en los cuales puede descubrirse una adelantada civilización, y no a los representantes de la regresión a un estado inferior por virtud de las difíciles circunstancias que las rodearon. El Méjico de las conquistas de Hernán Cortés y el Perú de las conquistas de Pizarro, siendo como son los exponentes: el úno, de la mayor cultura alcanzada entre los pueblos del Norte y del Centro de América, y el ótro como el más

(1) «Historia Universal» de Oncken. — De Meyer es la designación Imperio Antiguo.

avanzado grupo nacional entre los pueblos del Sur; deben ser a donde dirijamos nuestras miradas en busca de los factores de convicción cuyo alcanzar deseamos.

El valle del Anahuac poblado por numerosas y sucesivas inmigraciones de población, cuya patria de origen nos es desconocida, proyecta desde ahí su influencia, y más que influencia verdaderas colonias hacia el Sur; los quinchés y los cachiqueles se dice ser toltecas; y de los pipiles de Guatemala y el Salvador, aztecas; en general, hasta el estrecho de Panamá, todo grupo humano, avanzado en cultura, fue maya, chichimeca o nahua (1).

El Perú de los Incas constituyó uno de los más vastos Imperios que se han conocido: gran parte de la América del Sur, — casi toda la región civilizada o semi-civilizada — o era dependencia de los soberanos del Cuzco, o por lo menos directamente influenciados por las costumbres de los llamados quichuas; desde los aymaraes hasta los pobladores de Pasto, la infiltración de la cultura incásica es indudable, quizá sólo de los muiscas de Colombia en el Continente Meridional, se puede decir que no dependían de un modo directo de la influencia incásica.

Con lo dicho se ha razonado lo suficiente el por qué de la elección.

Mas parece en América, como que las costumbres egipcias y fenicias, se disgregaran en fracciones de capacidades hereditarias; fracciones, las cuales hubieran recogido en sí, los diferentes pueblos que en este Nuevo Mundo vuelven a organizar y vivir las instituciones del Imperio faraónico.

Y no pueden quedar fluctuando estas afirmaciones:

---

(1) Más tarde se dirá si de Méjico bajaron, o subieron hacia Méjico las recordadas poblaciones.

(2) «Geografía Universal» de Montaner y Simón t. VIII.

Si bien es cierto que las nacionalidades formadas aquí tienen muchísimos puntos de contacto con los hijos de Misraim — de manera que no puede creerse en una coincidencia, ni en un desarrollo semejante, debido sólo al origen común humano — no debemos olvidar un instante que las civilizaciones de este Continente tienen caracteres tan particulares suyos, que diseñan inmediatamente, no sólo nacionalidades distintas sino razas diversas; eso sí, repito, esta raza recibe la iniciación de su cultura, de aquella sub-especie de Cam, tantas veces recordada. Con firme convencimiento rechazo la afirmación de Eduardo Meyer quien en su introducción a la historia de Egipto, escribe estas frases· «Una civilización completa y puramente propia sólo la encontramos, además de Méjico y del Perú, en tres puntos de nuestro Globo, a saber: en el valle de Hwua-ho entre los chinos;.... y en el Nilo, etc».

CAPITULO V

INSTITUCIONES DE LOS INDÍGENAS DE MÉJICO Y DE CENTRO-AMÉRICA, ANTERIORES A LA CONQUISTA.

Imposibilidad histórica en que se encuentran quienes investigar pretenden el origen de los primeros habitantes que ocuparon las márgenes del Atoyac, y de cuya existencia nos guardan recuerdos las leyendas y nos dice la arqueología del país. ¿Cuál sería la procedencia de las sucesivas inmigraciones llegadas a Méjico y a las comarcas de más al Sur, en el Continente Setentrional? — Caracteres teocráticos más o menos amplios, en los cuales venían empapadas esas tribus. — Aspecto del terror religioso sembrado por los preceptos sangrientos del culto entre los aztecas. — El sacerdocio en el Imperio. Su categoría y la amplitud de sus funciones: legislar, enseñar y dirigir a la gente común y a las altas categorías sociales; consagrar al Soberano, ilustrarle y moderar el absolutismo de su poder. Fue la clase privilegiada más respetada para los grupos ciudadanos, en los varios Estados y Ciudades participantes de la constitución etnográfica de Méjico. — La institución real. Importantes funciones de los mercaderes. — Como en el Egipto, el recuerdo siempre presente de la muerte, aún en medio de los mayores triunfos y honores, era idea moralizadora, para los pobladores de estas regiones de América. — Conclusión.

I

¿Quién podrá señalar el origen de los pueblos maya-quinchés, y de las tribus otomíes, nahuas y chichimecas, de cuya fusión surgieron las culturas de los mejicanos, y de los habitantes anteriores a Colón de Centro-Amé-

rica? ¿Quién dirá a cuál de esos elementos debe atribuírse cada una de las conquistas hechas, para esa cultura tan admirada por ciertos cronistas españoles? Esas son las primeras interrogaciones que se imponen, cuantas veces la Historia nos coloca en la necesidad de estudiar las civilizaciones de los toltecas, de los aztecas o de los mayas; pero hasta ahora, no han podido darse respuestas suficientes (1).

De manera propia la civilización de los mayas y aquella de los habitadores del Anahuac, deberían dibujarse en cuadros distintos para representar la realidad tal cual es; pero no trabajamos una historia general y tenemos en cuenta estas consideraciones: son tan numerosos los puntos de contacto entre las formas de vivir de sus semejantes culturas en unos y otros, que se ha venido afirmando de manera continua, ya la colonización de los mejicanos en tierras maya-quinchés (Seler y en parte Beuchat, y Brasseur de Bourbourg y M. Charnay creyéndola de procedencia tolteca); ya buscando el origen del progreso de aquellos en la cultura trabajada por los últimos; ¿o se podrá encontrar un lazo de unión, un término capaz de relacionar a los unos y a los otros, por ejemplo el pueblo tzendal? Sea cual sea la causa de relación, ella

(1) Las obras de cuya consulta han procedido las convicciones y los datos que contendrá el presente capítulo, son las siguientes: Sahagum «Historia Universal de las cosas de Nueva España»; Diego de Landa «Relación de las cosas del Yucatán»: Francisco López de Gomara «Historia de las conquistas de Hernán Cortés»; Alonso de Zurita «Informes sobre las diversas clases de jefes de Nueva España»; entre los cronistas españoles. — Brasseur de Bourbourg «El Popol Vuh»; Veytia «Historia Antigua de Méjico»; W H Prescott «Historia de la Conquista de Méjico»; el «Manual de Arqueología Americana» de H. Beuchat: y la reciente «Historia General de Méjico» del Dr. Nicolás Leon. — Algo hay también en las «Geografías Universales» de Montaner y Simón t. VIII y de los hermanos Reclus t. IV; de suma importancia es consultar la obra de Humboldt «Sitios de la Cordillera etc».

existe; y los datos ofrecidos por ambas constituciones, completan nuestros conocimientos de las dos y nos hacen vislumbrar el más antiguo origen, la cuna de ambas. Por eso, dando preferencia en este capítulo al recuerdo de los pueblos en sentido propio mejicanos, no descuidaremos en lo absoluto a las gentes mayas y a los otros pobladores circunvecinos al Anahuac, y sus importantes triunfos culturales.

Las más lejanas tradiciones nos hablan de gigantes que poblaron las márgenes del Atoyac; pero ¿de dónde venían los quinatmetzin? El silencio más completo que les envuelve, es atroz desesperación para quienes se plantean ese problema. — De una población tan antigua como los hombres de la edad cuaternaria, contemporáneos del «Elephas Colombi», nos hablan los geológos que han estudiado esas comarcas ¿será de estos primeros habitantes de donde proceden los gigantes de la leyenda? ¿serían hombres nacidos del suelo o serían emigrantes? y en el último caso ¿de dónde procedían? — Lo que creemos del autoctonismo de la raza americana ya lo hemos señalado; y debemos continuar sólo con las tradiciones de los grupos del actual estudio.

Hacia el año mil antes de Cristo, llega del Sur por mar al Yucatán, un pueblo denominado de los votánides, por el nombre de su primer jefe y sacerdote, Votán; nómadas por algún tiempo, recorrieron la península y fundaron su definitivo asiento en la desembocadura del río Usumacinta; pocos años habían permanecido en esos lugares y principiaban a edificar los cimientos de su gran Metrópoli Nachán (cuyas ruinas se creen las hoy conocidas con el nombre de Palenque), cuando procedentes del mar también, llegaron los tzendales (hombres vestidos de amplias ropas talares), quienes confundiéndose con los primeros llegados, adquirieron poco a poco una hegemonía sobre ellos, De ahí resultó para la actual Chiapas un floreciente Estado. A su taumaturgo Votán, designaban los tzendales como descendiente de

la raza de Chan (1) (medítese en el equivalente con el nombre *Cham* o *Cam* de la Biblia). De estos pobladores de Chíapas se afirma, tenían idioma y civilización hermanos con los descubiertos entre los mayas; para ciertos autores es necesario reconocerlos, como agrupación de la familia de pueblos que componía la nacionalidad maya, dándoles en ocasiones el privilegio de haber civilizado a las poblaciones cultas sus vecinas; así M. K. Haebler afirma: «La civilización se había desarrollado entre los mayas que habitaban Chíapas — asiento de los votánides, como sabemos — y Guatemala, de ahí pasó al país de los zapotecas y luego al Anahuac»; y en otro lugar, «los mejicanos tenían un grado de cultura inferior a los centro-americanos. Demostrado principalmente por la escritura cuya ejecución y procedimientos es copia torpe de la de los mayas»; al origen maya de las civilizaciones de Méjico, se inclina también Bancroft (2), pues, «aún cuando la hipótesis de un origen meridional de la civilización nahua esté poco probada, nos vemos obligados a admitir que se halla mucho más de acuerdo con los hechos, que aquella conforme a la cual habría venido del noroeste». Tal vez un conocimiento más exacto de la historia de los tzendales en todos sus detalles, sería el hilo conductor en este laberinto de conjeturas.

Respecto del parentesco de los mayas con los tzendales abogan ciertos datos. Los pobladores del Yucatán referían dos inmigraciones a la península, una cuyo recuerdo es casi idéntico al de los dueños de Chíapas, hombres procedentes del Sudeste llegan mandados por un héroe mítico — para Landa, llamado Cuculkán, para otros autores Itzamaná —; y más tarde una segunda inmigración procedió del Sudoeste. ¿Pasarían los primeros inmigrantes por el Yucatán sin detenerse o de-

(1) La raza de Chan llegó a equivaler para los tzendales, descendencia de la serpiente.

(2) «Razas nativas de los Estados del Pacífico», vol. II.

jando pequeños grupos, para penetrar más adentro del Continente, y volvería después una parte de esos exploradores? ¿O fue la segunda una colonización de gente extraña, tal vez de los tzendales? — En fin, unos y otros ¿serían tribus de los caribes? ¿procederían de alguna navegación fenicia? ¿eran egipcios? Y bajo otro orden de consideraciones: ¿a ellos se deberán acaso los templos de Palenque, los palacios de Copán, los monasterios de Uxmal?

Se dice de los olmecas y de los xicalancas que llegaron por mar al Yucatán y atravesando esa península alcanzaron las márgenes del Atoyac. Ciertos historiadores afirman: los olmecas dejaron como huellas de su paso, un prodigioso número de construcciones, desde la cuenca del Panuco hasta la meseta elevada donde fundaron Teotihuacán; no es difícil tampoco que esta inmigración haya bajado al Sur, aunque su propio y permanente asiento lo colocó en las comarcas de las actuales Tlaxcala y Huexotzinco. ¿Podremos considerar a esta antiquísima colonia de extranjeros como portadora de la cultura que los nahuas la recibieron y desarrollaron en un sentido coherente con su temperamento nacional? ¿dónde la adquirieron esa cultura? ¿la traían de su patria llamada por ellos Tamoanchan? pero ¿dónde estuvo situado ese país? Los olmecas y los xicalancas — continúa la relación — se hallaron frente a frente de los quinatmetzin y fueron vencidos en la lucha por éstos, los vencidos aparentemente se sometieron a la voluntad del vencedor; mas la astucia les señaló un medio de aniquilar a sus amos: prepararon un festín para los gigantes, y en la embriaguez los asesinaron. — Fundaron en seguida la Ciudad estado suyo, Teotihuacán — el radical Zeus, Theos, Deus; es Dios en todos los lenguajes arios —.

Los nahuas precedidos por las tribus toltecas llegan después; proceden según relata la tradición, del Occidente o acaso del Noroeste; y en el valle de Méjico, luchando a veces con los otomíes y aliándose con ellos

a veces; constituyen su brillante Imperio en la preciosa ciudad de Tol-lán. — «Lucharon con los aborígenes estos nahuas, se afirma, hasta que hallándose con los representantes de la civilización del Sur, se hicieron sus discípulos» (1). Pero ¿los nahuas desde sus comienzos en América, bajaron del Norte hacia el Sur, o subieron del Sur al Norte para luego bajar? ¿No es posible que la ciudad de Tula — Tul-lan — la hayan construído los toltecas en el lugar mismo que estuvo Tulán-Zuiva «cuna común de toda nuestra raza» como dice el Popol-Vuh de los quinchés; esto es en el lugar de dispersión de las tribus? Daniel Wilson y J. D. Baldwin, creen que los toltecas desde Méjico subieron hacia el Norte y vencidos por los salvajes habitantes de los valles del Misisipí, volvieron a bajar a sus antiguas comarcas; y en verdad, hay en apoyo de su opinión el hecho bien significativo, de que un nuevo grupo del Norte, funda en el Anahuac la «Ciudad de los Antepasados» — Alcohuacán, llamada también Texcoco —.

Ni a los olmecas ni acaso tampoco a las tribus que desertaron de Huehuellapallan, pueda considerarse como Mound-Buildrs. — Pero, aceptando que los toltecas y las tribus de procedencia chichimeca hayan venido del Norte a las tierras del Anahuac, es manifiesto el hecho de que su civilización la recibieron de las poblaciones del Sur, de los hombres venidos por mar.

Sean cuales fueren las tinieblas que envuelven esos orígenes, el estudio de las instituciones de la civilización mejicano-centroamericana — unida en una denominación común en razón de su parentesco — pueden darnos los datos necesarios para vislumbrar los orígenes de la cultura introducida en esta parte de América.

---

(1) «Geografía Universal» t. VIII (Montaner y Simón, edit).

II

Como antecedente el recuerdo de que sólo los pueblos de raza blanca: arios, semitas o del grupo de Cam; fueron pueblos de régimen teocrático; que en los Estados amarillos el sacerdocio tuvo una misión social muy secundaria.

En la primera aurora de las poblaciones mejicanas, donde entre la luz y la sombra, se dibujan apenas las siluetas de sus pobladores; la leyenda teje la magia de sucesos de encanto. ¿Cuál es el Reino de Sibalba, donde hombres poderosos levantaron un Imperio magnífico y cruel? ¿Quiénes fueron los brillantes monarcas vencidos a pesar de sus ejércitos y de sus riquezas, por los sabios encantamientos de Xabalenque y Xhupahpu? (1). — No será acaso la simbólica tradición de combates entre el poderío sacerdotal y el gobierno de la fuerza, representado por la clase guerrera, y el definitivo triunfo, en aquellas lejanas edades, del mérito de la sabiduría en el sacerdocio? — Ninguna hipótesis me parece que mejor explique esos símbolos; y entonces, nos hallaríamos ante un desarrollo histórico de igual clase que el del país del Nilo. — Hasta Manes, en el Egipto, el sacerdocio aprovecha de su triunfo para gobernar por medio de un Sumo Pontífice Rey, el Estado. En las largas épocas de peregrinaciones nahuas, sobre los jefes de tribus estaba un jefe Pontífice, y esta institución perduró en ciertas ciudades libres del Imperio. — Pero, sigamos con la tradición, y luego haremos las comparaciones que correspondan.

---

(1) Véase el Popol-Vuh, obra traducida al castellano por D. Francisco Jiménez. El libro comienza por un relato de la creación del Universo.

Los historiadores modernos nos dicen: triunfantes los olmecas de sus opresores establecieron un Estado de régimen teocrático; y desde entonces, las más importantes inmigraciones de población, eran de aquellas a cuya cabeza estaba un Pontífice o una clase sacerdotal. Los toltecas (artistas y comerciantes, según la doble significación que llegó a darse a ese nombre), durante su peregrinación hacia Tula, como el poder superior a sus siete jefes de tribus tenían un Pontífice Máximo; «tribu, más sacerdotal que guerrera» «obedeciendo a la voz de sus sacerdotes y de sus dioses» hicieron sus larguísimas peregrinaciones; y por la fuerza de ese mismo carácter vemos frecuentemente aparecer entre ellos Reyes que son Pontífices: eso nos dice la Historia de Mexcohuatl Mazatzin; Quetzalcoatl, al que sus adeptos le ciñeron la corona de Tula, pertenecía a la clase sacerdotal y fue el gran reformador religioso del país (1). — Por obra de este pueblo es también, que se fundaron ciudades de régimen absolutamente teocrático, como la Jerusalén de los Toltecas, Michoacán.

Los chichimecas, de la posterior inmigración, se confederaron con los dueños de Tol-lán, y aceptan todas sus instituciones; tanto que, ciertos historiadores han llegado a afirmar de ellos, que eran también nahuas.

Vienen por fin, las desterradas tribus de Aztlán y después de ciento veinticinco años de vivir nómadas, fundan sobre el lago de Méjico la doble ciudad mejicana: Tenochatitlán y Tlateloco. En el primero de los dos Estados, hallamos las vacilaciones de un gobierno que iba a constituírse: ¿el poder supremo deberá po-

(1) Materia muy discutida ha sido la de la personalidad de Quetzalcoatl: ¿existió realmente? ¿su existencia fue sólo una creación mítica? ¿procedía de pueblos extraños como dice la tradición, o será que algún sacerdote del dios cuyo nombre tomó el reformador, quiso hacer del culto un culto más humano, acaso, revelando a las muchedumbres la religión endotérica de los colegios sacerdotales? Esta última hipótesis es la más generalmente aceptada.

nerse en manos de un Pontífice o de un Rey? Después de largo tiempo triunfó la conveniencia de un poder civil.

Acabamos de ver como la teocracia tuvo una raíz profunda en los varios grupos de población que llegaron a Méjico. Ya la voluntad divina se respetaba en el querer del sacerdocio; ya se imaginaba como directa inspiración en la conciencia de sus profetizas: de esto último tenemos a la Xochitzin de la tradición, cuyos inspirados consejos salvó a Quatitlán de la ruina que le preparaban sus enemigos.

III

El summum del terror religioso creíamos haber encontrado en las delirantes fiestas del antropófago dios Baal; pero la equivocación es manifiesta: nada significa eso ante los espasmos de dolor que sembraban los sacerdotes entre los pueblos del Anahuac; la humanidad tiene que quedar atónita en presencia de los extravíos sin nombre del fanatismo, que se descubre en el pueblo de América que hoy estudiamos. Poco diré de las matanzas religiosas, de las fiestas de sangre de las que nos han dejado memoria; nuevas consideraciones tendremos que hacer sobre las religiones de los países del Continente Nuevo, y quizá sea entonces necesario extender este punto de vista. Hoy mi objeto es poner de relieve los contactos del culto azteca, con el que fue la mayor sombra de los cultos antiguos, el de los adoradores de Melcarte.

Recordamos en anterior capítulo, como el dios mitológico que había sacrificado a su hijo Jeud a la común salvación de los hombres, exigía, en recompensa de

aquel hecho, el sacrificio de niños sobre sus altares. Atrozmente torturador era la manera de muerte que el ídolo imponía: las brasas de una hoguera recibían para consumirla, a la tierna víctima.

El suplicio entre los mejicanos es tal vez más espantoso, parece como si la perversión de una refinada maldad, hubiera elegido la tortura mayor para el objeto de su odio. Los dioses de la lluvia y de las altas montañas, pedían al pueblo niños de pechos, y de las principales familias, que se sacrificaran en su honor. En la víspera de la fiesta los infantes designados, con atavíos magníficos y en lujosas andas eran llevados al templo de la ofrenda; y principiaban las torturas: Sacerdotes revestidos de sus ornamentos, eran los verdugos designados, su misión consistía en no permitir que las víctimas durmieran: con roncos cantos litúrgicos despertaban aterrorizados a los niños que dormían ¡El llanto de dolor y de miedo de víctimas incapaces de culpa, era el holocausto apetecido por el dios! ¡Salvajes extravíos del fanatismo que no perdona la inocencia y hiere los corazones de los padres en las fibras más íntimas de ellos! A los niños que habían sobrevivido al miedo y a la fatiga, se los abría, a la mañana siguiente, el cuerpo desfallecido para arrancarlos palpitante el corazón: la ferocidad sacerdotal se saciaba en corazones de infantes; y la luz de la aurora que resplandecía sobre la montaña o entre las aguas del lago elegido para tan espantable escena, alumbraba el epílogo de la tragedia.

Pero un más íntimo escalofrío de angustia, una repugnancia mayor nos espera, al recordar la fiesta de Toci (diosa de la Medicina) «nuestra buena diosa, madre de la tierra», como la llamaban en Méjico.

— Toci, en el pueblo de América, es la diosa de la medicina; en el valle del Nilo, Tot, es el autor de los libros Herméticos, y por lo mismo de las enseñanzas médicas allí —.

Nos hallamos en el mes de Ocpaniztli (del 6 al 25 de setiembre), y en días de algazara y alegría para los mejicanos; pero veamos como se divertía este pueblo.

Es una alegría feroz, mezclada con un sumo de amargura la que vamos a descubrir: desde el 11 hasta el 18 del mes, todas las tardes se celebraban danzas litúrgicas graves y acompasadas, había un silencio como de duelo, una alegría en la que se trasparentaba los bajos fondos del dolor; del 19 al 22 se practicaban luchas en que mujeres que ejercían la medicina, únicamente, tomaban parte; el símbolo de estas luchas es difícil de precisarlo, en estos combates simulados hacía el principal papel, úna entre ellas elegida, para representar a la diosa Toci. En el veintidós día, concluída la pelea, una procesión sagrada la conducía a la viva imagen de la diosa por los sitios más concurridos de la ciudad, para entregarla en seguida en manos de los sacerdotes de Chicomecoatl. El Rey te espera en su tálamo de mullidas plumas — le decían éstos — tú representas el consorcio de la tierra y el cielo en las delicias de la vida; y la llevaban a una vivienda próxima al templo. ¡Era la víspera de la fiesta suprema, del banquete de la muerte, de la embriaguez de la sangre!

Las tinieblas es un velo de horror y es embriaguez que despierta todos los instintos y todas las pasiones vehementes: la multitud rodea la habitación de la diosa y su inmensa algazara toma en la noche la voz profunda de una tempestad. En la media-noche las puertas se abren, por todas partes las antorchas chispean formando un inmenso brasero que parece reclamar una víctima; hay roja sangre que cae como una lluvia de maldición sobre todos los rostros; y entre el clamor de la multitud devota, con devoción feroz es conducida hacia el Teocali la encarnada diosa. Pero, llega a lo alto de la plataforma del templo sobre los hombros de un sacerdote, y ótro, como fiera de presa se lanza sobre la víctima y le da la muerte, un tercero la corta la cabeza, y varios terribles servidores de los dioses le

arrancan la piel a la simulada divinidad, para ponerla sobre los hombros del Pontífice. — Esta es la señal de la locura mística: la muchedumbre siente el espasmo del goce ante la sangre regada, y grita frenética; a los representantes de los dioses trastorna el vértigo del fanatismo: y mientras el Sumo Pontífice hace presa de cuatro esclavos y los asesina, los otros sacerdotes inmolan por decenas víctimas humanas. ¿Por qué las religiones siembran el espanto en sus adeptos? ¿No pueden subsistir sino por el terror?

Y siguen los festejos, pero la liturgia es hasta el último momento de repugnante espanto: las vírgenes consagradas portadoras del maíz, símbolo de la abundancia, van cubiertas con las pieles de los esclavos para regar sus granos sobre las muchedumbres.

El pensamiento se atormenta en vano para explicar los delirios a que llega la perversión del hombre.

II

Precisa que ahora señalemos el papel político-social que el sacerdocio ejercía en los países civilizados de Norte América.

Sabemos que la teocracia fue probablemente el primer gobierno de los otomíes, de los nahuas, de los chichimecas y de quienes vinieron de Aztláu; hemos señalado también cómo hubo soberanos que a su poder real unían la altísima dignidad del pontificado; pero ahora indicaremos lo que fue durante el gobierno civil de los reyes el grupo de los Colegios sacerdotales.

Habían escuelas superiores e inferiores a cargo del sacerdocio; las primeras servían para educar a la nobleza y a las personas destinadas al culto; en las otras a los miembros de las bajas clases sociales. Eran es-

cuelas superiores el Calmecac y el Telpuchcalli; y de lo que dice Sahagún se desprende, que sólo en el Calmecac, destinado a recibir únicamente a los neófitos del sacerdocio, se enseñaba los misterios de la religión y de la política; a los nobles todas las demás materias del saber, con la excepción dicha; y al común del pueblo ligeras nociones de ciencia se le permitía.

Eran pues los directores espirituales de todas las clases; ellos les inculcaban la religión y legislaban sobre ella; ellos les enseñaban la ciencia, el arte, la moral y la política; y como maestros, a medida que inculcaban la sabiduría, inculcaban el respeto, la veneración más bien, hacia ellos, los depositarios de la ciencia, los encargados por Dios para dirigir a los pueblos a la sabiduría y conducirlos a la salvación; esto, desde el ínfimo plebeyo hasta el Soberano del Imperio. Y no concluía la directa dependencia que hemos dicho, con la época de la enseñanza: en señal de perpetua sumisión, los hombres que abandonaban el templo — en donde con severa disciplina y rígida moral, se les preparaba a vivir una vida de sacrificio y de virtud — ofrecían a sus maestros ciertos regalos simbólicos que significaban aquella sumisión; y era tal, que más tarde cuando el antiguo discípulo quería contraer matrimonio, debía dirigirse primero en busca del consentimiento de su padre espiritual.

Que acaso hubo una religión endotérica de los templos, nos dice la reservada enseñanza teológica del Calmecac; pero los datos de Sahagún nos dicen mucho más, también la política era arte conocido sólo por el sacerdocio. De aquí resultaría que toda la dirección política del gobierno era obra de esta clase; y después de haber penetrado en los últimos fondos sociales de la conciencia, dirigían al Estado en sus funciones de relación con sus miembros y con los otros Estados. Y esto parece comprobarse con las categorías de Pontífices que encontramos entre los aztecas: en la cumbre de la aristocracia religiosa están, el Teoteculli, Pontífice cuya misión se relacionaba especialmente con los

negocios civiles; para el otro Pontífice sí, los asuntos religiosos significaban su principal misión. — Era tan alta la dignidad pontificia aquí, que se consagraba con el mismo óleo que a los Soberanos.

Por las condiciones especiales de esta clase, es que ella debe ser la responsable ante la humanidad de todos los vicios de organización de los pueblos que se estudian; su consejo era la regla de conducta en todo acto público y el que dirigía la administración y el gobierno.

El Rey — educado en el santuario — también de manos de los Pontífices recibe su consagración. Casi desnudo iba al templo, en señal de dependencia, como humillado en su prosperidad ante un poder del cual el suyo no era sino una derivación. En el templo vestíale el sacerdote, ceñíale la mitra que representaba el poder y le señalaba los deberes que le imponía su reinado, los principios que debían informar su política.

Hé ahí como el Soberano, según el concepto de este pueblo, todo lo debe al sacerdocio: a su bondad, la coronación: ya se lo considere al Sumo Sacerdote Alillancalqui (jefe de la casa negra), como uno de los cuatro electores entre los aztecas, para dar al Imperio su Monarca; o ya se fije los ojos en el Pontífice que le ungía con el óleo santo de la consagración; a la sabiduría de esa clase debía el consejo; y hasta la desnudez de su cuerpo se le cubría simbólicamente en el santuario, con el manto de los dioses, para significar como el Pontífice tenía el poder en sí, de ofrecer su carácter divino a la realeza. ¿Podrá suponerse después de esto la independencia de los Reyes frente a aquella clase privilegiada? Y todavía nos refiere la Historia que, como los Faraones, cada uno de los días de su reinado el príncipe debía dirigirse al templo a recibir las lecciones del sacerdote, hacia la recta administración del Estado y respecto a sus deberes.

Veamos lo que sucedía entre los egipcios después de Manes, en las mutuas relaciones de los poderes civiles y de la clase sacerdotal. La primera dignidad del

Imperio nos dice la Historia, después de la dignidad real, era la de Sumo Sacerdote; pero si en aparente dignidad era inferior al Soberano, en poder real no cabe disputarle la primacía: los sacerdotes y los guerreros elegían entre los miembros de la familia real, al que lo creían más apto para suceder en la corona, y sólo los primeros como jueces supremos del reino, podían destituírle, en cualquier momento que lo consideraran indigno de gobernar: se le mandaba al Rey mismo, en nombre de Amnón, la orden de matarse (1). El Sumo Sacerdote ponía sobre la frente del elegido la mitra de Osiris, distintivo del poder soberano; y todos los días del Rey, eran días de sumisión y acatamiento a la voluntad divina que se revelaba por boca de sus ministros: «cada mañana había de entrar en el templo donde el Sumo Sacerdote le dirigía la palabra acerca de las regias virtudes» (2). De que en este pueblo la sabiduría era patrimonio de los habitantes de los templos, no cabe que repitamos; sólo diré que ellos repartían este bien entre los demás, a medida de su querer.

* * *

Para terminar el estudio de la preponderancia de la clase sacerdotal en estas civilizaciones, precisa que algo digamos con relación a las ciudades no propiamente mejicanas, y que además indiquemos los hechos históricos que en Méjico mismo señalan, lo irrazonable ya del poder sacerdotal.

Entre los pueblos que habitaban la actual República del Salvador, el Teoti (divino), cuyo poder han dicho los historiadores, contrabalanceaba al del Soberano; de-

(1) Diodoro.
(2) Cantú.

cidía, en unión de otros cinco sacerdotes principales, todos los asuntos de Estado, y hasta determinaban los casos de guerra y los casos de pedir la paz. Realmente era un Soberano, hasta con derechos hereditarios, pues, a su muerte le sucedía en el empleo su hijo primogénito; se vuelve a dar aquí el hecho singular de un poder con un gobierno nominal, y de un gobierno efectivo que carece de la designación de tal.

Los sacerdotes quinchés, llamados todos maestros de la ciencia, eran príncipes de la más alta nobleza, que ejercían los cargos públicos de la mayor importancia.

Pero, sobre todo nos hallamos en presencia de la clase sacerdotal de los zapotecas; aquí soberbiamente el sacerdocio, arráncase la máscara de una fingida sumisión al poder civil, y ocupa los primeros puestos y las primeras dignidades. El fausto más insultante para los Monarcas confederados, acompaña a la marcha del Pontífice de la ciudad de Yopaa, reina absolutamente allí, y humilla a los reyes que sumisamente le visitan: su asiento es el más alto, sin que permita jamás ocupar, a ningún rey o príncipe, asiento que esté a la altura del suyo. Tal vez en ninguna Corte se desplegó magnificencia mayor que en la del palacioesplén dido de Yopaa.

A fines del siglo XV, leemos en la Historia, grandes fueron los desórdenes a que se entregó el sacerdocio de Huxotzingo; el Rey Tultecatl quiso reprimir esos abusos, desolado al ver la licencia de las costumbres, quiso reformarlas; pero la insolencia del Pontificado y del sacerdocio opuso una resistencia violenta y agresiva, y el pueblo apoyó a los depositarios de la religión.

Así es como la clase sacerdotal llegó a imponer no sólo el capricho de las creencias que quería enseñar, sino el capricho absoluto de su voluntad; los Reyes eran impotentes contra ellos, y, o se sometían a sus deseos o sufrían la derrota moral y política de una revolución triunfante. Recordemos al magnífico Netza-

hualcoyotl, el que mandó construír el templo del dios invisible, el de los admirables jardines colgantes, el de las construcciones fastuosas; el gran político, el hombre de ciencia, el poeta; recordemos a éste, uno de los más poderosos y mejores entre los Reyes, no sólo de los chichimecas sino entre todos los que rigieron el país del Anahuac; cómo sugestionado por el sacerdocio ordena sangrientas hecatombes, para disipar decíase el furor de los dioses. El filósofo, sabio y prudente, atropellando todos los fueros del derecho y de la humanidad, para obedecer a los dictámenes del fanatismo.

La antropofagia religiosa impone aquí una costumbre cuyo salvajismo no ha sido igualado tal vez por ningún otro pueblo: cada nuevo príncipe que ocupaba el trono tenía la obligación irreemplazable, de salir a caza de prisioneros para alimentar los sacrificios de los templos; esta era la guerra religiosa aquí, expediciones, no para conquistar fieles, sino para capturar víctimas.

Se nos oprime el corazón al leer la historia de Méjico: Ahuizotl consagra el templo de Huitzilopoztli con el bautismo de la sangre que derraman ochenta mil víctimas humanas; Moctezuma Ilhuicamini deja un río de sangre en el sendero que recorre triunfante. Por todas partes insignias de muerte, señales de matanzas atroces para satisfacer una religión terrible.

Sólo los delirios religiosos de los fenicios se acercan en parte, a los hechos de estos adoradores de Huitzilopoztli.

V

Llegamos hoy al poder que rodea la más aparatosa majestad, todo el brillo deslumbrante de los suntuosos cortejos, en los Imperios despóticos de todos los tiempos; allí está el fausto, la decoración, el símbolo ex-

terno de un gobierno, cuyo efectivo poder, a veces, está en ajenas manos. — Aquí es donde debemos hablar de la institución de la realeza; pero debemos decir también, de la forma efectiva del gobierno del pueblo y de las instituciones sociales que formaban la trama del Estado.

Tendencia constante de la Monarquía ha sido la de convertirse en hereditaria en la familia que la alcanzó; esto sucedió en el pueblo de Manes y en el de Moctezuma; pero lo que hay de singular en éstos, es que al convertirse la Monarquía en hereditaria, no perdió por eso, del todo, la calidad de ser un régimen electivo, dentro de limitadas funciones para los electores; y lo que principalmente debe tenerse en cuenta, la institución está igualmente reglamentada en los dos Estados.

«Entre los guerreros era elegido el Rey cuyo poder pasaba al primogénito y después a las hijas, a los hermanos y hermanas, conservando no obstante, la forma electiva. Los candidatos debían residir junto a Tebas, donde estaban las tumbas regias, y donde hacían las elecciones los guerreros y los sacerdotes» (1).

Que participaban del carácter electivo y del hereditario las coronas de las diversas ciudades mejicanas, nos dicen los cronistas españoles; sólo que en la propia ciudad de Méjico, se elegía primero entre los hermanos del difunto Rey, y en Texcuco y Tacuba entre los varios hijos que quedaban, sin que se tuviera en consideración la primogenitura.

No cabe hasta aquí mayor semejanza; pero en el trozo transcrito de Cantú, hemos leído además: las clases sacerdotal y guerrera elegían al nuevo Monarca entre los pretendientes. Cuatro eran entre los aztecas, los electores que debían designar la persona que ocu-

(1) Historia de Cantú.

paría el trono: uno de ellos era el Alacochcalcatl, o sea, el jefe de las milicias; y el otro, el Jefe de la casa negra, de que ya hemos hablado. Aquí como allá, las clases sacerdotal y guerrera, ya directamente, ya por medio de representantes suyos, hacen la designación. — Aquí una especie de mitra es el distintivo real (véase Sahagún), allá la mitra de Osiris hace de corona.

Entre los aztecas la corona pasaba preferentemente de hermano a hermano — sucesión fraterna —, esto lo sabemos; en el Egipto tenemos el hecho bien comprobado, de una sucesión semejante: Cheopos sucede en el trono a su hermano Chefren, y sólo a aquél, hereda la corona el hijo de éste, Miserinos — el de la famosa pirámide — (1). Esto nos hace pensar con bastante fundamento, que entre los Faraones las primeras sucesiones reales, iban de hermano a hermano; y aun cuando fuera falsa esta deducción, siempre quedaría en pie lo íntimo de la semejanza entre las dos instituciones.

Por último: hallamos aquí, como en el faraónico reino — cual si la historia quisiera recordarnos, en las semejanzas hasta superficiales y aparentes de sus vidas, la igualdad de sus civilizaciones —, el hecho de que, pasado el período llamado teocrático, algunos Pontífices, no sé si decir, escalaron o descendieron hasta el poder real; ejemplo, el famoso Moctezuma, la coronada víctima de los conquistadores. Y hay además una nueva coincidencia, algo que extraña a primera vista, igualdad de hechos sorprendente; este Moctezuma, espléndido y fuerte, Pontífice rey, como el Psamético de la historia egipcia, inicia en su reinado la disolución del Imperio (2).

---

(1) «Historia de las Naciones».
(2) Laurent. ob. cit.

* * *

Bajo el Pontificado y la Soberanía, que son el Sol y la Luna para usar del lenguaje medioeval; están las demás funciones del Estado, y ante todo, la administración de justicia.

En el Egipto la función judicial correspendía a treinta jueces escogidos en los diversos colegios sacerdotales, que juraban no obedecer las sugestiones del Soberano cuando tratara de torcer la rectitud de los fallos, ellos mismos elegían su presidente, y a su cuello colocaban una cadena de oro, con la imagen de la diosa Saté; éste era el Tribunal supremo e inapelable.

Una singular institución hallaron los españoles en Méjico, y era un traslado exacto de lo que se conocía en la Europa de entonces como Ordenes de caballería; institución guerrero-sacerdotal que los aztecas llamaban — a sus miembros — en general, Nahual Tetcuctin (maestros de la sabiduría y de la ciencia), y formada de cinco colegios; uno de éstos era el Tribunal supremo de justicia, el de los tzompan-tetcuctini (jueces); al Juez que había cometido un prevaricato se le castigaba con la muerte.

Demasiado largo y sin grande importancia sería el examen de todas las costumbres sociales y la comparación de las instituciones todas entre los dos Imperios que estudiamos; pero precisa que se acentúe, eso sí, la observación sobre ciertos particulares comunes de los dos; mas, antes de ello, hablaremos de la privilegiada situación en que se hallaban los comerciantes en el país nahua, formando una verdadera aristocracia.

No podía extrañarnos el encontrar entre los fenicios, que la aristocracia perteneciera particularmente a los mercaderes; pueblo de comerciantes, la riqueza debió ser la cualidad más estimable entre ellos; y Aristóteles

pudo decir con verdad del gobierno de Cartago, que era una aristocracia que tendía a la oligarquía y a la riqueza; el poder real, nos dice la Historia, se hallaba en esas ciudades comerciales entre las manos de sus familias ricas.

Esta privilegiada posición de los mercaderes, única entre los Imperios de la antigüedad, encuentran los conquistadores en América.

Se afirma que en la historia de los pueblos del Anahuac, el nombre tolteca se llegó a tener como sinónimo de hábil y atrevido comerciante; y téngase en cuenta que el tolteca es uno de los pueblos a quienes más debieron las civilizaciones americanas. Mas, aunque fuera inexecto ese dato, tendríamos el hecho bien comprobado por todos los historiadores de ese país, que la clase en referencia formó una verdadera aristocracia: su importancia dentro del grupo era tal, que en medio de los combates de diferentes ciudades, si se presentaba una caravana de mercaderes, se suspendía la batalla hasta que pasaran; y sobre todo, tenían hasta un fuero privilegiado: una especie de Cónsules semejantes a los que en la Edad Media servían para dirimir las contiendas de comercio.

De peso es esta semejanza descubierta, con los adoradores de Baal Moloch; pero hay otra condición política donde se presentan nuevos contactos entre las dos civilizaciones.

Sidón, Tiro y Arado, Sarepta, Botris, Ortosia, etc., eran generalmente gobernadas por un Rey, y formaban entre sí triples alianzas: unidas en la paz por el comercio, y en la guerra por la común necesidad de la defensa (1). De estas alianzas triples nos da noticia la tradición mejicana desde las edades más lejanas: los habitantes de Tula que miran venir como una inmensa avalancha los pueblos chichimecas, conciertan con ellos una alianza de tres reinos; el Rey de Tula comenzó

(1) Cantú.

por tomar la supremacía, y más tarde se convino en dar al Monarca de Colhuacán el título de Tlatocal Achacal (el primero de los Reyes). Para no seguir con minuciosidad este asunto, sólo nos referiremos además, a la triple confederación de Netzahualcoyotl: cuando triunfó de sus enemigos, compartió el Imperio con Totoquiyauthzin, Señor de Tlacopán, y con el Rey de Méjico Itzcohuatl, fue la alianza de los chichimecas, de los tecpanecas y de los toltecas culhuas.

IV

Algo hubo de muy singular entre las costumbres de los antiguos egipcios: el recuerdo austero, y más que austero aún, el recuerdo sombrío de la muerte; que en los momentos más felices de la vida, en medio de las mayores prosperidades, debía tener presente el individuo. Todos sabemos como en los banquetes egipcios presidía siempre el festín algún cadáver momificado; nadie ignora tampoco como, el primer acto de cualquier reinado al comenzar, se dirigía al trabajo de una morada adecuada para el Monarca después de sus días, morada que procurábase hacerla inviolable, ocultándola de cuantos pudieran por venganza u odio, ir a perturbar a la momia en el descanso del sepulcro; por eso seguramente, los inmensos hipogeos que entre los ásperos breñales de la cadena Líbica, mandaba a construír la décimoctava dinastía. Magníficos templos mortuorios en cuyo seno se ocultaba el poema vivido de una civilización que se extinguiera hacía muchos siglos; pero de aquellas rocas ha brotado la voz de los sepulcros, para revelarnos el misterio de los pueblos que fueron.

Ese supremo sentimiento de la muerte que no trataba de apartar de sus ojos el egipcio, esa idea que le obli-

gaba a los mayores sacrificios y que le imponía una vida moral y una conducta buena; aparecen también aquí, en Méjico. Los sacrificios sangrientos en medio de fiestas, como coronación de una victoria o entre la delirante alegría de la ebria muchedumbre, les acostumbraría a ver sin temor que llegara su última hora; todos por otra parte debían estar resueltos al sacrificio, nadie podía saber si el dios en cualquier momento exigiría su vida como el apetecido holocausto. Y si preparados estaban todos al sacrificio, había además que, como entre los hijos del Nilo, el sacerdocio procuraba hacer presente en medio de los mayores regocijos, entre los agasajos mayores, la idea de su próximo fin al que era objeto mismo de esas fiestas. — Así era la ceremonia de la coronación entre los Monarcas aztecas: llegado al templo el elegido Rey, los sacerdotes colocaban sobre su cabeza un velo azul y otro negro, después de ungirlo con el óleo sagrado; un manto se le ponía sobre los hombros que debía recordarle lo efímero de la existencia, pues llevaba pintado restos de esqueletos humanos. La ceremonia, imagen de la muerte, recuerda inmediatamente el Egipto.

VII

Hemos recordado como la idea generadora de gran número de actos humanos de los egipcios, aquella que fue siempre su preocupación constante, fue todo cuanto se relacionaba con su última morada, con el descanso perfecto de sus restos mortales momificados. Dijimos también, cómo para el individuo debía estar siempre presente aquel recuerdo, y que así como en el Egipto, en Méjico aparece la misma preocupación. — Pero ahora, antes de estudiar la constitución del Perú incásico, debemos referir una costumbre muisca — de los *hom-*

bres (1) civilizados de Nueva Granada, anteriores al descubrimiento — ; costumbre que refleja, quizá más que ninguna otra, la identidad hasta externa entre los hechos sociales del pueblo del Nilo y de los que este Nuevo Mundo habitaban; me refiero a lo siguiente: «Los sacerdotes — muiscas — apenas subía al trono un nuevo Rey, le preparaban una tumba en lugar muy oculto y que jamás a nadie revelaban» (2). No necesito comentar este hecho, ya que por sí revela a primera vista, la verdad que he afirmado, sobre la identidad *hasta material* de lo que hacían los Faraones al ocupar el trono; «la primera preocupación de todo nuevo Monarca, era la de mandar coustruír magníficos sepulcros».

---

(1) Muisca, en el leguaje de las poblaciones así llamadas, equivalía a *hombre;* como el *runa* de los quichuas.
(2) Pi y Margall ob. cit.

CAPITULO VI

INSTITUCIONES POLÍTICO SOCIALES DEL TAHUANTINSUYO

Como para la América Setentrional, en la América del Sur, es sumamente difícil de señalar la época en que llegaron sus primeros habitantes y la exacta procedencia de ellos. Tres o cuatro subespecies han creído descubrir quienes han estudiado la etnografía del Continente meridional. — Para comenzar el estudio de la cultura peruana, hace falta que señalemos en breves términos la provable inmigración de tribus; mas, lo que es hoy la República del Ecuador fue una parte importante del Imperio Incásico, en primer lugar, y singularmente, ésta y las regiones del Perú antes de Colón, parece que casi formaban una unidad etnográfica; por lo cual bastará que apuntemos lo que nos parece probable de las sucesivas poblaciones en el Reino de Quito, para que quede comprendido en gran parte, dentro de este estudio, casi todo lo relacionado con los varios grupos etnográficos que llegan al Tahuantinsuyo — ¿Cual era la condición político-social del sacerdocio en el Imperio de los Incas? Su posición privilegiada parecía proceder ante todo de la consideración familiar, de sangre, del grupo donde se buscaba los ministros del culto oficial; además, esta clase desempeñaba una verdadera función de gobierno, eran empleados del Estado sus miembros. — Los sacrificios sangrientos que practicaban los aborígenes a pesar de los esfuerzos de predicación, para abolirlos, de Manco Capac y sus descendientes; hubo que llegar a tolerarlos, restringidos eso si a la medida de lo posible. — El dominio de la tierra y su distribución. — El matrimonio fraterno del Inca, es institución política singular, que tiene sus raíces en las costumbres y en el mito del pueblo del Nilo. — Costumbres supervivientes hasta nuestros tiempos, cuyo origen egipcio es evidente.

I

En el dintel de toda historia que tratamos de franquear, hay un enigma, surge una interrogación y un silencio, o la débil voz de la leyenda, difícil, muy difícil de traducir.

¿Cuáles fueron los primeros pobladores del Perú? El Ecuador ¿qué gentes lo habitaron primero? Sabias investigaciones se han hecho, y por ellas, apenas tenemos breves datos sobre su antigüedad y sus condiciones sociales, o hipótesis ligeramente razonables.

Poderosos investigadores de las mas diversas ciencias, Darwin, Humboldt, D'Orvigny, Wilson, Reclus, etc. etc., han hecho de este Continente Sur del Nuevo Mundo, el objeto predilecto de sus profundos y magníficos estudios. Pero, a medida que se conocen los resultados a que éllos llegaron, sentimos condenzarse más las tinieblas que rodean a todo problema relativo a la historia del hombre de América. (1)

---

(1) Estas son las obras que se han de consultar sobre el contenido del capítulo que comenzamos: Entre los cronistas antiguos: Pedro Cieza de León «Crónicas del Perú» (tres partes); Garcilaso de la Vega «Comentarios Reales»; Cristóbal de Molina. «Relación de las fábulas y ritos de los Incas»; Fernández de Oviedo y Valdez. «Historia general y natural de las Indias». — Entre los escritores modernos: el Barón de Humboldt, «Citios de las Cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas de América»; Alcides D'Orvigny, «El hombre Americano»; Beuchat, «Manual de Arqueología americana». Del P Velasco los esdios de Historia del Reino de Quito; de González Suárez, el «Estudio Histórico sobre los Cañaris», la «Historia general de la República del Ecuador» y las «Notas arqueológicas»; de Francisco Pi y Margall, «La Historia de la América Ante Colombiana»; Dn. Jacinto Jijón y Caamaño «Los aborígenes de la provincia de Imbabura»; Prob. Julio María Matovelle «Cuenca de Tomebamba», del escritor chileno Joaquín Santa Cruz sus artículos sobre el indio ecuatoriano, publicados unos en las revistas de su país y otros en el «Boletín de la Academia Nacional de Historia», una de las revistas más notables de América En el «Boletín» que acabamos

Ciento treinta y un años habían pasado apenas desde el diluvio — dice en su obra sobre el Orinoco el P. Sumilla — cuando el hombre vino a establecer sus hogares en el Continente Americano; cinco siglos posteriores a ese cataclismo, conservaba vivo su recuerdo en la posterior humanidad, cuando el Perú vió llegar sus primeros pobladores, hallamos en Montesinos; la primera época del Reino de Quito comienza, *pocos siglos* después de la milagrosa salvación de Noe, relata el P. Juan de Velasco. De un modo muy singular coinciden éstas y otras historias sobre las primeras poblaciones que llegan a estas tierras occidentales; y hay además, que el P. Sumilla habla de descendientes de Cam, Montesinos de una población Armenia que instala sus viviendas en el Perú; y Juan de Velasco: «me atengo a la opinión que tuvieron de ellos mismos los indianos de Cuba, esto es que son la mayor parte descendientes de Cam»; por mas que esta afirmación la relacione con conceptos religiosos extraños a toda investigación científica.

Las investigaciones que ya en el Norte, ya en el Sur de América se han hecho, han dado fundamento para afirmaciones mucho más avanzadas y que, sin relacionarse con un suceso, el cual al ser verdadero, no se sabría por lo menos la fecha en que tuvo lugar; calcula en un número inmenso de siglos los primeros habitadores humanos de esta parte del Mundo.

Fabulosos parecen a primera vista, los cómputos de quienes desentrañaron de debajo de profundas capas de terreno, mezclados huesos de hombres y animales;

---

de citar se encuentra un número importante de publicaciones de hombres de grande erudición y de talento sobresaliente; en cuyo número precisa señalar ante todo a los siguientes: al sabio alemán Max Uhle que desde hace muchísimo tiempo y con admirables resultados se viene dedicando a estudios americanos; Otto von Buchwald, Rafael Karsten, el Sr. Jijón y Caamaño etc. Se han publicado además en el Ecuador un gran número de trabajos, entre éllos el del Sr. Pío Jaramillo Alvarado «El indio ecuatoriano» (reciente).

Mr. Bennet Dowler da para el esqueleto humano hallado en Nueva Orleans, en medio de un bosque fósil, una antigüedad que alcanza a la enorme cifra de años de 56.600; Agassiz calcula el año diez mil, para la muerte del hombre cuyos restos se encontraron en un arrecife de coral de la Florida. En vista de estos datos aparece insistente siempre, la misma interrogación ¿cuántas decenas de siglos debe calcularse para la vida de la humanidad aquí, en América? Mas la pregunta está aislada, sin una respuesta.

Pero la singularidad del suceso aumenta en grado, al recordar que restos de hombres de la Edad Cuaternaria y hasta de fines de la Edad anterior, recuerdos del período neolítico y hasta paleolítico, se encuentran diseminados, tanto y más que en el Continente del Norte, en el Meridional ¿Hubo varios senderos de comunicación para que estos primeros emigrantes llegaran? ¿Procedieron del Norte los primeros grupos venidos al Sur, o subieron de aquí para extenderse por las latitudes setentrionales? Los enigmas se amontonan en torno de todas estas cuestiones; parece que anduviéramos por un bosque donde la fascinación de cada sombra tomara el relieve de una realidad intangible, para nuestra fantasía. En el Brasil, en la Argentina se levantan como fantasmas de una antiguedad incalculable, los restos de hosamentas medio pulverizadas; Wilson descubre en nuestra Provincia de Esmeraldas (Ecuador) dentro del mar y bajo una capa de tierra que cubrían depósitos marinos de seis pies de espesor, objetos de arte humano que manifestaban ya una muy adelantada cultura.

Pero apartándonos de tantas dudas, en lo que los mayores investigadores parecen convenir, es en señalar a esos habitantes primitivos de América, como contemporáneos y en igualdad de condiciones de cultura, que los hombres diluviales más antiguos de los países de Europa.

Mediante un gran número de sepulcros escavados y reconocidos por el notable sabio Max Uhle en las regiones de Arica y Tacna, se ha encontrado éste capacitado para poder diseñar en qué consistía la pobre cultura alcanzada por los primeros pobladores de aquellas regiones, y esbozar también breve y aproximadamente su estado social.

Que éstos, los más antiguos habitantes de Arica y Tacna, fueron tal vez los primeros pobladores de estas costas, se halla en el estudio del doctor Uhle: «porque en mayor grado que los otros hombres primitivos encontrados al Norte, dependían en su forma de vivir enteramente, de los recursos más sencillos, empleando del modo más primitivo, tal como se los presentaba, la Naturaleza»; pero al lado de sus comienzos de cultura, veamos los caracteres de constitución orgánica de esos mismos hombres: «El tipo somático de los aborígenes de Arica, tiene algunos caracteres sumamente primitivos, como la forma gruesa y compacta de todo el esqueleto y del cráneo, la estrechez del arco dentario, la curiosa reunión de numerosas raíces de los dientes, como los *diluvianos de Krapina en Europa*». La conformación anatomo-fisiológica muy cercana a la de la animalidad se presenta de manifiesto aquí; por eso se puede creer, como parece creerlo también Max Uhle, que semejante a este grupo debieron ser los de la inmigración más lejana a los dos Continentes unidos; es la inmigración «de hombres, no de razas» que he dicho, la cual constituyó la base de la combinación de sangre, de la fusión de aptitudes que formó la raza americana en la singularidad de sus caracteres.

Mas aparece aquí una perplejidad para mi espíritu: al lado de tan rudimentarias condiciones «sorprende la mezcla de costumbres.... muy adelantadas» — continúa el investigador Uhle —, por ejemplo, el arte importante de la momificación por más que se lo halle en comienzos solamente. ¿Sería una inmigración cuyos hombres retrazaron aquí por las circunstancias del me-

dio por ellos ocupado? Pero ¿podremos llegar a creer en una degradación física equivalente en totalidad al descenso moral, cuya importancia llegue a los resultados descritos? pérdidas anatomo fisiológicas tales ¿procederán de la atrofia de los órganos faltos de funcionamiento o empleados en una forma inconveniente? y ¿cómo considerar en quietud un organismo perteneciente a hombres que se dedicaban a la pesca, por ejemplo? La resolución de todos estos problemas exigiría un estudio de propósito distinto de aquel que nos guía; pasaremos por tanto a exponer cuestiones de mayor valor en tal sentido.

Para abreviar el estudio voy a señalar las etapas, la sucesividad mejor, de las inmigraciones americanas en el Continente del Sur, ciñéndome a lo hecho por el escritor chileno Joaquín Santa Cruz — según la síntesis de tal trabajo, publicada por Pío Jaramillo Alvarado (1) —: 1°. indios primitivos de la Edad de piedra, muy semejantes a los de la misma época europea; 2°. indios pescadores de cráneo angosto, cuya supervivencia la caracteriza los fueguinios; 3°. raza más blanca, mesaticéfala, agricultora. A esta raza pertenecen los quechuas y los aymaraes de las altiplanicies del Ecuador, Perú y Bolivia; 4°. la de los Uros, cuyo idioma es el arawaca. — Esas fueron las más antiguas inmigraciones, y hay otras de épocas más cercanas; pero estas últimas, por la singularidad de que, según los datos de las más importantes y nuevas investigaciones, parece poder afirmarse para los pueblos venidos a la vertiente occidental de los Andes y al país interandino, en la América Meridional, tienen su representación más característica entre los diversos y sucesivos pobladores del Ecuador; y porque además, es cierto que los nuevos pueblos llegados a las costas del Pacífico son constantemente salidos desde las costas orientales, en marcha hacia el

(1) Pío Jaramillo Alvarado «El Indio Ecuatoriano».

occidente, o del Norte al Sur y al contrario; por eso estudiaremos en el siguiente párrafo, entre los grupos posibles de descubrirse en el antiguo Reino de Quito y en las provincias orientales y occidentales de la actual República del Ecuador.

* * *

Mas, ¿cuáles son las familias distintas de pobladores que procedentes de la raza americana ocupan las comarcas del Sur? o todavía mejor ¿cómo podremos subdividir la raza cobriza por los habitantes meridionales del Continente?

Alcides D'Orvigny en su obra, «El hombre americano de la América del Sur», sostiene que estos indígenas pertenecen a tres razas diversas: la andino-peruana, la pampeana y la brasilo-guaraní, subdividiéndolas en seguida, en numerosas ramas. Ya hemos dicho como, en conformidad al concepto por nosotros razonado, todas esas poblaciones pertenecían a una raza única, pero ¿cabrá designárselas como sub-especies distintas? y en tal sentido ¿se habrá agotado con ellas la clasificación?. Respecto de los andino peruanos, yo me atrevería a agruparlos en una sub-especie separada de todos los otros pueblos en su condición; el elemento blanco, en fuerte proporción ingerido para la constitución étnica e influyendo poderosamente en la aptitud y en la condición moral de progreso para el Tahuantinsuyo, da suficientes fundamentos para llegar a afirmar lo dicho. Y ¿de los guaraníes y de los pampeanos se dirá cosa igual? muchos reparos podríanse oponer a tal distinción: es cierto que ligeras prolongaciones de la influencia blanca parece haber alcanzado a estos segundos grupos, especialmente, a los guaraníes de Uruguay y a los araucanos entre los habitantes de las pampas; pero, es verdad también que esas influencias fueron casi totalmente sofocadas por los instintos y el temperamento

de los aborígenes, tan débilmente mezclados con los extranjeros.

La sub-raza, después de ser una unidad antropológica, es una unidad moral; conciencia tocada por las cualidades y las aptitudes diversas de dobles gérmenes generadores, en la decisiva constitución de un carácter bien definido.

Mucho mas conformes con nuestras opiniones generales, sin que puedan no obstante identificarse con ellas, son las afirmaciones de D'Omalus D'Halloy, y especialmente de Alfredo Maury (1); ambos reúnen a los indios americanos en un solo grupo, denominándolo raza roja; pero Maury señala estas familias dentro de ella, para Sud-América: la brasilo-guaraní, la pampeana, la araucana y la andino-peruana; muy natural parece que se separe a los araucanos de las otras tribus de las pampas por sus caracteres físicos y morales. Pero esta separación en familias es aceptable como una separación étnica, siempre que corresponda entre las tribus salvajes y bárbaras, a la distinción por nacionalidades, que se hace de los pueblos civilizados o semi-civilizados.

Bajo la aclaración precedente y como un factor ilustrativo, voy a repetir la parte de la clasificación racial traída por la Geografía Universal, en lo relacionado al punto en discución; principiando por referir la equivocada idea directora en la más amplia separación de ramas, para evitar cualquier error. Los hombres americanos, afirma, constituyen una rama de la raza amarilla; no hace falta insistir en la demostración de lo contrario, y entremos en los detalles de la subdivisión en grupos de hombres del Sur.

«Entre los tipos étnicos de la América del Sur, conviene señalar en primer término la reducida familia de los *antis*, que ocupa una vertiente de los Andes de Bolivia y que parece enlazar directamente con el

(1) Véase en la «Historia General» de González Suárez, la nota del primer tomo pág. 298.

tronco blanco por el color de la piel y el conjunto de sus formas, por sus ojos negros horizontales, labios delgados y orejas pequeñas. La familia peruana, cuyos más famosos representantes fueron los chibchas, quechuas, aymaraes y huancas, y especialmente los incas, que daban al país los príncipes soberanos, está localizada al Oeste de los Andes, y avanza algo hacia el centro del Continente. El color de esta familia étnica es aceitunado; su estatura pequeña y sus formas macizas. En la misma vertiente de los Andes, pero más al Sur, hasta la Tierra del Fuego, y desbordándose por las altas mesetas de la cordillera, hallamos la familia araucana, cuyos representantes no exeden de 20.000 individuos. — Los araucanos tienen bastante analogía con los peruanos, aunque su tez es más clara. Los fueginios se dividen en onas, al Norte, y yaganes, al Sur; estos son inferiores como grupo étnico; los primeros son parecidos a los patagones.

«La familia pampeana, en número de 30.000 aproximadamente, se extiende al Este de los Andes, en las pampas de la República Argentina y comprende principalmente los patagones o tehuelches, y los puelches o querandís; todos son salvajes dolicocéfalos, de constitución atlética en ciertas tribus y elevada estatura (un metro setenta y cinco y hasta 1, 92 m). Son los más oscuros del Continente americano.

«Citaremos, por último, como notable la familia guaraní diseminada en tribus aisladas por casi todo el Brasil, los guaraníes son braquicéfalos, de color amarillento muy claro, de estatura regular, formas macizas, rostro lleno, redondo, con ojos pequeños y algo oblicuos. Con los guaraníes enlazan los botocudos, célebres por la costumbre que tienen de atravesarse el labio inferior con un disco de madera como adorno». (1)

---

(1) Véase la «Geografía Universal» editada por Montaner y Simón, en el primer tomo, el capítulo destinado a la clasificación de las razas.

En mis apuntes, tomados de los artículos que Joaquín Santa Cruz publicó en una revista de su país, encuentro:

«Cuatro colonias distintas de las tribus maypurés o arawacas parecen haber bajado de la parte Norte del Continente Sud Americano hacia el Ecuador, en tiempos remotos»: 1°. los uros, muy semejantes a los joagiras de las Antillas; 2°. los puquinas, que fueron conquistados por Sinchi Roca; y 3°. los huancas, tres grupos étnicos, quienes atravesando el Ecuador llegan hasta el Perú, dice el autor; y luego, como cuarta corriente de inmigración señala el arribo de los caras, los cuales — continúa — no avanzaron mas al Sur del país donde estuvo situado el Reino de Quito. (1) La última afirmación del Sr. Santa Cruz requiere sea modificada en consideración a las razones de verosímilitud histórica de las cuales hoy disponemos, para afirmar con nuestro historiador Velasco, y con el cronista Anello Oliva, el parentesco de los compañeros de Manco Capac y de quienes con Quitumbe penetraron en los Andes ecuatorianos.

Por todos los datos disponibles en el presente estudio, creo poder señalar en los siguientes términos la historia de las sucesivas poblaciones del Tahuantinsuyo: larguísimos siglos antes de que cualquiera inmigración de pobladores bárbaros vinieran a introducir algún principio de cultura en estas comarcas, habitaban en las mesetas interandinas y en las regiones del litoral, tribus en estado primitivo de salvajismo, sin una constitución política permanente, sin leyes y sin instituciones sancionadas e inquebrantables; de estas poblaciones no podríamos señalar la procedencia ¿vinieron del Norte? ¿llegaron por mar y derramándose por el litoral se internaron luego hacia las tierras encerradas y defendidas por las gigantescas murallas de las cordilleras?

---

(1) El artículo de Joaquín Santa Cruz al cual me refiero, es el segundo de la serie publicada por el autor bajo el título de «Los indígenas del Ecuador».

nada podemos conjeturar con fundamentos suficientes a estos respectos. Antes dijimos, y es lo único posible de repetirse, probablemente en el fondo de la constitución racial americana, podemos suponer la existencia de contingentes negros; de ahí el cráneo angosto de sus más antiguos hombres.

Pero a estas mismas tierras llegan, aunque muchos siglos después, importantes grupos de población portadores de aptitudes singulares, cuyos destinos serán desarrollarlas ampliamente en los lugares de su definitivo asiento. Desde ese momento y en los sucesivos tiempos, las inmigraciones de mayor importancia vendrán del oriente, de las costas del Atlántico, o del Norte, del Mar de los Caribes.

Los guaraníes, avanzando por las márgenes del Amazonas, flanquean la cordillera oriental y se filtran en las mesetas de Bolivia, en las del Perú y del Ecuador, etc; aquí, por esa inmigración se forman las poblaciones de los cañaris y de los puruhaes.

De los puruhaes, lo ha dicho expresamente el ilustre historiador González Suárez: son pueblos procedentes de una inmigración caribe; para los cañaris, igual procedencia señalan — cuando menos para un grupo de sus pobladores — cuantos se dedicaron a estudiar la arqueología de las regiones por ellos habitadas. Seguramente las conquistas de cultura que llegamos a descubrir como pertenecientes a estas poblaciones, deben atribuírse al pueblo caribe, cuyas nómadas tribus atravezando las selvas amozónicas en todos sentidos, vinieron a establecerse de un modo sedentario en los lugares de mejor condición climática y económica para su subsistencia. Los quechuas, los representan en el Perú, los puruhaes, los cañaris y el pueblo vencido por Caran Syri, en el Ecuador.

Mas, la inmigración caribe, de hombres enérgicos e inteligentes, tenía al lado de esta condición privilegiada, la circunstancia desfavorable de llegar a donde quiera cortos en número; por eso, en cualquier nueva comarca

su política consistió en convivir con los antiguos pobladores y adaptarse a sus condiciones de vida, por eso también, sólo a través de muchos años de convivencia llegaban a influír decisivamente en la constitución político-social del nuevo Estado.

De seguro, los pueblos llegados al último de esa inmigración al Ecuador, fueron los de aquellos que apareciendo en la provincia del Pichincha se establecieron de un modo permanente ahí y mezclándose, como siempre con las tribus vencidas, constituyeron aquel Estado, por el Padre Velasco llamado el Reino de Quito. Pero era reciente o de pocos lustros, ese establecimiento caribe, cuando la llegada de los caras; por eso no encontraron aquí como en las provincias de más al Sur un pueblo bastante fuerte para poder oponerse a la invasión, y al triunfar, expulsándolos de sus posesiones junto con el pueblo aborigen con quien se habían mezclado, fueron la causa de que en su vida nómada perdieran los quitos casi todas las conquistas hechas, pues, llevando apenas ligeros recuerdos de sus orígenes, formaron las tribus jíbaras del oriente ecuatoriano.

González Suárez ha demostrado la procedencia caribe de los jíbaros; pero al estudiar los contactos de costumbres e ideas va mucho más allá: «No deja de ser curioso — dice — encontrar entre los jíbaros de Gualaquiza, casi con el mismo nombre que entre los primitivos moradores de la América Central, el uso del tambor, llamado *tunduli* por los jíbaros, y *tunkul* por los discípulos y adoradores de Votán, aquel famoso legislador adorado como un dios en la península yucateca». He transcrito el anterior párrafo porque él contiene un dato que justifica la opinión que me formé, sobre ciertos hechos de la etnografía americana, en la forma en que muy pronto la voy a exponer. Mas, reforzaré de antemano, con nuevos datos hallados, no ya en el «Estudio histórico sobre los cañaris», sino en la «Historia General» del mismo autor; allí encontramos: Tamal-aycha es el nombre que llevaba el río Jubones en

el lenguaje de los cañaris, pero este nombre proviene de una palabra, o acaso también de dos, tomadas del idioma quinché — lenguaje hablado en Centro América —; y lo que es más significativo para nosotros: tenían una laguna, objeto de adoración para ellos — por haberse ahogado en su fondo una culebra — que la denominaban Leo-quina; palabra de construcción y de elementos netamente quinchés, y cuyo significado en ese idioma es el siguiente: agua donde la culebra se enfrió a sí misma (1); el nombre según lo que dejamos dicho, es quinché; el mito, según lo que vamos a recordar, es caribe, pues subsiste aún hoy entre las tradiciones religiosas de los jíbaros shuaras.

El Dr. Rafael Karsten publicó en el «Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de estudios históricos», un artículo que titula: «Mitos de los indios jíbaros (Shuaras)»; y entre ellos hallamos: «La gran serpiente — pangui — que causa un diluvio». Esta es en breve síntesis la tradición religiosa: dos muchachos en el monte, a donde fueron a buscar caza, matan a la serpiente pangui, que acostumbraba devorar las provisiones de los cazadores; uno de los dos hermanos come la carne del pangui y se convierte en el mismo animal; esta nueva serpiente se hincha de un modo descomunal, y arrojando torrentes de agua de su cuerpo, inunda la tierra en un diluvio que ahogó a todos los hombres, excepto úno, su hermano (2).

De lo que hasta aquí hemos señalado resulta que, esas antiquísimas poblaciones procedían de un origen caribe o guaraní — grupos hermanos como lo ha comprobado D'Orvigny —. Pero, ¿acaso las mil relaciones que se descubren entre los aborígenes de Méjico y de

(1) Debe verse la nota 16 de la página 177 de la «Historia general de la Republica del Ecuador» por González Suárez; sobre la forma de descomposición de la palabra Leo-quina

(2) El estudio se publicó en el N°. 6 (1919) de la revista citada.

Centro América con los pobladores del Perú, no señalarán para estos pueblos del Sur una procedencia maya, o las sucesivas civilizaciones del Tahuantinsuyo desde sus primeras épocas serán propiamente nahuas? ¿Deberemos seguir a González Suárez para afirmar, como lo hizo en su estudio sobre los cañaris, que la cultura de éstos procede de una verdadera colonización por parte de los toltecas?, de aquellos toltecas que, «cuando multiplicados desastres les obligaron a abandonar el Continente setentrional, se dispersaron con dirección a las regiones del mediodía». Este nuestro historiador mismo, ha dicho en otro lugar: «Algunos rasgos de semejanza con los usos y costumbres de los toltecas, dan fundamento para conjeturar que los cañaris pertenecieron a esa raza célebre, *que desapareció de Centro América y de Méjico, según la cronología más probable, en el siglo XII de nuestra Era*». Parece que los primeros fundamentos de las afirmaciones hechas tenemos que buscar en Brasseur de Bourbourg, cuando habla de las tradiciones relacionadas con la predicación religiosa de una personalidad semi-divina, Contice, «probablemente el Conmitl o Huey Conmitl, de las tradiciones heroicas de Méjico» que fue el discípulo de Quetzalcoatl, enviado por su maestro a enseñar la buena nueva a los pueblos distantes. Las consecuencias a que ha llegado el autor de la «Historia General», primeramente son excesivas, y en segundo lugar, la misma opinión del sabio francés, es inaceptable, por las razones que voy a indicar.

La antigüedad de sus asientos en las comarcas en que los encontraron los Incas, y los Syris también, era para los cañaris y puruhaes, probablemente de muchos siglos; esto lo ha reconocido de modo expreso González Suárez al hablarnos de que habían perdido esas parcialidades hasta el más ligero recuerdo del país de su procedencia, y que las leyendas de sus orígenes las vinculaban a los mismos lugares de su morada. — La le-

jana procedencia en muchos siglos, de sus civilizaciones, se va comprobando cada vez con mayores datos, a medida de los descubrimientos de nuevos exploradores en las regiones que ellos habitaron. ¿Podrá después de esto, creerse en una colonización, y menos aún, en una invasión tolteca de donde procedieron las más antiguas civilizaciones del Sur? Su imposibilidad es manifiesta. Al tiempo de la inmigración cara en el Ecuador — tal vez, año 700 de Cristo — parece que ya fueron pueblos fuertes, organizados y cultos, aquellos de que hablamos; pero sucede que la llegada al lugar donde fundaron Tula, de la tribu nahua de los toltecas, si nó es igual en el tiempo al arribo de los Syris, la precederá apenas.

Y todavía mayor en muchos grados, es la equivocación de los que atribuyen a ese pueblo de Norte América la magnífica civilización de Tiahuanaco. La cronología desecha hoy, por imposibles aquellas opiniones.

Puesto el antecente de que la historia de Tula comienza al rededor del siglo sétimo de nuestra Era, la comprobación de la falsedad de las opiniones desechadas, es facilísima.

Por de pronto, una verdadera invasión de los toltecas arrojados de Méjico y de Centro América hacia el siglo doce, no pudo ser la que constituyó las nacionalidades preexistentes de puruhaes y cañaris; por el momento que llegan al Anahuac los toltecas — procedentes del Norte — que es el mismo, con corta diferencia que el del arribo de los caras a Esmeraldas, no puede creerse que colonias de un grupo tan corto de tribus, se hubieran separado del núcleo común, para ir, en tierras por millares de leguas separadas, a constituírse con anterioridad a que los Syris guerreros, conocieran esos países. Y sobre todo, si los nahuas desarrollaron por sí desde sus principios todas las instituciones políticas, religiosas y sociales en sus Estados, tuvieron que pasar varios siglos para conquistar la civilización que podían ofrecer a los pueblos con los

cuales se pusieran en contacto; si, como es más probable, esta la tomaron de poblaciones anteriores halladas en el Anahuac, también entonces la adquisición no pudo ser instantánea sino lenta, que va desde el acercamiento, la convivencia, hasta la aceptación y el aprovechamiento. Los cañaris, por más que su cultura subiera apenas a la época misma del desembarco de los Syris en Santa Elena, no podían recibirla de los habitantes de Tol-lan.

Y ¿construyeron los toltecas Tiahuanaco, construyeron Chavin? Los datos cronológicos que el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño nos trae en su artículo «La Edad de bronce en la América del Sur», nos señala los años 250 a 300 de Cristo para el comienzo del período tiahuanacota en Tiahuanaco; y el 50 a 100 para la construcción de Chavín. La monumental arquitectura hallada en Tiahuanaco afirmo que debe atribuírse a los primeros inmigrantes de los pueblos tiahuanacotas que llegan a Bolivia: los incas en vano investigaron por los artistas de aquellas construcciones, se había olvidado hasta la menor idea de ellos, y se había perdido los más breves principios de su arte. ¿Qué magia levantó aquellos palacios olvidados? ¿a qué culto pertenecieron aquellos templos? ¿qué se hicieron los hombres que se postraban ante divinidades olvidadas, los sabios y los artistas que esculpieron esas piedras? — En la Historia humana hay ejemplos de grupos salidos de un Estado floreciente, que al hallarse en medio de tribus salvajes innumerables se adaptan a las condiciones de estos pueblos, eso sí, no sin empujarles hacia el progreso; pérdida de un lado, adelanto del otro, es el resultado del choque entre pueblos no definitivamente constituidos y que llegan a convivir dentro de un mismo medio. La prueba respecto del punto de discusión no exige que se proceda a nuevas reflexiones.

Con un mayor fundamento, Max Uhle afirma que halló notables influencias mayas en los sepulcros de los aborígenes del cañar; y esta opinión, fundada en nu-

merosos estudios de los abiertos sepulcros en las actuales provincias del Azuay y Cañar (Ecuador), tiene a favor suyo al menos la cronología maya tal como la ha reconocido Spinden (1): período arcaico, hasta un siglo más o menos después de Cristo; primeras ciudades mayas, de 160 a 358 de nuestra Era; años probables de las construcciones de Copán, de 358 a 455. Luego, al expresar nuestro concepto señalaremos ciertas afirmaciones que encontramos equivocadas en Uhle y en Spinden. Parece además que el escritor alemán atribuye la cultura que él llama protonazca a influencias mayas.

En todo caso, yo creo poder afirmar como lo más probable, los siguientes hechos: 1°. Los cañaris proceden de tribus amazónicas, grupo nómada de los caribes que se extienden por casi todo el Continente americano, subiendo hacia el Norte y extendiéndose por el Occidente y por el Sur. Fue la atracción de las mesetas interandinas, de que habla Max Uhle, la causa de la llegada de esa población; y esta llegada nos explica los mitos de las huacamayas y de la serpiente, con los que vinculaban los pueblos que estudiamos su procedencia.

2° de los muy adelantados puruhaes, ya lo hemos dicho, y en vista de opiniones respetables, que no se les puede considerar sino como de procedencia de las orientales selvas;

3°. ¿Y de los quichuas? El descubrimiento hecho por el profesor Hiram Bingham, a las márgenes del río Urubamba, y oculto en un gigantesco repliegue de la cordillera oriental, de la ciudad de Machu-Pichu; nos da con evidencia la respuesta pedida: los nómadas de las márgenes del Amazonas, flanquean la cordillera, y para combatir a las tribus enemigas, salvajes y compactas, que iban en su persecución, en las más agrestes

(1) Spinden, citado por Uhle.

cuestas de la montaña, buscan una planicie para fundar sus ciudades fortalezas;

4°. Entre tantas inmigraciones venidas del Este, una de las últimas llegadas fue la de los quitos (distinguiremos esta parcialidad con el nombre que el Padre Velasco le da, porque no encontramos todavía otro adecuado para sustituírlo, por más que hallemos justa la repugnancia del Dr. Ribet, a esa denominación), los quitos como los diversos grupos de población caribe que llegan a otras comarcas, se unen, conviven con los anteriores pobladores, y acaban por imponerse; pero principiaba apenas su trabajo civilizador del nuevo Estado por el que fueron absorvidos, cuando llegan los caras, y en brillantes acciones guerreras les arrebatan el territorio que habitaban y les expulsan hacia las selvas de donde vinieron, imponiéndolos una regresión a un estado nómada y por lo tanto el principio de una decadencia. Estos fueron al tiempo de la conquista, y son hoy, los jíbaros de nuestro Oriente.

5°. Llegamos por fin al grupo de pueblos que tuvieron por soberano a Tumbe, en el tiempo de su llegada al escenario donde por primera vez nos los presenta la tradición. Siguiendo el relato de Anello Oliva vemos aparecer en el actual cabo de Santa Elena (provincia de Esmeraldas, en la República del Ecuador) un grupo de hombres capitaneados por un Jefe que lo llamaban Syri — es decir, el Señor de todos —; pero ¿de dónde venían estos hombres que al decir de Velasco se llamaban caras por el nombre de su primer Rey Caran Syri? Después de una excursión marina, llegan, procedentes del camino del sol, varias parcialidades que se establecen en Venezuela y fundan ahí la ciudad de Caracas; una parte de esta población — de seguro, muchos años después de su establecimiento en Caracas — baja hacia el Sur del Continente; y el cabo de Santa Elena ve llegar en grandes balsas los compañeros de esta inmigración. Arribaron a Sumpa, dice Anello Oliva «que es aquel paraje que ahora llaman los españoles,

la punta de Santa Elena». Tumbe los gobernaba, como lo hemos dicho; y de seguro, era un pueblo de navegantes aquel de que se disgregó esta colonia, pues, aparte de haber llegado por mar a las tierras dichas, su Monarca envía exploradores que vayan en busca de nuevas comarcas situadas más allá del mar; de la primera exploración, continúa el relato, no retornó ninguno de los exploradores. Los nombres que señalaron a las diversas comarcas en que se establecían, la designación de las ciudades que fundaron, ha dado fundamento bastante a colocar esta inmigración como de procedencia caribe.

6°. ¿Qué diremos de los compañeros de Manco-Capac que extrañamente aparecen entre los habitantes del Perú, para predicar un dogma y enseñar una cultura extranjeros? Bajo la fe del mismo Anello Oliva, y recordando que nuestro historiador del Reino de Quito los señala como parientes a los caras y a los fundadores del Imperio incásico, diremos, que uno mismo es el origen de los dos grupos. El primero de los dos escritores continúa relatándonos: a su padre sucedió Quitumbe en el gobierno de los caras, pero aterrorizado por la presencia de unos gigantes en las comarcas que vivía, busca varios refugios para huír de ellos, hasta que por fin, no hallándose seguro en el litoral avanza por el río de Esmeraldas hacia la planicie interandina; largo fue el éxodo dice el padre Velasco, relatando este mismo suceso, pues desde su salida de «la provincia donde — este pueblo — fabricó (sic) la ciudad de Cara» hasta su llegada a los límites del reino de Quito, habían transcurrido doscientos años. — Pero Quitumbe, al marchar hacia la sierra, abandona a su esposa en cinta, llamada Llío, la cual «llegado el tiempo de su parto, parió un infante muy bello, a quien su madre llamó Guayanay, que quiere decir golondrina, de esta descendencia tienen su origen los Incas del Perú».

No precisa que sigamos la historia de todas las adversidades de Guayanay y de sus descendientes; sólo

tenemos que decir que Manco-Cápac (primer ilustre príncipe) el Inca primero, era nieto del hijo de Llío.

Los Incas, concluiremos, como los caras, cañaris y puruhaes, son caribes.

* * *

Pero ¿quiénes eran los caribes? En un capítulo muy anterior recordamos que el Vizconde de Porto Seguro, se creyó autorizado para afirmar que pertenecían a la misma nacionalidad que aquellos carios del Asia Menor, de que nos habla la Historia; hay numerosos puntos de contacto, decía, entre las costumbres y culturas de los dos pueblos. Estos datos sin embargo, no son suficientes para afirmar lo que fueron aquí los caribes; ¿en su vida ya del Continente occidental, cuál fue el primitivo asiento de esos hombres y los senderos seguidos por ellos en su dispersión?

En la obra del Coronel George Earl Church los «Aborígenes de Sud América» (1) hallamos ciertos datos importantes sobre los caribes, dice él que en muy remotos siglos salió del Paraguay un grupo de tribus aventureras y fuertes en la guerra, que se lanzó a la conquista de apartadas comarcas y logró la sumisión de muchas tribus salvajes; su rumbo era el del Norte, primero por la hoya amazónica, y luego más allá, a través de los ríos de los bosques occidentales del Brasil, hasta hallarse con el mar al que dieron su nombre. Las anteriores opiniones que siguen de seguro a las creencias que manifestó D'Orvigny, no establecen suficientemente el origen de los caribes; y además, me parece que hay en ellas bastante de falso. D'Orvigny apunta que los guaraníes de la América del Sur son los mismos caribes de la tierra firme y de las Antillas,

(1) El Coronel Church citado por Julio M. Matovelle; véase «Cuenca de Tomebamba».

y bajo ese supuesto, y considerando sólo que la emigración fue del Sur al Norte, señala como su primitivo asiento las márgenes del Plata; tiene razón el autor francés cuando calcula por miles de leguas la influencia caribe, pero se equivoca al determinar el centro de dispersión. — De todas maneras nos hallamos con el singular hecho de que la civilización occidental de Sur América, proviene de emigraciones orientales; pero hay más, suben al Norte y venciendo a los tainos que habitaban las islas del mar Atlántico, al Norte del Brasil, las ocupan. («Es probable, que antes de la invasión de los caribes los tainos habitaban también en las pequeñas Antillas», y continúa Beuchat así: «parece que procedieron también — los tainos — de la América del Sur». Norte América ¿habrá sido poblada por los caribes?)

Tenemos dos civilizaciones de singular importancia en la América que precedió a la conquista: al Norte, las de las poblaciones mayas y nahuas, y en el Sur, toda la vasta dominación que constituyó el Imperio incásico. Pero la particularidad sorprendente que hallamos en estas dos civilizaciones, y por lo cual las recordamos juntas, es que en sus lineamientos generales y en el desarrollo de su arte especialmente, tienen un asombroso número de puntos de contacto; y estas coincidencias son tanto mayores cuanto más lejanas son las épocas a que se refiera su contemplación. Los puntos de contacto se han presentado evidentes para todos los investigadores de las civilizaciones antiguas de las dos Américas; mas, ¿cuál es la causa de este resultado? ¿cómo explicar ese paralelismo?

Voy a sintetizar mis opiniones sobre tan importante materia:

De los países situados al Oriente y atravesando la inmensidad del Atlántico, llegan a la desconocida o lejana América, como posteriores y reales, pero no por eso menos maravillosos argonautas, sucesivos e importantes grupos de población; como las tierras más avan-

zadas hacia el Oriente, desembarcan estos intrépidos navegantes, o acaso, en el mayor número de veces la tempestad les arroja, sobre las costas del Brasil. Y sin establecerse de una manera permanente en las comarcas de la costa, pasan por ellas y avanzan hacia las selvas amazónicas; allí, mezclándose con tribus aborígenes, o luchando contra ellas, estos aventureros extraños hacen su vida. Tenemos un dato bien característico, cuya sola enunciación hará gran peso en cualquier espíritu reflexivo: los caribes acostumbraban en las tierras conquistadas, matar los hombres y reservarse las mujeres, es lo que nos cuentan los investigadores que se preocuparon de ellos; «esta suposición, dice Beuchat — al hablar de los caribes de las Antillas — tiene una base lingüística bastante seria» «que aunque no es única en América no deja de ser por eso bastante rara: las mujeres emplean palabras que difieren de las empleadas por los hombres. El examen de las dobles expresiones femeninas ha demostrado que son, en su mayor parte, del idioma de los tainos (los anteriores pobladores)». — De esos antecedentes, no temo derivar la afirmación ésta: los grupos de población que del lado donde nace el sol, llegaron a las costas americanas, fueron grupos de marinos o comerciantes que no llevaban consigo a sus esposas ni a sus hijas, y que abandonados tan lejos de su lugar de origen, conquistaron como los romanos, para sus necesidades, una población femenina, en las comarcas donde por tiempo más o menos largo se detuvieron.

Siguiendo varios senderos se dispersaron los grupos que hemos visto llegar a las costas orientales del Continente Sur; las mesetas situadas más allá de las inmensas y majestuosas cordilleras que, como titánicas murallas, parecían deslindar el verde Océano de la selva, de países misteriosos e ignorados, debió ser un punto de atracción para los grupos extranjeros; y por los desfiladeros de la cordillera se filtraron las poblaciones cuyo recuento hicimos ya. Por otra parte, navegando por los grandes

ríos llegaron al Norte del Brasil, y avizoraron desde ahí un nuevo mar sembrado de pequeñas islas, y botando sus lanchas se internaron en el.

A los tainos les arrancan sus posesiones, y adelantan más, llegan a la península yucateca, y de allí avanzan hasta las márgenes del Atoyac, un grupo; otro desciende al Sur, y de esta manera los pueblos mayas habitan Méjico y Centro América; los otomíes, triunfadores de gigantes, son de seguro mayas. En Venezuela los caribes fundan Caracas, y bajan al Ecuador.

Los primeros entre esos grupos que se constituían sedentariamente, como llevaban todavía enérgica la cultura adquirida en su país de origen, dan muestras magníficas de progreso; pero, a medida que en mil y mil combinaciones se va mezclando la sangre y se va cambiando de un modo concomitante la aptitud, se pierde el concepto neto de la cultura, sus manifestaciones características, para dejar sólo indecisa y en fragmentos apenas reconocibles el patrimonio suyo, del cual tomaron savia las nuevas constituciones sociales.

Sólo el común origen que hemos atribuído a los primeros pobladores cultos, de que salió la civilización del Norte, y los civilizadores del Sur, explican adecuadamente los numerosos contactos de que hemos hablado; en épocas que las más probables cronologías encuentran contemporáneas.

Debemos tener muy en cuenta siempre que las influencias de un Estado sobre otro, pueden proceder en una de estas tres formas: verdadera invasión de poblaciones extrañas, pueblos numerosos que por alguna circunstancia adversa en su país, lo abandonan en masa, para ir a establecerse en otra comarca; colonización, es decir, pequeños grupos que llegan, ya como excedentes de población, ya por el carácter aventurero de los hombres que lo componen; o, simple influencia de cultura debida a relaciones de comercio, por ejemplo.

Inmigración de los pueblos cultos del Norte y de Centro América para el Sur, creo que nunca la hubo,

y al contrario de la opinión más generalizada, del Sur subieron al Norte colonias muy pocas y antiguas; influencias sí, frecuentes, debidas especialmente al comercio.

Para concluír esta materia, transcribiré una página de Humboldt, en la que este notable sabio parece que vislumbró ya, lo mismo que he expuesto anteriormente; daré así un fundamento más a lo que he dicho.

«Al Oeste, dice Humboldt, al otro lado de los Andes, nada parece ligar la Historia de Méjico con la de Cundinamarca y del Perú (esto no es verdad como ya sabemos); pero en las llanuras del Este una nación belicosa, largo tiempo dominada, ofrece en sus facciones y constitución física vestigios de un origen extranjero. Los caribes conservan tradiciones que parecen indicar algunas comunicaciones antiguas entre las dos Américas. Fenómeno semejante merece atención particular, cualquiera que sea el grado de embrutecimiento y de barbarie en que a fines del siglo XV hayan encontrado los europeos a los pueblos montañeses del Nuevo Continente. Si es verdad que la mayor parte de los salvajes, como parece que lo prueban sus lenguajes, mitos cosmogónicos y una inmensidad de otros indicios, *no son más que razas degradadas*, reliquias o restos escapados de un naufragio común etc.». Hay ciertos puntos obscuros y algunos en que parece decir lo contrario de ciertas opiniones nuestras, pero es necesario, por lo mismo, la comparación y el análisis, para aceptar lo que parezca más conforme con la realidad.

Sólo nos resta decir, que en el origen de los pueblos del Tahuantinsuyo, como en los albores de la existencia de los mejicanos, aparece idéntica la tradición del advenimiento de gigantes, la lucha de éstos con los otros pueblos que llegan a estar en su contacto, el triunfo de los gigantes y su posterior aniquilamiento.

III

Al comenzar el estudio de las instituciones peruanas debemos afirmar categóricamente y sin vacilaciones, que nos hallamos ante un pueblo de régimen teocrático puro; la inspiración sacerdotal aquí, no es la que traduce la voluntad divina del dios Pachacámac o Inti, es decir, no viene su consagración de afuera, no son ministros de la divinidad que reciben las palabras del dios para ofrecerlas y engañar con ellas a los creyentes; sino que hallamos en la más alta cumbre del gobierno del Tahuantinsuyo, durante el Imperio incásico, una divinidad viviente, cuya voluntad trasmitida de un modo directo a sus súbditos, que eran también sus fieles, era regla de acción y principio sagrado de culto exigido, al cual ellos no se atrevían a oponerse. El Inca era el hijo del Sol, Pontífice de esta divinidad suprema del Imperio, pero más que Pontífice, sér actual y directo de adoración, porque participaba de la Suprema Esencia. Como Rey, conducía al triunfo a sus soldados; como divinidad, protegía y derramaba la abundancia de sus dones sobre los creyentes que le rendían culto. Parece que nos halláramos ante las primeras épocas del gobierno en el país del Nilo; pero mientras en el pueblo del Norte del Africa pronto pasa el gobierno directamente sacerdotal, la manifiesta teocracia; entre los Incas se perpetúa durante toda su vida, el régimen que he dicho. La vanidad faraónica conservó el nombre y parte de las prerrogativas, de la supuesta descendencia del Sol, para los Soberanos; el Rey del Perú conserva íntegro el prestigio y la autoridad, reteniendo en sus manos al lado del poder civil el supremo pontificado; allá se le revestía de una como aureola heroica y majestática para el respeto de los vasallos, como a muchos de los héroes griegos, se lo

consideraba participante de la divinidad, y acreedor, por el amor del engendramiento a la protección del dios de donde provenía; los Incas no son héroes humanos para sus pueblos, son cada uno de ellos una divinidad a quien se le rinde culto durante su vida, y cuya momia colocada en el panteón de sus antepasados, era con profunda veneración adorada.

Mas, hemos dicho en un capítulo anterior, que como entre los pueblos amarillos, en el Imperio del Inca, insignificante era el prestigio que acompañaba al sacerdocio; y esto, aparece con profunda evidencia al que estudia superficialmente la constitución esa: no descubrimos ahí una clase privilegiada que se aparte del poder civil y en donde se busque los Ministros del culto; no hallamos tampoco una dependencia del poder civil respecto de la autoridad religiosa; y no hay Colegios sacerdotales como en Méjico, donde sólo se encontrara depositada toda la sabiduría. Estas faltas, y la falta de comprobación, por otra parte, de la intimidad de las creencias del pueblo conquistado, hicieron pensar al Padre Acosta en la no existencia, entre los indígenas, de una verdadera idea de Divinidad.

Pero el Padre Acosta se equivocó solemnemente, como se equivocaron cuantos en él creyeron; no sólo los peruanos creían en Dios, sino que hubo ahí una verdadera aristocracia sacerdotal, presidida, eso sí, por el Emperador, pero no bajo el supuesto de tal dignidad, sino en cuanto era también Sumo Pontífice del culto. El concepto de la Divinidad fue de manera honda sentido; y acaso pudiéramos afirmar la realidad de su creencia en un Sér Supremo.

Es necesario pensar siempre, como lo más aparente de una institución no sirve para señalar el sentido íntimo de la misma; y que todas las equivocaciones de una contemplación superficial es de donde se originan; son falsos conceptos cuyo resultado es dar materia para comparaciones inexactas.

Pasaba entre los quichuas lo siguiente: el poder

político-civil, colocado en las mismas manos que la suprema autoridad religiosa, vino a dar por resultado el obscurecimiento de esta última; y la apariencia los deslumbró a cuantos se satisfacían con la externa contemplación de las instituciones, induciéndolos a error. Insistimos aún: el Inca -- dios de sus súbditos — era el Pontífice Máximo del Sol, y al hermano del Monarca le correspondía después de él la calidad de primer sacerdote, era quien elegía los ministros del culto oficial, para que sirvieran en todos los templos del Imperio.

La religión del Estado, o sea el culto del Sol, sólo aceptaba para servicio de sus templos a los miembros de la familia del Inca — afirma González Suárez —; las vírgenes consagradas al astro del día en el Cuzco — continúa el mismo historiador — pertenecer debían a la misma familia. Y únicamente al servicio de las divinidades inferiores, representantes de la tolerancia de las antiguas religiones, junto a la introducida por Manco Cápac, podían no ser de la familia real; pero constituían, eso sí, una aristocracia política, primero, y luego, sacerdotal, según puede descubrirse en las frases de la «Historia General» del mismo González Suárez: «en los templos de las provincias dedicados a *ídolos particulares,* no era raro que sirvieran como ministros, los hermanos de los curacas u otros indios principales».

Tenemos que el sacerdocio era desempeñado por las clases más altas de la población, principalmente en el culto del sol, cuya función fue el privilegio de los descendientes de Manco Cápac; mas, de esa manera la aristocracia política y la sacerdotal estaban confundidas, y por lo mismo, no cabía distinguirse una categoría, una clase, dedicada pura y exclusivamente al culto: la religión era función del Estado, y el sacerdote, era funcionario público; pero, como en todo gobierno de régimen aristocrático, la función y el honor correspondieron a hombres privilegiados.

El motivo de lo sucedido aquí, debemos buscar acaso

en el origen histórico de los Incas. Cuenta la tradición cómo Manco-Cápac se presentó entre las tribus del Perú, en calidad de un enviado divino portador de una misión sagrada de redención y culto para los pueblos. Manco-Cápac y su esposa Mama-Ocllo, fueron los misioneros de una religión, cuyo papel fue convertir a ella a las tribus infieles. Sólo por la dulzura insinuante de su palabra, sólo por la virtud de sus ejemplos, postrando ante el ara de su Divinidad a las tribus incultas, encienden en ardiente llama de fe los corazones; y al conquistar como misioneros devotos para su fe, alcanzan un trono para ellos y sus descendientes. Según vemos, al gobierno político entre los incas debió acompañar desde los comienzos y por razón misma de su origen, la soberanía eclesiástica del Pontificado; ningún sacrificio más aceptable para el dios Sol, que el ofrecido por manos de su propio hijo, de quien llevaba en sus venas la misma sangre divina del dios; por eso el Inca en las principales fiestas, era el oficiante irreemplazable.

Después de la misión vino la guerra, la guerra religiosa que impuso el culto cuyos preceptos no quiso aceptarse voluntariamente; al sacerdote armado sólo de la vibrante palabra de la fe (Manco Cápac o Sinchi-Roco) siguió el Pontífice, armado caballero de la creencia, que combate, subyuga e impone una religión. — Siempre a toda lucha de conquista, afirman los cronistas españoles, precedía un ofrecimiento pacífico de nueva religión y nueva cultura; ese ofrecimiento fue muchas veces aceptado voluntariamente, y sólo cuando nó, el poder de las armas lo decidía.

Ahora quiero dirigir mis meditaciones hacia el significado y el valor histórico del nombre *Manco-Cápac*. Sabemos que éste fue el extranjero desconocido, predicador de una nueva creencia y el primer Inca del Perú; mas, ¿cuáles son las raíces filológicas de donde procede tal nombre y cómo se lo debe traducir? Otto

von Buchwald nos lo ha explicado: Man o main, en aymará, se traduce por uno, ordinal, es decir, primero; y Cápac, significa ilustre príncipe. Y esta palabra, Man, ¿qué nos recuerda?

Hallamos en las tradiciones de los antiguos Imperios de Oriente un nombre cuya importancia revela tal vez el calificativo de mayor honor concebible, para designar a los grandes civilizadores de esos pueblos; cada historia de uno de ellos podría poner en su portada, envuelta en un nimbo de vivo resplandor, a una de esas imágenes.

«Manú, Manes, Minos y Moises, estos cuatro nombres rigen por entero el Mundo antiguo — afirma con razón Jacoliot en su obra «La Biblia en la India»—; aparecen en la cuna de cuatro pueblos distintos, viniendo a desempeñar el mismo papel, rodeados de análoga aureola misteriosa, los cuatro legisladores y grandes sacerdotes, los cuatro fundando sociedades sacerdotales y teocráticas.

«Que hayan procedido los unos de los otros, que Manú haya sido su precursor, acerca de esto no puede haber la menor duda, en presencia de la semejanza de nombres y la identidad de las instituciones que han creado.

«En sánscrito, Manú, es el hombre por excelencia».

¿No podremos agregar el ilustre nombre del príncipe primero (Manco) a los del Manú indio, al Manes egipcio y al del sabio legislador de los hebreos? Manco, como Manú, es el hombre por excelencia, es el primero, y es sacerdote y es legislador, él conquista pacíficamente y crea un Imperio de régimen teocrático.

La semejanza del nombre y la identidad de la misión, no puede dejar duda sobre el origen del nombre con que se lo llamó al primer Inca; y al descubrir este hecho, la meditación no puede menos de señalarlo como el resultado de una tradición indostánica más o menos directa, en la América.

IV

Manco-Cápac es un reformador religioso extranjero, hemos dicho ya, venido por mar (de ahí la denominación de Huiracocha) agregamos, que al llegar al Tahuantinsuyo con su misión de cultura teológica y social, recibe del idioma del país el nombre con el cual se le conoce; sobre este punto mi convicción es íntima. ¿En qué consistió sus reformas? ¿qué adelantos introdujo? y en fin, ¿cuáles son los elementos tomados para su religión de los antiguos cultos del país? No es posible resolver plenamente estas cuestiones, pero diremos cuanto en nuestro concepto, puede conjeturarse según los hechos históricos conocidos.

Como siempre, al tratar de los antiguos pueblos, hay una interrogación angustiosamente hecha por la humanidad: ¿tuvieron los Incas sacrificios humanos? ¿pidieron sus dioses como holocausto la vida del hombre? ¿se complacían en ver empapadas en sangre sus aras? Desde los tiempos del inca Garcilaso, es decir, casi desde cuando se principia a escribir la historia del Perú, comiénzase también a discutir ese hecho. Se dijo, por los apologistas de los Reyes peruanos, que Manco-Cápac predicó a los quichuas la repugnancia del dios Sol a aceptar el holocausto de vidas humanas, agregándose que desde entonces nunca el culto público se manchó con semejantes crímenes; las ofrendas de esa clase, afirma Garcilaso, sólo clandestinamente se practicaban. Mas hallamos en el «Manual de arqueología americana» de Beuchat, que la opinión general de los cronistas se opone, en este punto, a los relatos del historiador de sangre incásica.

Yo creo poder afirmar: el canibalismo religioso antes de la llegada del descendiente de Guayanay, fue una

regla común y de modo espantoso generalizada, en las tierras donde desembarcaron él y sus compañeros. Horribles, muy horribles debieron de ser, los espectáculos de matanzas en cantidades increíbles de niños, doncellas y hombres; por eso, aterrorizado por el espectáculo visto, el sabio legislador levanta su voz, clama por la dulzura en las costumbres y señala como criminales esos sacrificios. El pueblo abierto a la nueva cultura, el pueblo de los constructores de Machu Pichu, que recibe sumiso la bendición de su palabra y la acata, que ciñe a su frente la insignia imperial, comienza por obedecer sus dictámenes; mas, siente en el fondo de sus instintos la poderosa voz de la herencia y el impulso del hábito, por eso, primero clandestinamente y después tolerado por los posteriores Monarcas, y hasta, con grandes restricciones, aceptado por ellos, reaparece públicamente el holocausto prohibido.

Creo que mis anteriores afirmaciones se deducen con rigorosa lógica de las enseñanzas encontradas en diversos cronistas del tiempo de la conquista, y hasta por los relatos del mismo Garcilaso. — «Luis Monzón dice, que se sacrificaban todos los años a Huiracocha dos niños sin mancha — hallamos en Beuchat — especialmente elegidos para ello. Ofrendas semejantes se hacían al Inti y a Pachamama.... Cieza de León habla también de sacrificios de niños; dice que en ciertos días de fiesta se inmolaban hasta doscientos». Y continúa Beuchat: «Inmolábanse también adultos en el Cuzco y el templo de Pachacámac. *El Inca exigía un tributo de jóvenes, a los pueblos vencidos, que debían ser ofrendados en el templo del Cuzco*». No sé de donde haya tomado el escritor francés el último dato apuntado, pero lo encuentro inaceptable y contrario a todo cuanto sabemos. ¿Será una reminiscencia de las costumbres mejicanas cuyo recuerdo nosotros hicimos en anterior capítulo?

Y de todas maneras, hay un dato suficiente para fundamentar de un modo pleno nuestras afirmaciones

sobre la predicación de Manco-Cápac y su sentido, tendiente a prohibir que sangre de hombres se derramara en las aras de los dioses. En los escritores castellanos hallamos este decir: frecuente era en las fiestas del culto imperial sacrificar llamas que se designaban con los nombres de runa (hombre), huarmi (mujer), y huahua (niño), para determinar las víctimas a quienes representaban. Mediante este tránsito de seguro, mediante este símbolo, el legislador peruano trató de reformar sabiamente el concepto del sacrificio debido a la Divinidad, aparentando transigir con el sentimiento común del grupo donde debía implantarse su doctrina.

Cosa semejante se dice haberse hecho en Roma, por parte de uno de sus grandes filósofos de las primeras épocas, el cual, mediante un razonamiento verbal, comprobó a sus conciudadanos como para las divinidades se podía sustituír sin escrúpulo cabezas de cebolla (caput) por las cabezas de hombres (caput), en el sacrificio.

Las ofrendas de existencias de hombres revivieron, repito, pero limitadas en gran parte; y su revivir significaba el triunfo de la herencia y del hábito.

Mas, ¿cuáles víctimas humanas fueron las preferidas en todas las comarcas de cuyo suelo se formaría el Imperio del Tahuantinsuyo? ¿y cuáles fueron los sacrificios que se conservaron aunque no de un modo continuo pero sí accidental? — Hemos hablado ya de Monzón, hemos dicho lo que el autor de las Crónicas del Perú refería etc.; y hoy vamos a determinar en síntesis, algo de cuanto sabemos en lo referente a los pueblos del Ecuador pre-incásico. Siempre los niños y en ciertas ocasiones las mujeres vírgenes, fueron los dones considerados como de mayor aprecio por parte de los dioses.

Entremos en materia: el Padre Velasco recuerda como entre otras muchas poblaciones, las de los cañaris y puruhaes sacrificaban niños; en el cerro Supay-Urco, relata, los cañaris levantaron un templo a la luna y

allí, cada año se sacrificaban hasta cien niños a esa divinidad. — Y como si se tratara de un espantoso recuerdo del relato bíblico, los puruhaes ofrecían a la Divinidad Suprema sus primogénitos, cuyos cadáveres embalsamados, los conservaban con profunda veneración (Véase la Historia General de González Suárez).

Para no acumular excesivamente datos sobre esta materia, hablaremos de pocas fiestas religiosas. La de Citua: llegado el mes de Agosto que llamaban Coya Raimi (Velasco lo denomina Capac Citua), se celebraba una ceremonia de las más solemnes del Imperio, «para esta fiesta se extraía las figuras de las huacas de toda la sierra»; y significaba la fervorosa petición del pueblo a la Divinidad, para que las primeras aguas no les trajeran la enfermedad o la muerte. En las casas se preparaba una vianda especial denominada zancu, la cual, consagrada por el sacerdote del Sol, tenía el poder de detener los males y las enfermedades, ante la puerta que se señalaba echando un poco de ese manjar. Pero dice Garcilaso, el zancu se preparaba diluyendo harina de maíz en sangre de niños; compréndase bien el valor de la contradicción del apologista de los Incas.

La fiesta del dios Chimborazo, es otra de las que obscurecen los anales del antiguo Ecuador; a esta divinidad se le sacrificaba una joven doncella.

La predilección por la matanza de niños, ¿no será suficiente para recordarnos las duras costumbres y el rito de salvaje fiereza de los adoradores de Moloch?

Y por otra parte, las vírgenes que exigía el dios Chimborazo a los puruhaes, para sacrificarlas en sus aras, debían ser «hijas de Señores»; esto nos trae a la memoria, de una manera insistente aquellos versículos de la Biblia, que denigra y llena de oprobio la conducta de los israelitas para con su Dios, diciéndolos: «se mezclaron con los gentiles y aprendieron sus obras; y dieron culto a sus ídolos....— «He inmolaron sus hijos e hijas a los demonios. — «Derramaron la sangre inocente, la sangre de sus hijas y de sus hijos

que sacrificaron a los ídolos de Canán. — «Quedó la tierra inficionada de tanta sangre».

Por último, hablemos de la fiesta de Paucar Huatay (mes de Marzo), en que el Inca, supremo sacerdote del Sol y su hijo muy amado, renueva por esta ceremonia anual, el fuego que en todos los hogares se había apagado tres días antes; los primeros rayos del astro del día en su amanecer, recogidos por un espejo, nos dice Juan de Velasco, servía para prender el primer haz de leña. Basta recordar esto, afirmo, para que aparezca en nosotros con vivo color la imagen de una fiesta indostánica: Agni es el fuego sagrado que da vida a los seres, talvez el más antiguo dios ario, y uno de los que recibía mayor adoración. Agni, es el nombre indostánico, ignius, es el fuego sagrado para los latinos; nina, se lo llama en quichua.

V

Llegamos en fin al estudio de una institución social singularísima y que se ha vinculado con frecuencia, en casi todos los pueblos, a las condiciones del gobierno que los regía. Me refiero al dominio del suelo.

Desde los relatos bíblicos, hasta las historias de Herodoto y de Diodoro de Sicilia, todos nos refieren como en el pueblo que el Nilo fecunda, las tierras todas eran del Faraón; así también, en el paternal Imperio del Inca, el Soberano — padre común de sus súbditos — es el dueño: por herencia divina, de las tierras de su patrimonio; y por derecho de conquista, de las comarcas que a la cabeza de su ejército o bajo las promesas de sus dones, las sometiera. Aquí como en el Egipto, los terratenientes representaban un derecho semejante a los derechos de los arrendatarios, las vinculaciones patrimoniales en ellos — por ejemplo en-

tre los curacas, que dejaban a sus hijos sus posesiones — no era sino una tolerancia del Inca que les permitía el privilegio del goce de las tierras adquiridas, a los antiguos Señores del país que se sometieron sin lucha y sin oposición, y goce cuyo ejercicio llegaba hasta el derecho hereditario para sus hijos; por eso podemos afirmar: esta especie de arrendamiento del suelo se asemejaba en ciertos casos, y en los dos países que estudiamos, á esos inquilinatos especiales y de duración casi indefinida, que los romanos llamaban enfiteusis.

Mas, así como en el valle del Nilo el sacerdote, sí tenía de hecho — y de derecho también, porque decían que se vinculaba su dominio del suelo, a una voluntad divina que les señaló-la tercera parte de las tierras del Imperio, como propiedad suya — una verdadera propiedad, un dominio innenagenable; aquí también, en el Tahuantinsuyo, había una clase de partícipes con el Monarca: todo aquel que llevaba sangre de Inca en sus venas podía ser propietario; pero hay mas, Pi y Margall nos afirma: las tierras de labranza se dividían en tres porciones, una que se decía para el Sol (es decir para el sacerdocio), otra para el Inca (confundido con el Estado) y otra para el pueblo (las municipalidades) Me parece que no cabe mayor semejanza entre las instituciones cuya comparación hacemos. — Esta participación, reafirmo, era verdadera participación de dominio.

¿De dónde procedía el derecho de la propiedad del suelo para los descendientes de Manco-Cápac? Todos cuantos participaban de la sagrada herencia de la sangre incásica, eran tenidos como divinos en el pueblo del Tahuantinsuyo; acreedores casi a los mismos homenajes rendidos al Monarca, tenían muchos de sus privilegios; por esó el derecho al suelo de su posesión, consistía en una verdadera propiedad vinculada a su calidad de miembro de la familia imperial. Distinta en lo absoluto es la posición del cacique no inca, en cuanto se relacionaba con las tierras por él conservadas;

pues aunque heredables — con consentimiento eso si, para cada caso, de la corona — significaban sólo recompenzas individualmente ofrecidas por el conquistador a los Monarcas sometidos que no hubieran opuesto una tenaz resistencia, o a los jefes distinguidos en los combates; recompensa en el usufructuo de cuanto producía la tierra. Ni vender les era permitido, ni transmitir por herencia; propiamente el derecho sucesorio procedía de la omnímoda voluntad del Soberano quien volvía a donar, se puede decir, a un hijo el aprovechamiento del suelo, a veces, por consideración a la memoria del difunto.

Dos palabras más porque no se crea que la institución de la cual venimos hablando, solo podía encontrarse entre los quichuas, para los antiguos habitantes de América:

La Historia afirma como la división política de los nahuas fué la de los calpullis — especie de municipalidades, o talvez mejor, agrupaciones o reuniones comunales —; y nos dice, allí todas las familias de que estaba compuesta la agrupación tenían derecho de trabajar y de poseer durante el tiempo de la producción, una parte para cada una, de los terrenos adjudicados en la división total al respectivo calpulli. Mas, estas agrupaciones comunales en cuyos inmuebles sólo los miembros de la comunidad podían trabajar, aunque gozaban la facultad de arrendar a sus vecinos sus tierras, eran poseedores sólo, nó dueños, nó señores del suelo; pues con el corto transcurso de tres años de no uso, perdían aquella posesión. — Entre esos mismos nahuas además, mientras todos los súbditos o trabajaban los latifundios de la corona, o formaban gremios para pagar en común las contribuciones en especie exigidas a varios municipios del Reyno, los sacerdotes y los nobles nada pagaban. Que sucedía lo mismo afirma Moisés respecto de los egipcios (Génesis XLVII, 29) «desde entonces — desde el tiempo de José — hasta la

presente, han pagado a los Reyes, en todo Egipto, la quinta parte de la renta de las tierras, y que esto vino a ser como Ley excepto en la tierra de los sacerdotes que ha quedado excenta de todo gravámen».

VI

Como debe hablarse de un modo particular de la realeza, nos hallamos en el caso de señalar dos costumbres, dos instituciones, neta y marcadamente camíticas: el matrimonio fraterno del Inca con su significación social, y la función de primer sembrador en el Imperio que ejercía el Monarca.

Desde Manco-Cápac, el primer fundador y el civilizador primero del Imperio incásico — cuya personalidad aunque envuelta en los misterios de la fábula, conserva las manifiestas huellas de la verdad de su existencia — desde Manco-Cápac, digo, quien compartió con su hermana Mama-Ocllo los esplendores del trono y las intimidades del tálamo nupcial; esa costumbre cuya práctica hoy nos repugnaría por incestuosa y contraria a los vínculos familiares de la fraternidad, fué absolutamente inquebrantable para los quichuas, al tratarse del consorcio del Monarca que ocupaba el trono. Pero tal costumbre, en la forma misma descubierta, no es exclusiva del Tahuantinsuyo; mas, usé mal del término costumbre, se trata de una verdadera institución, la cual obligaba al Soberano en calidad de Ley, entre los Faraones como entre los Incas, a tener como la primera esposa, como la legítima, respetada y obedecida por las demás mujeres que compartían el lecho real, a su propia hermana.

La *institución* es netamente camítica, ningún otro pueblo la tuvo en calidad de tal — ni siquiera los griegos (esto entre los pueblos de alguna civilización) —;

basta recordar el horror que produjo entre los persas el incestuoso matrimonio de Cambises. Cambises había conquistado el Egipto, se había aficionado a sus costumbres, y arrancó a los Magos una infame declaración, para legitimar externamente el escándalo que se proponía: al preguntar a esos sacerdotes si los libros sagrados de los persas, permitían el matrimonio del Monarca con una hermana suya — la contestación de los Magos es la expresión del servilismo cortesano —, digeron así: «si no hay una ley que lo permita, hay una que dice, la voluntad del Soberano es sagrada y se la debe cumplir». — El crimen de este incesto, dicen los historiadores de la antigua Persia, fué la causa del rápido hundimiento de su poderoso Imperio: ya por el descrédito de su nombre, ya por las torturas de su remordimiento que lo volvieron incensato.

Y si las instituciones peruanas, como ésta, proceden del Egipto, el concepto que las informa procede de ahí también; al lado del hecho, la idea: aquí, en el pueblo del Inca, como allá, en el del Faraón, el heredero del trono no era el primogénito del Monarca, era el primer concebido por su esposa-hermana; *porque la línea femenina trasmitía inequívocamente la sangre del Dios-Sol.* (1)

Todavía hay más: si explicamos la institución por la mitología comparada, el mito y la institución son idénticos. Osiris e Isis son dos celestes hermanos que procrean al divino Horo, éllos habitaron la tierra y cultivaron los campos, y fueron también quienes enseñaron a los hombres los principios de toda cultura; en

---

(1) Véase en la «Historia de las Naciones» Del Egipto; consúltese la «Historia de la Humanidad» de Laurent, sobre los persas y a cerca del crimen de Cambises. En las eruditas notas de la novela de Jorge Ebers, «La hija del Rey de Egipto» hallamos que, el matrimonio fraterno se acostumbraba hasta durante la dinastía de los Ptolomeos — Hallamos en la «Egiptología» del Abate de Saint Aignan, la afirmación que dice: los Faraones se daban el nombre de Pa-Ra que significa El-Sol, y se creían descendientes del astro del día.

el país de América que en este momento estudiamos, al sol y a la luna se los llamaba: al primero, Pachacámac, padre del Universo, su autor; a la segunda, Pachamama, madre de todo lo existente. Y el Inca y el Faraón, hijos los dos del Sol, siguen a sus celestes progenitores en el enlace fraterno de su extraño matrimonio.

Proceden de seguro de esas costumbres y del concepto contenido en la intimidad de ellas, ciertas instituciones que en los pueblos salvajes de América, dieron origen — al degenerar los usos —, a prácticas absurdas y sangrientas, consecuencia inmediata de la sumisión al despotismo sin límites del capricho de la Jefe-Hembra. Recordemos como entre los Natchez (Norte América) los salvajes impulsos de la voluntad omnipotente de la hermana del Monarca, era una ley incontrastable.

Prácticas absurdas y sangrientas he dicho, como resultante inmediato de todo poder absoluto abandonado en manos de la mujer, afirmo. Siempre me ha sorprendido en la Historia este hecho: cuando por cualquiera circunstancia, la fuerza, el dominio sobre los demás se encuentra en manos de la mujer, cuando todos se someten a su capricho, entonces, su debilidad, que debía ser compasión, es abuso de autoridad, y con frecuencia es delirios de crimen. ¡Sólo el corazón puede contener el sadismo de sus instintos! Desde los antropófagos que impulsados y a veces, presionados por sus mujeres, se complacen en torturar a las víctimas destinadas a sus banquetes, hasta entre los pueblos más cultos, en donde como en Inglaterra, la grande Isabel siente las voluptuosidades sin nombre, de verter la sangre de su propia hermana; la verdad de mis afirmaciones es expresamente confirmada.

La Jefe Hembra podía, entre ciertas tribus americanas, elegir a capricho — aunque fuera de la última clase social — el hombre que temporalmente le ofreciera sus caricias, el privilegiado que debía compartir un momento su tálamo real; pero privilegio efímero y lleno de in-

quietudes, ya que en cualquier momento podía abandonar al sumiso objeto de sus deseos, que había sido el esclavo de sus caprichos, para ofrecer a otro hombre sus favores; y aquí, como cuentan las leyendas obscuras de los palacios reales en la Edad Media, al despedido amante se le hacía perecer, con frecuencia, entre atroces torturas (1).

Aunque tal vez parezca excesiva la insistencia, creo preciso recordar la costumbre nubia — del antiguo Alto Egipto — y que se ha perpetuado a través de los siglos, en la siguiente forma: se trata de una ceremonia solemne, rodeada de toda la imponente majestad que acompaña en los pueblos monárquicos y despóticos, a todo acto en que interviene el Soberano: es la fiesta de la siembra, exhornada de brillante aparato simbólico y presidida por la augusta presencia del Monarca.

En la época de la siembra era el Rey el primer sembrador en el pueblo del Nilo, según se desprende de la costumbre conservada en el Dar-Fur, en donde el Sultán magníficamente ataviado, dirige la primera yunta de bueyes, con cuernos dorados, que han de abrir una corta extensión de terreno, cada año (2); y aquí, en el pueblo incásico, el Rey Sol riega la simiente que fecundar debe el astro del día, el astro, padre de su estirpe y del cual espera los dones mayores y los bienes todos.

---

(1) Francisco Pi y Margall en su «Historia de la América Ante-Colombiana» menciona todas las raras costumbres relacionadas con la institución de la Jefe-Hembra, que se encontraban en varios pueblos de América. — E insistiendo en mi idea, que el respeto a la hermana del Monarca, en una forma tan amplia procedía de que ella llevaba de un modo inequívoco la herencia de su familia a los nuevos vástagos, recordaré: la forma de trasmisión hereditaria del patrimonio — y no rara vez, hasta de la Corona — era para el hijo de la hermana, en numerosos pueblos americanos.

(2) Meyer, en su estudio, recuerda semejantes costumbres relatadas en una de las inscripciones de la tumba de Tutmosis.

VII

Aquel que haya tenido ligeras noticias al menos, de las costumbrea aún supervivientes entre los indígenas del Ecuador, no habrá podido por menos que fijar con insistencia su atención, en la siguiente práctica relacionada con los funerales mortuorios:

En el día siguiente al de una muerte, después de las prácticas extrañas de la última noche, en la que al recuerdo de todas las virtudes del hombre que era ya un cadáver, de todos los momentos de su vida y de sus relaciones todas, se había mezclado la alegría semisombría y semisalvaje del licor y de los juegos más extravagantes; después de esa noche última de compañía al padre, a la esposa, al hermano; todos los que asistieron al festín mortuorio, desfilan en fantástica procesión de colores hacia el río más próximo — prefiriendo las confluencias —; y allí, mientras el espléndido sol de los trópicos dora el paisaje, mientras la naturaleza brilla con nueva vida y el río deslumbra con el oro de sus ondas; el fúnebre acompañamiento, entre alaridos se despoja de sus vestiduras, y el alma del muerto y sus cuerpos, empapados en las linfas del río, van a purificarse. Tal como lo hemos explicado es el sentido de la práctica dicha, por más que los nuevos conceptos religiosos quieran referirlo a un alivio, a un consuelo del alma en su vida de ultratumba.

El cuadro que he descrito, y que lo he sentido siempre lleno de una poesía íntima; me trasporta a las lejanas edades en que los Monarcas de Cacha o de Quito, con todo el esplendor de sus riquezas, con todo el triunfo de sus cortes magníficas y entre el dolor de sus vasallos — que eran también sus hijos —, iban a recibir en su postrer ablución su purificación última.

Pero me conduce más allá el recuerdo: el paisaje es

menos ríente, le envuelve el fúnebre misterio de la noche, en la que, como cirios mortuorios alumbran con sus pálidas claridades las estrellas. El cielo es azul, la noche es transparente, con una transparencia de cristal, el ambiente participa del calor del Sahara; es en definitiva, una de esas noches egipcias, perfumadas, y espléndidas. — La tierra de los Faraones está de luto, pero el cielo está de fiesta; un clamor inmenso llena la transparencia de la noche; y entre el ruído de las músicas fúnebres, y entre los alaridos de la multitud doliente, entre la luz rojiza de las antorchas y entre el azul reflejo de las estrellas, va la momia del Faraón; va a ser juzgada por los sacerdotes, quienes le privarán o le conferirán el derecho de la última morada, quienes juzgarán de sus actos, según su conciencia, y a veces, sólo según el recuerdo de los privilegios o de las extorsiones que el Monarca difunto empleó contra o a favor de la clase que ellos representaban; para permitirle o no el descanso supremo, el mayor bien que en la tierra esperaban los hijos del Nilo, el sepulcro inviolable y suntuoso. En fin, la procesión conduce al Soberano hacia el lago Moeris, a sufrir el interrogatorio de su vida y a ser acusado.

Que la ceremonia últimamente referida, tiene una gran relación simbólica con las prácticas de los indígenas del Reino de Quito, según lo describimos, nos revela la siguiente inscripción jeroglífica que halló Irwing en los restos famosos de un templo, restos que se encuentran en el Denderah. La inscripción refiere, o más bien, la escena representa una procesión fúnebre: el entierro debe ser nocturno, van mujeres danzando y lanzando alaridos en pos del cadáver, y otras, nadan desnudas en un gran lago (1).

Otras varias noticias podríamos agregar, relacionadas por ejemplo con la inhumación de los cadáveres, igual

(1) Véase el VII tomo de la «Geografía Universal» de Montaner y Simón, la primera parte, que trata del Egipto.

a la de los primeros egipcios, doblando las articulaciones hasta reducirlas al menor volumen posible (1). La momificación sencilla que empleaban los peruanos para conservar sus cadáveres: en los lugares elevados de la cordillera se exponía el cuerpo del difunto, a la fría temperatura de los páramos, y el frío y los vientos secos del verano, momificábanlos de un modo natural (2). Se dice que los españoles encontraron en el templo del Sol una cámara donde se conservaba a todos los Incas momificados; rodeándolos una gran pompa real y apariencia de vida, en la quietud de la asamblea mortuoria.

Hablamos antes de que el Dr. Uhle halló en Arica y Tacna, momias para cuya conservación había sido preciso más complicado trabajo, aunque era ruda la manufactura aquella.

* * *

No puedo concluír el presente capítulo sin transcribir los siguientes datos, tomados de un importante estudio sobre el antiguo Perú. — «Las relaciones de los primeros exploradores hablan de jeroglíficos encontrados en las paredes de algunos edificios cuadrados que existían en las inmediaciones de Huamanga, y que por lo gastados anunciaban haber pasado por ellos muchos siglos» «No hay duda que los pobladores preincásicos hacían uso de la escritura jeroglífica, pero como este sistema cayó en desuso durante la época más ilustre de los incas, y hasta hoy se ignora el arte de descifrarlos, no se conocen los datos ni las relaciones que sin duda ocultan».

---

(1) Compárese lo que dice la «Historia de las Naciones» t. I, al tratar de las primitivas épocas del Egipto, y lo que dice González Suárez en la «Historia General» sobre la materia tratada en el texto.
(2) Humboldt «Sitios de la Cordillera» etc.

CAPITULO VII

PRÁCTICAS INDOSTÁNICAS GENERALIZADAS EN AMÉRICA.

Períodos impuros de la mujer según el libro sagrado de los hebreos; ¿qué enseñaba Manú sobre el mismo concepto? — Prácticas de purificación por esos dos Códigos impuestas. — América recibe el concepto y extrema las prácticas purificatorias. — Conclusión.

I

Hay una muy extraña costumbre, que de la India a través del Egipto, va a informar ciertas instituciones de la raza americana, como también lo recogió el pueblo hebreo de sus opresores: es aquella que se refiere al concepto del período impuro de la mujer; doble período que exige de ella ciertas prácticas purificatorias, las únicas capaces de librarlas de las manchas que las afean.

De la Biblia:

«La mujer, durante su período mensual deberá ser apartada de todas las cosas, durante siete días;

«Cualquiera que la toque será impuro hasta la noche, y todos los objetos sobre los cuales habrá dormido o se habrá sentado, durante los días de su separación, serán impuros».

Esa es la forma con que el pueblo judío, o más bien su legislador Moisés, recogió de los labios de los sacerdotes egipcios las enseñanzas brahmánicas, que expresan los Vedas en estos conceptos:

> «*El marido debe respetar a su mujer en el período mensual, del mismo modo que se respeta la flor del bananero, que anuncia lo fecundidad y la cosecha próxima.*
>
> . . . . . .
>
> «*Los cuatro primeros días sólo son considerados como engendradores de mancha y de vergüenza para todos los que no los respetan.*
>
> «*Durante estos cuatro días la mujer es impura; que se refugie en el fondo de su casa, y se oculte lejos del marido, de sus hijos y de sus servidores*».

Pero no son esos solos los períodos impuros de la mujer, también el parto las contamina de mancha: En el Levítico hallamos:

> «*Si una mujer da a luz un niño, permanecerá impura siete días....*
>
> «*Si da a luz una niña, será impura durante dos semanas.... y empleará sesenta días para ser purificada*».

Y en el Darma Sastra:

> «*El nacimiento de un hijo constituye para los padres una mancha, pero principalmente para la madre, que es declarada impura durante tantos días como meses han transcurrido desde la concepción....*».

II

Precisa ahora que señalemos la manera como se borraban las manchas debidas a causas físicas naturales, como las que hemos apuntado:

La Biblia, para la purificación mensual manda:

«Al octavo día, la mujer, ofrecerá al sacerdote dos tórtolas o dos palomas a la puerta del Tabernáculo.

«El sacerdote ofrecerá una por el pecado y la otra en holocausto, y rezará delante del Señor por ella y por lo que ella ha sufrido siendo impura».

Y en el caso de parto:

«Cuando los días de su purificación hayan transcurrido, ya sea por un hijo o por una hija, llevará en testimonio y para ofrecerlo en holocausto a la entrada del Tabernáculo, un cordero de un año y una paloma o una tórtola recién nacida que para la expiación entregará al sacerdote».

Tomamos de Manú:

«Cuando todos los signos exteriores (de la enfermedad mensual) hayan pasado y después de dos abluciones, la de la mañana y la de la tarde, que se llaman ablución del Sol naciente y ablución del Sol poniente, la mujer debe acabar de purificarse con el agua lustral.

«Entonces la mujer ha de ir a la puerta de la Pagoda, y que deposite ofrendas de arroz, miel y manteca clarificada; ofrecerá igualmente un cordero joven sin mancha, que aún no haya sido esquilado, y si no puede, un par de palomas jóvenes que aún no hayan hecho nido».

Del Collonca (Comentarios):

> « *Era costumbre en otro tiempo que la mujer, después de sus abluciones, terminase las ceremonias de la purificación — siguiente al parto — por la ofrenda de un cordero joven que aún no había sido esquilado; y hoy día consiste* » .... *etc.*

Con los datos que conocemos se comprende suficientemente cuales eran las ideas de los dos pueblos relacionados, en la materia de que tratamos; pero nuestro objeto es explicar qué expansión tuvieron en América, las ideas de mancha y las prescripciones de purificación aludidas.

III

Por los períodos naturales — según la expresión del que traduce el libro de Manú —; los pueblos de estos Continentes americanos, pertenecientes a la raza roja, consideraban impuras a sus mujeres; de modo especial, en las épocas en que se manifestaba la nubilidad de sus hijas, pues entonces a dolorosas prácticas de purificación las sometían. Entre los californios del Sur: acostábanla a la virgen núbil en un lecho de ramas, las cuales se habían colocado sobre un hoyo en que depositaron previamente piedras caldeadas al rojo, echábase agua sobre esas piedras, y en el vapor hirviente, la víctima recibía su purificación. ¡Extraño y doloroso bautismo de la nubilidad femenina!

Los diegueños practicaban esta costumbre: llegadas a la pubertad sus hijas, enterrábanlas por veinticuatro horas hasta el cuello, bajo una tierra fuertemente apisonada. — Los ayunos y mortificaciones a que las sometían los yucarés, los violentos ejercicios de las araucanas, y otras muchas prácticas de los más diversos pueblos; demuestran lo largamente extendido que se hallaba

entre los pueblos salvajes de América, el concepto de la necesidad de purificación para la niña que llegaba a la nubilidad (1).

También como en el Indostan y como entre los hebreos, el parto a la mujer americana volvíala impura; y también, exagerándose las consecuencias: la mujer que se sentía próxima a dar a luz, abandonaba el hogar conyugal para no manchar lo y se dirigía sola a un lejano lugar, casi siempre a las márgenes de un río o de un arroyo; y allí, apartada de sus parientes y de sus amigos, sin más testigo y sin más auxilio que la naturaleza, daba al mundo sus hijos; lavaba las manchas del cuerpo del niño, y entonces volvía por sus propios pies, al hogar donde le esperaban su esposo y los demás parientes.

A veces el aislamiento era de varios días; la madre en las profundidades de alguna roca hacía su morada, preparaba su alimentación y en perfecto retiro de todo sér humano y sin poder salir de la cueva que eligió, permanecía los días prescritos para la purificación después del alumbramiento.

Debo explicar, que estas duras costumbres fueron las de los pueblos salvajes y bárbaros de la antigua América; pues en los Estados civilizados se atenuó en mucho el rigor de esas pruebas, y tanto, que sin olvidar del todo la idea de mancha, se llegó a la práctica de los grandes agasajos que los mejicanos hacían a la madre que acababa de dar a luz.

---

(1) Todos los datos que en el texto se leen respecto a los períodos impuros de las mujeres y la forma que debía emplearse para su purificación, entre los brahmanes y los hijos de Judá; los he tomado de Jacolliott «La Biblia en la India»; respecto de los americanos me ha dado material Francisco Pi y Margall, en la obra que tanto he citado.

IV

No precisa que sigamos en todos los detalles cuantas instituciones en los antignos pueblos del Nuevo Mundo, recuerden de una manera más o menos directa las conexiones que se pueden descubrir con las de los pueblos camíticos; pues para ello tenemos en consideración estas reflexiones; alguno podría argumentar en contra de nuestras pruebas: las costumbres iguales, las instituciones exteruamente semejantes, no son siempre pruebas de una igualdad étnica, y adelantando más, ni siquiera manifiestan, en muchas ocasiones, una influencia recíproca entre los pueblos, en los cuales estas instituciones y costumbres iguales aparecen; y sólo significan de modo constante, el origen único de la especie humana.

Quien así argumentara tendría razón; mas, debemos reflexionar que: hay ciertas manifestaciones de la vida social tan en lo absoluto nacionales, o que significan la producción espontánea e inconfundible de una civilización, que al encontrarlas en un pueblo cuya procedencia nos es desconocida, tenemos que referirlas inmediatamente a una influencia de la nacionalidad a la cual esas manifestaciones vitales pertenecen. — Por otra parte, mi afán al dar a conocer las antiguas formas sociales americanas, no es únicamente el probar la procedencia de la civilización en los pueblos que estudio; sino que al lado de esa importante intención, quiero que se vea como estaban constituídos los pueblos conquistados por los españoles, por ser esta obra de sociología aplicada a las condiciones de América.

CAPITULO VIII

EL ESPÍRITU RELIGIOSO EN LOS PUEBLOS.

Las creencias religiosas de los antiguos pueblos, y especialmente de aquellos que estuvieron dirigidos por una aristocracia sacerdotal, representan de modo fiel la intimidad de las costumbres, de las ideas, de las necesidades, y hasta de las pasiones del grupo en donde ellas tuvieron su generación; ya que, después de reglamentar la vida interna del individuo, tiene por misión ahí, el señalarle sus obligaciones y derechos respecto de los demás, es decir, legislar sobre su vida jurídica. Y cuando no son exclusivas de un pueblo las ideas teológicas descubiertas en él, debemos relacionarlas con las de otras poblaciones que las tienen, ya como recibidas de estas últimas, ya como ofrecidas a ellas. — Conceptos del Sér Supremo entre los indostanos: Zeus y Brahma, y ¿cuál fue el modo de pensar sobre esto misma de los aborígenes de América? — Elementos espirituales de donde procedió el misterio de la Encarnación, o mejor, de donde pudo proceder. — La Encarnación en igualdad de forma de los relatos de los libros indostánicos, fue hallada en Méjico y entre los indios del Perú. — El fuego sagrado y las vírgenes que velan su conservación. — El bautismo y el sacramento de la penitencia.

I

Cuantas veces se trate de descubrir y de explicar una constitución social, creo puede afirmarse que el capítulo de mayor interés es el relacionado con sus creencias religiosas: la teología de sus altas clases in-

telectuales y las comunes creencias del todo social. Solamente que, las opiniones de la aristocracia pensante en ciertas épocas — en la edad teológica y con *frecuencia* en la metafísica — merecen la atención de un modo particular; mientras el culto público y las creencias de las multitudes, son, en otras, las de más importante estudio. En el primer caso, los hombres revestidos del carácter de directores de las multitudes, descubren enseñan y dirígenlas hacia el cumplimiento de los fines públicos, considerados por ellos como buenos, empleando para tal fin con frecuencia, la invención de un símbolo mitológico.

En su trabajo sobre el Indostán Gustavo Le Bon afirma: los brahmanes hallaron que la raza aria iba disminuyendo en potencia intelectual y en vigor físico, al poco tiempo de haberse instalado a las márgenes del Indo, en razón de la mezcla con los dravidianos en esas comarcas encontrados; y en contemplación del daño surgió la alarma, y de ahí el mito y la prescripción, los cuales señalan las castas y las separan a perpetuidad (1). Se dividió la población en órdenes o clases de personas llamadas castas, separadas cada una por un abismo, el cual nadie podía traspasar, y tal posición estaba consagrada por la divina voluntad de Brahma: de la cabeza del dios nacieron los brahmanes, se dijo, de los brazos los shatrias y de los muslos los vaycias; y señalóles diversa función como fue diverso el origen, y prescribió la eterna separación, bajo la pena de terribles castigos sobre la tierra y espantosos suplicios más allá de la tumba, para cuantos transgredieran tan sagrados mandatos. Un fin justo, una necesidad importante, crean de esa manera el absurdo abuso de la prescripción de las castas entre los indostanos, ¡y cuánta excecración no deberemos lanzar sobre los terribles mandatos religiosos impuestos a los hijos

(1) Véase el primer tomo de «Las Civilizaciones de la India» por G. Le Bon.

de Israel en nombre de Jehová? contra los enemigos del Señor, ahogad todo sentimiento de compasión y sed implacables.

Quien conozca la historia del desarrollo humano en su integridad, esto es en sus diferentes fases, habida cuenta de las circuntancias de tiempo, lugar y raza capaces de animar internamente y dibujar y hasta dar su matiz al elemento civilizador aportado por cada pueblo, para el total progreso del hombre en todos los siglos de su existencia; se verá en la precisión de comprender la imposibilidad de diseñar la conducta propia de los individuos entre los diversos Estados de su estudio, sin dirigir de preferencia la atención hacia la forma primero, y luego, hacia la intimidad de las creencias religiosas imperantes entre ellos. La conducta actual, el sentido de la moralidad de hoy, es decir, el arreglo de la vida, tiene siempre en previsión algo capaz de traspasar lo momentáneo, una aspiración, un deseo distinto de la presente vida; relacionándose ya con la idea de Dios, para aparecer entonces la religión propiamente dicha con el culto a una Divinidad lejana pero suprema, separada del Mundo por los abismos de su grandeza, pero rectora de toda actividad en ese mismo Mundo; o con la de engrandecimiento público, dando entonces origen al sentimiento de patria — patriotismo — o al más amplio, de fraternidad universal; religiones naturales y mermadas en la magnificencia de las metafísicas de las otras religiones, entre los pueblos cultos.

Es pensando de seguro en ese arreglo de la vida en virtud de la idea o de la creencia, como apareció para Augusto Comte, en forma de leyes generales del desarrollo histórico, las de las tres edades o etapas por las cuales han pasado y seguirán pasando todos los pueblos: la edad teológica, la metafísica y la positiva.

Si al Ser Eterno — cuya sustancia o naturaleza dió materia a fantasías más o menos brillantes, o se lo exhornaba de atributos terribles — se le atribuía todos y

cada uno de los sucesos de la naturaleza, del Universo, si se creía que la Divinidad después de prescribir en sus mínimos detalles la conducta del hombre, lo dirigía y auxiliaba en el ejercicio de sus facultades y en la producción de sus acciones; entonces podremos decir de esa condición social que se hallaba en la etapa primera de las señaladas por Comte. — Eso sí, no es preciso el monoteísmo, como pudiera suponerse en virtud de la forma empleada en la anterior explicación, para reconocerlo a un pueblo viviendo la edad teológica; pues es lo mismo imaginar a los ángeles del Señor combatiendo en invisibles legiones para dar el triunfo a Israel sobre sus enemigos, o asistir con Homero a la guerra de los dioses contra los hombres o de los dioses entre sí, para conceder el triunfo al héroe privilegiado o preferido.

Muy en cuenta se ha de tener la restricción puesta al hacer el diseño de los caracteres propios de la edad teológica, pues allí no se ha hablado ni del fetichismo de los grupos salvajes, ni del animismo de los Estados bárbaros primitivos; porque realmente, los tres estados descritos por Comte, deben referirse a los pueblos civilizados o próximos a ese estado, no obstante la similitud de caracteres de los salvajes o de los bárbaros próximos al salvajismo — de mejor manera se diría, apenas salidos del estado salvaje — ya que entre estos sólo cabe imaginar la iniciación, el ensayo de creencias, las cuales tomarán definidos caracteres, sólo a medida del avance de la cultura. Por otra parte, si los Estados prósperos se nutren de esos elementos adquiridos en la existencia como subterránea de su iniciación para la vida civilizada, si aparecen persistentes y precisas muchas de sus afecciones, tendencias y formas de su anterior idolatría; pero al estudiar las civilizaciones nos fijaremos en las conquistas suyas, en cuanto han dado para el progreso general, veremos su desenvolvimiento dentro de la vida consciente, si podemos usar de un término biológico, y nó en el trabajo de formación mismo de su yo personal.

Mas, si considerando a Dios fuera del Universo como Creador Supremo y Supremo Legislador, se lo imagina pesando y midiendo el valor de cada acción por haberse ajustado a la ley impuesta o haberse separado de ella, y preparando en consecuencia el premio o castigo debidos; y si el estudio de moralidad, es el estudio del alma, de sus fuerzas, de sus pasiones, de sus tendencias buenas y perversas en lucha, siempre en la esfera puramente especulativa; nos hallamos ante el período metafísico, comprendido y sintetisado por Turgot, antes de Comte, pero con idéntico criterio al del iniciador de la escuela positiva, en esta forma: «Cuando los filósofos llegaron a conocer lo absurdo de tales fábulas — las de espíritus, ángeles y dioses, productores de todas las actividades naturales, físicas o biológicas — sin haber adquirido, sin embargo, verdaderas luces sobre la historia natural, imaginaron explicar las causas de los fenómenos por expresiones abstractas, como esencias y facultades, expresiones que, sin embargo, no explicaban nada y sobre las cuales se discurría, como si hubieran sido seres, nuevas divinidades sustituídas a las antiguas». (1)

Y sólo cuando el estudio es la contemplación de la naturaleza en si, la comprensión de sus fenómenos y de sus fuerzas como la única materia apta para el conocimiento de la realidad — es decir, cuando se ha llegado plenamente al monismo contrario a la dualidad del espíritu y la materia — en fin, sólo en el caso de sentir «colmado nuestro anhelo de conocer las causas cuando la ciencia las confirma con una «razón suficiente»; entonces nos encontramos en pleno período positivo; y en religión: o ha asomado el ateísmo, negación de un dios trascendental, para afanarnos en buscarlo más cerca de nosotros, como en la religión de la humanidad predicada por Comte, o en los delirios del

(1) Turgot. «Historia de los progresos del espíritu humano».

poderío de la energía, dios inconsciente pero capaz de producir y transformar cuanto existe, de las teorías denominadas por Haeckel, del hilozoismo; o bien aparecen nuevos cultos representados por la adoración de la naturaleza o la religión de lo bello.

Es cierto que el período metafísico puede ser también desconocimiento de la religión — comprendido tal término en el sentido tradicional de su empleo —; como es posible descubrir en el período positivo únicamente el olvido del fenómeno religioso. — Mas en cualquier caso y aún reduciendo el significado de lo religioso al común sentir y pensar respecto de él, tendremos esto; para descubrir lo que es en su intimidad el valor exacto de un estado social, las causas de ordenación de la actividad individual y de las funciones públicas, precisa penetrar en el sentimiento común y la clase de evolución que parece insinuarse o se halla predominante ya, y se representa en forma de una tendencia de las altas clases, en cuya conciencia se hace posible la lucha contra el hábito y el triunfo respecto de la costumbre.

Con facilidad se descubre como todo la anterior se relaciona, en sentido estricto, con aquella categoría de hombres de los cuales decimos, son los directores de la vida social en cada época; y si bien es cierto que en calidad de tales, y en cuanto representan el condenzarse de las vagas aspiraciones públicas en una conciencia clara, el resultado es el de influír con un prestigio mayor o menor sobre el común del pueblo; la verdad es también que este grupo se arraiga con tal fuerza al peñón de sus tradiciones, que constantemente vuelve sobre sus costumbres, sobre sus creencias y sobre los antiguos sentimientos conservados con el cariño de cuanto por mucho tiempo se ha vivido. No hace mucho Alfredo Fouillèe nos relataba, en su «Bosquejo psicológico de los pueblos europeos», la forma pasional como las conservan las tradicionales prácticas de una religión primitiva, los pueblos español e italiano; y hoy todavía, cualquier viajero puede comprobar ese mismo

estado primitivo del culto a la Madona o a la Virgen del Pilar; ofreciendo ex-votos el bandido, la mujer adúltera o quien premedita un crimen, pidiendo el triunfo de su inmoral empresa. El sentimiento religioso vive y vivirá entre los pueblos, en la forma misma de las leyendas capaces de halagar la fantasía, no obstante cualquiera lucha para triunfar de ese sentimiento. — Máscaras colocadas en el rostro de las multitudes de todas las naciones, son las civilizaciones ofrecidas o impuestas a las mismas, pero por detrás está el salvaje intolerante, apasionado y supresticioso. — Veamos pues el valor del sentimiento religioso, no ya en los directores de las sociedades sino en el todo social.

* * *

La religión toma su savia, la intimidad de su carácter toma, de la conciencia social del ser en donde se la contempla, y singularmente del ser de cuya sustancia se ha originado, del grupo en cuya conciencia ha nacido. Insistiremos siempre: en el despertarse de ideas, sentimientos y pasiones en los hombres superiores, la naturaleza no sigue distinto sendero que aquel empleado respecto de los demás.

Por regla general, en los Estados antiguos, en los Imperios orientales, las instituciones religiosas significan todas las aspiraciones, los anhelos y en definitiva, el desarrollo íntegro del ser social; y esto se trasmite, lo lleva la herencia, a casi todos los Estados a cuyo aparecer podemos asistir con la Historia. En los pueblos más antiguos como aspiración de todas las clases sociales: para unos — muy pocos — haciendo sólo el papel de un símbolo cada práctica y cada creencia; para los demás, aceptándolas en su forma externa íntegramente y sin restricciones. En las naciones modernas, más adelantadas, la religión es el fondo de la conciencia nacional, como aspiración suprema y omnicomprensiva

del grupo más amplio y más uniforme en la complejidad de la vida, esto es en la multitud; claro está, desnaturalizándose, pero en breve parte, la manera de concebir de los cultos exotéricos de los Estados antiguos.

Las multitudes, más o menos viven de la religión o para ella: ya considerándola como la forma luminosa de una fantasía artística; ya agotando, en las ideas teológicas populares o talvez mejor dicho, en las ideas místicas, los conceptos morales, jurídicos, y el más complejo aún, de bien. — Hasta en la Grecia, el pueblo antiguo del ateísmo filosófico, no puede desconocerse que en lo más hondo de la conciencia pública palpitaban las inspiraciones devotas hacia las preciosas figuras de los dioses de su Olimpo; siquiera, a veces, como sentimiento artístico y pasional. La tradición griega no podía desconocer ni olvidar en lo absoluto, aquello relacionado en su conciencia con una herencia de siglos.

He dicho como en los grupos más o menos civilizados pero quienes no han llegado al período positivo, la vida pública y la interna vida del individuo están regidas por la religión; sólo que: en los Estados teocráticos, todo acto está previsto y prescrito por leyes divinas, y en las naciones cuya tendencia no es absolutamente mística, toda acción la modera el precepto religioso. Y si después de leer la Historia y de comprender los sucesos de hoy, queremos sobre tales conocimientos fundar una hipótesis para el porvenir, talvez nos hallaremos en el caso de afirmar: nunca llegará la humanidad, como tal, como agrupación de pueblos y de multitudes, al período positivo, por más que constantemente se aproxime a él, en virtud de una más justa interpretación de la realidad por parte de quienes se hallen mejor dotados hacia tal resultado; no sólo porque el hábito y el sentimiento opondrán sus más fuertes resistencias, sino también en virtud de existir en torno nuestro misterios imposibles de penetrar y cuyo enigma será materia religiosa aceptada en la intimidad del alma humana, mientras no contenga afirma-

ciones contrarias a la razón, aunque sí para ella inexplicables: lo inexplicable puede subsistir, pero lo absurdo desaparecerá.

Talvez sea preciso explicar que las consideraciones siguientes, se refieren de un modo principal a las religiones antiguas, para la comprención suficiente de su contenido.

El fenómeno religioso contiene en si: la moral, primero, camino interno que debe recorrer el hombre para alcanzar el bien en sus acciones, en cuanto éstas se relacionan con la vida íntima. La moral es siempre preceptiva: *obrar bien en cada momento,* procurar la bondad en cada acción; talvez llamaríamos con más propiedad tender hacia la virtud. Pensando en la relación de lo moral con lo religioso M. Belot ha dicho: la religión contuvo primitivamente a la moral, no «al modo de la materia viva que contiene en potencia formas susceptibles de aparecer ulteriormente» sino «como la envoltura protege al embrión, cubre y oculta en muy gran parte el trabajo espontáneo que constituye casi toda la vida» (1).

Pero la virtud moral cuando es predicada por una creencia, cuando se halla impuesta por una religión, se convierte con facilidad en deseo de positivo bien extraño a la satisfacción del acto bueno: ser virtuoso para alcanzar una recompensa. Esa fué la forma con la cual los diferentes cultos humanos al apoderarse de las conciencias de la generalidad, las obligó al bien obrar; siempre, tomando en cuenta la impulsión pasional y la debilidad espiritual del hombre: ya en cuanto puede obscurecerse en ciertas conciencias el concepto moral de

---

(1) De la «Revista filosófica» de Francia, Marzo de 1900; también el notable filósofo y sabio sociólogo Durkheim ha dicho: «del fenómeno religioso han salido por vía de disociación todos los demás fenómenos sociales (incluso claro está la moralidad)» Año Sociológico 1897-98 «Definición de los fenómenos religiosos».

lo bueno — de ahí la imposición dogmática de una conducta —, ya en cuanto al bien concebido puede oponerse otra aspiración, la cual se presente como fuerte obstáculo a la realización de los actos propios para conseguir el arreglo de la existencia para tal objeto — fuerza de resistencia, o impulso contrario, producidos por una pasión por ejemplo —; por eso la religión ofrece al proceder bueno una recompensa y al proceder perverso un castigo. Fantasías del deseo moderadas por fuertes sugestiones ejercidas sobre la sensibilidad también. — Se ha vuelto así la moral egoísta, mas que egoísta aún, interesada en un bien externo, en un premio; pero egoísmo e interés necesarios, dadas las debilidades humanas: primero, de un concepto no suficientemente comprendido, ese ideal abstracto de bien moral; y debilidad de una voluntad obligada a triunfar de un impulso real, teniendo en cuenta una idea de virtud, la aspiración indecisa de una perfección lejana. Y estas consideraciones serán afirmadas de un modo más radical si se piensa, en la posibilidad de hallarse, como frecuentemente nos hallamos, ante criterios de moralidad falsos, los cuales imponen limitaciones dolorosas al cumplimiento de nuestra propia naturaleza.

Después de todo lo anterior nos hallamos con la precisión de reglamentar la moralidad externa: el proceder bueno en nuestras relaciones con los demás, para no perturbar las agenas existencias y alcanzar el órden; es la vida jurídica, la conducta de cada ciudadano junto a los demás, esfera del derecho positivo. El Estado, decimos hoy, por hallarse obligado a conservar la paz y a reglamentar la actividad de cada uno para el bien de todos, es dueño de imponer a cada conducta la regla jurídica adecuada, claro está, siempre dentro del estudio y el reconocimiento de la justicia.

Pero así no fué en la mayor parte de los pueblos antiguos: el Código religioso, en las nacionalidades de régimen teocrático, señalaba la forma de las relaciones entre los hombres e imponía la pena adecuada a cada

quebrantamiento de la Ley, bajo dos aspectos; como actual castigo y como reprobación después. El Código de Manú, la Biblia, la legislación sacerdotal egipcia, los escritos de Zoroastro etc. etc., son prueba de lo dicho. — En los otros Estados, los de régimen no sacerdotal, si cada acto del hombre no estaba previsto y reglamentado de antemano por una legislación inspirada, pero al lado del Código Civil y político — los cuales se confundían con frecuencia, de un modo especial el político, con el absolutismo de la voluntad regia — estaban apoyándolos y fortificándoles las prescripciones de la divina Ley. Apoyo cuyo resultado fué con frecuencia, el servir de sacrílego pretexto para santificar los más atroces crímenes: ¿cómo no recordar la guerra *justa* de los romanos? — *justa*, cuando se la declaraba en la forma ordenada por la liturgia, aún cuando violara los más sagrados derechos de la humanidad —. (1)

Todo cuanto hoy llamamos y concebimos, obra puramente encomendada a la ley jurídica, cuanto abandonamos al derecho civil, positivo, de un grupo; fué propio, en los pasados tiempos, de la inspiración teocrática, o a lo menos era consagrado por esa inspiración.

Mas, nuestro objeto no es señalar todavía la influencia del fenómeno social, del cual venimos hablando, en la constitución íntima de los diversos grupos nacionales, esto, será materia de posterior estudio. Hoy sólo nos hemos propuesto demostrar lo innegable que es en las teocracias, el hecho de la absorción perfecta de la vida íntegra social e individual, en los preceptos y en las fórmulas impuestas por la religión; ya sea directa la teocracia como en Israel, especialmente en sus primeros tiempos, ya sea indirecta influencia sacerdotal. En definitiva: la vida se halla explicada y sus formas de ser se hallan prescritas, por los ministros del Altísimo; y por lo mismo, éstos cumplen la misión de reconocer

(1) Véase la «Historia de la Humanidad» de Laurent, el tomo dedicado al estudio de Roma.

y reglamentar todas las necesidades públicas, concretar y simbolizar, pero también depurarlas, las opiniones generales, en misterios y en preceptos. De ahí que la religión sea el viviente símbolo de la nacionalidad en donde se ha formado.

SEGUNDO. — Después de haber sido regla de conducta es también concepto teológico, primero, y ontológico, después, — dentro del cual está contenido la cosmogonía y el génesis —; y en último grado, filosofía del ser, de sus atributos, de sus pasiones y de sus vicios. — La explicación de la realidad existente se deriva del concepto que se tenga de Dios, de las facultades y atributos de los cuales se lo crea dotado; y de un modo particular de la forma como surgió la creación, y de la dependencia en la cual se halla ésta respecto de su voluntad.

TERCERO. — Todo el pensamiento humano en sus varias manifestaciones lo recoge la religión, y además de esto, lo recoge toda manifestación artística. Que el desenvolvimiento del arte en la India — la inspiradora de los demás pueblos — se relaciona íntimamente con los diversos conceptos religiosos allí imperantes en las diversas épocas de su historia, se ha llegado a afirmar; y en verdad, tal forma de concebir es en lo absoluto justa: con el budismo, el cual diseña y comienza a concretar el concepto religioso dándole plasticidad y relieve, aparecen los primorosos templos indostánicos, donde el cincel evoca los poemas magníficos, de los avataras búdicos.

Descubrimos pues al culto apoderándose del sentimiento, como la teología se apoderó en total de la inteligencia; y aparecerán los prodigios o los terrores del arte: los pavorosos símbolos con los cuales precisa aterrorizar a las conciencias o las fantasías encantadoras cuya aureola de luz despierta un sentimiento de devoto amor hacia ciertos misterios.

Las religiones cuyos caracteres muy en síntesis hemos señalado, no son las representadas por las creencias

que acaban de nacer, ni son tampoco aquellas de las épocas bastante avanzadas en el progreso humano, en las cuales las funciones se dividen entre los grupos más capaces de cumplirlas, tiempo en que el común de los hombres principian a reconocer el valor de cada fuerza natural y no ocultan su conocimiento a los demás, sino por el contrario se sienten arrastrados por la necesidad de comunicarlos. — En el período teológico, la naturaleza apenas explorada, con trabajo difícil y merced al empeño constante del individuo, permite apenas que se descubra algo del oculto misterio de sus fuerzas; pero entonces quien alcanza un conocimiento no lo entrega a los demás, lo oculta como un tesoro donde se contiene su poder, como el misterio capaz de ofrecerle el triunfo de una autoridad incontrastable, sobre aquellos que, menos sabios o menos afortunados desconocen su secreto. Pero como es natural, la idea siente la necesidad de desplegar sus alas, se agita con el ímpetu del vuelo y rompiendo la envoltura del símbolo, se levanta con la maravillosa desnudez de una Venus alada, en marcha por el azul sendero de la ciencia y en cuyo recorrido brotarán los rubios rosales de la verdad.

Por eso en los pueblos teocráticos y en aquellos donde triunfa la aristocracia sacerdotal, en las épocas sociales de una teología más o menos primitiva o avanzada, y aún en los comienzos del período metafísico, cuando las multitudes sufren el yugo del sacerdocio sin oponer resistencia alguna, o si es débil su resistencia; la única institución bastante desarrollada, y donde se agota y se encierra puede decirse, toda la vida social, es la institución religiosa con sus prácticas del culto y del precepto. En esos pueblos pues, los mandatos del culto — que son toda vida y toda actividad individual — toman en ciertos casos las solemnidades rituales de sacramentos; y cuantas se suponen revelaciones divinas de la realidad desconocida, concrétanse con frecuencia en los obscuros conceptos del misterio. Son estos los trabajos para cuya formación han intervenido todos los

conocimientos de las altas categorías sociales, quienes han cristalizado así los difusos sentimientos de necesidad o apego de la generalidad, y han expuesto en velados conceptos toda la verdad alcanzada y cuanto intuitivamente ha sido entrevisto, es decir, íntegramente la parte afectiva e intelectual del alma nacional.

Por eso la religión de cada individualidad política, cuando no es obra de agena inspiración, es trabajo inconfundible suyo; y por eso también, cuando se las encuentra profundamente semejantes en dos pueblos, de un modo necesario debe concluírse, que el uno ofreció el otro sus conquistas. No se puede negar, ni habría motivo para eso, que en lo relacionado con ciertos elementos externos del culto, lo propio del fetichismo de las religiones, aún entre los pueblos cultos, la semejanza de los desarrollos humanos impone la igualdad de creencias y de adoraciones; el fetichismo y el animismo, siendo como son los primeros pasos del fenómeno religioso, provocados casi exclusivamente, por los motivos procedentes de la naturaleza exterior, dan con frecuencia el mismo resultado. No así las supremas concepciones ha cuyo producirse han contribuído, tantos y tan importantes elementos como los ya indicados. (1)

En definitiva: el misterio, que representa en si todo el esfuerzo del concepto teológico; y el sacramento, práctica externa de espiritual santificación con el misterio relacionada, y como derivación visible de la casi inalcanzable idea que lo concibió; he ahí de cuanto podemos servirnos

(1) En una obra de vasta ilustración titulada «La religión del Imperio de los Incas», y cuyo primer tomo ha publicado ya el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, nos hallamos con una serie interesante de datos propios para señalar la casi universalidad de ciertas manifestaciones del fetichismo; la adoración de todas las manifestaciones de la naturaleza, extraordinarias por su belleza o por su horror; mas esto como hemos dicho es muy natural, por la génesis mismo de las religiones; el espíritu de los cultos avanzados sólo, nos interesa a nosotros por las razones dichas.

para fortificar y volver inquebrantable la opinión expuesta por nosotros con fe viva, sobre los orígenes camíticos de las civilizaciones florecientes de las indias occidentales, antes de la conquista.

II

Siempre en la cumbre, como coronamiento de toda arquitectura religiosa, como estrella de luz de plenos resplandores, en cuyas claridades se abisma el templo elevado a cualquier culto, se halla el concepto de la Suprema Naturaleza: el Ser primero, padre de los seres celestes y autor del Universo. Zeus inconcebible, sol de prodigiosas radiaciones, cuyo resplandor ofusca a la humana naturaleza que pretende llegar hasta él; inmóvil en la quietud de su esplendor, se alimenta de si mismo y en si mismo vive. Pero al contemplar la magnificencia de su claridad, el prodigio de su divino Ser, siente brotar en si la potencia de una voluntad, capaz en su estado activo de crear nuevas existencias; y entonces, por el querer de Zeus y de su propia esencia nace Brama.

El Ser irrevelado, misterioso, perdido en el abismo de su propia existencia, se siente inundado de amor, y por él fecundado su seno, nace el gran Todo, origen del mundo visible y de las invisibles categorías. — Esto cantan los Vedas:

> «*El ser (Zeus) reposaba en el seno del caos, y el Gran Todo (Brama creador) nació por la fuerza de su piedad.*
>
> «*El amor estaba en él y de su esencia surgió el gérmen fecundo*».

En los Pouranas se lee:

> «*Espíritu misterioso, fuerza inmensa, poder insondable, ¿cómo se manifiesta tu poder, tu fuer-*

za, tu vida, antes del período de la creación? ¿dormías como un sol apagado en el seno de la descomposición de la materia? ¿esta descomposición estaba en tí o la habías ordenado? ¿eras tú el caos? ¿eras la vida encerrando en ti a todas las vidas que habían huído de la lucha de los elementos destructores?

«¿Has arrojado los mundos en un horno ardiente para regenerarlos, hacerlos renacer de entre la descomposición, como el árbol viejo renace de su semilla, que germina en el seno de la podredumbre?.....

«Cuando Brama pasa de la inacción a la acción, no viene a crear la naturaleza que existía en todo tiempo en su esencia y atributos, en su inmortal pensamiento; viene a desarrollarla y hacer cesar la disolución». (1)

Y fueron esos versículos como la vid rica en racimos, de cuyos frutos se embriagarían, el primero de los gnósticos, Filón, y todos sus discípulos; de allí saldrán en la semi inconciencia de sus alusinaciones, los extraños mirajes de cuadros dibujados en una neblina fantástica, como son las teogonías y las cosmogonías de los gnósticos; el Logos, «más resplandeciente que el fuego» y de la propia sustancia del Supremo Ser, engendrado por éste en una expansión de su amor y el verdedero artífice del Universo; y después, los «eonos» divinos, emanados directamente de la Inteligencia, o sea de esa hipóstasis «primogénita» del Padre (2), en coros, en órdenes de perfección; como si bajo la cúpula

---

(1) Para los dos primeros versículos véase la obra titulada «La India y la Literatura Sanscrita» por Jorge Frilley; la parte copiada de los Pouranas la tomo de «La Biblia en la India» de Jacoillot.

(2) Doctrinas de Filón; sus obras: «Que el mundo es incorruptible»; «De los sueños»; «Que Dios es inmutable».

de una basílica cristiana florecieran repentinamente sus columnas en maravillosas esculturas. Estas son las fantasmagorías religiosas de los ofitas y de los valentinianos. — Parécenos asistir a las brillantes locuras imaginativas de la «Cábala» con sus «sephiroths» o potencias divinas en número de diez, separadas en distintos planos según su perfección y focos brillantes de luz, enlazados por «canales» de resplandor comunicante, cuya primera claridad la reciben del mágico círculo de la «corona». (1)

En la sangre de los racimos cultivados en «Sudazana» bebieron también, el apasionante licor de las místicas contemplaciones y de las audaces metafísicas, Platón y los neo platónicos. El Bien Supremo se revela por primera vez en su más alto atributo, su Inteligencia. — Habla Plotino: «Imaginad un centro; en torno de este centro un círculo luminoso que emana de él y al rededor de este círculo un segundo círculo, luminoso también pero con luz de luz.... «El centro es el Bien, el primer círculo inseparable del centro, la Inteligencia, el segundo inseparable del anterior, el Alma o Espíritu» y el Espíritu «es el verbo y el acto de la Inteligencia, como la Inteligencia es el verbo y el acto del Uno». (2) Mas, el Alma reverbera hacia el exterior en una doble forma: como luz para el círculo obscuro del mundo sensible y como sustancia engen-

(1) Los «sephiroths son diez nombres o atributos de Dios a saber: 1 la corona; 2 la sabiduría; 3 la inteligencia; 4 la magnificencia o la misericordia; 5 el valor; 6 la belleza; 7 la victoria; 8 la gloria; 9 la base y 10 el reino. Estos nombres estan dispuestos de manera que los superiores afluyen a los inferiores por medio de veintidos canales. Así, de la corona salen tres canales, de los que uno corre hacia la sabiduría, el segundo hacia la inteligencia, el tercero hacia la belleza, habiendo además un cuarto que hace comunicar la sabiduría con la inteligencia. Más arriba de la corona se halla el mundo arquetipo o angélico». Véase en César Cantú, el 9º. tomo de su «Historia Universal».

(2) Con el nombre de Ennedas se publicó en seis series de a nueve tratados, las opiniones de Plotino, recopiladas por su discípulo Porfirio.

dradora, al igual del primer eslabón de una cadena de seres; «Por una de las partes de nuestro ser tocamos a Dios, nos unimos a él, estamos en cierta manera suspendidos de él; estamos edificados en él cuando hacia él nos volvemos» por nuestra inquietud insaciable de subir de grado en grado, hacia la plenitud del Ser Uno. — Con las iluminaciones del éxtasis en Plotino, nos hallamos ante la misma efusión de alma, ante el mismo entusiasmo comunicante, de los santos privilegiados del cristianismo en sus arrobamientos de amor divino: idéntica luz, la misma fragancia y la armonía de las esferas superiores. ¡Espíritus candorosos y devotos los únos, sueñan la real representación de un cuadro imaginado; inteligencia superior la ótra y conciencia profundamente mística, escala las gigantescas cumbres de la abstracción, hasta perderse en los transportes de dicha inundado en los irisados reflejos de la nieve en la más alta cumbre!

«Y cuando el néctar (del éxtasis) le embriaga y le priva de razón, es cuando el alma se siente transportada de amor y cuando se abre a una felicidad que satisface su anhelo.... Cuando el alma obtiene esa dicha, y Dios viene a ella, o mejor dicho, manifiesta su presencia, porque el alma se ha desprendido de todas las demás cosas presentes, porque se ha embellecido todo lo posible, porque se ha hecho semejante a él por medios que conocen sólo los iniciados, le ve sublimemente aparecer en ella; no hay ya intervalo ni dualidad, ambos no forman mas que uno; es imposible distinguir el alma de Dios, en tanto que goza de su presencia.... En ese estado el alma no siente ya su cuerpo, no siente ya si vive, si es hombre o cosa alguna en el mundo, pues considerar estas cosas sería decaer, y el alma no tiene entonces tiempo ni voluntad para ocuparse en ellas; cuando después de haber buscado a Dios se encuentra en su presencia, se lanza hacia él y le contempla, en lugar de contemplarse a sí mismo».

Después de cuanto anteriormente se ha manifestado, sólo recordaremos, respecto del Indostán, estas palabras de Jacolliot: «Zeus en sanscrito, significa el Dios por excelencia; es el epíteto de Brahma, inactivo, irrevelado antes de la creación».

Y el nombre de la Suprema Esencia y sus atributos aceptados de un modo idéntico por los griegos en sus comienzos, se cambió entre ellos luego en Theos; y al pasar al latín y a las lenguas que de él se derivan, tuvo las transformaciones fonéticas de Deus y Dios, respectivamente.

El concepto de la Divinidad, tal cual lo hemos descubierto entre los brahmanes, tenemos la extrañeza de encontrarlo en la teología azteca; y si bien digo extrañeza, no lo será así para cuantos hayan seguido todas nuestras demostraciones, sobre los orígenes de las civilizaciones pre-colombianas de América.

Nos hallamos ante todo en presencia de un ser abstracto, inmutable e incognoscible, el cual «todo lo tiene en sí mismo» y es puro y es perfecto; lo llamaban Teotl: es decir, el Dios por excelencia. (Apúntese la singularidad del radical T-o; la tl es lo característico del idioma de los mejicanos). Inferior a esa divinidad, pero como el primero de los dioses, viene en seguida Tezcatlipoca — espejo reluciente — «el autor del cielo y de la tierra, *el alma del mundo* y Señor de todas las cosas» (1). Es el primogénito de Teotl, y quien forma mediante su voluntad el Universo.

Rudos son los conceptos por los cuales los habitantes del Tahuantinsuyo trataban de representar su idea de la Divinidad; allí parece descubrirse la degradación de un pueblo desde una cultura anterior, y fácil es de reconocer por otra parte el origen de sus opiniones en tal materia. *Con* era un ser espiritual y omnipotente, pero de él no procedía la vida de los seres

(1) Véase la «Historia de Méjico» por don Niceto Zamacois, tomo I, págs. 460 y 461.

tal como hoy es, sino de la piedad de su hijo Pachacámac (1). En Garcilaso hallamos: «Pachacámac es nombre compuesto de Pacha, que es Mundo Universo, y Cámac, participio presente del verbo cama, que es animar.... Pachacámac quiere decir el que da ánimo al Universo»....

Sólo quien cierre los ojos ante la evidencia, desconocerá la generación de las teologías de America, en el país regado por el Indo.

El afán de descubrir el origen de las actuales existencias, tan natural al hombre y tan obscuro para su inteligencia, alcanzó por virtud de la brillante fantasía de los brahmanes esta representación:

«*Manú en reposo se entrega a la meditación.... El Mundo yacía entonces envuelto en espesas tinieblas, y sumergido en sueño por todas partes. Entonces Svayambhu, el ser existente por sí mismo, en cuanto los sentidos externos pueden comprender, hizo perceptible el Universo, mediante los cinco elementos primitivos, se manifestó, y resplandeciendo con la claridad más pura, disipó la obscuridad*».

.....

«*Después de haber creado el Universo de esa manera, Aquel cuyo poder es incomprensible desapareció de nuevo, absorbido en su alma y reemplazando el tiempo que pasa por el tiempo que viene. Cuando ese Dios vela, el Universo realiza sus actos; cuando duerme, su espíritu queda absorbido por un profundo letargo, y el Universo se destruye a sí mismo. Y por medio de esas vigilias y de esos reposos alternativos, el Ser inmutable hace sin cesar y sin fin vivir o*

(1) Véase la «Historia del Reino de Quito» por Juan de Velasco, t. II.

morir al conjunto de criaturas inmóviles o vivientes » (1).

Mermado sólo en el número de años de duración del Pralaya o destrucción, hallamos de manera idéntica expresada la idea de sucesiva muerte y renacimiento de cuanto sobre el Universo existe, entre los mejicanos. Los aztecas dijeron: al tiempo de nuestra llegada al Anahuac, el mundo había atravesado ya por cuatro soles o edades, cada uno concluído por un cataclismo. La primera edad, llamada del sol de agua, concluyó por una inundación: los torrentes de agua llegaron a apagar la hoguera del astro del día; la edad del sol de tierra concluyó por un espantoso terremoto; y por cataclismos semejantes, las demás. A cada destrucción seguían veinticinco años de tinieblas, de ausencia de vida, de disolución de la materia (2).

Apuntaremos aquí incidentalmente, y por no haber otro lugar adecuado para eso, dentro del actual estudio; que los aztecas creían en la metemsicosis: las almas de los guerreros muertos en el combate y de las mujeres que fallecieron al dar a luz un hijo, después de habitar cuatro años en el alcázar del astro del día (3) en medio del milagro de delicias inexplicables, iban a informar la vida de una preciosa flor, de un ave de blanco plumaje, o se convertían en irisadas nubes flotando eternamente sonrientes, en el azul del cielo. Las almas obscuras, las pobres vidas, a veces intensamente

(1) Del Dharma Sastra.

(2) Puede verse en Pi y Margall, ob cit., en Zamacois, ibid. En una nota de la «Conquista de Méjico» de Prescott, encontramos: «Parece que hay gran discordia entre los cómputos mejicanos, tanto acerca del número de revoluciones como en cuanto a su duración. Un manuscrito que tengo a la vista, de Ixtilzochitl, reduce las primeras al número de tres antes del estado actual del globo y da a éste 4.394 años de duración.... Mientras que los cielos de las pinturas del Vaticano le asignan cerca de 18.000».

(3) Zamacois, ob. cit.

trágicas, por no haberse distinguido en el mundo, y no haber muerto de ciertas enfermedades, penetraban en los cuerpos de reptiles u otros animales dañinos e inmundos.

III

ENCARNACION: El misterio lleno de una infinita dulzura, lleno de las más consoladoras promesas y que es fortaleza en su angustia para el dolorido corazón humano: piedad y amor, esperanza y fe; la sustancia divina bajando hasta el hombre por amor, y el hombre subiendo hasta ella por su fe y por su virtud; o mejor, la unidad de la naturaleza y la unidad humana en Dios; estuvo ya latente en el panteísmo brahmánico de los primeros vedas; pero demasiado profundo el pensamiento que al panteísmo de ese pueblo informa, necesitaba una expresión humana tangible, o mejor todavía, una consagración — algo, capaz de explicar el motivo y dar razón del hecho —; una consagración exteriormente apreciable para el hombre: y entonces el cuadro luminoso se diseña de la Encarnación, y de un modo aparente se explica el motivo de tan soberano misterio. — La degradación sin medida del Espíritu Eterno hecho hombre, el cual deja las regiones de la luz para unirse a una sustancia mortal como la nuestra, sólo podía comprenderse para las multitudes en virtud de causas que, fuera, aparte de la esencia divina, solicitaran su voluntad. Como de la piedad suprema nace para el pueblo zendo la alegoría maravillosa de Mithra, padeciendo y triunfando del mal, para arrancar a Arihmanio de las obscuras esferas del dolor y de la envidia donde reina, y entregarle purificado a la suprema luz, a la eterna claridad de Ormuz, al mismo enemigo de todo bien, así Vishnú baja desde el alcázar de su serenidad a la morada del dolor, para traer la resignación a cuantos sufren; y la creencia en una inacabable felicidad.

Todas las torturas morales del hombre, todas sus angustias supremas, y el olvido de Dios que parece caer sobre el mundo, llenando la tierra de una inexplicable ansiedad, necesitaba una explicación; y apareció entonces el concepto del pecado de origen. Pero al lado de eso, el dolor humano causado por una culpa en la cual no intervino quien sufre el castigo, debía convertirse en origen de mérito y causa de recompensa. Dios, el Padre universal, — se decía — de cuya sustancia ha emanado la vida de todos los seres ¿vería en silencio dolores sin causa angustiando la vida del linaje humano? ¿la acerba tristeza del hombre no podría conmover su espíritu augusto y santísimo? Era necesario, o creerle — al Bondadoso y Omnipotente Dios — sujeto al destino que impone a los seres el dolor y la muerte, y su voluntad, plena de amor, impotente para luchar contra él; ó explicar de otro modo el sufrir de los hombres. Y aparece por fuerza de esas reflexiones la idea de un pecado original: nacemos manchados, y el pesar lacerante presente a nuestra alma en cada momento, proviene de esa culpa, y es para nosotros bautismo supremo de santificación.

Mas, para el común del pueblo, las complicadas abstracciones de la responsabilidad de la culpa primera, difícil, muy difícil habría sido de volverlas capaces de convencer; para la multitud una prueba indirecta tendrá un valor positivo mayor: y la Encarnación aureolada de una poesía de amor y belleza, y llena también de las sombras del sacrificio necesario para toda redención, sirve de explicación y tiene el premio regenerador de limpiar la culpa. — En las creencias religiosas del Indostán se genera el concepto y de ahí se dispersa por los demás pueblos.

¡Ah la Encarnación! Consuelo inefable para el atormentado corazón humano, y vívida y terrible representación de las responsabilidades impuestas por el supuesto pecado de origen.

Dios que padece, que se reviste de la carne nuestra,

de lo mezquino de este ser rodeado de podredumbre y podredumbre el mismo ¿la magnitud no muestra del pecado? (1).

El Verbo Eterno descendiendo del trono luminoso de su infinita santidad, viviendo con las necesidades de la especie humana. ¡Ah, el descender de Dios hasta el hombre, qué abismos de humillación supone, qué imponderable descender! Y sólo porque tomó sobre su ser la angustia de la misión de redimir al mundo.

La carne imposible de santificarse aún con ese divino contacto, donde se anidan los estremecimientos de la pasión, y por la cual se sufre toda la degradación de las necesidades del hombre.

El Omnipotente, sujeto a sufrir por la culpa; el Incognoscible, revestido de la carne mezquina; la quietud serena del ser infinito, sintiendo el envilecimiento de las necesidades del hombre. Sólo esta figura del dolor divino, podía explicar el pecado, en las consecuencias sin nombre del paraíso perdido, y en la rebosante amargura del alma de todas las generaciones.

Con ese carácter de sufrimiento, con esa marca de expiación, aparece en el Veda, y se extiende entre las demás religiones, la tradición de ese misterio.

No cabe dudarse cómo aquí se encuentra el eje al rededor del cual gira casi toda la religión indostánica, a lo menos en cuanto al culto; como fue y es para los judíos la esperanza del Mesías la aspiración perpetua de su corazón, convertida en plegaria en sus labios.

Y lo más importante ahora para nosotros: este misterio vino a informar las tradiciones religiosas de va-

---

(1) Hasta en los detalles de la exposición nos hemos conformado con el contenido de los libros Védicos; recordemos por ejemplo, este pasaje del Código de Manú: «Esta morada — el cuerpo — cuya armazón está formada de huesos, enlazados por medio de músculos, revestida de carne y recubierta por la piel, infecta, que encierra los excrementos y la orina, sometida a la vejez y a la tristeza, afligida por las enfermedades y sufrimientos de toda especie, dominada por la pasión, y destinada a perecer, etc.».

rios pueblos de América; circunstancia inapreciable, dado nuestro propósito.

Con el mismo encanto ingenuo y devoto de milagrosa revelación que exhalan las tradiciones religiosas de los pueblos orientales sobre el misterio de la Encarnación; así aparecen en los pueblos de América, los recuerdos hondamente afectivos de sus dioses, que bajan hasta los mortales, para predicarles una nueva moral y enseñarles el bien.

Relataba la tradición brahamánica y el Vagaveda Gita la Encarnación de Cristna, en la forma siguiente:

(Cristna era el hijo prometido por Brahma al hombre que había pecado; promesa que cantan los Vedas en este versículo:

> « *Y yo enviaré a Vishnú que se encarnará en el vientre de una mujer, llevando a todos la esperanza de la recompenza en la otra vida, y el medio de endulzar sus males por medio de la plegaria* »).

Y como Brahma había prometido en su bondad inmensa:

> *Una tarde en que la purísima Virgen Devanaguy oraba: Una música celestial empezó a encantar sus oídos, su prisión se iluminó, y Vishnú se presentó en todo el esplendor de su Divina Majestad. Devanaguy cayó en un profundo éxtasis, y habiendo sido,* obombreé, *según la expresión sanscrita, por el espíritu de Dios, concibió* ». (1)

---

(1) El Magistrado francés en Pondicheri, M. Luis Jacolliot, después de haber estudiado con empeño y por largos años el idioma sanscrito y la constitución religiosa de la India, escribió su obra «La Biblia en la India», de donde tomo estos datos.

Así habla uno de los libros sagrados del budismo, del primer avatara — la encarnación primera — de Budah:

> «*Cuando la virgen Avany, que había sido fecundada por un rayo de la Sabiduría Eterna, sintió estremecerse en su seno al Divino Sakia Mouni, recibió la orden de ir a establecerse en cualquier sitio elevado del país, a fin de que Budah pudiese, al abrir los ojos a la luz, contemplar la isla entera que acabaría de regenerar por la buena doctrina.*
>
> *Cuando llegó el momento deseado Sakia Mouni salió del seno de Avany, que le dió a luz sin dolores. En algunos instantes se convirtió en un hombre hecho, bajo los ojos asombrados de su madre, que se puso de rodillas a adorarle*». (1)

Otra de las milagrosas encarnaciones que cuentan los budistas, es la que tuvo lugar en el vientre santísimo de Maya. La Reina Maya *hermana y esposa* de Sudhodana — Jefe de los sakias de Kapilavastú —; en un sueño lleno del estático encanto de una visión, poblado de los rumorosos poemas de las palmeras, y en la embriaguez envuelta de los perfumes de los lotos sagrados y los nenúfares; siente como su espíritu se deslumbra por una luz inesplicable que penetra en su ser. El elefante sagrado, Chadanta, blanco como la espuma de sus ensueños, en una claridad ideal que le rodea, ve que se acerca hasta ella.

Todo su espíritu siente el profundo estupor de un éxtasis, y el elefante blanco con un lirio en la trompa, penetra en su costado; y de su vientre fecundo nace Gautama Sidarta el Budah. (2)

---

(1) Del Nirdhasa, dice Jacolliot, que ha tomado los párrafos que copiamos nosotros de su «Viaje al país de las bayaderas» pág. 179.

(2) En breves líneas descrita la tradición de Maya, se encuentra en el primer tomo de la «Historia de las Naciones».

El poema sagrado de la Encarnación de Cristna; mística teología profundamente filosófica e intensamente poética, que produjo todos los admirables delirios de los avataras búdicos; hizo surgir en el Egipto la poesía sacerdotal de la diosa Neith: concepto lleno de amor, deslumbrante de belleza, que en el lenguaje oriental de este pueblo supo condenzarse en la imagen inimitable de: Neith, «la virgen que parió el sol». (1)

Extasis purísimo del amor divino que se encarna para inundar en luz de sabiduría eterna la Tierra, para abrazar en las voluptuosidades de su posesión al Mundo.

Pero después de haber tomado el Egipto para si, lo difundió entre todos los demás pueblos, aún entre aquellos que de manera ocasional se pusieron en contacto con él, el augusto concepto que informa a ese misterio; el concepto, y el lado de él hasta la tradición de la forma milagrosa de su cumplimiento.

No hablaré de los poetas latinos ni de las otras diversas influencias en la antiguedad europea, en esta materia, porque no es el momento; diré sólo lo que en las lejanas tradiciones de Méjico y en el Perú encuentro al respecto. Eso si, brevemente. (2)

V

Había en Tula — dice la tradición — una virgen: hermosa como el primer rayo de la aurora; pura, como la blanca luz de la luna nueva:

---

(1) El nombre y calificativo de la virgen madre en el país del Nilo, puede verse, entre otras varias obras, en la «Egiptología» del Abate de Saint Aignan.

(2) Para las tradiciones mejicanas sobre el dios Quetzalcoatl y el sangriento Huitzilopochtli, puede consultarse: Sahagun, Veytia, Francisco Pi y Margall obs. cits. Niceto Zamacois y otros.

Chimalmán tenía dos hermanas; pero, Tzochitlique y Conatlique eran junto a su hermana, como el doble reflejo de una estrella sobre una tersa fuente.

Un día en la soledad de su retiro — que perfumaban esas tres estrellas —, se vió una luz inmensa y deslumbrante como la luz de un rayo.

¡Era el sendero por donde marchaba un enviado de Dios!

La terrena existencia de las dos hermanas, con la deslumbración del esplendor divino, fueron heridas de muerte.

Y sólo la escojida de Dios, la sagrada Chimalmán, fortalecida por la misma luz que hirió a sus hermanas, miró frente a frente el resplandor de esa gloria, y recibió en sus oídos castísimos la sacrosanta revelación;

El alado espíritu le dijo: la Sabiduría Eterna al contemplar la perfección de tu alma, el amor Eterno al medir la belleza de tu ser; ha decidido que concibas sin obra de varón, a Aquél que será la luz de todos los hombres;

De tu vientre nacerá Quetzalcoatl — la serpiente de preciosas plumas —, el varón de la sabiduría. (1)

¿Quién no reconoce en la virgen de Tula, a la Devanaguy hija de Lakmi?

Y al lado de esa y de otras tradiciones que a Quetzalcoalt se refieren, bastará recordar el parto milagroso de la princesa Coatly, la madre del poderoso Dios Huitzilopochtli, fecundada por un haz de preciosas plumas que ocultó en su seno.

En el aire transparente de la mañana e irizado por

---

(1) Quetzalcoatl en su sentido natural significa, la serpiente de preciosas plumas; pero en un sentido figurado, con el anterior concordante, aquivale a decir el varón de la sabiduria. Fue el gran reformador de las costumbres mejicanas y quien suavizó ciertas prácticas religiosas del antiguo culto bárbaro. La mayor parte de los historiadores que nos hablan del varón de la sabiduría, lo identifican con el Votán o Cuculkán de los recuerdos de otros pueblos de

la luz matinal del sol, que penetraba como una sonrisa del día en el limpio teocali; flotaba un grupo de graciosas y brillantes plumas que atrajeron la mirada de la sacerdotisa Coatly, y sintió el deseo de poseerlas. Oculto en su seno ese precioso don celeste, fecundó el vientre de aquella, y nace de esa fecundación la divinidad que preside los combates, Huitzilopochtli.

Como a la Minerva clásica, se lo representa naciendo armado de todas armas; en pocos momentos crece, y brillante guerrero, triunfa de los príncipes Centzonvinawas, hijos y enemigos de la madre del dios, desde su extraño alumbramiento.

En varias regiones de las habitadas por los pueblos cultos indígenas, de la América del Sur, nos hallamos con tradiciones semejantes; ya es la preciosa Virgen Cavillaca que fecundada de un modo portentoso por el dios Coni-Raya, da a luz un divino hijo sin perder su virginidad. Eso relataron a los españoles las parcialidades habitantes de Lambayaque y Trujillo. — En la isla de Santa Clara (en el Ecuador), los indígenas adoraban a una diosa que llevaba un niño en brazos; y lo curioso en extremo es que el cronista que nos habla de este ídolo, nos dice que a la diosa la denominaban con el nombre de María Meseia.

Parece suficiente con cuanto se ha dicho, para reconocer como las tradiciones mejicanas y de las poblaciones del Sur en el Continente Occidental, en cuanto se

---

América; si es el mismo Votán de los tzendales, tendremos que llegó a América hacia el año mil (a de C) al mando de tribus cuyo nombre lo derivaron del de su jefe (los votánides); al no querer confundirle con este héroe mítico, tendremos por lo menos que el tiempo de su predicación se remonta a las épocas mas brillantes de la civilización tolteca y quizá al tiempo de la fundación de Tula, de todos modos antes de concluido el primer milenario de nuestra era. Por las razones dichas es imposible considerarlo como un navegante abandonado por los escandinavos, como algunos han pretendido; sabiendo como sabemos que su más antigua expedición a las tierras del sur de la Groenlandia no puede colocarse antes del año 1003.

refieren a la Encarnación de la Divinidad, procedían con evidencia de las enseñanzas indostánicas; mas, no sólo la tradición del suceso nos dá esta convicción, sino de un modo especial el concepto de la necesidad de ese misterio. — Cada nueva era de progreso en la humanidad exige la presencia inmediata, visible, de Dios en el Mundo; la Divinidad infunde su Espíritu en la carne de los reformadores, o talvez con más exactitud, dentro del criterio indostánico, ella se encarna; para enseñar a los hombres una nueva moral, para decirles el verdadero camino de la salvación. Eso nos dicen los libros búdicos al relatarnos los avataras, y eso creían los mejicanos; así, el dios Quetzalcoatl al tiempo de ser el reformador moral y religioso de su pueblo, fué quien los enseñó nuevas industrias y nuevas formas de trabajo. La leyenda le representa saliendo de su retiro con una corte magnífica de poetas, de artistas y sabios, derramando en todas partes la sabiduría y el arte, y predicando la buena nueva de una moral y religión más humanas, donde desaparezcan la antropofagia y los sacrificios de hombres. — La corona de la ciudad de Tula ciñó el reino a la frente del reformador; pero él, antes de ceder a las clases poderosas que exigían el respeto a sus privilegios y la tolerancia de su inmoralidad, abandonó el trono; y perseguido por el sacerdocio y por los reyes de los Estados circunvecinos, huyó con sus discípulos al destierro.

El Cucu'kán de los yucatecas, se cree con bastante probabilidad, ser el mismo Quetzalcoatl; también los quinchés creían en el varón de la sabiduría; y a su reformador, representado con semejantes caracteres al de los mejicanos, llamábanlo los tzendales, Votán etc. etc.

VI

Talvez el más antiguo entre los dioses arios, y en todo caso uno de los más venerados entre ellos, es el fuego sagrado, Agni: «El dueño de la ambrosía, el amo de la riqueza; el que nace con el sol de la mañana y alumbra con la aurora», según los versículos de los himnos védicos. Pero inmediatamente después de él, hablan siempre los libros sagrados del divino *soma*, del licor que le dá fortaleza y con el que se rocía los objetos destinados al sacrificio:

«Soma, manantial de fuerza y de ventura,
recide en las aras del sacrificio».

Y el fuego, don divino, no debe apagarse jamás en el ara del templo, excepto en las brillantes fiestas en que se conmemoraba la aparición de ese dios sobre la tierra; es decir para cuando se debía encender con ceremonias solemnes el fuego apagado de exprofoso tres días antes en todos los templos. — Las Devadassis de las pagodas, quienes vivían al amparo del santuario y protejidas con una especie de deificación por su misión santísima, eran algunas, en los antiguos tiempos, las mas hermosas vírgenes entre ellas, las que tenían el cuidado del fuego cuya llama de un modo constante debía arder ante la Trimourte, Brama, Vishinu y Siva. Debía considerarse como verdaderos colegios de sacerdotizas nobles dedicadas a los templos.

En anterior capítulo de este mismo libro, hemos hablado de la fiesta de Paucar Huatay de las poblaciones peruanas; allí dijimos como al amanecer del día señalado para tal ceremonia religiosa, el Inca marchaba a alguna elevada colina donde permanecía esperando la salida del Sol; con los primeros resplandores del astro rey, elevaba una oración y vertía en el suelo el conte-

nido de una copa de bebida preparada de maíz (llamada chicha); que en seguida recogidos los rayos del sol por un espejo, prendía el fuego para el nuevo año; fuego nuevo lo llamaban a esta parte de la ceremonia (muchuc-ninu), y lo repartía el Monarca entre los miembros de su comitiva. Luego *les ofrecía pan de maiz y vino* — hallamos en Velasco —.

Si en el estudio de las costumbres de los mejicanos llegamos al último mes del año, es decir al décimo octavo, presenciaremos también la ceremonia de prender fuego nuevo: el día que corresponde al diez y seis del mes de Febrero, veíase lujosamente engalanado el altar del dios, en ese mismo día se apagaba en todos los templos el fuego sagrado, y todas las familias apagábanlo también en sus hogares; pero con grande fausto y largas ceremonias, se volvía a encender ante el número que lo representaba; se asaba ahí la abundante caza que en seis días se había recolectado y guisada por los sacerdotes se repartía entre la concurrencia; también se repartía una especie de pan que lo llamaban tamal.

Y en los dos centros de cultura americana antes de Colón, ya recordados, volvemos a descubrir la institución de las sacerdotizas. Mujeres consagradas al servicio de los templos tenían los mejicanos, las cuales, si conservaban su virginidad eran acreedoras a los mayores respetos, a la veneración de todos; pero si la perdían disminuía en inmensa proporción su prestigio; era la única pena. Mas, en el Perú las sacerdotizas elejidas entre las más altas clases sociales, obligadas estaban bajo los más atroces castigos, a conservarse vírgenes a perpetuidad; y por lo que se descubre en los cronistas españoles, su misión era la misma que la de las Devadassis en el culto brahamánico.

VII

Hemos dicho ya como las prácticas externas de purificación y culto, son después del misterio, o talvez de mejor manera expresado, al lado del misterio son, las manifestaciones más características de cada sistema religioso, de modo principal si tienen los caracteres de sacramentos. No puede dudarse sobre el hecho de ser el sacramento la cristalización en una fórmula del concepto místico, el cual debe convertirse en práctica de moral individual, o en aplicación sobrenatural de la gracia.

El misterio y el sacramento son el alma y el cuerpo de las religiones.

Pero adelantaríamos demasiados conceptos en una materia que será estudiada con mayor detención cuando sea oportuno, si procuráramos esclarecer o apuntar a lo menos, todos nuestros conceptos sobre sus relaciones e influencias, o el modo correlativo de desarrollarse.

No entraremos tampoco, en razón de las mismas anteriores reflexiones, en el reconocimiento de todos los sacramentos o prácticas brahamánicos, que hallamos en el Continente descubierto por Colón. Señalaremos sólo la profusa extención de dos de ellos: el bautismo, primero, relacionado con la culpa de origen; y después, la confesión, que significa el perdón de los propios pecados. Y únicamente apuntaremos que la comunión no fué desconocida, aunque a veces sí, de un modo bárbaro practicada en el llamado Mundo Nuevo y en tan lejanas épocas de su historia.

PRIMERO: «Dentro de tres días de su nacimiento debe echarse agua al niño, es decir, purificarlo, por el agua sagrada del Ganges — mandaban los brahamanes —, y cuando la distancia impedía el procurársela,

por el agua lustral, que ha sido consagrada por el brahamán de la pagoda».... «Los libros sagrados de la India dicen terminantemente, que esta agua, echada encima del niño, tiene por objeto, lavarle de la mancha original» («La Biblia en la India» de Jacolliot).

La práctica, con su mismo carácter de purificación de la mancha de origen, la encontramos entre los pueblos precolombianos, o diríamos mejor, entre los pueblos de este Continente antes de toda influencia europea en ellos.

Con mayores o menos importantes ceremonias, cumplíase entre las diferentes poblaciones el precepto sacramental del bautismo:

Para los habitantes del Yucatán por ejemplo: la práctica de este sacramento significaba una de las más solemnes ceremonias del culto; el bautismo se debía administrar de un modo colectivo a los niños y niñas divididos en dos bandos, en un día determinado del año; efectuábaselo en lugares cerrados y cubiertos de un fragante docel de hojas de cihón y copo. En medio del resinto había un bracero en el cual se quemaba incienzo y maíz; para desalojar del templo de esa ceremonia, se decía, al espíritu del mal. Un sacerdote revestido de sus más espléndidas galas, adornado de sus plumas más finas, coronadas sus sienes de una rica y hermosa diadema, hacía de Pontífice de esa ceremonia; él bendecía a los niños, él roseaba la cabeza de los neófitos con el agua de la purificación. — En seguida, el personaje que costeaba la fiesta, ungía el rostro y los entre-dedos de los recien bautizados con flores y cacao desleído en agua virgen; luego, ciertas prácticas ejecutadas por una especie de diáconos a quienes llamaban *Chaces*. — En la forma que hemos referido «se les purificaba de sus culpas de origen» a los hijos de los yucatecas.

En la obra del Dr. Nicolás León «Compendio de la Historia General de Méjico» hallamos estas noticias: «Dos costumbres rituales bien notables observaban los

Mayas: el bautismo y la confesión. Dábase al primero el nombre de Zihil o Caput-zihil (nacer de nuevo) (1) y era precedido de ayunos de los padres y oficiantes durante tres días; después de complicadas ceremonias, el sacerdote recitaba ciertas oraciones y rociaba al neófito con un hisopo empapado en agua bendita».

Había una hora ritual para los mejicanos, en la cual los padres mismos debían hechar el agua de la purificación sobre los tiernos niños; en el momento de asomar el sol en el horizonte. Luego de bañar al pequeño cuerpo con el agua del bautismo, se consagraba el hijo al astro del día, con una oración que era distinta al tratarse de un niño o de una niña; la oración de ofrecimiento del primero era como sigue: «A ti ¡oh Sol! ofrezco este niño, que es de la familia de los que pelean en el campo de batalla. Dadle el don que sueles darles a tus soldados, para que pueda ir a tu casa de deleites, donde gozan y descanzan los que mueren en la guerra». (2)

Dentro de las creencias de los nahuas tenemos que, el bautismo purifica «los corazones impuros, desde antes del principio del Mundo».

---

(1) Muy sujestivo es el empleo del término *caput*, idéntico al latino de cabeza. que nos hace pensar en el cambio de cabeza o adquisición de cabeza, de los romanos; pero es necesario prevenirse mucho para no dar una respuesta prematura o precipitada

(2) Pi y Margall ob. cit. Ya hemos referido. al hablar de las mujeres que morían por causa de un parto difícil que iban al palacio del Sol, para acompañar a este astro en su carrera, desde el oriente hasta el cenit; pero los guerreros que en el campo del combate habían muerto, tomaban al Sol desde el cenit, para formar su corte hasta cuando se hundiera en el ocaso. Por el parto, a la mujer se la consideraba como si combatiera con la muerte: si triunfaba, recibía los honores del triunfo; si moría, iba a formar la guardia femenina del astro del día. — Los arabescos sutiles de la fantasía egipcia. del sol. niño que acaba de nacer; del vigoroso astro del día que lanza sus flechas de oro desde el cenit; o del moribundo dios que se engendra a sí mismo para renacer en la mañana próxima («Historia de Onken t. I); parece descubrirse también entre los mejicanos. con sus varios dioses solares (Manual de Arqueología de Beuchat).

Basta esto sobre el bautismo y dos palabras sobre la confesión.

Confesión: El un sacramento purifica el pecado de origen, limpia el otro las manchas que dejan en nosotros nuestras propias acciones.

Sobre la penitencia espiritual, el reconocimiento y abominación de sus propias culpas, y luego, la acusación de ellas; hé aquí la práctica indostánica: Todas las mañanas al salir del sacrificio, aquellos que se creían alcanzados por alguna mancha, se reunían en el patio de la pagoda, cerca del lago sagrado, y allí, delante de un cenáculo presidido por el más anciano de los sacerdotes, confesaban sus faltas y practicaban la purificación que les era impuesta para desagraviar al Ser Supremo (1).

Tacullis, nahuas y mayas, la confesión practicaban. Para los nahuas, sólo una vez en su vida les era permitida: llegada la ocasión, el penitente buscaba un sacerdote de aquellos que fueran al mismo tiempo agoreros y brujos, rogándole que descubriera en su sabiduría el *tonalnatl* (una especie de día fausto para poder alcanzar la purificación del alma); y en el día y hora convenidos, llegaba a la casa del confesor con un poco de copal y un haz de leña; quemábase el copal y el hombre arrepentido comenzaba su confesión, dirigiendo primero a Dios esta plegaria: «Vos Señor que sois el padre y la madre de los dioses, sabed que ha venido con gran dolor y tristeza vuestro vasallo, por haber caído en grandes culpas, y estar de ellas muy fatigado y pesaroso. Vos, defensor y Emperador de todos, recibidle a penitencia y oíd su angustia» (2).

Los peruanos creían procedentes de sus culpas las calamidades públicas, y para satisfacer a su dios, confesábanlas en presencia de los demás. — Los guatemal-

(1) Véase «La Biblia en la India», Luis Jacolliot.

(2) Francisco Pi y Margall «Historia de la América Antecolombiana», pág. 1.494

tecos ante el sacerdote, declaraban sus errores y acusábanse de sus pecados. Los quelenes como ceremonia previa al matrimonio debían purificarse por medio de la confesión, etc.

No terminaré este capítulo sin recordar como en varios países de la América se encontró la idea de la comunión con idéntico sentido de ese confundirse de la divina sustancia con la naturaleza humana; aunque las prácticas muchas veces fueran atrozmente bárbaras.

Por ser breves sólo señalaremos la ceremonia por los aztecas llamada *teocualo* — cuya traducción diría, *el dios comido* —. Nos encontramos en la fiesta dedicada a Huitzilopochtli y a su hermano Tlacahuepan-Cuexcotzin; el primer día de la fiesta: «Los sacerdotes llenos de fanático celo — refiere Zamacois — por aquella religión absurda, hacían dos estatuas, que representaban las dos funestas divinidades. La materia de que las formaban era de legumbres, amasada con sangre de inocentes niños sacrificados»; el último día el sacerdote toma un arco, apunta y dispara la flecha sobre uno de los ídolos; afirma entonces que el dios había muerto, y arrancándole el simulado corazón se lo da a comer al Rey; el cuerpo restante se divide entre el mayor número posible de pobladores de la ciudad.

FUNDADA EN 1620 QUITO

CAPITULO IX

EL ARTE EN LA AMÉRICA QUE PRECEDIÓ AL DESCUBRIMIENTO DE COLÓN

Elementos espirituales y técnicos de que proceden las conquistas artísticas. — Lo monstruoso y lo bello en las obras de arte — Las primeras iniciaciones artísticas en el pueblo egipcio tienen una íntima correlación con los comienzos del arte americano. — Las religiones del Continente Nuevo, profundamente semejantes, como queda demostrado, con la del país de los Faraones; producen en una y otra parte, delirios casi idénticos en la fabricación de amuletos y otros objetos decorativos. — Varias consideraciones que del estudio comparativo de las dos situaciones estéticas se derivan.

I

Dos facultades humanas combinándose y ejercitándose en una síntesis de acción, forman el sentimiento. — Mas, para el arte, es el sentimiento la primera impulsión, la actividad que mueve la energía hacia la representación del objeto emocionalmente sentido, o talvez expresado con mayor precisión, del objeto admirado.

La contemplación de algo exterior produce cierta vibración afectiva en el órgano que lo contempla; para unos, representa la imagen ante todo, una irradiación de colores y una combinación de matices, la cosa admirada se les aparece con irizaciones de luz o con to-

nos obscuros de sombra: atracción o temor; o ejerce la actividad del ser contemplado, sus influencias particularmente despiertan, la atención de otro órgano de los sentidos, pero de la misma manera presentándolo atractivo y amable o retrayente, según la impresión que produzca en nuestro organismo la nueva cualidad del objeto presente que haya despertado de un modo particular nuestra atención, es decir, la cualidad que para nosotros haya adquirido mayor relieve, aquella sobre la cual nos fijamos mejor. — La especial atención dirijida a una cualidad más bien que a otra entre las apreciables en un objeto, puede depender: ya de propia obra nuestra, cuando cada uno ha dirigido su energía interna a la apreciación de distinto aspecto o apariencia; ya por causa del ser contemplado mismo, cuando algún carácter se impone sobre todos los demás, color, perfume, sonido, etc. Todo eso: en presencia de la sensación dolorosa o satisfactoria que la vibración afectiva de la cualidad apreciada, impuso a nuestro organismo. — Dos causas: la contextura fisiológica del nervio que recibe la impresión o la tonalidad o fuerza de la excitación. Por eso la impresión es para el nervio conductor o para la circumbolución receptora, o demasiada violenta (productora de dolor), o de tonalidades más o menos suaves, hasta el límite en que la sensación se vuelve inapreciable (sensaciones agradables que cambian en grado descendente de intensidad, hasta llegar a evaporarse en las delicadezas de una vibración simpática muy tenue.)

Así como afirmamos que el reconocimiento de las varias cualidades del objeto depende, en ciertas ocasiones, de la manera de dirigir su atención por el ser activo del conocimiento; así también, no debemos olvidar que la forma y la intensidad de la vibración sensible cambian — dentro de unos mismos objetos percibidos, y de éllos, en unos caracteres sólos, pero por diversas individualidades — según la contextura fisiológica de los nervios en los varios órganos a que se re-

fiere la sensación; hay así algo no voluntario y capaz de triunfar de toda otra dirección; de ahí procede también, como ciertas tonalidades de impresión inapreciables para la generalidad, tienen un valor positivo para algunos. — Con independencia de toda voluntad y relacionado con un factor fisiológico no explicado de un modo suficiente hasta ahora, tenemos como ofrenda hereditaria a la constitución de nuestros afectos, la emoción.

Con cuanto hasta aquí se ha explicado, llegamos a comprender de que elementos se constituye en nosotros el factor primero del sentimiento, hemos hallado lo básico podríamos decir; porque sobre las sensaciones y su valor en la circumbolución receptora, es sobre lo que trabaja la inteligencia para dar realidad a esa especie de instinto inteligente. — La atracción y repulsión simpática no es sólo orgánica, tiene su razón ideal, íntima, por más que a veces no la descubramos con facilidad; la inteligencia humana tiene sus procesos extraconscientes.

Segundo. — Pero hay otro factor que sumado con el precedente, hace aparecer en nosotros el sentimiento: es el factor profundo psicológico, el concepto adquirido por la inteligencia dentro de la generalidad de las ideas;

— la razón: facultad espiritual que significa el contenido de los conceptos abstractos, generalización individual e ideas innatas; y esto último, según el resultado producido en la facultad razón por una herencia de siglos —;

y con la coloración de los recuerdos y de las sensaciones reflejas con el contingente, que en el fondo de nuestra alma subsisten. Por tales motivos la emoción, producto hereditario de defensa que conquistó la especie, se idealiza en un poder espiritual de prespectivas maravillosas.

De la sensación que vibra con determinada intensidad y en cierta forma en nuestro organismo, y de la idea

que recibe esa sensación, y que con los matices de su luz o con las obscuridades de su sombra — según el recuerdo despierto al surgir de la imagen — forma un cuadro afectivo; he ahí de donde procede el sentimiento.

Pero no basta el sentimiento para que aparezca el arte; ni siquiera un sentimiento hondamente delicado o fuerte, capaz de hacer vibrar de un modo intenso nuestro espíritu; pues es él, sólo impulsión, tendencia; algo que estimula a la actividad a objetivarse. — Se reconoce por consecuencia a primera vista, la exigencia de una habilidad técnica, la posibilidad de la ejecución.

Precisa empero meditar sobre este punto: no siempre la concepción precede a la habilidad técnica necesaria para ejecutarla, sino que en muchas ocasiones, la habilidad unida al afán de imitar la realidad visible, son los antecedentes del desarrollo artístico. Pues es claro que, mientras se imite pura y simplemente a la naturaleza en sus formas externas, mientras no se haga sino trazar, de un modo más o menos perfecto la representación de un modelo que se le dé; mientras el cuadro sea un paisaje sin un relieve de vida, si el retrato es la forma muerta, en donde se vea el pincel seguir minucioso todas y sólo las líneas de la imagen copiada; si los matices se combinan sin una idea, excepto la de reproducir idéntica o aproximadamente el objeto admirado. Entonces, para mi concepto, aún no ha aparecido el arte; porque el arte es representación emotiva de un ideal concebido; en esos preparativos podremos ver los elementos, algo como los materiales de los cuales se servirá el artista en sus representaciones, pero nada más. El artista crea, sopla el alma a la estatua, da actividades y movimientos al cuadro; nacen de sus manos por segunda vez, el hombre retratado, el héroe que ha esculpido.

Mientras la idea no informe como una alma a la estatua, mientras no aparezca el paisaje viviente y el

cuadro no lleve una alegoría, una evocación; el trabajo hecho supondrá sólo una habilidad, y su autor no será todavía el artista, será el hombre que copia, que imita, pero que no crea. Ha faltado en esos casos un elementos agregar a la sensibilidad, la emoción; y al arte aquello que le constituye, la inspiración. — Siempre en la forma, el símbolo; y en el fondo, como espíritu vivificador la idea; forma que más o menos copia, la realidad o la exagera; fondo, que siempre debe llevar en si una concepción precisa y humana de la realidad vivida o de la realidad pensada.

II

El arte puede tener una doble forma de manifestación: o es arte bello, de proporciones que se acercan a las de la realidad y la idealizan; o diseños de magnitudes excesivas, donde se olvida cuanto es, para marcar en la imaginación de quien contempla la obra, la concepción por ella sintetizada. Lo bello se ama; lo inmenso, lo desproporcionado, si expresa en sí la abstracción de un concepto, se admira; y es en este último sentimiento en donde puede generarse o lo sublimemente bello o lo monstruoso.

En los pueblos primitivos encontramos, primero: la hábil representación de la naturaleza — esa iniciación de la actividad humana que conducirá al arte —, donde se puede descubrir una de las formas expontáneas de manifestación de la herencia, la cual, dentro de la evolución significa, la parte de cualidades del progenitor superviviente en la especie; la *imitación* que en el organismo se traduce en gestos y sonidos, al tratarse de las ideas y de las imágenes, se refiere a una copia de la naturaleza. De ahí nace el dibujo cuya intención se dirige, con frecuencia sin conseguirlo, a repre-

sentar los objetos externos circundantes, tales como en la apariencia son, dibujando sus líneas y sus planos: un árbol, un animal, un paisaje, retratarlos; o imitar un sonido que recuerde un murmullo de fuente, un susurro de hojas, un estruendo de cualquier fuerza violenta, tempestad o catástrofe. — No siempre en el estudio de un desarrollo estético debe creerse que se ha seguido esa ascensión, cuya marcha es, desde la imitación simple, hacia la creación de una realidad no existente; no es raro que se conciba la idea, que se cree una intención artística, pero al hallarse sin una técnica adecuada se ensaye procedimientos hasta conseguirla.

No obstante todo lo dicho, la idea como elemento de composición no se halla en los pueblos primitivos, y apenas se descubre en un momento posterior de progreso en la humanidad; sólo en los pueblos bárbaros y semi-civilizados se vislumbra un concepto ideal en la representación de la naturaleza, con los dioses-hombres y dioses animales, simbolizando las fuerzas ocultas del Universo; medítese bien, digo, cuando *simbolizan* las actividades secretas del Mundo. Y es de notarse, el arte principia por representar seres monstruosos, expresión, de seguro, del terror que sembraba en su espíritu la contemplación de las fuerzas naturales, presentes a ellos como poderes invisibles, como sujetos sólo a la voluntad de un ser desconocido. El arte como belleza de la vida, como hermosura de la forma, es con mucho tiempo posterior, en el desarrollo de la humanidad.

Pero no debemos adelantar demasiados conceptos, y sólo diré como en el Indostán y en el Egipto aparecen: el arte imponente en su forma inmensa de comprender la naturaleza, fuerza dios; y lo bello, aunque mezclado con lo extravagante todavía — causa, el poderoso simbolismo presente a su imaginación — que hallamos en su arquitectura y sus poemas de abrumadora profundidad y arte. La grandeza de la fuerza, el poder de lo inmenso que los circunda por todas partes

en el exterior, son los elementos, repito, presentes a la imaginación — facultad receptora, como cofre que guarda las sensaciones pasadas — del bramán y el egipcio.

El arte es la imaginación del pueblo, y por lo tanto, la naturaleza externa que le rodea y que le solicita, dando la materia sobre la cual trabaja la fantasía del artista, es la que determina los caracteres especiales que ha de revestir ese arte; pero es también la inteligencia, la idea abstracta cuando ejerce su actividad sobre los elementos concretos: ya externos, la naturaleza; ya internos, el recuerdo y la herencia; — la herencia que es una especie de recuerdo, anterior eso sí a la experiencia individual de cada uno —. Con esos caracteres, si el arte puede tener representaciones semejantes en medios físicos distintos, no puede imaginarse un desarrollo en lo absoluto paralelo, aún cuando se hallaran elementos de paisaje y de condiciones externas semejantes, si no sumamos a ellos otros factores de civilización, y en especial la herencia; reflexionando de un modo particular sobre las conquistas de arte religioso, no puede por menos de verse precisado el observador a reconocer un mismo origen a las representaciones iguales de esta clase.

Sensaciones, ideas y emociones, son los elementos del sentimiento; el sentimiento que exterioriza en formas materiales un concepto abstracto de la realidad, eso es el arte.

III

Mas tenemos, que la hábil representación de la naturaleza — y a veces como una iniciación del simbolismo representativo — entre los egipcios, comienza con el decorado de sus objetos de alfarería: vasijas de un negro brillante y hermoso y en las cuales se han eje-

cutado difíciles dibujos, y donde se representan a veces complicadas y diversas escenas, vasijas que fueron arrancadas a los misterios de la prehistoria de los más antiguos tiempos de los pobladores del Egipto. Y fué esa también, la primera manufactura en que llegaron a un alto grado de perfección los pueblos precolombianos. Vasijas y vasos decorados en ocasiones con primor, ya con hábiles dibujos y pinturas, ya vaciando el objeto en forma de extraños animales, y lo que es más significativo, como objetos destinados a la idolatría; hallamos en el Perú incásico, y antes todavía en Tiahuanaco, entre los cañaris del Ecuador, etc. etc.

No nos interesa señalar la difusión y perfeccionamiento de la cerámica, desde Ohío, Kentucki o Virginia, hasta las latitudes del sur de la Argentina, por ejemplo, no hacemos la historia de la cerámica americana; pero si recordaremos esta afirmación de la «Geografía Universal» de Montaner y Simón: «los vasos decorados con figuras y los que llevan simple ornamentación geométrica, ofrecen importantes analogías con los productos del arte egipcio», y en verdad son singulares los descubrimientos hechos en la alfarería mejicana: hay trabajos que nos dicen a primera vista, que nos hablan con voz que no podemos desoír y de un modo insistente, de la cerámica del país del Nilo: la figura de barro cocido encontrada en Teotihuacán, por la cual se representaba a la diosa del maíz, aparece de un modo manifiesto como una escultura egipcia: los dos vasos que sostiene en sus manos la diosa, unidos en la parte superior de su cabeza, le dan el carácter o nos da mejor la impresión, de caerle sobre los hombros el velo distintivo de las antiguas mujeres de la tierra faraónica. (1) Lo mismo exactamente podemos

(1) La figura en el texto mencionada, es la que publicó el «Boletín de la Unión Pan Americana», en su número de Agosto de 1915, con este epígrafe: «copas gemelas halladas en las ruinas de San Juan de Teotihuacán».

decir del tocado que llevan las figuras trazadas en ciertos vasos encontrados en Tisaleo (Ecuador), cuyos facsímiles se han publicado en uno de los números de la «Revista de la Sociedad de Estudios Jurídicos» de Quito, en las láminas XXXV y XXXVI del estudio, «Notas acerca de los Incas en el Ecuador». (1) — Al lado de todo eso, se han hallado vasijas que servían de urnas mortuorias, ya para enterrar los cadáveres, ya (fíjese bien) para depositar sólo las vísceras del muerto. También los egipcios tenían vasijas en donde depositar las entrañas de sus momias.

Pero no sólo se trabajó en barro dentro de la industria americana; antes de la conquista incásica florecía un poderoso y civilizado reino en el sur de la que es hoy la República del Ecuador, era el reino de los cañaris; últimos descubrimientos dirigidos por las prolijas investigaciones de Max Uhle, han dado importantes resultados en el sentido de los conocimientos relativos a los trabajos de utensillos domésticos entre los cañaris; en los años de 1921 y 1922, en Nar Río se encontraron pequeños objetos de cuarzo u ónice, tallados con mucho pulimento y que tienen la trasparencia del cristal; nada hay que envidiar por esa parte a los trabajos egipcios. (2)

Concluímos lo relativo a la alfarería de los antiguos

---

(1) Es un prolijo estudio del Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, sobre la clasificación de las antiguas obras de alfarería americana — incásica —, según las formas de las vasijas y los dibujos que se ven en ellas. De seguro, el velo representaba, sea aún cuando fuera de un modo tosco en las pinturas decorativas de esos vasos, el usado por las mujeres del país; ese convencimiento se fortifica en mi ánimo, al recordar la costumbre todavía guardada por las indígenas del Ecuador, a lo menos las del norte, de ceñirse a la frente un trozo de tela que les cae sobre los hombros y que nos hace pensar en las costumbres egipcias.

(2) En uno de los números del diario «El Porvenir» de Quito, se publicó un artículo sobre los numerosos objetos encontrados en las excavaciones hechas en el punto denominado Nar Río; halláronse objetos de oro, de otros diversos metales y pomitos transparentes, por la perfecta pulimentación, como si fueran de cristal.

pobladores de América, con la afirmación que ha hecho el investigador Mr. Barber: «Indudablemente los vasos peruanos son los que ofrecen semejanzas más singulares con los vasos egipcios». (1)

IV

Pero el arte simbólico de los descendientes de Misraim, aparece ya con el carácter de tal en virtud del endiosamiento de las diversas fuerzas de la naturaleza.

Mientras el sacerdote egipcio discurría en el silencio de sus inmensos templos, como el épico Manfredo de Lord Byron, con la pequeña lámpara de la razón para iluminar los profundos misterios de la ciencia, las obscuridades que en sus secretos guarda la naturaleza — ayudado eso sí, por una luz difusa e incomprensible que le guíaba como a ciegas hacia el conocimiento: la intuición, la supraconciencia —; mientras descubría en el seno de las edades muertas el secreto de los hechos pasados y grababa para las generaciones posteriores sus poemas magníficos de gloria; mientras trabajaba con empeño y con afán trabajaba su teología, para el bulgo inalcanzable, de la esencia del Ser Eterno, Trino y Uno: Knef, Fta y Fre. Mientras tanto la religión exotérica, en torno de los muros de esos templos, danzaba las fantásticas danzas del becerro, fanatismo, ignorancia y sumisión.

Al lado del sacerdote que fanatiza a las multitudes o aprovecha a lo menos del bajo nivel intelectual del pueblo, para someter a la voluntad pública a su capricho o a su concepto de moralidad — tendiendo de un

(1) Véase el VIII tomo de la «Geografía Universal», allí se ha hecho un extracto de las opiniones de Barber.

modo constante a satisfacer su egoísmo o a alcanzar el bien por el concebido, para cuyo objeto exige la absoluta sumisión de las multitudes, no en las prácticas sólo, sino en el pensar y en el querer —; al lado del sacerdocio que también asombra la sabiduría de los sabios y la filosofía de los extranjeros filósofos a quienes enseña a discurrir y a conocer; al lado de él se yergue — alimentada su inspiración por el dios fuerza, planta, animal o astro poseedor de un poder especial que puede ejercitarlo sobre el hombre — el culto exotérico, el cual, de simbólica representación de los poderes ocultos, desconocidos e irresistibles, se cambia en adoración directa del símbolo. La religión de la comunidad del pueblo, tiene por principales pontífices a los artistas que saben plasmar la idea, que saben dar formas tangibles a la concepción.

Del reconocimiento de una facultad buena o mala, o mejor quizá, destructora o conservadora, que el individuo cree descubrir en la naturaleza como capaz de ejercer su influencia en nosotros, se genera el arte simbólico, que representa a la fuerza aquella encarnándola en un ser al cual se lo atribuye de manera especial esa aptitud — animal fiero, real o simbólico, objeto hermoso o admirable etc. —, pero en los comienzos señalándolos como representación del concepto y no como efectiva realidad. — Y asombrados miramos el delirio de los dioses de cabeza de chacal, de los ibis fantásticos y de los hombres fieras; después del Buey Apis, del dios Anubis y de Basté, después de los dioses de todas las pasiones, de todos los deseos y de las fuerzas todas de la naturaleza; todos los amuletos, todos los más caprichosos adornos que pudiera imaginar la fantasía, como dioses tutelares o como protectores del individuo. — Ese es el símbolo convertido en objeto de adoración directa, forma a la cual llegan, más o menos todas las religiones, incluso las más espiritualistas, en el común de sus adeptos.

Así fué el arte egipcio en la pintura decorativa y en

los tallados, en las esculturas de sus palacios y en los adornos de sus mujeres; vasijas que representan al dios de la muerte, pinturas cuyos relatos nos cuentan el mito del dios que pesa las culpas y las virtudes de los seres desaparecidos de la humana existencia; la vida futura y los dioses que en ella gobiernan, las escenas de los manes del muerto más allá de la tumba, parecen significar el más alto afán del pensamiento artístico, como representó también una de las más constantes preocupaciones de los hijos del Nilo. — El Egipto es un panteón inmenso, donde sus dioses semejan las imágenes brotadas en los delirios de una fiebre.

El capricho de seres fantásticos para representar a sus divinidades, cual lo podemos encontrar en el pueblo faraónico, no lo hallaremos de seguro, ni aún entre las religiones americanas, por más que sean en éstas en donde puedan encontrarse semejanzas mayores con la intimidad del concepto, y de manera especial con las manifestaciones externas del culto de aquel pueblo.

En América hubo también una especie de doble religión: culto extra sacerdotal y culto interno de los santuarios; como lógicamente se conjetura de los hechos que en seguida apunto.

Quién si recuerda al poderoso rey Netzahualcoyotl, el que mandó construír el templo del Dios Invisible Creador del Universo, quién, si le oye en sus lamentaciones reflexionar como a la muerte de los más poderosos Monarcas del Mundo, de los Reyes más fuertes que, brillantes guerreros, triunfaron de cien pueblos, a su muerte, lamenta, sus vasallos se verán destrozados por el enemigo y «no estará ya en sus manos el gobierno de sus reinos, sino en las *del Dios Creador y Todopoderoso*». (1) Quién si reflexiona sobre la tradición

(1) Netzahualcoyotl, como lo dijimos en otra ocasión, fué una de las primeras figuras entre los reyes del antiguo Méjico; brillante Monarca de una corte fastuosa, no debilitó en sus manos el poder,

peruana de aquel Inca que interrumpido en sus reflexiones por el Nuillac-huma — Gran Sacerdote del Sol — que le recuerda la prohibición impuesta a todo mortal de ver cara a cara al astro del día, le pregunta si sabía quien pudo ordenar a su padre el Sol marchar incansable por las sendas luminosas del cielo (1); en fin, quién al leer una invocación de una Trinidad siempre en labios de los tahuantinsuyos y que el Inca impone entre todos los pueblos conquistados, como anterior a todo culto y a toda invocación dirigida a los dioses propios de sus antepasados, aquella trinidad de Númenes Supremos: Pachacámac, Inti e Illa, recuerdo de seguro del Agni indostánico, dios del fuego, del fuego sagrado y principio fecundador del Universo — Inti es el Sol, Illa es el rayo en el lenguaje de los Incas, Pachacámac es el Creador del Universo, esto lo dice de un modo expreso el inca Garcilaso al contarnos el significado del nombre Pachacámac en el lenguaje del Tahuantinsuyo cuyo equivalente es, *el que anima el Universo.* (2) — ¿Quién después de todo eso, pregunto,

---

sino por el contrario le revistió del prestigio de la pompa, de la sabiduría del Soberano — filósofo y poeta — y de su gran talento político y militar, en cuanto reorganiza su Imperio y le ofrece el prestigio de la magnificencia y de la victoria. Al lado de una multitud de templos fastuosos, de palacios esplendidos, de jardines colgantes que sembró por todas partes en su reino; mandó a edificar el templo del Dios Invisible, formado de nueve pisos, que hacen pensar en los santuarios babilónicos, y en especial en el dedicado a Belo; los nueve pisos del templo de Netzahualcoyolt, representaban los nueve cielos y el último terminaba en tres torrecitas. (Sahagun ob. cit.)

(1) La tradición cuyo recuerdo se hace en el texto, se halla consignada en los «Estudios Indios» de Otto von Buchwald, publicados en el tomo XXI de la «Revista de la Sociedad de Estudios Jurídicos» de Quito, y allí encontramos estas notables reflexiones: «A veces nos preguntamos si el culto de Pachacámac a sido accesible a una cierta aristocracia, que comprendía la supremacia del Numen Supremo. ¿Era acaso una religión a la que la plebe no era permitida de llegar (sig)?» Conservo textual y con su misma sintaxis la frase del autor.

(2) Así dice Cristóbal de Molina que invocaban los Incas a sus dioses: «Oh Hacedor, y Sol, y Trueno, y como introducción muy

no reconoce la existencia de una doble religión, o mejor, la dualidad de dos creencias dentro de un culto originalmente único, en los pueblos civilizados de América antes de la conquista? — Y eso sin recordar al gran civilizador de las tradiciones toltecas, el misterioso Quetzalcoatl, quien luchó contra los ídolos adorados por su pueblo, el que quiso enseñar a cuantos tenían fe en su palabra, una religión altamente espiritualista y prohibió los sacrificios humanos; el apóstol de una nueva doctrina de elevación moral para las multitudes, y de pureza de costumbres y no abuso para el sacerdocio y para la aristocracia del Imperio. Sin recordar tampoco al Cuculkán de los yucatecas, a Votán, ni a Contice sacerdote éste último de una religión preincásica; en fin, olvidando todas las tradiciones que en las dos Américas hallaron los hombres de España, y que les hizo fantasear con la llegada de los apóstoles de Cristo hasta estos lugares.

Creo poder afirmar con todo evidencia: en los pueblos cultos de América antes de la conquista, había una religión sacerdotal perteneciente de un modo exclusivo a cierta aristocracia de educación y de talento — aquella religión, de seguro, que en las escuelas mejicanas se enseñaba sólo a los individuos dedicados al sacerdocio — y una religión vulgar, pública, exotérica, la de las multitudes; la exotérica que llega a endiosar el símbolo, junto a aquella que lentamente llega a depurar el concepto de su teología. — Y la religión pública también aquí, en este Continente, ensaya el representar los más extravagantes caprichos de la fantasía en las imágenes de sus dioses y en las figuras de sus amuletos.

---

posterior y por obra del contacto con los cultos de los vencidos, agregaron, y Luna: sed siempre mozos, no envejezcáis; y el Inca vuestro hijo, sea siempre moz , etc.» El culto a la Luna, de seguro, no es de invención incásica, en esto parecen estar conformes gran parte de los autores que han tratado de esta materia.

Cuantos hayan leído el artículo del Dr. Herbert J. Spinden «Antiguas obras de arte americano», y cuantos hayan visto detenidamente la reproducción de las figuras del museo Keith en la revista «Panamericana», adjunta a aquel artículo (1), comprenderán de modo inmediato el contacto artístico en la inspiración y procedimientos entre los egipcios y los americanos. Allí se encuentran reproducidos y endiosados los tipos más comunes de la fauna del país, y a veces combinadas en espantosas fantasías las representaciones de seres monstruosos, en los cuales se amalgaman y confunden los miembros de individuos de las más apartadas especies, ya hombres-animales u hombres-plantas, ya monstruos sin parecido en la realidad, con cabezas de hombres. Y sobre todo es necesario que hagamos resaltar este hecho, cuyo valor, cuantos lo lean, apreciarán con facilidad: «El cocodrilo se divinizaba y labraba de una manera especial; y a menudo, se representaban cuerpos humanos con la cabeza del animal. El perfil de la cabeza del cocodrilo, se empleaba para embellecer otras figuras», son las expresas frases del Dr. Spinden al hablar de los americanos en el «Boletín de la Unión Panamericana» ya citado. Y en González Suárez — diciéndonos que el símbolo del cocodrilo se encuentra entre los motivos de arte para los cañaris, y con el objeto de comprobar su opinión relativa al origen y procedencia de estos indígenas, señalados por él como de Norte América — nos encontramos con las siguientes frases: «El jeroglífico del cocodrilo se halla también representado en la fortaleza de Xochicalco.... El jeroglífico del cocodrilo servirá a los indios de Mechoacán para representar uno de los signos de su calendario, que era el cuarto de su semana de cuatro días». Y fue ese mismo animal en el Egipto uno de los dioses que de

(1) Debe verse el «Boletín de la Unión Panamericana» correspondiente a noviembre de 1915.

mayor veneración gozaban, momias de cocodrilo sagrado se han encontrado en un número inmenso (1).

Además, muchas de las figuras que forman parte de la colección del museo de Keith, son verdaderos amuletos, pues están dotados de una pequeña argolla; hacían el papel, de seguro, de nuestras medallas de hoy y de las pequeñas figuras de dioses que los egipcios tenían para colgarlas al cuello. En un retablo del templo del «Bello relieve» se encontró además, una preciosa figura la cual tenía en su pecho colgada una medalla; a mí me da la impresión de los sacerdotes egipcios, quienes llevaban pendientes de su cuello la imagen de la diosa Saté. — En fin, el número de los fetiches de los quichuas, dice Pi y Margall, era asombroso.

V

No hemos querido señalar todas las conquistas artísticas de los americanos, la importancia de sus conceptos estéticos ni el valor de la técnica entre ellos; unas breves noticias del arte simbólico religioso que señalan los puntos de contacto en ideas con las del pueblo faraónico, sólo eso hemos querido recordar. — Ciertas reglas de desarrollo estético halladas en un estudio americanista de Means, por la mucha importancia que tienen, las diré al tratar de la arquitectura americana, trabajo que he querido hacerlo en distinto capítulo por las razones que expondré allí.

Tratamos especialmente de América, repito una vez más, y es necesario tener breves noticias por lo menos de su cultura antes de la llegada de los españoles.

Voy a apuntar sólo lo siguiente: los fenicios des-

(1) Las afirmaciones citadas de González Suárez se halla en su «Estudio histórico sobre los cañaris».

cubrieron y explotaron con empeño una aleación de cobre y de estaño de que hacían sus mejores armas, Si en el Tahuantinsuyo no se desconocía el hierro (1) según pruebas palmarias que el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño nos ha presentado (2), no lo empleaban de continuo por la dificultad de su explotación; por eso sus instrumentos los fabricaban mediante una aleación de cobre con estaño, trabajando con tal perfección que alcanzaba un temple que asombró a los españoles y servían hasta para taladrar esmeraldas.

---

(1) González Suárez «Historia General».

(2) Jijón y Caamaño «La Edad de bronce en la América del Sur» se encuentra ahi el dato que transcribo: «De los objetos ecuatorianos de cobre que han sido analizados.... es el más antiguo, un adorno encontrado en una tumba del periodo de Tuncahuán.... el cual contiene, 99, 76% de cobre y 0,08 de hierro».

CAPITULO X

LA ARQUITECTURA AMERICANA EN LOS PUEBLOS QUE PRECEDIERON A LAS CIVILIZACIONES DESTRUÍDAS POR LOS ESPAÑOLES.

La arquitectura es, entre las bellas artes, talvez la única que puede servir de índice del estado de progreso entre las sociedades. — Marcha paralela de la cultura general y de los elementos técnicos y estéticos de la fabricación de palacios y templos. Sin embargo, no podemos hallar en la Historia la afirmación de que todos los pueblos hayan pasado por los grados todos del progreso ni en moral ni en arte; y más aún, de un modo excepcional podemos descubrir una gran importancia de desarrollo arquitectónico con una civilización, a su lado, incipiente; mas, en este caso siempre, la arquitectura ha sido importada de ajenos lugares. — Las ideas expuestas por Ainswuorth Means sobre el desarrollo estético y sus leyes. — Los monumentos pre-incásicos, y hasta pre-quichuas en el Perú, y los monumentos mayas de Centro América y de Méjico, comparados éstos y aquéllos con la técnica monumental de los egipcios.

FUNDADA EN 1620 QUITO

I

En mi concepto, no es la arquitectura de las bellas artes la primera, o sea la más excelente, pero eso no obstante, es la arquitectura y sólo ella la que señala el estado de transición de una época humana a otra; es decir, es el índice, la manifestación primera, la más característica y externa para poder servir de medio de

conocimiento del estado social del pueblo en el cual se la contempla, cuando es obra de trabajo y conquistas netamente suyos. Se puede afirmar de antemano lo siguiente: no hay pueblo salvaje con arquitectura, y no hay pueblo bárbaro en donde haya llegado de un modo sucesivo, por propio esfuerzo, ese arte a un desarrollo importante; la arquitectura sólo alcanza grande magnificencia por obra de una sociedad de muy adelantada civilización. — Y digo que la arquitectura no es la más excelente de las artes bellas, no teniendo en cuenta los elementos inteligentes que contribuyen a su perfección, sino la impresión sensible, propiamente estética que da de sí el arte en sus progresos; pues como desenvolvimiento total de la inteligencia y la sensibilidad, haría mías estas frases: «es el ramo de la humana actividad que más se acerca, en su modo de ser, a la naturaleza, por la admirable armonía con que funde todos los elementos del saber» (1); y con mayor razón si con el término arquitectura se comprende a todas las artes auxiliares. Pero, dejando todas esas discusiones teóricas, prosigamos.

La pintura, la escultura — y como manifestación de ésta el tallado — y la música, pero más, mucho más la poesía, aparecen con un valor relativamente importante dentro del concepto estético, aun en épocas bastante primitivas de la humanidad; y a veces adquiriendo gran desarrollo en pueblos por cuya cultura sólo pueden clasificárselos entre los designados como próximos al estado de civilización. — En el Japón — que en épocas anteriores a los mediados del siglo último, sólo podía considerarse como hallándose próximo a la civilización — (2) la pintura produjo maestros que el sentir de

(1) Véase en la «Enciclopedia Hispanoamericana» la palabra «Arquitectura».

(2) Al hablar de las nacionalidades diremos cuales, en nuestro concepto, son pueblos salvajes, bárbaros, semi-civilizados, etc., pero aquí hablamos sólo del concepto de civilización europea que hoy tanto fascina a los hombres del Japón.

Gonse, podían rivalizar con los genios de la antigua pintura italiana; no así la arquitectura, por más que tratemos de sugestionarnos con las afirmaciones de ciertos autores, resultará siempre que las construcciones en madera no tienen las dificultades ni el mérito de los edificios de piedra pulida; el arte en madera puede tomarse como arte de tallado, y en su estética, no tendrá jamás la elegancia de un palacio de mármol, por ejemplo. — En los Imperios amarillos cultos — la China y el Japón — los edificios nos recuerdan las tiendas de los nómadas; parecen pueblos viajeros que el cansancio inmovilizó; la forma usada nos recuerda las tiendas de campaña, y el material empleado nos da una sensación de no permanencia.

II

Desde las primeros hombres que a imitación de las aves cuelgan sus moradas en las tupidas ramas de los árboles, desde los trogloditas que habitaban, como habitan las fieras, en las profundidades de las rocas, en el seno de las cavernas, hasta los prodigios de la arquitectura árabe o los templos magníficos de la India; la humanidad ha pasado por grados sucesivos de progreso así concomitantes:

El pueblo más retrasado en el adelanto cultural fue el que habitaba al aire libre: que buscaba la sombra de los bosque como único resguardo o se escondía en el seno de las rocas, cuando la intemperie le atormentaba con el rigor de sus furiosas tempestades: en la América hallamos, entre otros, a los coyutas y a los azmories del Brasil. — Luego, el hombre nómada que carga sus tiendas y las planta en cualquier momento en el sitio donde cree hallar lo indispensable para satisfacer las necesidades de la tribu, dispuesto a levan-

tar en el instante de agotamiento de los frutos naturales; más tarde los semi-bárbaros o sea quienes se hallan en estado de primitiva barbarie, construyen de un modo permanente sus chozas y habitan en promiscuidad de vidas en los amplios recintos de sus moradas de una sola pieza — para la familia común — con varios hogares y con varios lechos, uno para la familia íntima de cada hijo. — Los bárbaros más adelantados construyen, ya teniendo en cuenta una mayor permanencia y comodidad, sus viviendas, formando agrupaciones de casas y un conjunto de piezas en cada una; pero no es todavía para él objeto de lujo la casa que habita, su empeño es buscar abrigo capaz de asegurar su vida contra los peligros de la naturaleza.

De un modo lento la afición artística se desarrolla en torno de la habitación que ocupa de una manera continua el individuo; principia por adornar su vivienda, por volverla cómoda y agradable, y acaba por edificarla bella. — Los elementos de construcción los tomarán de la naturaleza, y a imitación de ella elevarán sus edificios; pero todavía su previsión no llegará a buscar en las generaciones posteriores la admiración, o a lo menos el recuerdo de sus obras. Si a imitación de los objetos exteriores que miran en torno suyo levanta nlos mound-buildrs sus montañas de arena, si levantan los hombres sus dólmenes inmensos para aras de sus dioses, esas moles informes, o mejor, de extrañas apariencias, altares rústicos de la naturaleza; no son monumentos que de un modo consciente hayan legado a las generaciones posteriores, no tuvieron idea de permanencia al levantarlos, sino el impulso de la imitación.

Sólo en los pueblos de muy avanzada civilización, repito, la arquitectura alcanza un progreso magnífico.

Y debo insinuar ya dos observaciones: no todos los pueblos han pasado por los grados todos del progreso humano, los grupos de población que, por ejemplo, aparecen de un modo repentino en razón de haberse fundido varios elementos distintos, o que aparecen re-

pentinamente también en una comarca, como náufragos de una vida imposible en la patria de su nacimiento: pueden hallar cualidades adquiridas antes, que las aprovechan, adquisiciones hechas, ya por sus progenitores o por pueblos afines, habitadores de comarcas a las suyas inmediatas, aun cuando fueran poblaciones que ningún contacto en temperamento tuvieran con los nuevos llegados a la vida del país, pero a quienes éstos últimos pudieran pedir las conquistas hechas para la adaptación. La imitación es una cualidad altamente humana, y todavía, profundamente civilizadora, mediante la cual, al ponerse en contacto dos pueblos de distinto grado de cultura, hace que el grado más bajo en el progreso suba en presencia del otro y a su imitación, sin necesidad de seguir el lento y gradual camino por donde marchó el pueblo más viejo para conseguirla; claro, por falta de preparación no llegará al mismo nivel del pueblo imitado, pero progresará con el contacto. — Por otra parte, el medio ejerce influencia decisiva sobre la clase de existencia del grupo que en él vive; en los terrenos abundantes en bosques, supongamos, el hombre primitivo se guarece de la intemperie bajo el follaje; y si el escenario representa un país quebrado y cubierto de rocas, buscará abrigo entre los peñascos; de los terrenos exuberantes y de hermoso paisaje no le será necesario apartarse para proveer a sus necesidades, y además, la belleza que ofrece a la vida el paisaje será un nuevo estímulo para arraigarlo al país y para no permitir a la tribu ser nómada etc. etc.; y junto a todo eso el temperamento del pueblo, que constituye la afición.

Los grados de progreso concordantes con la clase de habitación ocupada por la tribu o el pueblo y su avance que tiene en el tiempo el valor de una correlación, son conceptos ideales cuya aplicación no puede hacerse de un modo estricto a todas las existencias sociales en el sentido de momentos diversos y sucesivos de su vida. Aclaremos: si encontramos una horda de bárbaros que

en constante mudanza, de comarca en comarca transporta sus tiendas, y otra tribu, bárbara también, pero que plantó sus moradas de un modo permanente en su país; diremos de la última que ha alcanzado un progreso más alto. que aquél de las condiciones de la tribu que en un éxodo eterno le vemos levantar sus hogares al día siguiente de haberlos plantado en cualquiera comarca, aún cuando puede suceder que los grupos sedentarios nunca hayan conocido la condición de nómadas. — Mas, respecto de los hechos históricos del grupo del actual estudio, aparece esto: puede suceder con relación a un pueblo que apenas podamos llamar semi-civilizado — por cuanto los conceptos de grado en la cultura se refieren a la época de la actual contemplación de su vida — posea una arquitectura avanzada ¿qué diremos entonces de todas nuestras anteriores afirmaciones? pues, aquella conquista no es conquista suya, son adquisiciones de afuera tomadas o se debieron a un tiempo de ese pueblo hundido ya en lo pasado, a un tiempo al cual siguieron épocas de retroceso, de caída; así la «Enciclopedia Hispanoamericana» dice al hablarnos de la arquitectura primitiva de Roma, que el conocimiento del arco se debió de seguro a una influencia etrusca.

Los elementos técnicos de la construcción cuando se inician como productos de arte, parecen revelar el carácter anterior del pueblo o el momento de su vida que más honda huella dejó en su existencia — de un modo general por el tiempo de su duración —. Los primeros arios que ocuparon el Indostán debieron ser trogloditas — eso sí, ante todo por la calidad de extranjeros en el país donde iban a comenzar su poemática historia, y por su temperamento, sólo ocasionalmente nómadas; momentos de vida cuyos recuerdos dejaron en verdad huellas importantes en su sucesivo existir; fueron grupos sedentarios arrojados de su país de origen y que las circunstancias les impuso determinadas mo-

dalidades de vida en los comienzos — (1) esas circunstancias nos revelan sus primeros magníficos templos tallados en la roca, como el santuario de Elefanta. — La raza amarilla fue en casi todos los grupos de los cuales se constituyó, de seguro, por temperamento y por muchos siglos una raza de pueblos nómadas; eso nos lo dice la arquitectura de sus principales pueblos — el Japón y la China — y las costumbres de las tribus tártaras lo confirman. Los templos y palacios de las poblaciones más adelantadas son de madera tallada y nunca de piedra, a pesar de las magníficas canteras de mármol que en la China existen (2); y sus cubiertas, de muy extraña ornamentación, recuerdan las tiendas de los nómadas (3).

Si las conquistas de la arquitectura son las que marcan la etapa a la cual ha llegado en su civilización cada pueblo, y si toma como sus elementos inspiradores, después del lujo que reviste la naturaleza exterior en torno del artífice, todas las conquistas ideales, todos los progresos científicos «en una armonía que funde los elementos varios del saber», si en lo tocante a la religión por ejemplo, tiene en cuenta la representación del concepto místico o teológico, como cuando emplea el triángulo que representa el dogma de la trinidad; este arte será pues el que por su particular forma, por los elementos arquitectónicos de los cuales esté constituído cada monumento, señale el pueblo al cual debe atribuírselo, cuando no la construcción, la inspiración al menos que la anima.

---

(1) Siempre al estudiar la vida de los pueblos, debe tenerse en cuenta que, aún cuando ciertas aptitudes puedan encontrarse en él, es necesario para que los frutos que haya derecho a esperar se produzcan, la posibilidad de la ejecución, la materia apta, las circunstancias adecuadas.

(2) Las afirmaciones hechas sobre la China las tomo de una obra bastante reciente, la «Geografía Universal» de Montaner y Simón, en el capítulo sobre la China.

(3) Ibid.

III

El punto más claro en nuestras investigaciones sobre el arte de los pueblos de América conquistados por los españoles, y hacia la confirmación de la tesis que sostenemos, lo hallamos entre las olvidadas ciudades mayas y los orígenes desconocidos de Tiahuanaco y de Huanaco el Viejo

Para comenzar transcribiré las frases de Mr. P. Ainsworth Means: «Las leyes constantes y universales que rigen el desarrollo estético de las artes, hanse manifestado casi de la misma manera en todas partes del orbe, *jamás nació una cultura adulta.* Los gérmenes de las civilizaciones nacen siempre con la modestia de la semilla del árbol destinado a crecer hasta ser majestuoso. Causas, estímulos e influencias sutiles, de diversos órdenes, obran siempre en el estímulo de determinada cultura joven y la hace madurar». La exactitud de esas frases no hace falta razonar, pero de ahí surgirán muchas consideraciones aplicables a la arquitectura americana, para vislumbrar su procedencia (1).

Nuestro campo de investigación actual, en estética se reduce a la arquitectura, primero, por las consideraciones que quedan ya hechas y respecto de las cuales la absoluta verdad histórica nos sería fácil demostrar, y después, porque aparece ante mí con plenitud de luz incomparable lo poderoso y manifiesto de esta prueba, de manera de creer que quien me siga en mis demostraciones, tendrá la perfecta ilusión de hallarse ante las magníficas ruinas de conquistas trasplantadas, desde un país cuyo progreso debió ser inmenso — el del Egipto

(1) El artículo de Mr. Means se titula, «Aspectos estéticos y cronológicos de las civilizaciones andinas», y se publicó en el N°. 2° del «Boletín de la Academia Nacional de Historia» (1920).

— al extranjero escenario donde pueblos nuevos iban a comenzar su historia. Junto a la arquitectura no puede olvidarse las artes de su decoración; el primor de los frisos en donde el pasar de la vida historia hora por hora la existencia civil y doméstica del hombre que mandó construír su sepulcro; los bajorelieves en donde palpita y se hincha el músculo del guerrero; (1) los cuadros en donde se narran en detalles preciosos, las luchas, las victorias y las catástrofes, con toda la realidad que dá el claro-obscuro perfecto de los relieves, o el brillo y el contraste del color; en fin, las estatuas simbólicas de dioses o de héroes: el *doble* (2) para quien y en torno del cual gira todo, las vastas salas del edificio, la elegancia de las columnas, la obscuridad de los pasillos, cuya vida terrena, cuya aspiración de ultratumba, ensayan figurar los cuadros, las esculturas y las estelas de las mastabas. Todo eso es cuerpo mismo del edificio, palacio, tumba o templo; así se orna, se complementa la arquitectura; ya descance la construcción sobre elefantes fantásticos y enormes, ya en la semi-obscuridad del templo parezcan cimbrearse las palmeras o sobrenadar los lotos de las cornizas; la cariátide dá su nombre a un estilo arquitectónico; y el objeto del destino — estatua del dios o figura del *doble* — señala el carácter de la construcción — religiosa, funeraria o civil —. Forman pues una unidad el arte que levantó el edificio y las artes que constribuyeron a su ornamentación.

No es necesario que repitamos el asombro producido por el sucesivo descubrimiento de ciudades abandonadas por los aborígenes, en el olvido y en el silencio

---

(1) Asombra la perfección de ciertos relieves afirma G. Maspero en su «El Arte en el Egipto», pues hay algunos dice, que a pesar de apenas sobresalir pocos milímetros sobre el fondo representan admirablemente la forma y número de los músculos.

(2) Sabido es como en los sepulcros del Egipto se colocaba en lugar principal la estatua del Soberano al cual correspondia; a esa estatua se la designa con el nombre del *doble*.

de civilizaciones muertas muchos siglos antes de la conquista; allí se levanta Palenque con la opulencia de una ciudad faraónica de la doceava dinastía, dibujando como un símbolo histórico los caracteres del tipo ariano (1); Copán es una urbe megalítica que guarda el misterio de una tradición extranjera; en Uxmal, alegóricas trompas de elefantes hacen pensar en la patria, por la Historia desconocida, de los artistas que la fabricaron; pero entremos en Cichén-Itza, y allí aparecerán animados por la idea, que es el alma de la escultura y de los jeroglíficos, y en general de toda manifestación artística, una prosesión extraña: guerreros o sacerdotes de negra barba se ven representados en los muros de un gimnacio, amplias vestiduras los cubren y llevan un raro tocado en la cabeza; parecen simular una escena asiria (2). No es el único caso de figuras de larga barba, también se encontraron en otros varios monumentos de la América, dando señales inequívocas de un motivo artístico importado.

Lámparas son nuestros recuerdos cuyo resplandor puede dar realidad, aunque talvez algo fantástica, a los grupos de vida que en medio de la densa noche dejada por un sol de civilización muchos siglos antes extinguido, se protegen y ocultan. Pues la energía que en nosotros vive puede llegar a ser el alma de las heladas formas, de las petrificadas frases o de las historias secularmente dormidas en Tiahuanaco o en el país de los chimús.

En vano el sabio Max Uhle ha investigado con asiduidad los orígenes de la estética que culminó en el palacio de los chimús o en el milagro de las ciudades

---

(1) Viollet-le-Duc afirma que en Palenque se han encontrado razgos verdaderos que nos hablan de la raza aria. Sabemos como Palenque, según la tradición, fué fundado por los votánidas (lo cual nos conduce a un millar de años antes de Cristo). Para Bowditch (Memoranda of the Maya Calendars etc.») tal fundación debió corresponder al año 15 antes de C.

2) A uno de los monumentos de Cichén se le ha considerado por su forma, como gimnacio o circo.

sentadas a las márgenes del Titicaca, sumerjidas casi en su totalidad en el mar de los tiempos, talvez antes de la llegada de los incas; la realidad que con voz insistente le hablaba le arrancó en fin estas afirmaciones: «los orígenes del estilo protonazca no se encuentran en ninguna parte del suelo peruano» y en «situación parecida se encuentra el estilo proto chimú». Mas al apuntar el hecho, apareció en su reflexión la teoría: «Encuentro en las dos primeras civilizaciones peruanas (la protonazca y la proto-chimú) no como el Sr. Means cree, pruebas de un levantamiento propio de la gente arcaica del mismo suelo, *sino de las civilizaciones mejicanas y centro americanas, implantadas directamente por colonización en el suelo peruano*». (1). — Si el sabio alemán hubiera estudiado con la misma detención que las culturas diferentes del Tahuantinsuyo, aquellas cuyo desarrollo tuvo lugar en el valle de Méjico o en el centro de América, seguro estoy de que habría afirmado también de éstas, los orígenes de su técnica artística son extraños al país. Las procedencias extranjeras de las civilizaciones de quinchés, mayas y nahuas, se comprende bien, al ver cuantas vacilaciones, cuantas teorías opuestas se ensayan con el propósito de explicar el aparecer y la semejanza de procedimientos entre las edificaciones halladas en comarcas donde vivieron esas diferentes poblaciones; ya se asegura la precedencia de los maya quinchés y su colonización espiritual en las tierras del norte (2), ya se acepta la colonización con-

(1) Max Uhle: «Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas» «Boletín de la Sociedad de Estudios Históricos americanos». (1920); y se ha arraigado con tal tenacidad en el autor la opinión del origen maya de las culturas pre-incásicas de Sur América, que está publicando una serie de artículos con el objeto de probarlo.

(2) Hemos señalado ya la doble corriente de la opinión a que nos referimos en el texto; fijándose los unos en la superioridad en el trabajo y concepción del jeroglífico entre los mayas, sobre el usado por los pobladores de Méjico, dicen, aquellos los enseñaron a éstos; otros argumentos lo contrario, los mejicanos comienzan y los mayas los perfeccionan.

traria. Los orígenes no se hallan, y la antiguedad de los momentos es prodigiosa.

Siempre que pienso en los lejanos y abandonados edificios con arte y con amor trabajados por los mayas, o por los chimús o nazcas, o acaso por pueblos más antiguos (1), aparece en mi espíritu esta interrogación ¿por qué desapareció el paralelismo entre la cultura general cuya marcha seguía siempre adelante en América hasta el tiempo de la venida de los españoles, y el arte que estudiamos, el cual abandona países *despóticos* y que estaban en pleno progreso, para no construír ya más, suntuosos y difíciles palacios o templos de arquitectura sorprendente; preocupándose a lo más de la amplitud de las moradas y en ocasiones de la importancia de la defensa, y abandonando casi en totalidad los relieves y las estatuas? — Y es sin embargo verdad, y con verdad absoluta para el arte de la edificación, que «el progreso intelectual revelado *en el desarrollo de las artes y ciencias* y en la vulgarización de conceptos más liberales, no se puede separar del progreso industrial y económico, y éste a su vez, *está estimulado por la conquista y por el ensanche del poder imperial*» (2). Sólo en los países en donde se puede disponer de muchas energías y medios, se elevarán las grandes construcciones. — Para explicarnos el decaer del arte arquitectónico en las dos Américas, no tenemos otro medio que aceptar lo siguiente: la arquitectura americana anterior a los grandes imperios aquí desarrollados, y desconocida por éstos; fue importada, venía de afuera. — Los Incas del Perú dispusieron de todos los medios aptos para levantar suntuosos templos y palacios: ri-

(1) El concepto expresado por la frase «arquitectura chimú o nazca», talvez no es exacto, de un modo especial al tratarse de los edificios de Tiahuanaco — cuya denominación propia sería acaso «arquitectura tiahuanacota» —; mas uso provisionalmente por no encontrar una expresión justa.

(2) Las frases transcritas son de J. G. Frazer que cita el Sr. Means en el estudio del que antes hablamos.

queza de actividades para el trabajo — centenares de miles de súbditos —, abundancia de material, y lo que está sobre todo, habilidad técnica para las construcciones; ejemplo, la admirable calzada, cuyo recorrido era de un extremo a otro del Imperio, y cuyo difícil desempeño admiró tanto a los conquistadores; se había sólo perdido la afición a lo bello, se había olvidado lo prolijo del detalle que agrada, con la preocupación única de lo útil. Ni lo efímero de la morada del Rey lo justifica (1) ni ninguna otra consideración (2).

Segunda interrogación: ¿si no encontramos en el país los principios de la técnica desarrollada por ejemplo en la construcción de la ciudad de Uxmal, dónde deberemos buscarlos? Parece muy extraña la unanimidad de estas opiniones; cuantos han estudiado con detención las antiguas obras de arte del Continente Occidental, las relacionan, las comparan — sea cual fuere su idea sobre el origen de la raza de estas tierras — con las de la misma clase del pueblo de los Faraones. En la «Enciclopedia» que citamos ya en esta materia, podemos encontrar: «En la arquitectura (americana) domina la idea de la solidez del macizo como en la egipcia»; puede verse así mismo la «Geografía Universal» de Montaner y Simón; y particularmente, el artículo que citamos de Means, etc., etc.

Nosotros vamos a fundar la opinión que hemos señalado, presentando en resumen los elementos técnicos y estéticos de la arquitectura de las abandonadas ciudades de las cuales hablamos; junto con los materiales decorativos que podamos descubrir.

---

(1) Se dice de los Incas (como de los Faraones, en especial de las primeras dinastías) que abandonaban la morada de su antecesor, guardando en sus cámaras cerradas los objetos más amados del difunto (Véase Prescott «Conquista del Perú» y Maspero «El arte en Egipto»).

(2) La suntuosidad del templo incásico consistía en los adornos de oro.

V

Después de haber sentado los antecedentes, en parte principal teóricos y de fácil comprobación histórica; si encontramos en la América ante-colombiana, templos como los de Mitla y otros, donde se emplea ya la cariátide, y entre las cariátides si encontramos algunas que llevan el velo correspondiente al tocado de las mujeres egipcias: si hallamos puertas tríangulares y monolíticas que conducen al interior de los templos de Huanaco el Viejo; parejas de leones de piedra que parecen guardar la entrada de los palacios y los santuarios (como los del mismo Huanaco el Viejo); primer momento del trabajo que creó la avenida de las esfinges en Karnak, por ejemplo, ¿qué deduciremos de todo eso?

¿Quién no ha oído mil veces hablar de los teocalis de Méjico y de Centro América: sepulcros y aras de de las religiones de esos pueblos? ¿Cómo no recordar la pirámide encontrada por Mr. L. Angrant, y las construcciones descubiertas en Tiahuanaco, notables, para algunos, sólo como demostración de la influencia de los toltecas en la América meridional (1), y que para nosotros supone el desarrollo de gérmenes idénticos de cultura, a esos distintos grupos aportados por gentes venidas de afuera?

Singular, y con la singularidad de una prueba decisiva, es la enorme difusión con que se hallan disemi-

---

(1) La opinión del origen tolteca de los elementos técnicos que formó las pirámides de Abancay y otras, ha sido expresada en esta forma, por el Abate Brasseur de Bourbourg: «Yo he visto los dibujos de muchos de esos edificios piramidales, y son verdaderos teocalis como los de Méjico y de Centro América. Estos dibujos (y las otras observaciones que he hecho) confirman todavía más lo que siempre había creído acerca de la propagación de la civilización y de la religión de los toltecas en la América meridional».

nados los elementos de la pirámide y el triángulo en los monumentos de la América, en la época que la llamaremos de la arquitectura (1) En Max Uhle encontramos — al comparar los templos de Copán con la huaca del Sol de Moche, en el Perú — «este tipo que se puede significar con una penetración muy bien balanceada de todo un edificio por el principio de construcciones piramidal, con una pirámide perfectamente superpuesta a una mesa que sirve de fondo etc.»; y en Means todavía con mayor extensión; «La pirámide distingue casi todas las regiones mejicanas y centro-americanas».

Pero se ha afirmado que las pirámides americanas no son como las egipcias, porque, se añade, las que aquí se construían, eran verdaderos terraplenes superpuestos y no un bloque único triangular como las que levantaron los Faraones. Quienes hablan así, se equivocan en lo absoluto. Una de las primeras pirámides edificadas en el país del Nilo — talvez la más antigua — (2) es una construcción levantada en forma de gradas, se la designa con el nombre de *pirámide de escalones* y parece ser una derivación natural del mastaba; y ésa y la pirámide de Chefren se hallan superpuestas sobre colinas de cien pies de altura. También eminencias naturales de regulares dimensiones eran las bases que los pueblos americanos daban con frecuencia a sus teocalis, un dato; hay además que la pirámide de Papantla fue formada de seis pisos inclinados, «que forman una línea recta de inclinaciones»; y lo mismo podemos

(1) No he hallado designación posible para la época de las construcciones, materia de nuestro actual estudio artístico, y he creído que con la misma lógica que se llama edad de cobre, de hierro, etc., y con más fundamento, de seguro, puede hacerse la designación que queda hecha.

(2) En «El Arte en Egipto» de Maspero encontramos: «Zosiris de la III dinastía, poseyó en Beit-Khallaf, como Rey del Egipto Alto, un inmenso mastaba de ladrillo de tipo tinita, como Rey del Egipto del N., se edificó en Sakkarah un segundo sepulcro de nueva especie».

decir del magnífico teocali de Xochicalco, fabricado con sillares de pórfido y que estuvo asentado sobre una colina taladrada por un admirable hipogeo. Para comprender con exactitud el símbolo de cultura que representan las pirámides americanas, nos vemos en el caso de repetir las apreciaciones de Maspero sobre el origen de la pirámide sepulcral entre los egipcios.

Los egipcios tenían antes de Zosiris una forma especial de sepulcro denominada mastaba, «de construcción maciza y planta rectangular, sus paredes se inclinan simétricamente hacia el centro común» (1), la altura era variable y algunas alcanzaban grandes dimensiones; la inclinación de las paredes y la altura de una mastaba mandada construír por Zosiris en Zakkarah fueron causa original de la pirámide de escalones, si hemos de creer a Maspero, quien se expresa: «Su base es un cuadrilátero de 120 por 107 metros y su aspecto es tal, que parecen compuestas de cinco macizos de paredes en declive, puestos cada uno sobre el inferior dejando un reborde de dos metros, de forma que van reduciéndose hasta la plataforma final, a 60 metros. La apariencia es sin embargo, engañosa, y no son mastabas de dimensiones cada vez menores que se han ido amontonando; el núcleo medial se ha levantado de una vez y se ha revestido luego por los cuatro costados de capas paralelas de albañilería, que deteniéndose por cuatro veces a distintos niveles han formado los cuatro pisos.... Al encargárselos a sus arquitectos, Zosiris quería un sepulcro que sobrepujase a los de sus predecesores y aún al que para sí mismo preparaba en Beit-Khallaf según los antiguos procedimientos habituales. Pero los declives del mastaba se aproximaban mucho a la perpendicular para que pudiesen llegar a la altura deseada sin riesgo de hundirse por su propio empuje con el aparejo de pequeños sillares entonces

(1) Descripción tomada de un pequeño manual de «Historia del Arte» por M. D. D.

preferido. Para evitar este riesgo los fue estrechando entre las cuatro capas graduadas» (1). No es necesario más en este punto, los procedimientos americanos están descubiertos; desde las pobres pirámides que debieron servir para enterrar a soberanos de muy pocos recursos, hasta la notable de Xochicalco formada con sillares de pórfido, y engalanada de hermosísimos relieves, o la pirámide perfecta de Tusapán.

Lo anterior, en cuanto a la arquitectura de la construcción ¿y en lo relacionado con el empleo? En la plataforma más alta de las pirámides de Méjico y de Centro América, y probablemente también en las encontradas en los países del Sur, se colocaba el ara de los sacrificios o el templo a alguno de los númenes del respectivo pueblo. El cuerpo de la pirámide se ha descubierto que fue una verdadera necrópolis; al cortar una esquina de úna — talvez la más importante de Méjico — se hallaron cámaras mortuorias. «En Miraflores, en Chorrillos, en Tambunga (del Perú) se encuentran:.... túmulos de adobes.... Estos túmulos tenían la forma de una pirámide escalonada.... se había dejado en el interior un espacio tanto más vasto cuanto más cercano estaba al medio de la pirámide. En el piso interior se encuentra casi siempre la momia de un jefe» (2).

Pero junto al sepulcro de los Faraones — mastabas o pirámides — se colocaba una capilla o templo; en los primeros tiempos capillas en lo interior del sepulcro, más tarde, edificios religiosos, fuera pero como dependientes todavía del mismo, y unidos a él por pórticos o atrios a veces de inmensas dimensiones. En los comienzos, la pirámide o mastaba parece representar verdaderos templos elevados al Soberano muerto, como si se lo endiosara, — manifestación viva del profundo respeto de ese pueblo por sus cadáveres — y el lugar destinado en las construcciones religiosas al Santo de

(1) Maspero, ob. cit.
(2) Manual de arqueología americana de Beuchat.

los Santos se lo reemplazaba con la cámara de la momia; después, como he dicho, el templo se colocó en el exterior, mas se lo unía a la construcción del sepulcro mediante paseos o avenidas de estatuas y por una serie de corredores exteriores o pórticos. Y en ayuda de los hechos viene la representación de los jeroglíficos: «Encuéntrase de tiempo en tiempo en las inscripciones de Sakkarah un raro jeroglífico, una pirámide truncada coronada por un obelisco y acompañada de un disco solar, que parece en ocasiones como si estuviera en equilibrio sobre la punta del obelisco. *Servía para designar un templo que el Faraón consagraba a Ra....* Las excavaciones alemanas han sacado a luz, cerca de Abusir, restos que demuestran que el obelisco *se alzaba sobre la misma pirámide* y no junto ella. Una rampa estrecha entre dos pretiles llevaba del palacio Nausirriya al templo,.... La pirámide cubría casi la mitad occidental del área del recinto, no una pirámide clásica, sino un mastaba cuadrada.... Este medía probablemente de veinte a treinta metros de alto, con cuarenta de base y tres de sus caras estaban desnudas; por una puerta practicada en una capilla adjunta a la cuarta, la del Sur, se entraba a una escalera que conducía a la plataforma. En ella surgía el obelisco».... (1)

Sabemos por consecuencia porque se construyeron pirámides en América cuyos destinos fueran a un tiempo mismo, servir de base a la erección de templos y de túmulos mortuorios en su interior. Y hay de sujestivo el no haber pasado desapercibida y sin representación en las tierras occidentales, las variantes de construcción mortuoria introducidas por Monarcas tebanos, esto es, las salas subterráneas por debajo de la base del mastaba o la pirámide, siendo en realidad esta última sólo un adorno o un símbolo religioso; para la América recuérdese los subterráneos del monte Albar (2);

(1) Maspero, ob. cit. págs. 52 y 53.
(2) Pi y Margall «Historia de la América Antecolombiana».

sin olvidar tampoco las edificaciones en plataformas sucesivas como los pintorescos santuarios de Deir-el-Bahari en la patria de origen (1).

Las edificaciones de los mound-buildrs nada tienen de común — como edificios — con los teocalis; si los dos son aras, puede ser que el concepto religioso del úno haya influído en el ótro — nunca me he opuesto a la afirmación de haber entrado el contingente amarillo a constituír la raza americana, no negué jamás tal influencia —; mas las concepciones arquitectónicas de una y otra clase de monumentos, son en lo absoluto distintas (2).

En los monumentos pre-incásicos, de un modo general, cuando las puertas no eran triangulares como las notables monolíticas de Huanaco el Viejo, cuyos decorados son de preciosos relieves, tenían la forma trapezoide de las usadas en el Egipto; también en Uxmal, llamada con razón por sus antiguos monumentos, la Atenas del Yucatán, descubrimos entre otras muchas obras de arquitectura la llamada *Casa del gobernador,* donde se encuentran puertas triangulares. — En Palenque, y en el Perú también, se encontraron ventanas que recordaban el *tau* de los egipcios — semejante a una T o a una cruz recortada en su parte superior —.

Otros elementos arquitectónicos. En varios monu-

---

(1) Pocos aspectos de mayor belleza, que las tres terrazas de construcciones que ocupan el fondo Norte del valle cuyo nombre actual es el de Deir-el-Bahari, donde se hallaron los santuarios mandados construir por los dos Thutmosis y por la reina Hatchopsuitú.

(2) Entre los teocalis todavia encontramos «el de Quenada, que es una verdadera pirámide triangular, aunque truncada» (Pi y Margall, ob. cit.). — La opinión de Moke no puede convencerme, este autor ha dicho, al hablar de los monumentos religiosos de los toltecas: «Se los reconoce por su estructura piramidal, que ha sido causa de que se los compare con los que se encuentran en Egipto. Mas, esa semejanza, aunque sorprendente se explica» (por otros motivos, inaceptables). He querido transcribir la opinión de Moke, para que el lector mismo la compare con los hechos positivos y con las razones exactas que se han apuntado.

mentos americanos, afirma Pi y Margall, hallamos connatos de bóvedas y descubrimos cúpulas, las bóvedas se trabajaban mediante ligeras salientes del material empleado respecto de los que le precedían «adonde no se llegó — concluye el autor español — en la construcción de Karnak»; pero se equivocó en esta última apreciación; los egipcios conocieron hasta la bóveda perfecta, siendo bastante común la forma de bóveda americana como la hallada en los monumentos de los dos Thutmosis y de la reina Hatchopsuitú, ya recordados; donde se descubre «la bóveda, que no es ciertamente bóveda verdadera, con clave central, sino que está obtenida por *saledizos*» (1). Por no extendernos demasiado, sólo citaremos de paso dos ruinas de edificios que pertenecieron a los maya-quinchés, el techo de cuyas cámaras «afecta la forma de bóveda apuntada» (2); son los dos palacios de Yaxchilán denominados por Maler «el templo rojo» y «el laberinto». — Todo esto es muy claro, y por otra parte, nadie podrá extrañar que los constructores de edificios americanos, siguiendo la técnica egipcia, no hayan podido sin embargo alcanzar la perfección a la cual se llegó en el país del Nilo; las exploraciones camitica debieron de ser de comerciantes o de intrépidos exploradores, no eran misiones científicas para que fueran completadas por hombres de ciencia y artistas.

En el templo admirable de Mitla hay columnas monolíticas de cinco metros de altura, que como los obeliscos del país de las pirámides, disminuyen de espesor en su parte alta; en Huanaco, pumas que guardan la entrada de los santuarios; en Tiahuanaco monolitos inmensos con grabados simbólicos; bajo las pirámides de Xochicalco inmensos hipogeos; en la pirámide que sostiene la hermosa torre hueca de Palenque, extraños subterráneos. En fin, en Cichén Itza, como en las tantas

(1) Maspero, ob. cit.
(2) Beuchat, ob. cit.

veces citadas construcciones del Deir-el-Bahari, hallamos en un monumento denominado «El Caracol», pasamanos tallados en formas de serpientes.

Todo cuanto precede ¿no recuerda de una manera plena los elementos de la arquitectura egipcia? El triángulo en el sentido mítico y religioso era el símbolo del concepto de la trinidad.

Siguiendo a Means podemos sintetizar lo estudiado: «En la arquitectura del período medio y del período grande del Imperio antiguo — de los mayas — hubo ciertos elementos casi invariables. Hélos aquí: el uso constante de la pirámide; el empleo de las piedras bien labradas y esculpidas en el exterior, y a veces, igualmente, en la propia masa del edificio; la presencia casi invariable de un adoratorio en la cima de la pirámide; la adición de la techumbre al adoratorio, de modo que hubo encima del templo una ancha extensión apta para la entalladura de adornos. En todas las esculturas así hechas por los mayas se notan los jeroglíficos expresando cálculos cronológicos, íntimamente relacionados con elementos puramente decorativos y simbólicos».

Y *respecto a la igualdad de fechas en desarrollos semejantes de pueblos por largas distancias separados,* nos dice el mismo investigador: «Lo más saltante de la exposición de la cultura arcaica hecha por Spinden, es que no hay grandes variaciones regionales entre aquella cultura en Méjico, y la misma cultura en Yucatán, en Chiriquí o el Perú.... La cultura arcaica de Méjico y la de los mayas son, en puridad, una sola etapa cultural a la cual se adhiere también la cultura arcaica de muchas regiones americanas, inclusive el Perú» — ¿Porqué el desarrollo paralelo en una misma época, sino por una causa única?

Nos hallamos ahora en el caso de apreciar en conjunto, pero con rapidez, aquello que nos enseña la ornamentación de los imponentes edificios de la América cuyo estudio hemos hecho.

Con profunda extrañeza vemos aparecer, en primer lugar, el símbolo sagrado de la religión cristiana en un retablo del «templo del bello relieve» en Palenque; hay figuras secundarias, las cuales parecen revelarnos, postradas. la adoración de aquella imagen. Mas, como hace observar perfectamente Pi y Margall, la cruz era el símbolo de la fecundación para los hombres que poblaban las márgenes del Nilo (1). Era de seguro para los hombres de América, una de las tres representaciones de la idea de generación, con tanta frecuencia encontradas en este Continente, según nos cuenta el citado sociólogo: la cruz, la serpiente y los sexos; pudiendo decirse de ahí con facilidad que no era la cruz cristiana, signo de redención, sino la cruz de los Faraones, la cual marcaba la necesaria creciente del Nilo.

El barón de Humboldt ha generalizado el conocimiento de una escultura que representaba el busto de una sacerdotisa, al publicarla en «Sitios de la Cordillera»; el busto ese lleva en su cabeza un tocado o velo, igual al usado en el Egipto cuando se trataba de representar a la diosa Isis o a otras imágenes femeninas; esto lo afirma el mismo sabio alemán. — En Palenque «una estatua cuya expresión tranquila y sonriente *recuerda las esculturas egipcias.* Está en pie sobre un pedestal en cuyo frente hay una inscripción jeroglí-

(1) En su «Historia de la América Antecolombiana» nos cuenta qué serie enorme de conjeturas se hicieron al rededor de la escultura de la cruz encontrada en Palenque; sobre todo los altos relieves en los cuales se representaba la escena de una adoración, hicieron creer de una manera vehemente en que se había introducido el cristianismo entre los Estados americanos, con muchísimos siglos de anterioridad a la venida de Colón. Para nosotros sobre todo, que hemos descubierto lo lejano que es en la historia de Méjico por ejemplo, la edificación de los palacios de los cuales hablamos (cuando menos a los primeros años de la era cristiana se los ha de atribuir, o como más probable, parecen anteriores a esta época), aparece sin vacilación la necesidad de rechazar esa conjetura. Y al lado de esa imposibilidad cronológica, nos hallamos con el concepto en lo absoluto no cristiano, como lo ha demostrado de un modo suficiente Pi y Margall.

fica dentro de una cartela. Lleva un vestido, que, sujeto a la cintura, desciende hasta cerca del tobillo.... El tocado es una especie de mitra alta con los apéndices hemisféricos, a los costados lleva un collar, y los brazos y pecho desnudos. *El hieratismo de esta figura recuerda extraordinariamente el de las figuras faraónicas*» (1).

En Palenque todavía, Dupaix nos cuenta haber encontrado una preciosa escultura «notable por sus líneas difíciles y hermosas», y que representaba una divinidad sentada sobre un pequeño banco, y a sus pies se descubría, relata, una mujer notoriamente etíope — «por su faldellín, esclavina y cinto, igual a los que usaban las mujeres de Etiopía» — (2); mas, es sabido cómo los etíopes fueron por varias épocas, esclavos de los hijos de Misraim; no puede aparecer con mayor evidencia el concepto, la inspiración del cuadro, la historia que él relata. — *A Palenque se le ha considerado, como se recordará, como la ciudad conservadora de los elementos arios.*

La técnica en el trazado de los relieves o esculturas no se puede por menos de relacionarla con la de los palacios-sepulcros faraónicos; la misma rigidez y dificultad en el diseño de los contornos y la misma habilidad minuciosa de los detalles. En el Egipto, en las mismas estatuas de miembros pegados y líneas duras, semblantes de expresión prodigiosa de vida; y entre los relieves de perfil, con ojos de frente y cuyos brazos y piernas parecen de madera por la falta de flexibilidad en los movimientos que se tratan de representar; «los relieves que no sirven sólo para indicar sumariamente la osamenta y los planos mayores de la carne, sino que en ellos se están marcando los músculos, cada cual en su sitio, por salientes tan ligeras y depresiones

(1) Esta cita la tomo textual, de la «Geografía Universal» de Montaner y Simón, en el tomo VIII, donde se trata de la América del Norte; ahí encontramos algunos datos importantísimos de que nos hemos servido para fundamentar con hechos nuestras opiniones.

(2) Eso, junto a las cabecitas etíopes, teñidas de negro, de Michoacán, Oaxaca y Teotihuacán.

tan leves, que cuesta trabajo imaginar cómo las obtenían....»; y entre los mayas; «El aspecto de estas estatuas es, por lo general, pesado y poco gracioso. Los personajes cubiertos con vestiduras sacerdotales, están mal proporcionados, pero el pormenor del adorno es admirable. — Los relieves, mucho más numerosos son de una ejecución excelente. El relieve varía mucho, tiene a veces unos cuantos milímetros, como en las célebres esculturas murales de Palenque; pero se asentúa en las regiones de Petén. A veces, aún como sucede en Yaxchilán, tienen varios centímetros y los juegos de luz dan a los personajes un aspecto de vida sorprendente» (1); el último relieve descrito tiene figuras cuyo rostro es de esa apariencia que tanto sorprendió en el «templo del bello relieve», es decir, frentes echadas para atrás y nariz muy saliente; pero ejemplos de esta clase tenemos en la lámina a colores de la obra de Maspero, cuyo rótulo es «cuatro placas esmaltadas del palacio de Ramsés III, en Medinet Habú».

En la pintura de los países occidentales se nota la misma firmeza del color y el mismo simbolismo de los tintes, de los procedimientos del país faraónico.

No quiero extenderme demasiado, y por eso concluyo el estudio de la ornamentación arquitectónica, con este párrafo de la «Geografía Universal»: «Los demás monumentos de Cichén, en algunos de los cuales abundan más las pinturas que las esculturas, ofrecen mucho interés para los arqueólogos, entre los ornatos figuran como principal elemento la serpiente, en la cual se cree ver un símbolo religioso. El descubrimiento más importante para la ciencia es la leyenda jeroglífica, descifrada por la Sociedad Americana de Arqueología, y cuyo asunto es el siguiente; *Chaac-Mol,* uno de los tres hermanos que se habían repartido el gobierno del Yucatán, se había casado con *Kinich-Katmo,* princesa

(1) Beuchat, ob. cit.

de gran belleza, de la cual se enamoró A-aac, uno de sus cuñados; éste, para obtener la mano de Kinich-Katmo, asesinó al esposo, pero la viuda permaneció fiel a la memoria de Chaac hasta el punto de esculpir la estatua de éste y adornar su palacio con pinturas que representaban los principales sucesos de su vida y las tristes escenas de su muerte. *Estas pinturas presentan algunas reminiscencias del tipo asirio*».

También sintetizaremos todo cuanto se desprende de los elementos ornamentales cuya descripción acabamos, con Ainsworth Means: «Mediante las láminas de Messerschmidt y de Garstang, y aprovechando sus preciosos datos, he hecho una esmerada comparación de las esculturas referidas y de muchas otras. Basándome en esto, me atrevo a decir que el desarrollo estético de los hititas se parece mucho al de los antiguos peruanos» y «Los hititas llamados la gente de Heth por la Biblia, asentaron su reino en el Asia Menor, entre el Mar Negro y el Mediterráneo, durante ocho siglos, más o menos, desde 1400 a. de C. En este lapso de tiempo mantuvieron estrechas relaciones comerciales e intelectuales con Babilonia, Egipto, Grecia y Creta,» etc.

* * *

Mientras tanto: la China de los palacios y templos de madera, la desprovista hasta hace poco tiempo de senderos, (1) la China inmóvil, siendo no obstante uno de los pueblos más cultos de la raza amarilla ¿podrá recordar — en las épocas en las cuales ambas civilizaciones vivían — el estado social y político de los pueblos cultos de América? Aquel país que apenas principia a

(1) Del t. VII de la «Geografía Universal» extraigo la noticia— bastante reciente como en otro lugar dije — de la lamentable falta de vías de comunicación en el Celeste Imperio.

despertar por el contacto europeo que se le ha impuesto, y eso tomando con frecuencia antes los vicios que las virtudes de los occidentales. — Los templos y palacios de los cuales tantas veces hemos hablado; las calzadas del Tahuantinsuyo, que tanta admiración produjo a los españoles y por cuya mediación el Inca comunicaba entre sí las más apartadas regiones del Imperio; seguramente no pueden recordarnos lo que pasó con los amarillos en esa clase de progreso durante su vida de aislamiento.

UNIVERSIDAD DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CAPITULO XI

CONCLUSIÓN Y SÍNTESIS DEL TERCER LIBRO.

Doble objeto me guió en las investigaciones del libro que con este capítulo concluye, explicar mis razones de convicción para afirmar, como lo hice, que las civilizaciones primitivas de América tomaron sus elementos de progreso y de constitución social, de la subraza camítica; y como segundo afán a mi espíritu se presentaba, procurar el conocimiento de los pueblos aborígenes del Continente Nuevo, para cumplir así mi propósito de hacer una Sociología que tuviera de modo principal en mira las condiciones más lejanas de estos pueblos abiertos, o mejor, factores de las posteriores conquistas de la humanidad.

En cuanto al primer objeto: creo haber demostrado de modo suficiente lo íntimo de las relaciones entre las formas de civilización indígenas de América y las conquistas religiosas, sociales y políticas del Egipto faraónico; y creo además poder afirmar, que si al tiempo del descubrimiento de Colón, no hubiera pasado ya tan innumerable serie de generaciones posteriores a quienes levantaron los monumentos de Palenque, construyeron los palacios de Uxmal o edificaron la ciudad de Tiahuanaco etc., etc., la relación entre la civilización del Nilo y las halladas al occidente del Atlántico, habrían aparecido ante nuestros ojos mucho más de bulto. — Por otra parte, de propósito no he querido extender mucho

esta materia, por no dar a mi estudio proporciones demasiado grandes.

Los elementos de cultura recibidos con la inmigración egipcia fueron trabajados de manera intensa al amoldarse a las circunstancias de la raza que iba a recibir para su vida tales presentes, y ese trabajo de adaptación había sido de muchos siglos, antiguo: «*La cronología de los mejicanos asigna una antigüedad de más de tres mil años antes de la era cristiana, al arribo de los chichimecas y la fundación de su Imperio de Huehuetla-Pallán: y es de notar que los asuntos de la pintura indígena ofrecen analogías muy singulares con la historia mosaica*» (1). — En el segundo volumen de este tratado se procurará dar una visión más de conjunto de las civilizaciones de Méjico y del Perú.

He dicho ya, pero creo necesario el repetirlo, si es verdad que muy varios elementos étnicos concurrieron a formar la raza americana, si este nuevo grupo humano se formó por la combinación de las contribuciones diversas ofrecidas por distintas razas, si es cierto que todos esos átomos de materia se fundieron, más bien, se amalgamaron en un producto nuevo; es verdad también que el último elemento llegado y cuya influencia fue principalísima en el moldeamiento de las cualidades espirituales de la raza de este Continente, fue el camítico. Egipto trajo su civilización a la América, y la especie humana que en esos momentos se formaba en el Mundo Nuevo, adaptó la contribución de esos elementos espirituales, al temperamento especial de grupo en formación.

Las anteriores frases donde se condenzan mis opiniones expuestas en la segunda parte del libro segundo y en este tercer libro; acabo de hallarlas confirmadas, ya de un modo positivo, ya de una manera indirecta,

(1) «Geografía Universal», tomo VIII.

en una obra notable de Quatrefages (1); algunos de mis lineamientos generales son idénticos a los de este autor, otras confirmaciones proceden de la comparación de lo dicho por mí y lo que afirma Quatrefages; por eso enseñaré con brevedad algo de lo dicho por el autor francés. — De este modo señala la diversidad de grupos llegados a las indias occidentales para constituír su población: «Resulta que América ha podido poblarse por hombres que venían de la parte de afuera: que estos hombres han debído ser especialmente asiáticos pertenecientes a las razas que ocupaban las costas de la China, del Japón y de las tierras que se extienden hasta el estrecho de Béring; que algunas razas blancas europeas han podido así mismo penetrar en América, pero con mayor dificultad y por consecuencia en número menos considerable, y finalmente que las poblaciones africanas, han podido formar una parte necesariamente muy reducida, y sin duda siempre involuntariamente en esta inmigración». — Lo común entre las opiniones nuestras y las del autor citado, es el considerar que hay varias corrientes inmigratorias, que todas las especies humanas han contribuído, más o menos, a poblar América de sus habitantes; pero obsesionado, como casi todos los que han estudiado esta materia, por la actual manera de ser de las relaciones intercontinentales, ha dicho teniendo en cuenta la proximidad del Continente asiático con el americano, debe creerse que «con mucha facilidad se pobló la América por el noroeste» y por esa facilidad la inmigración debió ser continua; resultado: la mayor parte de las poblaciones estudiadas debió tener su origen en las cercanías del estrecho de Béring. *Segundo error:* el contingente africano formó un grupo muy reducido; si por elemento africano debemos considerar exclusivamente el negro, necesitamos recordar cómo quedó demostrado ser el ele-

(1) A. Quatrefages «Historia natural del hombre».

mento básico de la raza llamada cobriza, y hasta tenemos el mismo apoyo material, igual al que tanto impresionó a Quatrefages, esto es, la conformación física del Continente de Gondvana.

Que el elemento amarillo no es el predominante, ha sido materia de una prolija demostración por nuestra parte, y los fundamentos ya expuestos, sin descuidar la prueba física de la posibilidad de inmigración debida a los senderos construídos, — si vale la expresión — por la naturaleza, se funda de un modo particular en pruebas más importantes, pues se asientan en hechos; las civilizaciones estudiadas nos demuestran que no fueron cortas en número las inmigraciones blancas. Eso no pudo pasar desapercibido para Quatrefages, y precisado por la realidad, pero sin atreverse a romper con la teoría adoptada, creyó salvar la dificultad en esta forma: «Ahora bien; las razas que habitan las islas y las orillas asiáticas de que se trata, no son en modo alguno homogéneas; sino que se encuentran al lado de las poblaciones mongolas, *que son las que dominan por su número, otras poblaciones en las cuales el elemento blanco se encuentra puro o casi puro....* De estos hechos y de otros muchos resulta que, sin salir de tales parajes se encontraría la explicación de cuanto nos cuentan las tradiciones americanas acerca de los orígenes de las principales naciones de este país y de cuanto nos han enseñado las pacientes investigaciones de los hombres que, en muy corto número, han estudiado seriamente la misteriosa historia de estas poblaciones». No se ha solucionado la cuestión con esa forma de razonar; si la semejanza con los pueblos blancos se refiriera sólo a los caracteres físicos y a ciertas cualidades morales, Quatrefages talvez tendría razón; pero basta ver lo que hemos expuesto, los detalles que hemos dado a conocer, con relación a la identidad de circunstancias entre los pueblos camíticos y estos occidentales, para que aparezca con toda plenitud la insuficiencia de las afirmaciones que atacamos. — Sólo «la grande corriente

ecuatorial atlántica que ha podido muy bien transportar a América Meridional y al golfo de Méjico cierto número de hombres oriundos de las costas africanas», (1) puede señalar el origen de las tradiciones y de los hechos, que según el mismo autor citado, nos hablan de un elemento blanco de población.

Y apuntaremos para terminar, otra de las contradicciones entre nuestras hipótesis y las de Quatrefages; parece considerar este autor a los hombres de América como pertenecientes a una raza mixta, pero esto ya lo hemos refutado aún antes de conocer su opinión.

---

(1) Quatrefages, ob. cit.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

INDICE

DEL PRIMER VOLUMEN DEL TOMO PRIMERO

PROLOGO ..... *V*

INTRODUCCION *1*

LIBRO PRIMERO

Aspectos y caracteres nacionales revestidos por todo suceso histórico *23*

Manera de comprender la total historia humana en cada época *53*

LIBRO SEGUNDO

Varias opiniones referentes al estudio de las razas *69*

Noción de la raza y clasificación de esos grupos humanos .. *80*

De la evolución *103*

Continuación del anterior. — De la evolución de las especies *124*

De la adaptación al medio físico *148*

La evolución bajo el punto de vista de la creación del hombre — monogenismo y poligenismo — *168*

Del proceso que empleó la naturaleza hacia la constitución de las razas humanas *183*

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO SEGUNDO

Orígenes de los hombres de América; y varias teorías que sobre este punto se han imaginado 191
Manera como se constituyó la raza americana y mediante qué elementos de constitución 211
Ultimas consecuencias a que debe llegarse en el estudio de las antiguas razas de América. — Razas que en el momento presente la habitan, y sub-especie que podemos descubrir aquí en formación 227

LIBRO TERCERO

Manera como la naturaleza llegó á constituír la sub-raza camítica 237
Excursiones navales de los egipcios 249
Conocimiento de las antiguas instituciones del Egipto y de la Fenicia 267
América: el país y sus civilizaciones 282
Instituciones de los indígenas de Méjico y de Centro-América, anteriores a la conquista 294
Instituciones político-sociales del Tahuantinsuyo 318
Prácticas indostánicas generalizadas en América 361
El espíritu religioso en los pueblos 367
El arte en la América que precedió al descubrimiento de Colón 404
La arquitectura americana en los pueblos que precedieron a las civilizaciones destruídas por los españoles 421
Conclusión y síntesis del tercer libro 447

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO